EN HUNTER VALLEY,
SIEMPRE ES TEMPORADA
ALTA PARA CAZAR HOMBRES.

# BUSCANDO MI BOMBERO



*USA TODAY* BESTSELLING AUTORA

VANESSA VALE


EN HUNTER VALLEY,
SIEMPRE ES TEMPORADA
ALTA PARA CAZAR HOMBRES.
BUSCANDO MI BOMBERO
USA TODAY BESTSELLING AUTORA
VANESSA VALE

# BUSCANDO MI BOMBERO

CACERÍA DE HOMBRES
LIBRO 6

VANESSA VALE



Derechos de Autor © 2023 por Vanessa Vale

Este trabajo es pura ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora y usados con fines ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas, empresas y compañías, eventos o lugares es total coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro deberá ser reproducido de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y retiro de información sin el consentimiento de la autora, a excepción del uso de citas breves en una revisión del libro.

Diseño de la Portada: Sarah Hansen/Okay Creations

Imagen de la Portada: Deposit Photos: dafnachka

**¡RECIBE UN LIBRO GRATIS!**

Únete a mi lista de correo electrónico para ser el primero en saber de las nuevas publicaciones, libros gratis, precios especiales y otros premios de la autora.

http://vanessavaleauthor.com/v/ed



# ÍNDICE

Prefacio

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79

Contenido extra
¡Recibe un libro gratis!
Todos los libros de Vanessa Vale en español
Acerca de la autora

**¿Qué ha sido de mi vida? Hasta recién era solo un padre soltero y jefe de bomberos del pueblo y ahora seré el Sr. Enero del calendario del departamento.**

Así es. Han contratado a Georgia para organizar la recaudación de fondos anual. La ex participante de concursos de belleza no está de acuerdo con realizar una cena mexicana para ello. No. Se le ocurrió la alocada idea de un calendario de bomberos con perritos y gatitos en adopción.

El departamento de bomberos ha enloquecido con la idea, al igual que ella.

También lo ha hecho mi hijo de seis años al pensar que Georgia ha aparecido para ser su segunda madre, pero para que suceda, tendría que ser mía. La deseo. Es preciosa, descarada e inteligente, pero Georgia solo ha venido a Hunter Valley por un trabajo. Y lo único peor a quedar con el corazón roto... es que también se rompa el de un hijo.

# PREFACIO



MAC

—¿Cómo has pasado la Navidad, amiguito? —le pregunté a Andy, dejándome caer en la cama junto a él. Había sido un largo día y estaba listo para echarme en el sofá, para la tranquilidad y el partido de fútbol, pero algo duro me pinchó el culo.

Me levanté para rebuscar debajo de las mantas y encontré el muñeco de acción que Andy había conseguido, luego lo arrojé debajo de su cama.

—¡Oye! ¡Que duerme conmigo! —dijo Andy, ofendido como todo niño de seis años ante mi desprecio.

Volví a coger al muñeco mitad humano, mitad lagarto y lo puse con cuidado sobre la almohada junto a la cabeza de Andy.

—Ahí está. —Levanté la manta con dinosaurios y se la acomodé hasta colocarla debajo de los brazos vestidos de pijama—. ¿Y bien? ¿Buenas vacaciones?

Asintió sin mirarme a los ojos.

—Le pedí algo a Papá Noel y no llegó aún —admitió en voz baja.

Pensé en la lista que me había dado justo después del día de Acción de Gracias; por la que se había sentado diligentemente a la mesa de la cocina pronunciando las palabras a medida que avanzaba. Una bicicleta, libros, un guante de béisbol. Papá Noel solo se había encargado del guante de béisbol porque no quería que pensaran que el grandullón repartía regalos caros. Pero pensaba que su deseo más importante se había cumplido.

—¿Ah, sí? —le pregunté.

—Sí.

—He visto tu lista, amigo, y diría que eres un chico con suerte. Además, irás con tu abuelo Gruñón al parque de atracciones de California esta primavera.

Asintió y levantó la mano para hurgarse la nariz. Luego me miró rápidamente al recordar que

no debía hacerlo y volvió a meterla bajo las sábanas.

—¡Será increíble! —Se contoneó emocionado—. Estoy deseando ver a Gruñón vomitar en el platillo volador.

De todas las cosas que podía decir sobre un fin de semana con su abuelo en un parque de atracciones, esto no era lo que esperaba. Se me desencajó la boca al imaginarme a mi padre vomitar de tanto dar vueltas.

—No, papá. Le pedí a Papá Noel una segunda madre.

Se me escapó una sonrisa.

Joder. Esto era importante. Era uno de esos momentos en los que necesitaba conseguir un psicólogo infantil. ¿Qué se le decía a un niño cuya madre era mi hermana drogadicta que se había mantenido sobria solo el tiempo suficiente para tenerlo —gracias al cielo— y quedarse seis semanas más, antes de dejar a su recién nacido conmigo? Abandonó a su bebé para poder... No tenía ni idea qué.

—No creo que una segunda madre quepa por la chimenea —le dije, con la esperanza de quitarle importancia a una situación tan grave. No podía hacer que mi hermana Tracy se recompusiera lo suficiente como para querer quedarse con él o para que volviera a Hunter Valley. Diablos, después de todo este tiempo ni siquiera estaba seguro de si quería que lo hiciera. Solo si se hubiese recuperado y estuviese sobria. Andy era mío ahora. Legalmente y en mi corazón. Puede que fuese su tío, pero él era mi hijo.

Como esperaba, Andy sonrió. Le faltaba también un diente inferior y era solo cuestión de tiempo antes de que pareciera Jack O' Lantern.

—Suena tonto. Las mamás entran por la puerta principal. Y hacen galletas. Y huelen bien.

—Sí que huelen bien las mujeres —admití. Hacía mucho tiempo que no me acercaba lo suficiente a una como para apreciar... una galleta hecha por una mujer.

Andy se giró a un lado, sacando su pequeña manta con la que siempre dormía, y se llevó la sábana para meterla debajo de su barbilla.

—¿Crees que le ha dado mi segunda mamá a algún otro niño? —preguntó, con su vocecita teñida de preocupación.

—Has visto un montón de películas navideñas este mes. ¿En alguna Papá Noel metió a una persona en su gran bolsa?

Sacudió la cabeza.

—No, solo juguetes.

No tenía idea de qué otra cosa decirle. Para que Andy tuviera una madre, significaba que yo tendría que encontrar una mujer, conocerla, enamorarme y querer estar con ella. Una mujer que oliese bien y cuyas galletas quisiera comer el resto de mi vida.

—Así que... —empezó, silenciando la lista de mis pensamientos traviesos—. Quizá Papá Noel sea lento. Quizá se demore un tiempo.

Sonreí, me incliné y le besé la frente.

—Sí, amiguito. A veces tarda un poco.

# 1



MAC

*Cuatro meses después*

Andy salió corriendo de la zona de seguridad del aeropuerto con una sonrisa de oreja a oreja y su pequeña mochila balanceándose.

—¡Papá! —gritó.

Mi padre le siguió a un paso más tranquilo, sonriendo ante el ansioso reencuentro. Me incliné y cogí a Andy en mis brazos.

—Hola, amigo. ¿Te la has pasado bien? ¿Has visto a Mickey?

Asintió con entusiasmo y señaló el sombrero que llevaba en la cabeza, el de las grandes orejas negras.

—Sí. Y a Pluto y a Goofy.

—¡Vaya!

—Comimos *nuggets* de pollo con forma de Mickey, nos subimos a un tren viejo, a un *monotren* y a un barco grande.

—¿Un *monotren*?

—Monorriel —corrigió mi padre al acercarse a nosotros.

—Sí, eso. Estuvo genial. Había fuegos artificiales, un desfile y una casa encantada que asustó mucho al abuelo Gruñón, pero le cogí de la mano en el ascensor encantado y...

Me esperaba su emoción, pero ni siquiera tomaba aliento.

—¿Todo eso? ¿El abuelo Gruñón vomitó durante la vuelta en las tazas giratorias?

—No —alardeó mi padre, pero luego pareció un poco avergonzado—. Casi.

Me giré.

—Venga, vamos a ver si ha llegado tu maleta.

Andy se contoneó en mis brazos y lo bajé.

—Aún no. Tenemos que esperar —dijo.

Le miré con el ceño fruncido.

—¿Esperar?

—Sí, tenemos que esperarla a ella. Vino sentada a nuestro lado y es muy simpática. —Andy se acercó, se puso las manos alrededor de la boca y susurró—. También es guapa.

—¿Te has hecho una amiga en el avión?

Miré a mi padre en busca de respuestas y él puso los ojos en blanco, aunque seguía sonriendo, lo que significaba que estaba siendo complaciente.

—Sí. No solo una amiga. Más que una amiga. —Andy se volvió y miró hacia el pasillo de donde procedían los pasajeros que llegaban desde el lado de pasajeros del aeropuerto—. ¡Ahí está! ¡Es ella!

Alcé la mirada y… si hubiera estado en alguna película animada, se me habrían salido los ojos de la cabeza, se habrían convertido en corazones y unos pajaritos piarían antes de que me cayera un yunque.

La nueva amiga de Andy no era una niña; era toda una mujer; y joder, era hermosa. No era la típica chica, era una mujer impresionante. Toda ella era perfecta. Desde su pelo oscuro cuidadosamente peinado hasta sus botas de tacón. Tenía los ojos oscuros, nariz respingona, pómulos altos y labios carnosos. Era... impresionante. Vestía informalmente con pantalones negros, una blusa blanca y una chaqueta vaquera que no ocultaba el contorno de sus curvas. Alrededor del cuello llevaba un pañuelo rosa intenso del hilo más delicado y esponjoso y le colgaban unos pendientes de plata. Todo en ella gritaba que era muy coqueta y que definitivamente, no era de Hunter Valley.

«¡Acaba de bajarse de un avión, idiota!»

—¡Señorita Georgia! —Andy la llamó agitando su manito como si estuviera viendo a Minnie Mouse en el desfile del parque temático.

La cara de la mujer se iluminó al ver a Andy y fue directamente hacia él, llevando consigo su equipaje de mano rosa pálido. Santo cielo, esa sonrisa. Deseé que viniese hacia mí.

—¡Ahí estás! —dijo ella con voz suave y amable—. Yo sabía que no podía perderme en este enorme aeropuerto con vosotros aquí.

Andy asintió completamente hipnotizado. Podía entenderlo.

—La cinta está por allá. —Señaló en dirección a la zona de retiro de equipajes.

No podía dejar de contemplar cada centímetro de ella. Mi padre se aclaró la garganta, pero me quedé mirándola un poco más.

—Mac —susurró él—. Cierra la boca.

Me sacudí de encima el encanto en el que me encontraba por esta mujer y cerré la boca de

golpe. Me lamí el labio porque era posible que se me cayera la baba.

Mi padre se rio mientras Andy y la mujer a la que llamaba Georgia se acercaban.

—Papá, ella se sentó a mi lado en el avión. Le gusta la Ginger Ale y me dio su bolsa de cacahuetes.

Asentí y observé a Georgia de cerca. Como parte de mi trabajo era atender emergencias médicas, sabía evaluar a alguien rápidamente. Mi ojo experto me decía que debía de tener unos treinta años, medir bastante más de metro setenta y pesar unos setenta kilos. No era una flacucha, pero eso me bastaba. Mis amigos buscaban mujeres diminutas, delgadas. Para mí, un hombre definitivamente rústico, me parecían de cristal.

Quería una mujer con curvas a las que pudiera aferrarme para hundirme en ella, hacerla mía, sujetarla. Georgia no parecía de cristal y sin dudas quería ponerle las manos encima.

Iba sutilmente maquillada. Tenía los labios de un rosa claro, *besables* y brillantes. Sus largas pestañas eran oscuras y… joder, podía oler su perfume floral y femenino.

No parecía el tipo de mujer que transpirara ni que cambiara ella misma el aceite de su coche, ni que escalara montañas o se ensuciara las manos. Dudo que cogiese una pala para retirar la nieve de su casa. Y hasta que tuviera una pala. Desde su esmalte de uñas rosa claro hasta sus rizos brillantes cayéndoles artísticamente sobre los hombros, todo indicaba que era muy elegante.

¿Cómo era yo en comparación? Era todo lo opuesto. Llevaba puestas mis robustas botas de cuero que usaba cuando estaba de turno o hacía recados, unos vaqueros y una camiseta negra. Por primera vez, la casa había estado tranquila este fin de semana y me había tumbado en el sofá a ver un partido de baloncesto en la tele, aunque me quedé dormido en algún momento del segundo tiempo.

Debido a esa siesta sorpresa, tuve que salir corriendo de casa para llegar al aeropuerto a tiempo. Quedaba claro que no estaba preparado para conocer a una mujer preciosa. Diablos, ¿alguna vez lo estaba?

Era un padre soltero. El jefe de bomberos de Hunter Valley que vivía en la estación tanto como en casa. Siempre había algo de grasa o suciedad bajo mis uñas. Tenía callos en las palmas de las manos. Debía cambiar el triturador del fregadero de la cocina y también tenía una pared que demolí en el comedor con parches y recién pintada. Debí haber ido al dentista hacía seis meses. Mi pelo estaba a un centímetro de necesitar un corte y me había saltado la afeitada de esta mañana. Y también la de ayer.

Quería salir corriendo a casa para asearme —si tuviese algo de ropa limpia para cambiarme, porque este fin de semana solo había metido una carga en la lavadora—, peinarme, buscar unas flores y volver para entregárselas. Luego echarla sobre el capó de mi coche en el aparcamiento de corta estancia, despeinarla y hacerla gritar mi nombre.

—¿Papá?

Sacudí la cabeza y me di cuenta de que la seguía mirando aún más, luego le ofrecí una sonrisa.

—Hola. Soy Mac, el padre de Andy.

«Y el tipo que acaba de tener pensamientos muy lujuriosos contigo».

—Soy Georgia Lee Gantry.

Su mano —con las uñas pintadas de rosa claro— se veía más pequeña en la mía. Diminuta. Suave. Cálida. Y no quería soltarla.

—Gracias por compartir tus cacahuetes con Andy —respondí.

Ella soltó una risa suave y ligera. ¿Mencioné lo suave que parecía por todos lados? O al menos, por la que yo podía ver. Quería quitarle toda esa ropa impecable y ver si el resto de ella también era suave.

Apostaría dos meses de limpieza de motores a que llevaba una bonita lencería a juego. Encaje amarillo. No, seda color lavanda.

Joder. ¿Seda sobre esas exuberantes tetas y ese culo hecho para nalgadas?

—¿Papá? —Andy volvió a llamarme y bajé la mirada hacia él.

Cuando ella retiró su mano, me di cuenta de que aún la sostenía. La solté y deslicé la mía por mi pelo rebelde.

Me aclaré la garganta.

—¿Qué pasa, amiguito?

—Tenía razón. A veces se demora un tiempo. Y tú tenías razón. Ella no bajó por la chimenea, vino en avión.

—Sí, vino en tu avión desde Denver —le dije.

Andy negó con la cabeza y puso los ojos en blanco, cosa que tenía la sensación de que solo iba a perfeccionarse a medida que creciera.

—Es ella, papá.

—¿Lo es? —le pregunté.

Mi padre, Georgia y yo lo miramos.

—Sí. Mi segunda madre.

# 2



GEORGIA

CIELOS. Esas palabras eran dulces e implacables.

—Cariño...

—Pero qué...

Una profunda carcajada.

Todo sucedió a la vez mientras los tres adultos mirábamos fijamente a Andy y reaccionábamos a la vez. El pequeño estaba tan entusiasmado. Era tan sincero. Su carita se iluminaba desde el interior con pura emoción y alegría.

Eso de que yo fuese su madre.

Yo, madre.

Tan agridulce. Tan perfecto. Sin embargo, el pequeño no era mío. De ninguna manera. Otra mujer tuvo el privilegio de ser su madre; de ser el Ratoncito Pérez y dejarle monedas bajo su almohada... últimamente con frecuencia, ya que no tenía los dientes superiores. De intentar controlar ese pequeño mechón que le había salido detrás de la nuca por al menos cinco minutos o de responder a todas sus preguntas. Me senté junto a él y a su abuelo —que se había presentado como Drew— en el vuelo desde Denver, y me pareció que el niño no había parado de hablar ni un solo instante. Ni siquiera cuando se comió los cacahuetes. No había sido molesto; había sido adorable.

Si fuera su madre, me daría abrazos de niño, le llevaría a ver a Mickey y me llamaría *mami*. Y yo estaría con su padre… Mac, que estaba… ¡vaya! Era guapísimo y no podía dejar de mirarle. Era diferente a cualquier hombre de Calhan —o de todo el estado de Georgia— que había conocido. Completamente diferente a Art, mi ex, que vestía trajes de lino como un caballero sureño y pasaba más tiempo jugando al golf en su club de campo privado que en su

despacho. O quizás el campo *era* el despacho donde concretar grandes negocios y charlar con los clientes en los últimos nueve hoyos. Demasiado centrado en su carrera como para formar una familia conmigo. La palabra clave: conmigo.

No. ¡Basta de pensar en Art! Él era la razón por la que ahora me encontraba a dos husos horarios de distancia, con un nuevo trabajo para el que ni siquiera estaba segura de estar calificada, con las mejillas encendidas de vergüenza por la afirmación de Andy de que yo era su segunda madre.

—No, hijo. Esta amable señorita no es tu segunda madre —dijo Mac gentilmente, poniendo su mano en el hombro de Andy y alborotando su cabello—. Ella probablemente ya tenga un marido y un hijo o una hija.

Se me escapó una sonrisa, pero solo brevemente porque esas palabras eran mi mayor detonante. No tenía marido, tampoco un hijo ni una hija. Así que en lugar de regodearme, sonreí aún más. Mac no intentaba ser hiriente cuando ni siquiera me conocía.

—No. No tengo familia —dije, con la esperanza de que el llamado por los altavoces para no dejar las maletas desatendidas opacara el dolor y la nostalgia.

—¡Claro que es mi segunda mamá! —dijo Andy sin inmutarse—. Es justo lo que le pedí a Papá Noel. Es buena, me escucha, y dijo que le gustan los perros y las patatas fritas.

Cierto, me gustaban las patatas fritas con aderezo *ranch*. La talla de mi ropa y mi madre me lo recordaban constantemente.

—Si gustar de las patatas fritas fuera todo lo que hace falta para ser tu madre, tendrías a la mitad de las mujeres del pueblo cuidándote —replicó Mac.

Andy le ignoró, se acercó y me cogió la mano. Me miró. No pude pasar por alto lo mucho que se parecía a su padre ahora que estaban uno al lado del otro. El mismo pelo oscuro. Los mismos ojos chocolate.

—Vamos, señorita Georgia. Le enseñaré dónde puede coger su maleta. Da vueltas y vueltas en la cinta, pero no puedes sentarte ahí por muy divertido que parezca porque te meterás en un lío.

Miré a Mac. Sus intensos ojos se encontraron con los míos, luego recorrieron mi cara y se posaron en mis labios.

Joder, qué guapo era. Yo no era precisamente una mujer baja, pero él era aun unos centímetros mucho más alto que yo. Estaba en forma y se le veía macizo, robusto, por la forma en que su camiseta negra se ceñía sobre su pecho y sus bíceps. ¿Se habría encogido o la había comprado pequeña para que luciera ajustada? Llevaba el pelo oscuro despeinado y no pude evitar preguntarme si había conducido con las ventanillas bajas o si no se lo había peinado esta mañana. Y… esa barba incipiente. Una barba que probablemente se sentiría suave en mi piel cuando me besara. Cielos, le quedaba bien la barba que le cubría la mandíbula cuadrada. Así de cerca podía notar algunas motas de canas.

Parecía ser el tipo de hombre que tenía cosas más importantes que hacer que acicalarse frente

a un espejo. En los dos minutos que tenía de conocerle, parecía el tipo que se levantaba, se duchaba y se marchaba sin más; que no se fijaba en las apariencias, pues lo importante eran las acciones.

Me obligué a apartar la mirada de Mac por el tirón de Andy en mi mano.

—Qué caballero —elogié a Andy—. Muéstrame dónde encontrar mi maleta. —Dejé que me guiara hasta la cinta transportadora de equipajes, aunque las maletas aún no habían llegado, y me puse en cuclillas frente a él—. Me alegro mucho de que nos conociéramos en el avión.

Tras una leve sonrisa, continué:

—No puedo ser tu madre, cariño. Pero me gustaría mucho ser tu amiga.

—¿Por qué no puedes ser mi madre? —preguntó ladeando la cabeza. Tenía una mancha de la bebida en la camisa y los cordones de las zapatillas desatados.

—Porque ya tienes una —contesté.

Por el rabillo del ojo, vi a Mac y a Drew abrirse paso alrededor de los otros pasajeros hacia nosotros.

Andy negó con la cabeza.

—No, no tengo.

La alarma de la cinta de equipajes pitó una vez y luego otra antes de empezar a moverse. Las maletas empezaron a aparecer.

—Oh.

Mi mirada se desvió a Mac. Estaba soltero. Era padre soltero. Con bíceps abultados, una nariz ligeramente torcida y…

—La señorita Georgia no voló hasta aquí para ser tu segunda mamá —le dijo Mac, como si supiera exactamente lo que habíamos estado hablando.

Suspiré agradecida de que se hiciera cargo. No quería herir los sentimientos del pequeño.

Drew volvió a reírse. Le dirigí una mirada, parecía divertido por esta interacción. No habíamos hablado mucho en el avión ya que Andy se había encargado de hacerlo, pero me enteré de que los dos volvían de California de un viaje de fin de semana de abuelo y nieto, y que probablemente estaba encantado de dejar que Mac le sustituya. El niño parecía tener una energía inagotable.

—Así es. Estoy aquí por trabajo —añadí.

Mac me estudió y luego asintió.

—Pero… —Andy nos miró a su padre y a mí con confusión en los ojos.

Mac sacudió la cabeza y le dijo:

—Ve a buscar la maleta de *Gruñón*. Haznos saber cuando la encuentres.

*Gruñón*. Andy había llamado así a su abuelo unas cuantas veces en el avión, pero el hombre estaba lejos de ser gruñón.

—Las damas primero —dijo Andy—. Siempre dices que debo ser *caballo*. Mostrarles a las chicas lo especiales que son cuidando de ellas. Excepto con Mabel Drumphries —arrugó la cara

como si oliera algo malo—. Le gusta colarse en la fila de camino al recreo y no recibirá ningún *caballo* de mi parte.

Me mordí el labio para no reírme.

—*Caballero* —le corrigió Mac—. Y sí, puedes ser un caballero y ayudar a Georgia a coger su maleta también.

—¿De qué color crees que sea? —le pregunté a Andy, no a Mac.

Su ceño se frunció mientras me estudiaba.

—¡Rosa! Como tu otra maleta.

—Así es. El rosa es mi color favorito.

—Después de ayudarla con su maleta y que consigamos la de *Gruñón*, entonces nos despediremos de Georgia y la dejaremos ir a trabajar.

Los pequeños hombros de Andy se desplomaron.

—Vaaaale —dijo, alargando la palabra unos tres segundos, y luego corrió hacia la cinta transportadora, aunque con mucho menos entusiasmo que antes.

—Lo siento —dijo Mac, pasándose una mano por la cabeza y despeinándose un poco más—. Lleva un tiempo obsesionado con esto de una madre.

Hice un gesto con la mano.

—No...

—¡Aquí está la maleta rosa! —gritó Andy lo bastante alto como para que le oyera todo el mundo, desde los quioscos de billetes hasta los mostradores de los coches de alquiler.

Mac hizo una mueca y Drew volvió a reírse. Nos dimos la vuelta al mismo tiempo para ver a Andy tirar de mi maleta mientras se movía por la cinta transportadora.

—Ay, ¡no! —grité, dándome cuenta enseguida de que la cremallera de la maleta no estaba cerrada. De la abertura colgaban trozos de ropa como si el despachante de equipajes la hubiera cerrado de un tirón. Parecía una tortilla a la que todos los rellenos se le hubieran salido por los lados.

Cielos, ¿acaso era eso un tirante de sujetador?

—Joder —murmuró Mac, corriendo a mi lado antes de que Andy pudiera...

Demasiado tarde.

Con todas las fuerzas de su cuerpillo, Andy tiró de mi enorme maleta fuera de la cinta y cayó al suelo abriéndose de golpe y esparciendo mi ropa en todas las direcciones. Me arrodillé delante de la maleta y rápidamente recogí todo. Tops, jérseis, una bota, un sujetador púrpura.

—¿Son esas bragas de chicas? —señaló Andy—. ¿Cómo es que tienen todos esos lazos? ¿No tienes ninguna con camiones de bomberos? Los míos tienen camiones de bomberos porque quiero ser bombero como… ¡Oye! Has traído un juguete. ¿Es un submarino para cuando te bañas?

Andy se fijó en mis bragas antes de que pudiera guardarlas. Joder, señaló mi juguete sexual de silicona púrpura. Y sí, era un juguete que usaba en la bañera.

# 3



MAC

HABÍA ACERTADO con el color lavanda, pero usaba lencería de encaje. Pequeños retazos que apenas cubrirían esas exuberantes tetas y ese culo regordete.

Y en caso de que alguien en un radio de cinco metros —o quizás más, pero con muy buena vista— no hubiese notado su gran vibrador, la estruendosa voz de seis años de Andy le hizo notar a todo el mundo que la preciosa Georgia estaba rearmando su maleta.

Tener la polla dura mirando las pertenencias de esta mujer en el aeropuerto no era nada caballeroso. Todo lo contrario, pero al menos dijo que no tenía familia. Eso significaba que era soltera y que yo no estaba deseando a la mujer de otro. Pero era un hombre con sangre en las venas de treinta y cinco años que no había tenido sexo en más de un año, y ella era una mujer lo suficientemente robusta como para no romperse si la follaba bien y duro.

Rápidamente volvió a esconder su *innombrable* objeto bajo un jersey verde oscuro. No necesitaba ayuda con esa tarea, pero la cremallera de la maleta estaba evidentemente rota y no había forma de que pudiera moverla sin que volviera a abrirse, así que me desabroché el cinturón.

Georgia me miró con esos ojos oscuros ahora muy abiertos, viendo mis manos encima de la hebilla de mi cinturón. Sí, demasiado como para no empalmarme. Era imposible no imaginármela de rodillas frente a mí al desabrochándome los pantalones y sacando mi polla para una mamada de ella.

—Ten —le dije, sacando el cinturón de las presillas de un tirón.

# 4



GEORGIA

¿MAC SE QUITABA LOS PANTALONES? ¿IBA A QUITARSE LOS PANTALONES?

Que no parase, por favor. ¡Necesitaba ver ese paquete! Quería ver si su ropa interior tenía camiones de bomberos o qué tan grande tenía el *submarino* porque había pasado demasiado tiempo sola. No había tenido sexo con Art en los últimos meses de nuestro matrimonio porque él *trabajaba demasiado* o, mejor dicho, se follaba a Pam Buttermacher y la había dejado embarazada.

Desde eso renuncié a los hombres, pero ahora había roto ese juramento. Mi libido había despertado con solo ver a Mac tocándose el cinturón. Joder, apostaba a que esa galleta estaba glaseada y quería probarla.

—Vale —le dije, sin que mi voz y mi cerebro se sincronizaran.

Sostuvo el largo cinturón de cuero frente a mí con los pantalones aún puestos. Su grueso paquete —bien largo y grueso— y sus fornidos muslos permanecían ocultos, pero no pasaban desapercibidos.

Me lamí los labios porque estaba hambrienta. Andy se había comido mi bolsa de cacahuetes. Hablando de comer…

Se aclaró la garganta.

—Toma mi cinturón. Pónselo a tu maleta para que se quede cerrada.

Parpadeé.

Ay, mi maleta. Joder.

# 5



MAC

—MENUDA MUJER —dijo mi padre desde el asiento del pasajero de mi camioneta, con música country en el estéreo tan baja como parecer ruido de fondo. Estábamos a mitad de camino de regreso a Hunter Valley.

Andy dormía profundamente en el asiento trasero, con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta y el sombrero de Mickey torcido. Había conseguido llegar hasta el primer semáforo después del aeropuerto antes de quedarse dormido.

—¿Quién? —pregunté, ajustando el espejo retrovisor sin necesidad alguna.

—¿Quién? —repitió. Pude ver por el rabillo del ojo que me miraba—. Georgia, la mujer guapa del avión. Noté cómo la mirabas.

—Es guapa. —Decirle otra cosa hubiese sido estúpido.

Levantó las manos.

—Bellísima. Toda una mujer. Nada de ese rollo de *puedo abrir un tarro de pepinillos por mi cuenta.*

Me reí.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

—No hay nada de malo en que una mujer abra su propio tarro de pepinillos —le contesté, defendiendo a las mujeres, ante todo. Por un segundo, pensé que era un eufemismo para referirse al vibrador que llevaba en la maleta, por encargarse de sus propias necesidades, pero mi padre realmente se refería a abrir un tarro de pepinillos.

—Por supuesto. Pero ¿por qué querrían hacerlo? —preguntó.

Tal parecía que sí hablaba del consolador y del placer autoinfligido.

—Cuando mi madre… —Joder. No. Nada de eufemismos—. Lo sé —proseguí, volviendo a su intención original porque no podía pensar en mi madre y en un vibrador al mismo tiempo—. Mi madre dejó que la cuidaras.

Murió hace quince años y la echaba muchísimo de menos. También mi padre, quien se había pasado la vida cuidando de ella como un caballero. No pude evitar sonreír al recordar que Andy había copiado eso y lo aplicó con Georgia.

Mi madre también había cuidado de mi padre, aunque él nunca lo dijera. Ni siquiera había tenido una cita desde que ella murió, no le interesaba volver a tener una relación formal con nadie. O, como él decía, no había encontrado otra mujer que le gustase para ayudarla con su tarro de pepinillos.

¿Y yo? Tuve una que otra relación seria, pero ninguna duradera. Quería conseguir el tipo de amor que tuvieron mis padres, pero a mi edad empezaba a preguntarme si alguna vez lo tendría. Por supuesto que había muchas mujeres en Hunter Valley a las que no les importaba salir con un padre soltero. Tenía la responsabilidad de un niño de primer grado y un trabajo peligroso que requería mucho de mi tiempo. Como jefe de bomberos, siempre estaba de guardia y pasaba la mitad de mis noches durmiendo en la estación. A Andy no le faltaba nada, pero yo no era rico. No me esperaba una jubilación en mi futuro, ni tenía jets privados a mi disposición como algunos de mis amigos. ¿Qué podía ofrecerle a una mujer, aparte de mi fuerza para abrir tarros?

Joder, últimamente no tenía tiempo ni de ir a la barbería.

—Exacto —dijo mi padre, pero ya me había olvidado de qué estábamos hablando—. Solo tienes que encontrar a la mujer indicada. Quieres a alguien que te quiera. Que te necesite.

Giré la cabeza, le dirigí una mirada aburrida y volví a centrarme en la carretera.

—Por supuesto, quiero una mujer que me desee.

—No me refiero a tu polla. Me refiero a tu corazón. —Miré por el retrovisor a Andy, que seguía profundamente dormido—. Después del fin de semana que tuvimos, no se despertará hasta mañana.

El sol se estaba poniendo, lo que significaba el final de otro día para el pequeño, así que mi padre probablemente tuviera razón.

—Me sorprende que aún estés lúcido.

Mi padre no era tan viejo, solo tenía sesenta y cinco años. Era ágil, le gustaba mantenerse ocupado y también se mantenía en forma. Pero dos días en Disney con un niño de seis años podían agotar a cualquiera.

Se echó a reír.

—Me iré directo a la cama en cuanto me dejes, pero estás desviando el tema.

Me encogí de hombros.

—No hay razón para desviar el tema. La mujer que venía sentada a tu lado es muy guapa. La ayudé con su maleta.

El cinturón que me había quitado era prueba de ello.

No dijo nada, así que continué sin estar seguro de si se lo decía a él o a mí mismo:

—Diez minutos en el aeropuerto no bastan para una relación. Mi corazón no tuvo tiempo de involucrarse. —Ni mi polla.

Estaba constatando una realidad, pero también era una vergüenza. No tenía ni idea de que me atrajesen las mujeres de talla grande, bastante arregladas y con acento sureño. Nunca me había planteado ver a una mujer que usara un consolador púrpura. ¿Acaso acababa de desbloquear un fetiche, como les gustaba decir a los colegas de la estación? Era muy excitante. ¿Georgia lo iba a usar en su habitación de hotel esta noche? Por supuesto que sí. ¿Para qué otra cosa lo empacaría si no era para usarlo?

Mi padre suspiró y me moví en mi asiento porque mi polla seguía jodidamente dura.

—¿Qué? —le pregunté, sabiendo que ese suspiro significaba mucho.

—Necesitas salir con alguien. Conocer mujeres. Echarte un polvo.

Apreté los dientes. No hablábamos mucho de sexo y ya era demasiado mayor para la historia de la cigüeña.

—Tengo un hijo, un trabajo con un horario de locos y la recaudación de fondos respirándome en la nuca. También acabo de conseguir el primer inquilino para el lugar sobre el garaje, que llegará esta noche en cualquier momento. Es demasiado difícil echar un polvo cuando estoy tan ocupado.

—Ningún hombre inteligente está demasiado ocupado para el sexo —dijo.

Fruncí el ceño ya que tenía razón.

—¿Me estás diciendo estúpido?

—Estoy diciendo... Joder, no sé lo que digo. Andy tiene razón, necesita una madre. Haces un trabajo increíble, hijo. Ese chico sabe que es amado por los dos, pero necesita una mujer en su vida. Necesita el amor de una madre, que es diferente al que cualquiera de nosotros dos puede darle. Además, una mujer con la que practicar esa caballerosidad.

Mi padre omitió algo que quedó flotando en el aire entre nosotros. Andy sí que tenía una madre, Tracy, mi hermana, su hija; pero no era una madre. Se hizo adicta a las drogas en la universidad y nunca pudo dejarlas. Milagrosamente, pudo mantenerse sobria durante su embarazo, pero prefirió las drogas por encima de su propio hijo una semana después de que naciera. Las prefirió por encima de su familia, se fue de Hunter Valley y no hemos sabido de ella desde ese día. Andy necesitaba una mujer que se quedara y lo eligiera a él primero.

—Tienes razón, sí que la necesita. Trabajo en ello —murmuré, parpadeando rápidamente.

Le vi arquear una ceja canosa cuando giré a la derecha en el cruce.

—Soy consciente de tu alocada vida y estoy orgulloso de lo que has conseguido —dijo—. Criar a un niño, ser jefe de bomberos.

No estaba en bancarrota, pero unos ingresos extra no me vendrían nada mal. Se nos ocurrió la idea de convertir el espacio inutilizado sobre el garaje independiente de la casa en un piso de alquiler a corto plazo. Hunter Valley era un destino turístico y yo estaba listo para sacarle

provecho. Estaba claro que no sería la nueva posada James Inn, pero con que los huéspedes se quedaran —y pagaran— me ayudarían con los ahorros para que Andy fuera a la universidad.

—Gracias —le dije, y lo decía en serio. Los elogios de mi padre tenían un valor especial para mí—. No podría hacerlo sin ti.

Como obsequiarle a Andy un viaje para conocer a Mickey Mouse y sus amigos.

Me hizo un gesto con la mano.

—Somos familia.

Tenía una casa propia a la vuelta de la esquina, pero se quedaba a dormir cuando yo trabajaba durante los turnos de veinticuatro horas en la estación de bomberos. Llevaba y traía a Andy de la escuela, lavaba la ropa, hacía las compras y cocinaba. Era un niñero, aunque no me atrevería a llamarle así en la cara. Era simplemente Gruñón, como Andy empezó a decirle cuando aprendió a hablar.

—Con o sin tu alocada vida, puede que tengas que esforzarte un poco más. Tienes que hacerte tiempo para una mujer.

—La mujer adecuada —aclaré. Era demasiado adulto para andar de farra, sin importar lo que quisiera mi polla.

—Lástima que no sea Georgia —dijo—. Me ha caído muy bien, y Andy seguro que también puso el corazón en ella.

Permanecí en silencio mientras giraba por la calle de la casa de papá, preocupado porque la obsesión de Andy por tener una madre no fuera sana.

—Sí. Andy tiene buen gusto. ¿Te ha contado algo de ella en el vuelo?

Me miró fijamente.

—Pensaba que no te interesaba.

—No dije que no me interesara, dije que no volvería a verla.

Se rio.

—Andy no le dio mucha oportunidad de hablar. —Me lo imaginaba—. Vive en un pequeño pueblo a las afueras de Atlanta.

—¿Georgia de Georgia?

—Sí. Ha venido a Montana por trabajo. No tiene hijos. Es divorciada.

—¿Andy le preguntó todo eso?

Me detuve en su garaje y aparqué la camioneta. Cúmulos de nieve permanecían en el césped delantero y las luces de los vecinos estaban encendidas. Todos estaban cenando o acomodándose para pasar la noche.

Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

—Por supuesto. Menuda mujer, aunque no traiga superhéroes en la ropa interior.

No pude evitar sonreír junto a él.

Sacudí la cabeza porque, incluso después de un breve encuentro, sentía una punzada de decepción por no volver a ver a Georgia.

—Con superhéroes o encaje lavanda, solo ha sido una hermosa mujer en el aeropuerto. Nada más. No volveré a verla.

# 6



MAC

¡JODER, qué equivocado estaba!

Dos horas más tarde, la hermosa Georgia de Georgia, estaba en mi porche.

# 7



GEORGIA

—¿MAC? —pregunté, parpadeando ante el apuesto hombre que estaba en la entrada. El delicioso aroma ahumado como de perritos calientes que emanaba de él me hizo agua la boca. ¿O se debería a que el mismísimo Mac me apetecía tanto? No había cambiado desde que le vi en el aeropuerto menos de dos horas antes, tampoco el hecho de que hubiera visto mi ropa interior en el suelo de la cinta transportadora de equipajes y mi consolador.

¡Mi consolador!

Me sentía lo suficientemente cómoda con mi sexualidad como para usar uno, meterlo en la maleta y llevarlo a un viaje de trabajo, pero se suponía que debía permanecer resguardado en mi maleta, en la más absoluta intimidad. ¿Por qué no se volcó la caja de tampones? Claro que eso también habría sido vergonzoso, pero Andy no habría estado a los gritos señalando mi submarino de juguete.

Aunque mi atracción por este papá soltero con padre simpático e hijo adorable había sido innegable, me moría de ganas de huir del aeropuerto y no volver a verle nunca más de tanta vergüenza. Sin embargo, ni siquiera dos horas después, parecía que me encontraba frente a él una vez más. ¿Cuáles eran las posibilidades? Los ojos de Mac estaban tan abiertos como los míos.

—¿Georgia? ¿Qué haces…?

—Lo siento, debo haberme equivocado —dije rápidamente, mirando a mi alrededor tratando de averiguar en dónde había metido la pata—. Busco a Andrew MacKenzie.

Por costumbre, levanté la mano para tocarme el pelo y la bajé rápidamente. Mi pelo estaba bien, me había mirado en el espejo del coche después de aparcar en la acera y también me había vuelto a pintar los labios.

Miré el número de la casa junto a la puerta y luego volví a mirarle a él. Sí, era aquí.

Entonces, ¿por qué era él quien abría la puerta? Aunque, si era el comité de bienvenida de cada parte de mi viaje, no debería quejarme.

El problema era que ya había visto mi juguete sexual y sabía que me gustaban grandes, vibratorios y de silicona. Si mi madre se enterara de lo ocurrido en la cinta transportadora de equipajes... bueno, no quería ni pensar en cómo reaccionaría. Peor que la vez que se me metió la parte trasera de la falda escocesa entre los muslos cuando tenía cinco años, o el primer desastre del concurso, o el segundo. Tenía una lista de veces en las que la había avergonzado. Era larga y se remontaba a mucho tiempo atrás.

La conciencia le iluminó los ojos oscuros.

—Ese soy yo. Andrew MacKenzie, pero me llaman Mac. Demasiados Andrews en la familia.

No tardé mucho en darme cuenta.

—Cierto. Tu padre es...

—Drew —respondió.

—Y Andy es…

—Andrew MacKenzie II.

—Bueno, Mac, estoy aquí por el alojamiento.

—El antiguo garaje de carruajes, claro. —Se pasó una mano por la nuca—. Bueno, así aparece en internet para que suene elegante, pero no es más que un piso sobre el garaje, en la parte trasera.

Señaló por encima del hombro en ese sentido sin quitarme la vista de encima.

—Ah. Vale. —Pero no quería quedar como una completa torpe por segunda vez—. Bien. Entonces soy tu inquilina.

Como si fuera posible, parecía aún más sorprendido.

—¿Tú?

Asentí.

—Sí, qué pequeño es el mundo, ¿eh? —solté una breve carcajada y le ofrecí mi patentada sonrisa de concurso de Georgia Lee Gantry—. He venido a Hunter Valley por James Corp por un tiempo, así que ellos, bueno, Bradley, me alojó aquí.

—¿James Corp? Pensé que te hospedarían en su posada.

Negué con la cabeza.

—No hay disponibilidad. Está todo ocupado.

—Bien por ellos. Conozco a los hermanos James, especialmente a Theo.

—No los he conocido. Soy nueva en la empresa.

Nunca había estado en la oficina de James Corp de Denver. Mi primo Bradley me habló del trabajo de relaciones públicas aquí en Hunter Valley y, ansiosa por largarme de Calhan, presenté mi currículum. Sorprendentemente, me dieron el puesto y estaré aquí un par de semanas colaborando en un proyecto temporal.

James Corp había ofrecido recursos en una recaudación de fondos local con la esperanza de

que un experto pudiera hacer que el evento pasara de tener unos resultados satisfactorios a ser todo un éxito. Cada vez que pensaba en ello, me ponía nerviosa al recordar que yo era la experta, pero Bradley me conocía, sabía de mi experiencia y pensaba que yo era la mujer indicada para el puesto. No lo discutí con Bradley, ni con el departamento de recursos humanos que me contrató, ni por el hecho de que me trajera hasta aquí.

Tras notar que Mac fruncía el ceño, relajé el rostro. Quizá conociera el contenido de mi maleta, pero yo no le daría los tristes detalles de mi vida; como el hecho de que venir a Montana prácticamente me estaba salvando la vida. Bueno, eso puede que sea un poco drástico, pero salvando mi cordura, seguro. Había estado junto a un perdedor durante demasiados años. Le creí cuando me dijo que no estaba listo para tener hijos y me hizo perder el tiempo hasta que fue demasiado tarde.

Ahora, ya divorciada y con un reloj biológico que apenas marcaba la hora, Art había vuelto a casarse y tenía un bebé en camino.

Él. Un bebé.

«Supongo que no quería tener uno contigo», me había dicho, enfatizando el *contigo*.

¿Cómo iba la canción? *It's me, hi. I'm the problem, it's me.*

Porque mientras Art estaba de vuelta en Calhan con su nueva mujer embarazada eligiendo un miniván y tomando clases de parto, yo estaba en un pequeño pueblo de Montana, a solas con mi vibrador para no tener que vivir —ni siquiera temporalmente— con mi madre ni un segundo más.

Mac me miró fijamente y yo le devolví la mirada.

—Bien —dijo finalmente, espabilándose. Cogió las llaves de un bol de cristal que había en una mesa auxiliar y salió, cerrando la puerta tras de sí—. Vamos a instalarte.

Me aparté y le seguí por el camino que bordeaba la casa.

En abril, Calhan estaba en plena primavera. Las mujeres llevaban vestidos de verano y sandalias, los árboles lucían frondosos y los pimpollos comenzaban a florecer. Aquí el aire era limpio, fresco y frío. Tan frío que podía ver mi aliento. Incluso había aún algunos cúmulos de nieve en el suelo y el agente de alquiler de coches me aconsejó que cogiera un todoterreno, ya que la nieve caía hasta finales de mayo. En Calhan no había nevado ni una sola vez este invierno.

Solo esperaba haber empacado la ropa adecuada en mi única una maleta, un equipaje de mano y un enorme bolso que, para mí, era andar ligera de equipaje.

La casa de Mac quedaba en lo que parecía ser la parte más antigua del pueblo, cerca de la calle principal. Era de dos plantas, de una mezcla de piedras y, por lo que pude ver en la oscuridad, un revestimiento de madera clara. Los sensores de movimiento encendieron las luces exteriores, iluminando nuestro camino hacia un garaje independiente en la esquina trasera de la parcela. Un columpio colgaba de un gran árbol que probablemente daba sombra a todo el patio en verano. La terraza estaba vacía, salvo por una gran parrilla junto a la puerta trasera, donde se extendía una pérgola. Imaginé que era un lugar perfecto para pasar el rato en verano.

Cuando Mac se detuvo, casi me choqué con él.

—¿Dónde está tu equipaje?

—En el coche rentado —le dije, señalando con el dedo por encima del hombro.

Tras volver a empacarlo todo en el aeropuerto, Mac había cerrado rápidamente la maleta y envolvió su cinturón alrededor de ella, asegurándola. Al mismo tiempo, el equipaje de Andy y el de su abuelo aparecieron en la cinta transportadora. Con las maletas en mano y sin motivos para demorarnos, nos despedimos y cada uno se fue por su lado. Andy me miró por última vez y se despidió con una mano antes de que me dirigiera a recoger el coche de alquiler, buscar algo para cenar y ponerme en marcha hacia Hunter Valley. Empezaría el trabajo de relaciones públicas por la mañana y necesitaba instalarme.

Nunca imaginé que sería instalada encima del garaje de Mac.

—Bien.

Le seguí por una escalera exterior a un lado del garaje, lo que me hizo disfrutar de la vista de su culo muy redondo y tonificado mientras subía.

Aunque hacía unos cinco grados de temperatura, no tenía frío. Además, ¿quién necesitaría un abrigo para mantenerse caliente con estas vistas?

Tras girar la llave y abrir la puerta de un empujón, Mac metió la mano y encendió la luz.

—Adelante. Buscaré las maletas en tu coche.

Se dio la vuelta, abriéndose paso entre nosotros por los estrechos escalones. Podía sentir el calor de su cuerpo y el penetrante olor a jabón, o a hombre, o a loción, o… a él. Sí, no sentía nada de frío.

Entré y observé el lugar. Era un piso grande con el techo a dos aguas. Una cama de matrimonio ocupaba la mayor parte del espacio y, enfrente a ella, había una tele sujetada a la pared, encima de una chimenea eléctrica. Había una cómoda de roble en un rincón, junto a una mullida silla de lectura a un lado de la ventana que daba al patio trasero. Junto a la puerta de entrada había una pequeña cocina con una mininevera, un fregadero, hervidor eléctrico y microondas; y otra puerta que daba al cuarto de baño y desde donde podía ver el lavabo de pedestal y una luz de emergencia enchufada junto al espejo.

Dudaba que Mac se hubiese encargado de la decoración —porque no parecía el tipo de hombre que pone una fotografía enmarcada de un paisaje— pero la paleta de colores del piso incluía colores canela y azul marino. El espacio era masculino sin dejar de ser cálido y acogedor. Era realmente agradable.

Los pesados pasos de Mac me indicaron que volvía subiendo los escalones. Mis maletas chocaron con el marco de la puerta cuando entró y las dejó a un lado. Suspiró, se pasó una mano por el pelo y recuperó el aliento.

—No soy muy bueno con el tema de la bienvenida, lo admito. Soy nuevo en esto del alquiler. De hecho, tú eres mi primera huésped. Las toallas están en el estante encima del váter y el termostato está junto a la puerta. Aquí está el interruptor de la chimenea. —Lo pulsó en la pared

y las llamas falsas se encendieron—. Debería calentar este espacio mejor que la caldera si necesitas hacerlo más cálido, pero no hace demasiado frío ahora, así que no estoy seguro de si lo necesitarás.

La chimenea brillaba en todo su pretendido esplendor y se empezaba a notar el calor que emanaba desde el pequeño ventilador que no necesitaba de leños ni limpieza. Solo encendido y apagado. Mi tipo.

—¿No hace demasiado frío? —pregunté.

Él sonrió y mi coño se apretó.

La noche fría, una habitación acogedora, cama enorme, chimenea encendida, un hombre ardiente.

—Bienvenida a Montana.

Cierto. Yo era su invitada, no su amante. Miré a mi alrededor y luego le miré a él.

—Está muy lindo. Gracias.

—La chimenea fue idea de mi padre —dijo, como si intentara encontrar algo que decir—. Esto era solo cajas y trastos, pero pensamos que sería una buena forma de conseguir algunos ingresos extra.

—Inteligente.

—Sí. Siempre que los huéspedes no sean pesados. —Hizo una mueca y se frotó el cuello—. Joder, no digo que tú lo seas.

Sonreí.

—No, no lo soy.

Estábamos a solas; sin Andy, sin su padre. Mac no era un hombre enorme, pero hacía que el lugar pareciera chico. Me sentía pequeña durante nuestras conversaciones triviales. Tan solo éramos él, yo y una habitación con una cama grande.

Me di una bofetada mental porque ¿por qué querría Mac llevarme a la cama, tumbarme en las sábanas y hacerme gritar Aleluya o alabar a Dios, más que en un bautizo de un domingo por la mañana? Si tan solo hubiera perdido unos kilos o no le hubiera demostrado que estaba tan sola y desesperada por una polla trayendo conmigo un vibrador, quizá, solo quizá, tendría pensamientos traviesos conmigo.

—Eh, desempacaré la maleta y me aseguraré de devolverte el cinturón —le dije, apartando por fin la mirada.

Sonrió y, de repente, se me endurecieron los pezones.

Se acercó un poco más.

Espera. ¿Acaso iba a besarme? Madre mía de mi vida.

Dio un paso más. Tragué saliva.

Su mirada se posó en mi boca.

Joder, otro paso.

Me lamí los labios y levantó la mano para acariciarme el cuello.

Pero no, no fue para acariciarme el cuello, sino para sostener un llavero entre nosotros.

Mi coño lloraba de la vergüenza. Y de decepción.

—Tus llaves —dijo con voz ronca—. A menos que necesites ayuda con algo más.

Mi mente se puso a volar. Sí, tenía muchas cosas con las que podía ayudarme. Quitarme la ropa, para empezar. Darme un orgasmo, también. Ya había visto el vibrador, así que conocía mis expectativas en cuanto al tamaño de una polla.

Yo tenía treinta y cinco años y no me sacrificaría de nuevo después de Art. Nada de pollas pequeñas. Nada de egoísmo. Esperaba que uno de los principios de Mac para ser un caballero fuese: las damas primero. Entonces podría dejar de ser amable. A veces una mujer lo que quería era una buena nalgada. ¿Verdad? Dura. Fuerte.

Sus ojos oscuros se clavaron en los míos y luego se dirigieron a mi boca, mirándola como si quisiera arrancarme el carmín con un beso. Que Dios tuviera piedad de mí. Era intenso.

Tragué saliva con fuerza.

Tenía las bragas húmedas y no pude evitar retorcerme. Quizá tardé demasiado en contestarle. Quizá no se refería a las distintas formas en que podía satisfacerme sexualmente. Tal vez en realidad quería saber si necesitaba ayuda con algo más en el piso.

Sin importar cual fuera la opción, tardé demasiado en contestar porque me prosiguió:

—Me voy al trabajo temprano, así que mi padre estará aquí con Andy. Lo alistará para ir a la escuela y luego lo llevará. Prepárate para cuando Andy se entere por la mañana de que te alojas aquí. Seguramente querrá que seas su proyecto escolar en lugar del sombrero de Mickey Mouse.

No me preocupaba un niño de seis años. Andy era dulce, brillante y llenaba el enorme vacío que tenía en mi corazón por no tener un hijo mío. Era su padre quien representaba un gran problema.

Un problemón fuerte y fornido.

# 8



GEORGIA

CUANDO MAC se marchó y pude controlar mis hormonas... vale, no las había controlado del todo, pero al menos estaba lejos de aquella intensa mirada y de sus potentes feromonas, deshice la maleta y colgué la ropa. Solo había cinco perchas en el pequeño armario, así que no me llevó mucho tiempo, pero tuve que extender lo demás encima de todas las superficies disponibles para eliminar cualquier arruga tras el apresurado reempaquetado después de la explosión de maleta en el aeropuerto. No había encontrado una plancha, así que tendría que preguntarle a Mac si tenía. O comprar una, porque evitarle durante todo el tiempo que estuviera en el pueblo era mi nuevo objetivo. Lo único peor que el hecho de que mi atractivo casero me viera las bragas y el vibrador era que... bueno, no se me ocurría nada.

Continué con mi rutina de cuidado de la piel, me cepillé los dientes, me pasé el hilo dental, me puse la guarda nocturna y me metí bajo el grueso cobertor de plumas. Cuando me disponía a enchufar el móvil a la corriente, vi el mensaje de Keely:

> ¿Ya has llegado? ¿Te ha comido un oso? En caso de ser así y siendo yo tu mejor amiga, ¿puedo quedarme con tu chaqueta de piel falsa de leopardo?

Me había dejado en el aeropuerto esta mañana, así que debía de haber estado esperando la excusa adecuada —devorada por fauna hambrienta— para heredar ese abrigo.

> Ya estoy aquí vivita y coleando.

¿Que si me ha comido un oso? ¿Qué tal si me comiera Mac? Puse los ojos en blanco por mis pensamientos traviesos. Ese hombre estaba buenísimo. B.U.E.N.Í.S.I.M.O. Y yo era una soltera

excitada en plena sequía.

Vi a tu madre en el Piggly Wiggly cuando fui a por más salsa de queso.

Puse los ojos en blanco y todos los pensamientos atrevidos se esfumaron.

¿Qué te ha dicho?

Nada, me escabullí en el pasillo de higiene femenina. Pensé que como está menopáusica no iría por ahí.

Inteligente.

Sassy estaba con ella. ¿Cómo consigue esos rizos tan perfectos?

Keely se refería al pelo de Sassy. Era rizado por naturaleza, pero todos los días se lo alisaba y luego se lo ondulaba con un rizador, de modo que en lugar de bonitos tirabuzones naturales tenía ondas playeras por encima de los hombros. Tardaba una hora. Todos los días.

Te regalaré la rizadora para tu cumpleaños.

Tommy y Sally Ann estaban con ellas. Juraría que venían de una sesión de fotos de moda o de la iglesia.

Mis sobrinos tenían tres y cinco años. Siempre vestían camisas con cuello. Las zapatillas eran solo para hacer ejercicio pues, según mi madre, su suciedad mancillaba el semblante de los niños, sobre todo si se trataba de una mañana con el Señor. Su presencia en la iglesia no tenía que ver con la fe, sino con las apariencias.

A diferencia de mí, que me he recogido el pelo en un moño, nada de maquillaje, y con la sudadera de Johnny cubierta de polvo de Cheetos.

Keely y yo nos conocimos en el concurso Pequeña Señorita de Calhan cuando teníamos seis años. Yo quedé segunda y Keely se cayó del escenario durante su actuación. Lo único, aparte de mi peso o mi incapacidad para girar la batuta, a lo que mi madre culpaba de mi siempre mala actuación en los concursos era a la influencia de Keely. Así fue cómo nos convertimos en mejores amigas y seguimos siéndolo para disgusto de mi madre. En retrospectiva, ella me había salvado.

Entonces vas de persona normal.

A Keely le gustaba estar guapa, pero no basaba su vida en su aspecto, sobre todo después de tener tres críos salvajes y mugrientos que le ocupaban la mayor parte de su tiempo. Si Keely

necesitaba más queso, no iba a peinarse ni a maquillarse para ir a buscarlo. Si quería más salsa de queso, nada se lo impediría.

Exacto. Sabes cuánto mi madre y mi hermana odian verse normales.

Ellas nunca lucían normales; siempre tenían un aspecto perfecto y ni una sola vez las había visto comer patatas fritas y queso. Sí, definitivamente aprendí de ellas a vestirme bien y a lucir lo más presentable posible. Después de tres décadas de escuchar a mi madre decir constantemente que una mujer nunca sale de casa sin la cara puesta, el cabello arreglado y la ropa que representa el orgullo que tiene de sí misma, me sentía desnuda sin maquillaje e incómoda sin zapatos de tacón. Puede que estuviera adoctrinada, pero no aceptaba todo a ojos cerrados.

Te dejo. Noche de sexo.

Suspiré, deseando que la noche de sexo significara para mí algo más que un vibrador. Cielos, pensar en Mac quitándose el cinturón de los pantalones…

Perra suertuda. Saluda a Johnnie de mi parte.

Lo haré. ¡Déjalos boquiabiertos mañana!

Dejé el móvil en la mesita de noche y apagué la luz. Mañana sería la intermediaria en la recaudación de fondos de la Corporación James. Podía hacerlo, tenía que hacerlo.

# 9



MAC

DORMÍ MUY MAL. Bueno, en realidad no pude dormir de tanto dar vueltas en la cama pensando en Georgia, en su mirada cuando me acerqué a ella con la llave del piso. Sus ojos se abrieron de par en par, su cabeza se inclinó hacia atrás para sostener mi mirada y el pulso le palpitaba a lo largo del cuello… Joder, hasta sacó la lengua para lamerse aquellos labios brillantes.

Me hubiese gustado besarla y tumbarla en la cama. Al diablo eso, mejor hubiera sido apretarla contra la pared y darle una muy personal y completa bienvenida a Montana. Pero no, me contuve. Tuve que controlar mi interés desde que la vi por primera vez caminando por el aeropuerto.

¿Cómo demonios la mujer que se sentó al lado de Andy y de mi padre en el avión resultó ser la inquilina del piso del garaje? ¿Por qué tenía que estar tan buena? ¿Por qué tuve que ver su sensual ropa interior y saber que le gustaba cubrirse el coño con un delicado encaje? ¿Por qué tenía que imaginar que probablemente se follaba hasta dormirse, a diez metros de distancia de mí, con ese enorme vibrador púrpura?

Aquellos pensamientos solo consiguieron ponerme cada vez más duro, hasta que no pude aguantar más y empecé a tocarme para aliviarme un poco antes de dormir, pero entonces soñé con una mancha de pintalabios rojo por toda la base de mi polla, lo que por supuesto significaba que tendría que liberarme nuevamente en cuanto me despertara. Ni de coña iba a salir así de casa. Si me presentaba en la estación de bomberos con esta erección, los médicos me examinarían por priapismo, es decir, por tener la polla siempre dura.

Por suerte, me fui antes de que Andy se despertara, pero tuve que contarle a mi padre de Georgia cuando llegó a casa a las seis y media, como lo hacía de costumbre los días que yo estaba de turno. Lo hice de inmediato, no solo porque no tenía mucho tiempo, sino porque no

quería pensar demasiado en por qué ella estaba en mi cabeza.

—Georgia es la inquilina del piso —le dije, cerrando la puerta tras él y echando un vistazo hacia el garaje.

Mi padre colgó el abrigo en uno de los ganchillos de la pared y me miró mientras se quitaba el sombrero. El pelo canoso le sobresalía por todas partes.

Caminó directo a la cocina a por café.

—¿Georgia? ¿La mujer del avión?

Asentí y le seguí.

—Llegó anoche. Resulta que trabaja para James Corp y la han alojado aquí.

Soltó una carcajada mientras llenaba una taza que sacó del armario.

—Justo anoche decías que no volverías a verla.

Lo fulminé con la mirada, cogí mi *walkie talkie* de bombero de la encimera y me fui. Aún alcanzaba a oír su risa y hasta me pareció escuchar:

—Esto va a ser divertido.

Diez minutos después, entré a la estación.

—Buenos días, jefe.

Saludé con la mano y fui directamente a por mi segundo café del día. Una cafetera regular nos resultaba demasiado pequeña, así que teníamos una de tamaño comercial que nos mantenía constantemente abastecidos del café de Steaming Hotties. Eve nos donaba generosamente los granos para satisfacer nuestras necesidades de cafeína.

—Anoche vi un coche desconocido frente a tu casa —me dijo Noah Flowers.

Noah era uno de los tenientes de bomberos, tenía casi mi edad, tres hijos, se estaba quedando calvo y lucía un tatuaje de Bob Esponja en el bíceps derecho, que se hizo en la universidad cuando perdió una apuesta. Era un buen hombre, pero por desgracia vivía calle abajo de mí y era un maldito entrometido.

—Por fin he alquilado el piso encima de mi garaje —le dije.

Sonrió y me apartó del camino para volver a llenar su taza.

—¿Ah, sí? Es temporada de lluvias, no debe ser un esquiador ni un excursionista.

¿Era bombero o detective?

—Es una mujer que trabaja para James Corp.

Sus pobladas cejas se alzaron.

—¿Ah, sí? ¿Es guapa?

Me apoyé en la encimera y me crucé de brazos mientras le veía echar demasiada azúcar al café.

—¿No deberías preguntar si es lista?

Frunció el ceño.

—¿Ah?

—Sí, Pansy —le dijo María Grasu, llamándole por su apodo—. Apuesto a que si fuera un

chico el que se alojara en casa de Mac no le preguntarías si es guapo.

—Por supuesto que no —dijo Flowers, ofendido—. Has dicho que Andy ha sido claro con respecto a querer una madre. Marissa dijo que lo mencionó en clase el otro día.

Marissa era su hija mayor y asistía a la misma clase que Andy.

La mirada de María cambió de molesta a curiosa.

—En ese caso, tiene razón Mac. ¿Es guapa?

Suspiré. Éramos un grupo bastante unido, pero a veces deseaba que no supiéramos nada de la vida de los demás.

Me pasé una mano por la nuca.

—Sí, es guapa.

Guapa era un eufemismo, Georgia era jodidamente preciosa.

Ambos se miraron e hicieron sonidos tontos de besos como si estuvieran en cuarto grado.

—¿Quién es guapa? —preguntó Marcus Van Routen, viniendo desde el gimnasio y secándose la cara con una toalla de mano.

—La inquilina de Mac en su nuevo alquiler de vacaciones.

—¿El espacio sobre el garaje?

Asentí.

—¿Andy sabe de ella? —preguntó Flowers.

—Llegó anoche después de que él se fuera a dormir.

No pensaba decirles que se conocieron en el avión.

—Menos mal —dijo Van Routen, dándome una palmada en el hombro de camino al fregadero para llenar su botella de agua—. Si no, hubiese planeado tu boda antes de irse al colegio.

Fruncí el ceño.

—No me casaré con ella.

—Hay cosas peores —dijo Flowers, metiendo una cuchara en el lavavajillas—. Es guapa y se hospeda en tu propiedad.

—Ni siquiera sabes si tiene ochenta años o es soltera.

María negó con la cabeza.

—Es imposible que alguien de ochenta años baje y suba esas escaleras. ¿Cuántos años tiene?

Me habían ayudado a trasladar algunos muebles desde la casa de mi padre al piso del garaje el mes pasado. A mi padre le sobraban muchas piezas después de vivir allí durante más de treinta años, pero tuve que comprar un colchón nuevo.

Esta gente sabía demasiado.

Me encogí de hombros.

—Treinta y tantos. No estoy buscándole una madre a Andy —dije, pasándome una mano por el pelo.

Aquello era demasiada presión. No me acostaba con una mujer desde hacía un año, así que

las posibilidades de casarme con una eran realmente escasas.

—Hablo de una mujer para ti —dijo Van Routen, señalándome.

—Sí, necesitas una mujer —dijo María.

—¿Una esposa? Es lo mismo —repliqué.

Van Routen negó con la cabeza.

—Una cita, joder. Tal vez un polvo de una noche.

Me enganché el *walkie talkie* de la estación de bomberos en el cinturón, sin interés alguno en continuar con esta conversación sobre mi historial de citas o mi vida sexual.

Eso me hizo recordar que le había dado mi otro cinturón a Georgia, cuando estaba de rodillas mirándome y… «¡BASTA YA! ¡Deja de imaginártela chupándote la polla!»

—No voy a traer a una mujer a la vida de Andy para que luego se marche.

—Ya ha pasado, ¿verdad? —recordó Flores—. ¿Cómo se llamaba? ¿La rubia? —Se giró, apoyándose en la encimera y dando un sorbo a su café.

—Carrie —dijo María.

—Teri —la corregí—. Andy tenía dos años cuando salí con ella. Sería peor ahora.

Teri era la última mujer con la que había salido en plan serio. Nos vimos durante tres meses; era una agente de seguros, simpática, guapa, y le caía bien Andy, pero al final, ella no quiso cargar con el hijo de otra. Ni siquiera estaba segura de querer uno propio. Andy lloró durante varios días porque la echaba de menos, pero como era tan crío, rápidamente la olvidó. Lo último que supe de Teri era que se había mudado a Helena. Otro recordatorio de que las mujeres no se quedaban.

—No tiene por qué saberlo —dijo Van Routen.

Negué con la cabeza y me reí.

—Se hospeda en el alojamiento del garaje. Lo sabrá.

Probablemente pensaría que Papá Noel lo había preparado todo.

—Tu padre se acostó con tu madre durante veinte años sin que tú lo supieras.

Fruncí el ceño y mi erección se esfumó.

—Cielos, Flowers. ¿Qué te pasa?

Levantó una mano.

—¿Crees que la gente con hijos nunca tiene sexo? Solo tienes que ser creativo. Dices que ayudabas a la mamá con la colada. Buscabais algo en el sótano. ¿Cómo crees que la gente llega a tener más de un hijo? —Arqueó las cejas—. Yo tengo tres.

María, Van Routen y yo pusimos los ojos en blanco casi sincronizadamente.

—Solo digo que no hay nada de malo en divertirse un poco —continuó—. No tiene que ser la nueva madre de Andy.

—Estará aquí por poco tiempo —refunfuñé. El equipo al que le confiaba mi vida en un incendio me empezaba a fastidiar.

Flowers dejó la taza, fue al armario y sacó una caja de cereales. Cuando estábamos de turno

de veinticuatro horas, comíamos en la estación.

—Exacto. Ella sabe que no se quedará; tú también lo sabes. Diviértete un poco.

Suspiré, miré mis botas gastadas y puse las manos en las caderas. Quería divertirme con Georgia, tenía una larga lista de cosas que podíamos hacer.

Van Routen bebió un buen trago de agua y se limpió la boca con el dorso de la mano. —¿Cuál es el problema, jefe? Esa no es la mirada que debe tener un hombre cuando tiene pensamientos atrevidos con una mujer guapa.

—Me gusta divertirme —respondí—. Pero ¿con Georgia viviendo arriba del garaje y Andy obsesionado con conseguir una madre? Es peligroso. Ella es peligrosa.

Van Routen lo pensó un momento y luego asintió.

—De acuerdo. Mantén distancia, entonces.

La alarma sonó con una llamada de emergencia, dejamos todo y corrimos al hangar a por nuestros equipos y camiones.

# 10



MAC

LA LLAMADA CORRESPONDIÓ a un incendio provocado por grasa en una de las cocinas de los edificios de la estación de esquí de Hunter Valley. El sistema de extinción de incendios se activó automáticamente y sofocó las llamas como debía, pero tuvimos que asegurarnos de que no hubiera focos activos y tratar algunas llamas leves.

Todo eso me hizo llegar una hora tarde a la reunión por la recaudación de fondos, pero dado que salvar vidas y propiedades era mi máxima prioridad, todo el mundo sabía que podía retrasarme o no presentarme. Como jefe, era responsable del personal, del papeleo y de los proyectos sociales, como los actos benéficos. Este año, el plan de recaudación de fondos consistía en celebrar una cena mexicana, en lugar de un desayuno con tortitas como el año pasado.

El dinero recaudado se destinaría al club infantil que se añadiría al centro comunitario, el cual sería para a ayudar a los niños, proveyéndoles de un lugar seguro para antes o después de la escuela; así como descansos, tutorías, asistencia laboral para adolescentes y más.

El camión de bomberos estaba de vuelta en la estación y el equipo se disponía a realizar sus tareas matutinas de lavado de camiones, enrollado de mangueras y cualquier otra actividad que hubiera que hacer entre llamada y llamada. Caminé hacia una de las salas multiusos que se utilizan para todo, desde cursos de formación hasta reuniones. Con suerte, llegar tarde significaba que me había perdido la elaboración del programa de voluntarios, aunque también esperaba no tener que hacer la compra; odiaba ir a la megatienda a buscar ingredientes como quince kilos de alubias rojas.

Empujé la puerta.

—Siento llegar tarde. Hubo un incendio en una cocina y...

—…esta opción tendría la mayor cantidad de…

Me paralicé. Joder, era Georgia. La Georgia del avión. Primero en el piso del garaje y ahora en mi estación de bomberos, frente al comité de recaudación de fondos. Interrumpió su discurso y se quedó boquiabierta mientras me miraba fijamente. La forma en que se le sonrojaron las mejillas no me pasó desapercibida, la había interrumpido, sorprendiéndola, pero ella también me sorprendió a mí.

La examiné de arriba abajo. Traía puestos zapatos rojos brillantes de tacón, pantalones negros de boca ancha, un jersey blanco de cuello alto y pendientes de aro plateados. Tenía el pelo medio recogido, que le resaltaba su cara redonda. Llevaba los labios pintados del mismo rojo que los zapatos, colorete en las mejillas y los ojos oscuros bordeados de largas pestañas.

Me había liberado dos veces desde que la vi la noche anterior y en ambas oportunidades no conseguí borrarme de la mente la imagen de su belleza. Por supuesto que ahora le añadiría esos tacones altos y poco más en el futuro.

Al igual que ayer, estaba arreglada, y aunque llevara pantalones, iba bastante elegante para una reunión por la recaudación de fondos para una cena mexicana. Alrededor de la mesa rectangular se encontraba el resto del comité: Patrick, del segundo turno; la alcaldesa y Maverick James. Los ignoré a todos.

—Georgia. —Fruncí el ceño—. ¿Qué haces aquí?

Se sonrojó y esbozó una sonrisa.

—Mac. Eres... bombero.

Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo y se fijó en mi uniforme. Estaba soltero, pero no era un cura, por lo que sabía cuándo le gustaba a una mujer por la forma en que me miraba.

—Jefe de bomberos, en realidad.

—¿Jefe? —susurró.

—¿Qué haces aquí? —pregunté mirando a mi alrededor—. Esta es la reunión por la recaudación de fondos, ¿verdad?

Tal vez me encontraba en el lugar equivocado. ¿Acaso era en el Ayuntamiento? No, la alcaldesa también estaba aquí.

—Lo es —dijo Mav antes de inclinarse sobre la mesa y tenderme la mano a modo de saludo. Hacía unas semanas que no le veía, específicamente desde el concurso de lanzamiento de troncos en el patio de Daniel Pearson—. ¿Os conocéis?

Asentí.

—Me alojo en su piso de alquiler —dijo Georgia con las manos cruzadas.

La mirada de Mav pasó de ella a mí y se tomó un momento para reflexionar.

—¿Bradley lo reservó?

Ella asintió.

—Es mi ayudante —aclaró Mav para los que no lo sabían, incluido yo—. También el de mi hermano. Bueno, prácticamente dirige James Corp.

—Está muy bien —elogió Georgia. Era generosa al decir eso, ya que era la empresa de Maverick la que me pagaba la noche, pero así era la vida en un pueblo pequeño: un montón de vidas superpuestas.

—Me alegro de verte —dijo Mav—. Gracias por alojar a mi nueva empleada.

—Supongo que debí haber cobrado más —bromeé. Todo el mundo sabía que James Corp era un negocio multimillonario.

Mav se acomodó en su asiento.

—Theo me habló de la recaudación de fondos y de los planes para el club infantil.

Theo era el hermano de Mav y, de los cuatro James, era a quien mejor conocía. Era uno de los médicos del pueblo, pero también participaba en los entrenamientos de bomberos. Un buen amigo.

Continuó:

—Aunque no hay nada malo en una buena cena mexicana como en los viejos tiempos, Bridget ha estado impulsando que James Corp haga esfuerzos filantrópicos locales y cree que tenemos un potencial sin explorar. Hizo los cálculos y, bueno, sabes que se le ocurrió lo mejor.

Conocía a Bridget Beckett y sabía de su inteligencia. Fui al colegio con su hermana mayor Lindy, que casualmente se había casado con el hermano de Mav, Dex. Bridget y Maverick se conocieron el verano pasado, cuando él vino al pueblo para continuar la construcción de la posada James ya en marcha. Ahora la posada estaba funcionando y Mav era residente permanente de Hunter Valley. No me sorprendería que él y Bridget se casaran en un futuro no muy lejano.

—Bien —dije, sacando una silla y tumbándome.

—Hemos contratado a Georgia para ofrecerle su experiencia al pueblo y que la recaudación de fondos tenga el mayor éxito posible. Estábamos escuchando algunas de sus grandes ideas.

—¿Sobre una cena mexicana? —pregunté, desviando la mirada hacia ella—. Ya tenemos planeada la opción vegetariana y, por supuesto, siempre podemos añadir tortillas.

Estaba hambriento, y con solo pensar en unas tortillas de maíz se me hacía agua la boca. Georgia permanecía de pie al final de la mesa con porte de político, o más bien con el porte de un miembro de la realeza entrenado para mantenerse en pie.

—No. Sobre otras opciones de recaudación de fondos —dijo—. Mientras ustedes se ocupaban del incendio de la cocina, el comité ha elegido otra opción.

El comité éramos la alcaldesa, Patrick, Maverick y yo. Y ahora también Georgia.

Fruncí el ceño.

—¿Estás… cediendo el tiempo de una de tus empleadas durante las próximas semanas para que trabaje en el evento? —Mirando a Georgia, le pregunté—: ¿Es por eso que has venido aquí?

—Sí.

Mav sonrió.

—Georgia ha venido a hacerlo realidad, junto a una importante donación de James Corp al

Club Infantil. Esto pondrá en marcha el programa para que los niños tengan un lugar al que ir cuando terminen las clases, durante el verano —añadió la alcaldesa. Parecía encantada con la cuantiosa donación. Mary Morris llevaba poco más de un año como alcaldesa con bastante buena aceptación, pero que consiguiera implicar a James Corp y a su gran cartera sí que era un logro—. Campamentos, educación vial. Bridget y Mallory encabezarán los programas educativos de recuperación.

Bridget era profesora de Física en el instituto y un genio de las matemáticas, mientras que Mallory era la maestra de primer curso de Andy.

—Eso está muy bien —le dije—. Entonces si no es la cena mexicana… ¿volveremos a las tortitas?

—No exactamente —dijo Patrick antes de morderse el labio. ¿Por qué contenía la sonrisa?

—Georgia tuvo una idea increíble para reemplazar la cena mexicana —dijo la alcaldesa, sonriendo—. Algo con lo que también podremos apoyar al refugio de animales. Siempre están ansiosos de publicidad y financiamiento.

Mientras no tuviera que comprar judías enlatadas, era todo oídos.

Georgia dio un paso adelante.

—La cena mexicana es un evento único, y aunque el margen entre gastos y beneficios sea bueno, con los precios de los alimentos hoy en día el dinero recaudado se verá disminuido. Necesitamos algo que requiera de pocos gastos generales; que también sea emocionante a nivel local, pero que pueda recibir donaciones de lugares de todo Montana o de, incluso, más allá.

Me incliné hacia delante y apoyé los antebrazos en la mesa de conferencias.

—Vale, ¿cuál es el plan?

—Como no estábamos seguros de que llegaseis a tiempo, hemos tomado la decisión sin vosotros. En lugar de la cena mexicana, haremos un calendario de bomberos.

Parpadeé, intentando procesarlo. ¿Acaso dijo…?

—¿Un calendario de bomberos?

Ella asintió.

—¿Te refieres a fotos de los camiones, los incendios y los entrenamientos? No creo que eso recaude mucho dinero. Aparte de los tíos de Pearson que llevan el taller mecánico, ¿quién querría la foto de una ambulancia o de un camión de bomberos en su casa?

Mav negó con la cabeza, Patrick se echó a reír y la alcaldesa se sonrojó.

¿Por qué se sonrojaba?

Georgia negó con la cabeza.

—No. Fotos *de los bomberos*.

—Frente a los nuevos camiones —añadió la alcaldesa.

—Vestidos solo con pantalones —dijo Patrick mientras movía las cejas.

—Sosteniendo cachorros del refugio —añadió Maverick.

A ver, ¿QUÉ?

Georgia levantó los brazos como si fuera la presentadora de un concurso.
—Y como eres el jefe de bomberos, serás el Sr.Enero.

# 11



GEORGIA

—¿El Sr. Enero? —repitió Mac—. ¿Llego una hora tarde a la reunión y paso a ser el Sr. Enero?

Cielos, Mac era el jefe de bomberos. JEFE DE BOMBEROS. Cada vez se volvía más sexy.

Me causaba gracia la idea de él prendiéndome fuego las bragas, pero no parecía muy receptivo a la idea de apagarlas. Cuando el comité dijo que el jefe llegaría tarde porque estaba de guardia, nunca nombraron a Mac. Ni una sola vez. Patrick, que también trabajaba en el departamento, lo llamaba *jefe*.

No hacía mucho que le conocía, solo habíamos interactuado poco más de quince minutos entre el aeropuerto y el alojamiento en el pequeño piso sobre su garaje. Durante ese breve tiempo me pareció una persona tranquila y sensata. No era un hombre temperamental ni exagerado, o por lo menos no para tener un niño de seis años en casa, ser el jefe de bomberos y permitir que desconocidos se alojaran en su propiedad.

Maverick asintió a Mac en señal de confirmación mientras contuve la respiración. Tras perderse el comienzo de la reunión y mi descabellada propuesta sobre el calendario, Mac tenía que ponerse al día; sobre todo porque él era el jefe y quien estaba oficialmente a cargo del departamento de bomberos que organizaba la recaudación de fondos. Su cuerpo musculoso fue lo primero que se me vino a la mente cuando pensé en el calendario, y aunque no iba a decírselo, él fue mi inspiración para el proyecto.

Mac, sin camisa, con pantalones de bombero y tirantes rojos sobre sus abdominales marcados y su pecho, los bíceps contraídos mientras sostenía un cachorro del refugio de animales. *Pagaría* por ese calendario, compraría uno para mis amigas y, joder, hasta le compraría uno a mi madre.

Por supuesto que no sabía a ciencia cierta si tenía abdominales marcados, pero cualquier mujer era libre de imaginar. Al menos eso esperaba. Bueno, la camiseta negra de ayer y la

camisa del uniforme de bomberos de hoy delineaban claramente unos pectorales esculpidos, unos hombros anchos, unos bíceps que estiraban la tela y una cintura estrecha. Apuesto a que hasta tendría una forma de V en dirección a las caderas. Pero ni él ni ninguno de los otros bomberos posarían sin camiseta como Patrick bromeaba, pues el proyecto estaba pensado para toda la familia.

—¿Sr. Enero?

Parpadeé. Ah, sí, claro, definitivamente sería el Sr. Enero. Quizá hasta podría estar en la portada del calendario, aunque primero tendría que conocer las opciones de los otros meses.

—Puedes ser la portada del mes de julio si quieres. He oído que es el mes de tu cumpleaños —dijo Maverick. La comisura de sus labios se crispó y los ojos le brillaron de diversión. Definitivamente se divertía al ver a su amigo enardecido.

Maverick James podría ser hasta más tranquilo que Mac. Dirigía una empresa multimillonaria, firmaba mis cheques y tenía una gran contextura, así que no diría nada malo de él.

—¿Cómo un calendario puede involucrar a la comunidad?

—Porque haremos un concurso cuando salga el calendario y dejaremos que todo el mundo done dinero por su héroe favorito o por el animal más lindo.

Se quedó con la boca ligeramente abierta. Si hubiéramos comido algo, le habría caído en el regazo.

—Sois un grupo de profesionales inteligentes, cuerdos y educados. ¿De dónde demonios habéis sacado una idea así? —preguntó Mac, posando la mirada en todos nosotros.

Me aclaré la garganta.

—Eso sería de mí.

Cada vez que su mirada oscura se volvía y se posaba en mí, sentía mariposas en el estómago y se me endurecían los pezones. ¿Esa mirada? Era penetrante, y no en el buen sentido, sino en el de querer llevarme al aeropuerto y meterme en un avión de vuelta a… cualquier sitio.

Insinuó que yo no era inteligente, cuerda o educada. Yo no tenía ningún problema en estar en un calendario con cachorros y gatitos porque crecí en medio de una vida sureña llena de concursos de belleza, pero dudaba que fuera el caso de Mac.

—¿Y por qué estás aquí en Hunter Valley? —me preguntó Mac, yendo directo al grano.

Por un momento se me borró la sonrisa, pero estaba acostumbrada a que me juzgaran, a que dudaran de mí, a sentirme una mierda por no ser perfecta o lo bastante guapa o… valiosa.

No me habían valorado por mi aspecto en los concursos de belleza. O lo habían hecho, pero no lo suficiente. No me habían valorado como hija, al menos no como a Sassy, mi hermana, la verdadera reina de los concursos. Bueno, su verdadero nombre era Sue Ann, pero todos la llamaban Sassy. Art no me había valorado como digna de ser su esposa o la madre de su hijo.

Cuando un par de semanas atrás Bradley me llamó de repente para hablarme de este trabajo, pensó que sería perfecta para el puesto. Como asistente personal de Maverick, sabía lo que

implicaba el trabajo y me conocía. Estaba aquí porque me valoraba a mí y a mi experiencia. Claro, yo nunca había hecho una recaudación de fondos para un departamento de bomberos, pero los concursos eran para apoyar a la comunidad, para ser la cara bonita y sonriente de ella.

¿Que la idea resultaba un poco descabellada? No era como si yo hubiera inventado el concepto, ya que llevaba años utilizándose para recaudar fondos con los bomberos. Puede que el calendario de Hunter Valley no fuera tan bueno como algunos de los australianos que había visto, con bomberos solteros guapísimos cargando koalas. Yo no podía competir con los koalas, sobre todo si las camisas se quedaban puestas.

De todos modos, estaba aquí y había planteado una propuesta sólida y rentable, así que volví a esbozar una sonrisa pues a los demás miembros del comité les gustó la idea y la aprobaron. Pero Mac…

—Mac —reprimió la alcaldesa Mary.

Levanté la barbilla y fingí que él era un juez que me había hecho una pregunta durante un concurso.

—Me han contratado para reinventar la recaudación de fondos, convertirla en una actividad que apoye y sea apoyada por Hunter Valley, con mayores resultados y alcance —dije despacio y con claridad, como si estuviera en el escenario.

Antes de irme de Calhan, lo había practicado y perfeccionado para cuando mi madre me preguntara por qué estaba tan loca como para aceptar un trabajo temporal en la gélida, aburrida y desolada Montana. Esas fueron sus palabras. Estaba de acuerdo con lo del frío, pero hasta ahora no parecía que el lugar fuera aburrido, y el pequeño pueblo de Hunter Valley estaba lejos de ser desolado, de hecho, parecía que aquí ocurrían más cosas que en mi pequeña ciudad de Calhan, Georgia.

Mac se echó hacia atrás, cruzó los brazos sobre su formidable pecho y frunció el ceño.

—Lo siento, no quiero ser grosero. Es solo que ¿a quién no le gusta una cena mexicana? Eso y el desayuno de tortitas han sido factores distintivos en la recaudación de fondos para el departamento de bomberos durante años.

—Patrick compartió una lista de las recaudaciones de fondos que se han hecho en el pasado —le dije, volviendo a lo que escribí en la pizarra antes—. Carnaval, lavado de coches, fiestas de cumpleaños. Todas son buenas acciones.

Le sonreí a Mac con la esperanza de ocultar mis nervios ante la expresión de su cara que no desaparecía. Los demás miembros del comité estaban de acuerdo, pero era crucial que Mac también lo estuviera. Aunque las donaciones irían a parar al club infantil y yo estaba aquí como apoyo a tiempo completo de James Corp, se trataba de una recaudación de fondos del departamento de bomberos en el que él era el jefe.

—Mira, Mac —dijo Maverick—. No es la recaudación de fondos lo que ha cambiado, sino la organización benéfica a la que se apoya. El club infantil es lo nuevo este año. Antes, las organizaciones benéficas eran pequeñas y les bastaban las donaciones recaudadas, este año

pensamos en grande. El club infantil implica la construcción de un anexo al centro comunitario, contratar empleados a tiempo completo para que estén en plantilla y también empleados a medio tiempo. Hay gastos mensuales.

Mac levantó la mano.

—Soy consciente de lo que implica.

—Si nos basáramos en las donaciones obtenidas con el desayuno de tortitas del año pasado, solo llegaríamos a una décima parte del objetivo necesario para poner en marcha el club infantil. —Inclinó la cabeza hacia abajo para mirar directamente a Mac y hacerlo entender—. Tomaría cinco años. El potencial de ingresos previsto para esta idea de recaudación es considerable, con menos gastos generales y menos esfuerzo. —Mav dijo una cifra, pero deslizó por la mesa la hoja de proyecciones que había hecho la noche anterior después de que se me ocurriera la idea. Había esbozado cifras aproximadas para un fotógrafo, un diseñador gráfico y los compromisos de tiempo previstos. No eran exactas, pero confiaba en las estimaciones que aparecían a un lado de las cifras de Bridget Beckett para dirigir el club infantil—. Además, las ganancias podrían duplicarse cada año.

Las cejas de Mac se levantaron, al igual que lo habían hecho el día anterior cuando Andy había dicho que yo sería su nueva madre.

—¿Según las matemáticas de Bridget?

—Según las matemáticas de Bridget —afirmó Mav—. Y según los costos estimados de Georgia para la recaudación de fondos.

—Eso es… impresionante. —Miró la lista—. Hay que imprimir los calendarios. ¿Dónde está previsto ese gasto?

—Los calendarios serán como los libros de tapa blanda —expliqué apoyando las manos en el respaldo de una de las sillas—. Se venderán en internet y se imprimirán según demanda. Esto significa que solo se imprimirán cuando alguien compre uno. No hay gastos generales porque el coste lo asume la compañía de producción con cada venta.

—¿Así que la recaudación de fondos será solo por internet, la gente comprará el calendario y se lo enviarán a sus casas?

Asentí.

—Es una de las opciones para comprarlo. Tendremos calendarios listos para la venta en un evento de la comunidad el día y la hora en que estaba programada la cena mexicana.

—Con la firma de autógrafos —añadió Patrick, burlándose de Mac. Desde mi punto de vista, no estaba siendo de ayuda, pero sabía que trabajaban juntos y que probablemente eran amigos fuera de esta reunión y solo se estaba divirtiendo un poco.

—Preguntaré a los comercios locales si también quieren vender ejemplares, como en el resort de esquí y otros lugares que visitan los turistas. —Con suerte, eso ayudaría a convencerle.

Mac frunció el ceño con cara de estreñido.

—No me gusta la idea.

—¿Es porque serás el Sr. Enero? —preguntó Maverick.

—¡Claro que sí! —Mac levantó las manos y miró a la alcaldesa Mary—. No se trata de Georgia, ni de la idea, sino de mí. ¿Por qué tengo que ser yo?

¿Era *ese* su problema? ¿Aparecer en el calendario? No tenía ni idea de su atractivo. Si salía en la portada, harían una fortuna. Pensé en todas las mujeres que mirarían a Mac y de repente me sentí un poco posesiva.

—Eres el jefe de bomberos —le dije—. Esta es una recaudación de fondos del departamento de bomberos.

—¿No te preocupa el acoso sexual o que sea denigrante o degradante? Estaríamos perpetuando que se valore a la gente por su cuerpo y por su aspecto.

Me sentía muy identificada. Viniendo de un estilo de vida de concursos de belleza, sabía todo sobre los *haters*, esos que opinan que las mujeres deben ser tranquilas y bonitas. Sabía sobre ser juzgada por el porte, por el aspecto en traje de noche y en bañador, pero los concursos eran más que eso. Claro que no estaba a favor de sexualizar a las niñas que los hacían, pero esto no era lo mismo; en absoluto.

—¿Qué les dirá la gente a sus hijos? —preguntó.

—Que el departamento de bomberos cuenta con hombres y mujeres saludables que cuidan su cuerpo mediante el ejercicio, las habilidades y el conocimiento —le dije—. Que el departamento de bomberos y quienes trabajan en él son seguros, amables y accesibles. Que cuidan de los animales.

Mary asintió.

—En primer lugar, no serán solo hombres —explicó—. También habrá mujeres. Liz, del equipo B, ya dijo que se apuntaba. Cualquier otra persona que desee participar puede hacerlo, pero este comité decidirá cuáles fotos acabarán en el calendario y cuáles en la página web.

—¿Página web? —La vena de la sien de Mac palpitaba.

—Puede que Patrick estuviera de coña cuando decía que solo llevarías los pantalones de bombero —continuó Mary—. Esta es una recaudación de fondos familiar. Si eres tan tímido, o te incomoda tanto, entonces…

—Así es, jefe. Si crees que no tienes el cuerpo para ser el Sr. Enero, entonces escogeremos a Smutters. —Las palabras de Patrick hicieron que Mac se girara para mirarle.

Le vena de la sien le palpitaba aún más.

—¿Smutters? ¿Hablas en serio?

No tenía idea de quién era Smutters. Ni siquiera sabía si era un hombre o una mujer. O un perro. Sonaba como el nombre de un perro.

Mac levantó la mano.

—Espera. Si no tengo más opción y Smutters también ha aceptado, tú… —Mac giró la muñeca y señaló a Patrick—. Tú también lo harás.

Patrick levantó su mano izquierda, mostrando su anillo de bodas.

—Lo siento, no puedo. Estoy casado.

—¿Y? —Mac se levantó—. Tu mujer va a alardear sobre ese calendario con todas sus amigas, presumiendo de que tiene al bombero del mes de marzo en su cama. ¡Comprará diez ejemplares!

Mary soltó una risita y a Patrick se le fue el humor.

—Haremos el calendario con solteros y solteras —dijo Maverick.

—¿Solteros? —repitió Mac—. ¿Como si estuviésemos en el mercado? ¿Quieres vendernos como disponibles? —le preguntó Mac a Mary, alzando por fin la voz. Claramente, pensaba que la alcaldesa tenía un poco más de discreción.

Ella se sonrojó un poco más.

—No todos los solteros son tan gruñones como tú —replicó Mary, dejando clara su postura sobre la discreción—. Otros buscan a alguien.

—¿Insinúas que necesito estar en un calendario para encontrar pareja? —Se pasó una mano por el cuello con evidente frustración.

—¿Qué te parece esto? Si estás fuera del mercado, no tienes por qué ser el Sr. Enero —dijo Maverick.

—De ninguna manera. Si yo estoy dentro, entonces Patrick también puede estarlo. El estado civil debe ser irrelevante.

Una sirena electrónica sonó por un altavoz que no sabía que estaba en la pared y me sobresalté. Volvió a sonar, seguida de una voz que daba una dirección. Ah, era una emergencia.

Mac se levantó bruscamente y se dirigió a la puerta, pero se detuvo antes de salir, se dio la vuelta y me miró el tiempo justo para decir:

—Lo haré, pero tendremos una conversación. Sé exactamente dónde encontrarte.

# 12



GEORGIA

ESPERÉ A ESTAR SENTADA en mi coche de alquiler para llamar a mi primo.

—¿Qué te traes entre manos? —le pregunté.

—¿Por qué susurras? —me preguntó Bradley.

Fruncí el ceño; no tenía idea de por qué lo hacía estando sola.

La estación de bomberos quedaba en el extremo sur de Main Street. Aparqué en el lote de enfrente y me quedé mirando Steaming Hotties. A través del escaparate de la cafetería, vi a Mav sentado a una mesa alta frente a una mujer con el pelo recogido en un moño y gafas posadas en su bonita cara. Por la forma en que le sonreía, supuse que era la inteligente Bridget.

—¿Por qué me asignaron este trabajo? —le pregunté a Bradley, ajustando las rejillas de ventilación para que la calefacción, cuando por fin entrara en funcionamiento, me apuntara directamente a mí. Había salido el sol pero hacía frío y mi gabardina no servía de mucho.

—Porque tienes talento —dijo inmediatamente, sin dudarlo.

No porque fuera guapa o representara bien a la empresa. Ni porque lo único que importaba era mi cara.

—Soy una exconcursante de belleza —le recordé. Él conocía bien mi pasado.

—Lo sé.

—Exconcursante, porque nunca pasé de Pequeña Miss Calhan —le aclaré—. No he sido Miss Georgia como Sassy.

—Soy muy consciente, la tía June lo señala cada vez que puede. ¿Acaso crees que estarías mejor calificada para este trabajo con el historial de concursos de tu hermana?

Bradley era hijo del hermano de mi madre. El tío Dan se casó con una mujer de Colorado y se estableció allí. Bradley vivía en Denver y había trabajado en James Corp durante casi una

década, y aunque nos veíamos una o dos veces al año, hablábamos todo el tiempo. De todos mis parientes, incluidas mi madre y mi hermana, Bradley era el familiar más cercano que tenía. No éramos solo primos, sino amigos íntimos y conocíamos a fondo la obsesión de mi madre por triunfar mediante diademas y bandas de premios.

—Me pasa lo mismo cada vez que hablo con mi madre. —Apreté los labios—. Y no, tener a la Miss Georgia en mi currículum no cambiaría nada en este trabajo.

—Exactamente. Tu madre te quiere a su manera, no le hagas caso. Tampoco a tu hermana. Han inhalado demasiada laca.

Eso me sacó una sonrisa, al menos por un momento.

—Es difícil no hacerlo cuando vivo con mamá. Ella y Sassy conspiran contra mí.

Definitivamente me amargaba el constante recordatorio de que nunca era lo suficientemente buena como Sassy, tan perfecta, que consiguió la tiara de Miss Georgia y yo no. Era demasiado torpe, demasiado gorda, solo demasiado, o demasiado poco.

También era demasiado mayor de edad para haber vuelto a vivir con mi madre, pero, sin darme cuenta, me había preparado para ello. Tuve un trabajo de asistente de relaciones públicas en una empresa que no estaba bien pago, pero cuando Art y yo estuvimos casados, no importaba. Ahora que nos habíamos divorciado no me alcanzaba para pagar un alquiler. Había confiado en mi matrimonio, en que juntos tendríamos seguridad económica porque nos preparábamos para formar una familia.

Pero eso desapareció junto con mi trabajo cuando lo dejé y volví a vivir con mi madre temporalmente. Ahora estar en Hunter Valley era un indulto que tenía que agradecerle a Bradley.

—Por eso estás en Montana. Todo el mundo es un ex-algo, Georgi. Hice lucha libre en la secundaria, así que puedo decir con seguridad que soy un exluchador.

Distraída, encendí y apagué las luces de emergencia del coche.

—Vale, pero ¿qué tiene que ver mi experiencia anterior con una recaudación de fondos para un departamento de bomberos de Montana?

—Tienes experiencia en relaciones públicas.

—Era asistente —le recordé.

Me ignoró.

—Estás siempre dispuesta, eres una líder fuerte…

Me reí.

—¿Una líder fuerte? ¿Hablas en serio? Una líder es la alcaldesa de este pueblo. Mac, como jefe de bomberos. Maverick, como director general de una empresa multimillonaria. ¿Te acuerdas de él? ¿Tu jefe?

—Sí, y es por eso que estás en Montana.

—¿Ah, sí? Porque empiezo a sospechar que mi presencia aquí no tiene nada que ver con este trabajo.

—Querías huir de Calhan y surgió esta oportunidad. Así que sí. Estás allí porque querías un

escape. Te mostré la vacante porque sabía que serías perfecta para el puesto, pero conseguiste el trabajo por tu cuenta.

Suspiré.

—Gracias, de verdad, Brad. Además de mi madre, me siento tan bien de no tener que preocuparme por toparme con Art en el supermercado o verle en un restaurante con Pam.

—Art es un idiota. Agradece que te has librado de él. Sé lo mucho que querías tener hijos, pero créeme que no querrías uno con él.

—Quiero un bebé, Brad —admití con nostalgia. El calor por fin empezaba a salir de las rejillas de ventilación y relajé los hombros.

—Lo sé —respondió con voz suave—. Pero no con Art. No con un hombre que no te respetaba. Tú te mereces todo.

—¿Y crees que Mac sea el indicado?

Se quedó callado por un momento.

—¿Mac? ¿El jefe de bomberos? ¿Por qué lo dices?

—Pues no lo sé. ¿Vine en el vuelo con su hijo? ¿Me alojo en su piso de alquiler? ¿Que sea el jefe del departamento que organiza la recaudación de fondos para la que he venido?

—¿Volaste con su hijo?

Puse los ojos en blanco.

—No sé cómo lo hiciste, pero sí.

—Soy bueno, pero no tanto, Georgi.

No le creí. De algún modo había conseguido meterse en los ordenadores de la Administración Federal de Aviación o en la tabla de asientos de la aerolínea y me puso en el mismo vuelo y en la misma fila que el padre y el hijo de Mac.

Ummmm... vale, puede que quizás no fuera tan hábil.

—Mira, estás ahí porque Maverick quiere que Hunter Valley prospere y teme que una cena mexicana no baste para mostrar la unión de la comunidad. Proveer de un recurso talentoso al proyecto es su forma de ayudar.

—La cena mexicana está descartada —corregí.

—¿Con qué la han reemplazado?

—Con un calendario de bomberos.

Se quedó callado un momento y luego se echó a reír.

—Excelente idea. Supongo que se te ocurrió a ti.

—Sí.

—Además, ¿incluirán perritos y gatitos del refugio de animales para sellar la ayuda benéfica?

—Sí.

—Perfecto.

—Si se te ocurrió a ti mismo en dos segundos, ¿por qué no te ocupaste tú de esto? —le pregunté.

—Yo tengo un trabajo.

Hice una mueca de dolor.

—Auch.

Lo decía porque dejé mi trabajo cuando no soporté ver más a Art todo el tiempo. Otra cosa que debí considerar mejor, porque viéndolo en perspectiva, siempre fue una gran alerta roja compartir trabajo. Pero cuando se es joven y se está enamorada, trabajar para la misma empresa suena romántico; ir y volver juntos, escabullirse a la sala de fotocopias para un beso fugaz... Claro que no fue lo mismo cuando se es él, tú y la secretaria a quien se folló. Para escapar, la única opción era renunciar, cosa que hice antes de que se casaran y ella quedara embarazada.

Entonces retomé los concursos de belleza para conseguir llegar a fin de mes y me mudé con mi madre, el golpe definitivo de la miseria. Mi madre consideraba que yo no había sido capaz de satisfacer a mi marido y mantenerlo contento, y que para el único trabajo que serviría sería volver como entrenadora de concursos para enseñarles a las niñas a andar, a sonreír, a cómo responder a las preguntas y a tener confianza.

Nada divertido.

Necesitaba tanto un nuevo empleo que no me importó que fuera en Montana, y Bradley lo había conseguido, un rescate épico y en otro estado, al menos temporal. Cuando terminara la recaudación de fondos, volvería a Calhan porque el trabajo era solo a tiempo parcial, pero si lograba un buen desempeño, quizás me contrataran a tiempo completo en Denver. Recursos Humanos no descartaba esa posibilidad y me aferraba a ella con todas mis esperanzas. ¿Un nuevo estado, con un trabajo seguro y cerca de mi familiar favorito?

Pero ese era un problema de mañana, hoy tenía uno diferente: Mac, ¿mi nuevo casero y el primero en mi lista de tareas? Anoche usé ese vibrador pensando en él, que había traído conmigo y me había mortificado al salirse de mi maleta en el suelo del aeropuerto frente a él, así que definitivamente lo usaría.

—Se te ocurrió la idea del calendario —dijo Bradley, abriéndose paso entre mis pensamientos sobre Mac en mis fantasías de placer autoinducido—. Los cachorros también. Eso demuestra que sabes lo que haces, por eso estás ahí.

Excepto que lidiaba con un modelo para la portada bastante gruñón, que además era mi casero. ¿Qué habría hecho si no hubiera recibido esa llamada de emergencia? Tenía que convencerle de la idea. El éxito de la recaudación de fondos dependía de ello, al igual que mi nueva vida de divorciada.

# 13



MAC

A LA MAÑANA SIGUIENTE, finalizado mi turno, entré a casa y caminé directamente hacia la cocina. Podía oler a la distancia el café que mi padre había preparado.

Las noches que trabajaba, que era casi la mitad del tiempo, mi padre se quedaba en la habitación de invitados. Le gustaba levantarse temprano, tomar su café y leer el periódico antes de que Andy se despertara y comenzara la locura de sacar a un niño de primer grado por la puerta para ir a la escuela.

—Buenos días —le dije, desenganchando mi *walkie talkie* y poniéndolo en el cargador de la encimera.

—¿Una noche tranquila? —preguntó mi padre, con el periódico abierto en la mesa de la cocina, pero con la taza de café en la encimera junto a él. Preparaba el almuerzo de Andy: la mitad de un sándwich de crema de cacahuetes y jalea, rodajas de manzana y bocaditos de queso, todo separado en bolsas de plástico junto a una gelatina y un zumo.

—Dolores de pecho a las once —le conté—. Alarma de monóxido de carbono a las tres. Todos se encuentran bien.

—Bien.

Me rasqué los ojos. Aunque en la estación teníamos habitaciones con literas donde dormíamos durante la noche, incluso las llamadas de rutina requerían de tiempo y papeleo, así que calculé que había tenido unas cuatro horas de descanso. Estaba listo para ir a la cama, tendría unas seis horas antes de tener que recoger a Andy por la tarde.

—¿Dónde está Andy?

Saldrían a la escuela en unos diez minutos, mi padre lo dejaría y luego seguiría con su día, volviendo mañana por la mañana cuando yo estuviera de nuevo de guardia.

—Cepillándose los dientes, o al menos mojando el cepillo.

El tazón de cereal de Andy estaba junto al fregadero, pero su vaso de zumo de naranja desapareció cuando recogió sus trastes de la mesa.

Como si de una sincronización perfecta se tratara, no pude pasar por alto el sonido de los piececitos de Andy por encima de mi cabeza mientras se dirigía del baño a su dormitorio.

—Prepárate —me aconsejó mi padre.

Le miré por encima del borde de mi taza.

—¿Para qué?

Parecía que mi padre no podía evitar sonreír y carcajear.

—Sabe que Georgia se hospeda aquí.

Cerré los ojos y respiré hondo.

—Fenomenal.

Andy bajó las escaleras.

—¡Papá! —gritó, corriendo hacia mí y envolviéndome las piernas en un abrazo. Le puse la mano en la cabeza y sentí la humedad de su pelo.

—¿Te has peinado? —le pregunté sorprendido. Lograr que usara pasta de dientes, jabón o un peine eran tareas difíciles, pero ¿que lo usara por voluntad propia?

Me miró y asintió.

—La señorita Georgia viene a cenar esta noche y quiero lucir lo mejor posible.

Volví la mirada a mi padre, que estaba metiendo el almuerzo en la lonchera de *Iron Man* con una sonrisa en la cara.

—¿Vendrá a cenar?

—Mm-hm —respondió.

Andy me soltó y se puso a dar saltitos.

—Le pedí que viniera anoche porque es nuestra invitada, pero dijo que no podía. Entonces le pedí que viniera a cenar esta noche y ¡dijo que sí!

—Ve a ponerte el abrigo —le dijo mi padre a Andy.

—¡Nos vemos más tarde! —me dijo, sin echar una mirada atrás mientras corría a la sala de estar para agarrar su abrigo de la clavija de la pared.

—Tu hijo de seis años tiene una cita esta noche —me dijo mi padre, cerrando la cremallera de la lonchera—. Tiene más acción que tú. ¿Es así como se dice?

Georgia había hecho que mi hijo se peinara, y tenía a Mav, a Mary y a Patrick en la palma de su mano. Vino aquí, hizo que Andy pensara que era su nueva madre y salió con la idea infernal para la recaudación de fondos protagonizada por mí.

—Esa mujer es una amenaza —le dije.

Desde la reunión de la recaudación de fondos de ayer por la mañana, había estado pensado en la idea del calendario. Y en Georgia. Así que lavé el camión con un poco más de vigor del necesario, quedando pendiente trabajar la frustración —física y mental— de estar en presencia

de Georgia en todas partes: en el trabajo, en casa y en mis fantasías.

Estaba excitado y cabreado a partes iguales. Solo pude estrecharle la mano en el aeropuerto y ya quería tocarla más, quería saber si se rociaba su dulce perfume en el cuello o entre esas exuberantes tetas. Quería ver el color de las bragas que llevaba, cómo se veía con las piernas abiertas, las rodillas flexionadas y ese vibrador entre ellas. No, conmigo entre ellas, con mi cabeza bajando, y…

—¿Georgia? —preguntó mi padre—. ¿Qué ha hecho ahora?

Me aclaré la garganta y volví a concentrarme en recordar por qué quería estrangularla, no saltar sobre su cuerpo curvilíneo, hacer que olvidara su nombre y gritara el mío.

—La recaudación de fondos ha cambiado por una de sus brillantes ideas —refunfuñé—. Ahora será un calendario de bomberos y yo seré el Sr. Enero.

Los ojos de mi padre se abrieron de par en par y luego se abrieron un poco más, como si le hubiera dicho que recaudaríamos fondos vendiendo los riñones que le extraíamos a las personas en las llamadas de emergencia. Luego se echó a reír, completamente a mi costa, y cuando por fin paró, dijo:

—Espaguetis con albóndigas para cenar. Andy está seguro de que es el platillo favorito de Georgia.

Mi padre solía hacernos la compra y planeaba las cenas ya que yo trabajaba o dormía durante el día. Cuando me dijo el menú, no me sorprendió. El plato italiano era el favorito de Andy, así que lo comíamos seguido.

—¡Vamos, Gruñón! —Andy gritó desde la otra habitación—. Simón tiene una serpiente de mascota y la llevará en su mochila. Quiero verla.

Por un segundo, entré en pánico con la idea de que hubiera una serpiente rondando por la escuela, pero yo estaba fuera de servicio y eso era problema de otro. Concretamente, de la madre o el padre de Simón.

—Guárdame un lugar —dijo mi padre—. No me perderé eso.

# 14



MAC

EL TIMBRE ME DESPERTÓ, pero lo ignoré pensando que quizá mi padre había pedido un paquete y habían venido a dejarlo, pero volvió a sonar.

Me levanté de la cama, bajé las escaleras y abrí la puerta. Si tenía que firmar algo, podía hacerlo en calzoncillos, pero no era un repartidor, era Georgia en un grueso albornoz, zapatillas, el pelo recogido en una coleta y nada de maquillaje. Se veía diferente, pero seguía increíble, y eso no era algo bueno para andar solo en calzoncillos.

—Eh, siento haberte despertado —dijo mirando a mi pecho—, pero no tengo agua caliente.

El aire frío empezaba a entrar en la casa, lo que agitó mi cerebro y me hizo empezar a pensar, y mis pensamientos estaban en si ella llevaba algo debajo de ese albornoz. Sí, mis calzoncillos no iban a contener mi polla por mucho tiempo.

Di un paso atrás y me saqué de la mente mi ropa interior.

—Joder, debes de tener frío —dije. Por supuesto que tenía. La dejé parada afuera tanto tiempo que tuvo que llamar dos veces—. Pasa.

Entró deprisa.

—Probablemente el piloto esté apagado.

—Vale. Bueno, no quiero interrumpirte el descanso. —Seguía hablándole a mi pecho desnudo, y yo solo en calzoncillos. Si miraba más abajo, conseguiría más de lo que esperaba.

—Georgia.

—¿Eh?

—Aquí arriba —le dije, señalándole mi cara con el dedo.

Levantó la cabeza y se sonrojó.

—¿Por qué no te duchas aquí y luego miro el calentador de agua? Si te parece bien, iré más

tarde y lo revisaré.

Ella asintió, apretando la parte delantera de su albornoz.

—Vale, me parece bien.

Señalé las escaleras.

—Primera puerta a la derecha. Las toallas están en el estante encima del váter. Oh, um, solo hay champú de Andy allí.

Levantó una bolsa que no había visto antes.

—Traigo todo lo que necesito.

—Bien.

Se me quedó mirando, luego parpadeó y se escabulló escaleras arriba.

—Georgia —la llamé.

Se dio la vuelta en el último escalón.

—Espero que hayas traído tu submarino de juguete.

Joder, era divertido hacerla sonrojar y fulminarla con la mirada. Sí, la venganza era tan dulce.

La puerta del baño se cerró de golpe y me dirigí a la cama, echándome de bruces. Puede que pensara que mi pequeña broma había sido una buena idea, pero apenas conseguí dormir porque solo podía pensar en Georgia al final del pasillo, desnuda, mojada y metiéndose aquel vibrador púrpura.

# 15



MAC

GEORGIA PASÓ cuarenta y cinco minutos en el cuarto de baño. Lo supe porque miré el reloj. Si no hubiera oído encenderse un secador de pelo, me habría preguntado si tenía problemas de estómago. Puede que fuera soltero, pero sabía que no debía preguntarme qué hacía una mujer en el baño, pero ¿cuarenta y cinco minutos?

Cuando escuché la puerta cerrarse tras ella, por fin, POR FIN, dormí un par de horas más. Al levantarme, cogí el móvil del cargador en la mesilla de noche y tenía un montón de mensajes. Me dejé caer en la cama y empecé a leerlos.

Theo fue el primero en escribirme, probablemente justo después de llegar a la clínica y de que Verna, su jefa, le pusiera al corriente de todos los cotilleos locales.

> He oído hablar del calendario. Si vas a ser el modelo de la portada deberías empezar a depilarte ya. Me han dicho que es doloroso, pero a nadie le gusta ver una línea del bikini peluda.

—¿Qué coño? —dije en voz alta, rascándome las pelotas a través de los calzoncillos. ¿Por qué necesitaría depilarme? Me pasé la mano por el pecho. Tenía vello, pero tampoco era Sasquatch. Ninguna mujer había salido corriendo a los gritos, ni había intentado hacerme una trenza francesa—. Idiota.

Eliminé el mensaje.

El siguiente era de Smutters, el capitán del turno C. Aunque no podía reprocharle nada a Pete en cuanto a sus habilidades como bombero o paramédico, el hombre era un resentido. Claro que las mujeres lo consideraban guapo y, según él, no le faltaban compañeras de cama, pero era un pesado de cojones. La única escalera que subiría en el departamento sería la de un incendio, no la

de capitán a jefe. Ese era mi trabajo y no pensaba irme a ninguna parte, pero sabía que si él tuviera la oportunidad, se la jugaría.

—Idiota —volví a decir. ¿Qué quería ahora?

> Reunión con Georgia para hablar del calendario y sobre quién debería estar en la portada. ¿Quieres que añada algo?

Me los imaginé juntos, el guapo Smutters sentado frente a Georgia, tomando una taza de café. Él podría hablar con ella sobre la recaudación de fondos, pero también quería llegar a meterse en sus bragas. Para él, ella era un coño fresco.

—Eso no va a pasar —refunfuñé, sintiéndome muy posesivo.

Seguí leyendo y vi que me había vuelto a escribir unos minutos después, cuando no respondí.

> Nada, al parecer. No te preocupes, la cuidaré bien.

Apreté los dientes a punto de lanzar el móvil contra la pared. ¡Creía que conseguiría la portada del calendario por encima de mí! No era que la quisiera, claro que no, pero no había forma de que Smutters representara al departamento de bomberos en la portada. Yo podía controlar a Smutters, siempre lo había hecho, pero ¿él y Georgia? Ese era otro tema. ¿Él cuidando bien de ella y trayéndola de vuelta al piso del garaje? De ninguna manera. Tendría que quemar el colchón para el próximo.

El siguiente mensaje era de mi padre.

> Saca del freezer el pan con ajo para descongelar.

Eso no debería haberme enfadado, pero lo logró. Normalmente comíamos tostadas con ajo, hechas con rebanadas de pan de molde con mantequilla, ajo y condimentos, nunca un pan de lujo. Excepto que Georgia vendría a cenar. Tendría que verla y preguntarme si Smutters se la había ganado y desear haber sido yo.

Joder, se me puso dura la polla pensando en volver a estar con ella en el garaje. Esa cama grande y ella solo con la lencería de encaje lavanda y el vibrador. Me metí la mano en los calzoncillos, me agarré la polla y la apreté.

Ese era el último, pero había un mensaje de voz. Lo reproduje.

> Hola Mac, soy Mallory. Solo quería que supieras que Andy acaba de decirle a la clase que su nueva madre irá a cenar. Yo, pues, no sabía que estabas saliendo con alguien, pero ¡enhorabuena! Estoy segura de que os veré a ti y a esa mujer misteriosa por aquí.

—¡Joder! —grité.

El pan especial, el hijo de puta de Smutters, Andy y su obsesión, mi mano alrededor de mi polla y el piloto del calentador de agua. Todo eso tenía algo en común:

Georgia. Georgia. ¡GEORGIA!

# 16



GEORGIA

EL PROYECTO IBA EN MARCHA, aunque llevaba poco tiempo. Desde la reunión de recaudación de fondos del día anterior, la alcaldesa Mary se había puesto en contacto con dos fotógrafos locales y un diseñador gráfico, todos interesados en trabajar en el calendario. Donarían su tiempo por la exposición que el calendario supondría para sus servicios y estaban disponibles de inmediato.

Había hecho una hoja de inscripción para que Noah la compartiera en la estación con los bomberos que quisieran participar y su disponibilidad. Me reuní con Peter Smutters, el bombero que mencionaron durante la reunión del comité, el que no parecía gustarle a Mac, quien se había ofrecido voluntario para ayudarme en lo que necesitara. Por la forma en que me guiñó un ojo, tuve la sensación de que quería ayudarme a quitarme la ropa, pero me resultaba inofensivo, porque su encanto de algodón de azúcar no era algo que me apeteciera.

Esta mañana había ido al refugio de animales y había conocido a la directora Kennedy, una mujer simpática y con mucho entusiasmo. Me dijo que haría traer a los animales en adopción para las sesiones de fotos sin problema.

Solo había pasado un día, pero poco a poco todo marchaba bien y me alegraba. Estaba sorprendida, pues me esperaba cierta resistencia, pero solo había recibido entusiasmo y ánimo, a excepción de Mac.

Me había puesto cara de gruñón, esa mirada, ah, y la frase: «tenemos que hablar». Eso significaba que no le caía bien ni yo ni mis ideas, ni tener la obligación de salir en el calendario en el que ni siquiera quería estar. Reconocía que debía guardar las apariencias estando en él, especialmente después de conocer a Peter Smutters. Mac no lo superaría, pero probablemente pensaba que tampoco lo superaría si él también salía en el calendario.

No sabía qué se imaginaría él, si el cuerpo resbaladizo por aceite, vistiendo solo unos

pantalones de bomberos con un tirante fuera del hombro como si le hubieran pillado vistiéndose.

«¡Vaya, se me ha olvidado la camiseta! Ah, ¡y aquí tienes un cachorro que deberías adoptar!»

Podía entender su punto, pero era atractivo. Vaya que lo era. Cuando llamé al timbre esta mañana no me esperaba verle en calzoncillos. Mi ducha había resultado ser nada más que agua fría, así que no tuve más remedio que ponerme el albornoz y pedirle ayuda. Coincidí con Mac en que probablemente se había fundido el piloto, pero no tenía ni idea de cómo arreglarlo; incendiaría el lugar o lo haría volar por los aires, y una explosión en el garaje del jefe de bomberos haría que Mac quedara aún peor.

En la puerta lo miré como una monja que nunca había visto a un hombre en calzoncillos y en forma, absurdamente en forma. Un poco de vello en el pecho, un tatuaje, abdominales marcados, muslos robustos y… sí, tendría que abanicarme si pensaba en lo que había debajo de esos calzoncillos con diseño de trozos de pizza que no disminuyeron su sensualidad en absoluto.

Entonces, volviendo a Mac y al calendario, era atractivo y hábil.

Las fotos de él —y las de los demás— serían bonitas y divertidas. Sabía lo que era ser exhibida como una gallina premiada, que me obligaran a acicalarme, a sonreír y a mover los hombros para que las tetas parecieran más grandes. Que me miraran y valoraran por mi aspecto y por mi habilidad para cantar, bailar o hacer girar una batuta. Esto era diferente, era mejor. Era por una buena causa que implicaba a la comunidad.

Claro que Mac era sexy, pero en la foto yo mostraría su fuerza y su simpatía —¡ja!— por encima de la necesidad de mostrar sus abdominales. Se lo habíamos dicho, pero su hostilidad era un buen indicador de que no me creía. Ahora que iba a cenar con él no podría gritarme demasiado ya que estaríamos acompañados, ¿verdad?

Por supuesto que el calendario había sido idea mía, pero una vez que el comité estuvo de acuerdo sin que yo no les presionara; los comentarios y el interés que recibí desde entonces, ratificaban que era una buena idea.

Intentando organizar las sesiones fotográficas, me enteré de que los horarios de los bomberos eran complicados y el del jefe aún peor. Aunque trabajaba turnos completos de veinticuatro horas junto a otros, también era administrador del departamento, por lo que también hacía turnos diurnos normales. Además, el jefe estaba de guardia para cualquier emergencia extrema, así que nunca había un buen momento para Mac, porque siempre existía la posibilidad de que no pudiera asistir.

Tal vez no debería haber rechazado la cena de Andy y Drew la noche anterior cuando Mac trabajaba. Yo me alojaba en su propiedad, pero no había querido que se sintieran obligados a darme de comer o a entretenerme. Me sentí mal porque le había rechazado, excepto que no podía seguir diciéndole que no a Andy para la próxima semana o dos, así que había aceptado para esta noche en su lugar. Además me enganchó con espaguetis y albóndigas, mi platillo favorito, aunque no lo comía mucho a causa de tantos carbohidratos, la carne pesada y el queso que eran una bomba de calorías.

Pero como no me estaba quedando con mi madre así que si quería comer pasta, lo haría. Con Mac, el perfecto *snack*. Se me ocurrió esa rima y se me hizo la boca agua; y no era precisamente por la pasta.

Antes de cenar, me pasé treinta minutos escogiendo un atuendo y al final me decidí por unos vaqueros negros y un jersey de angora. Informal, pero bonito. Al bajar las escaleras del piso sobre el garaje, me pregunté si debía llamar al timbre de la entrada o a la puerta trasera. Andy debió de haber estado mirándome por la ventana de la cocina porque salió volando de la casa a la terraza.

—¡Señorita Georgia! Tenemos pan de ajo y se llevaron la serpiente. Las servilletas van debajo de los tenedores y hay que doblarlas.

Se reunió conmigo en el borde de la terraza, prácticamente meciéndose de un lado a otro por la emoción. Llevaba el pelo bien peinado, la camisa metida dentro del pantalón y no tenía ninguna mancha; al menos de momento. Los chicos de Keely estarían despeinados y roñosos a los cinco minutos.

Levanté la mano y no hice ningún movimiento para acercarme a su casa.

—¿Tenéis una serpiente en casa?

Negó con la cabeza.

—No, Simón tiene una. La llevó al colegio, pero se la llevaron antes de que pudiera tocarla y…

—¡Andy, deja que Georgia entre, hace mucho frío ahí fuera! —gritó Mac desde la puerta trasera abierta.

Andy giró sobre sus pies descalzos y se dirigió hacia la puerta, pero patinó hasta detenerse. Lo seguí porque no había ningún reptil en su casa, pero si me hubiera dicho que tenían uno, habría reconsiderado la oferta de la cena. No me gustaban nada las serpientes.

—Las mujeres primero —dijo Andy.

—Gracias —le dije, entrando en la cocina antes que él.

Cerró la puerta y el olor a comida italiana llenó el ambiente.

Inclinándome, le pasé a Andy la botella de zumo de manzana con gas que parecía champán y que había comprado antes en la tienda.

Sus ojos se abrieron de par en par al cogerla.

—¿Es para mí?

Asentí.

—Los invitados traen un regalito como agradecimiento por la invitación a cenar. Como fuiste tú quien me invitó, el regalo es para ti.

Se dio la vuelta y levantó la botella para que Mac y Drew la vieran.

—¡Tengo un regalo! ¿Podemos beberlo? ¿Qué es?

Me encontré con la mirada de Mac a través de la mesa de la cocina y la encimera.

Drew le dijo a Andy de qué se trataba la bebida y que podíamos tomarla con la cena, pero

que tenía que lavarse las manos primero. Andy corrió a algún lugar de la casa, muy probablemente a un tocador, y yo me quedé mirando a Mac porque Mac también me miraba.

Llevaba una camiseta y unos vaqueros de infarto. También el pelo peinado.

—Y esto es para ti —le dije, sujetando su cinturón con la otra mano. Lo había doblado por la mitad, dejando caer la cola. No se acercó, así que lo dejé sobre la encimera, junto al teléfono de casa, el cubo de bolígrafos, los lápices, las tijeras y las notas adhesivas.

—Hola, Georgia —dijo Drew con una sonrisa radiante—. Me alegro de volver a verte. He oído que has tenido un problema con el calentador de agua.

Miré a Mac.

—Um, sí.

—Era el piloto. Debería andar bien para cuando regreses —dijo Mac.

Parpadeé y volví mi atención hacia él.

—Gracias por eso y por invitarme. He oído que hay pan de ajo.

Drew sonrió.

—Así es. De hecho, tengo que sacarlo del horno. —Se dio la vuelta y cogió unos guantes de cocina. Parecía que estaba tan a gusto en casa de Mac como el mismo Mac. De hecho, ni siquiera sabía si Mac sabía cocinar.

Andy volvió corriendo, agitando las manos como si las secara con el aire.

—Señorita Georgia, sé que está haciendo un calendario con bomberos, perritos y gatitos. ¿Cree que la foto de mi padre pueda ser con la serpiente de Simón? Sería genial tenerla alrededor de él, especialmente sin camisa. ¿Sabía que tiene un tatuaje en el pecho? Justo aquí. —Puso la mano sobre su corazón como si estuviera listo para decir el juramento a la bandera—. Ahí no es donde las chicas tendrían un tatuaje porque ahí es donde tienen pezones y alimentan a los bebés. ¿Tú tienes pezones?

—Joder —murmuró Mac mientras se le cerraban los ojos.

Parpadeé a Andy porque era un montón de palabras sobre diferentes temas. Estaba tan concentrada en la idea de que Mac tuviera un tatuaje en su ancho pecho que no procesé la pregunta de Andy sobre que yo tuviera pezones.

Drew soltó una carcajada y puso una larga media hogaza de pan de ajo sobre una tabla de cortar.

—Andy, ¿cómo te has enterado de eso?

—La madre de Allison tiene un bebé recién nacido y lo alimenta con sus pezones.

—Bueno, eso es cierto, pero es un tema privado —añadió Drew.

—¿Quieres que la serpiente de Simón esté en el calendario? —le pregunté. Yo sabía que él no tenía ningún interés real en los pezones como probablemente lo tendría en unos diez años, así que no le di más importancia.

Los ojos de Andy se abrieron de par en par.

—¡Sí! ¿Te la imaginas toda envuelta alrededor de mi padre en la foto?

Posé la mirada en su padre.

Sí. Por supuesto que podía imaginarme a Mac sin camiseta y con una serpiente enrollada a su alrededor. Luego imaginé cómo sería la serpiente dentro de sus pantalones.

—El calendario es para mostrar animales que no tienen un dueño tan bueno como Simón, cuidando de ellos. ¿La serpiente es macho o hembra? —le pregunté.

Andy se encogió de hombros, frunciendo el ceño y mordiéndose el labio.

—No lo sé. Pero se llama Sparky.

—Bueno, ¿no crees que los otros animales deban ser amados por su propio Simón? —Asintió enérgicamente—. Entonces dejaremos que los que necesiten ser adoptados salgan en las fotos para que alguien los vea y los quiera.

—¿Hay muchas mascotas que necesitan ser *doptadas*? —preguntó Andy, ladeando la cabeza.

Me lo pensé un momento, esperando que mi respuesta no le hiciera salirse por otra tangente.

—Probablemente.

Andy se dio la vuelta.

—¿Podemos *doptar* una mascota?

Vale. Me mordí el labio.

—Ya tienes a Richard —dijo Mac.

¿Richard?

—Pero se esconde y nunca lo vemos —dijo Andy con un puchero. Incluso cruzó los brazos sobre el pecho, igual que había hecho su padre en la reunión del día anterior cuando escuchó algo que no le gustó—. No es divertido cuando tu mascota vive detrás de la secadora.

Miré a Mac en busca de una aclaración. ¿Tenían un trol?

—Richard es un gato huraño y presumido que solo sale de donde le gusta esconderse cuando tiene hambre. Últimamente, ha sido detrás de la secadora.

—Entonces, ¿tienes pezones para alimentar un bebé? —me preguntó Andy. Ese peque podría darle una conmoción a cualquiera.

Mac me miró el pecho y frunció el ceño como si hubiera traído mis pezones a la casa para agraviarlo. Refunfuñando, se acercó a la encimera, me cogió de la mano y me empujó a través de una puerta justo al lado de la cocina.

—Mac, ¿qué...?

Cuando encendió la luz y cerró la puerta tras nosotros, me di cuenta de que estábamos en la lavandería. Y... entonces me besó, colocando las manos sobre mis pezones. Cielos. Ahora mi galleta tenía glaseado.

# 17



MAC

PODÍA ESCUCHAR a mi padre hablando con Andy al otro lado de la puerta. Decían que Georgia y yo probablemente estuviésemos buscando paños de cocina limpios en el cesto de la ropa sucia. No oí ni pío después de eso porque era tarea de Andy vaciar la secadora y doblar la ropa —o al menos intentarlo—, pero como odiaba la tarea, probablemente no lo había hecho y no quería reprenderlo. No le di mucha importancia porque mi boca estaba en la de Georgia.

Llegó y entró por la puerta trasera con unos vaqueros negros y un jersey azul claro. Algo suave y peludo. Llevaba el pelo recogido en una coleta, pero con rizos sueltos. Pequeños mechones oscuros enmarcaban su cara. Y sus labios... sí, no pude evitar mirarlos, eran rosa pálido y brillantes. Toda ella era delicada y dulce, y su aroma era todo lo que podía respirar. ¿Y sus tetas? Increíbles.

Tenían el tamaño perfecto para mí. No solo sus tetas, sino también el resto de su cuerpo porque no tenía que inclinarme demasiado para besarla. Bajo mis palmas, sus tetas eran firmes y ocupaban más que un puñado. Era tan descaradamente femenina, tan diferente a mí. Donde ella era exuberante y suave, yo era duro y rústico. Yo calloso y áspero; ella tersa como la seda.

Di un paso atrás y le miré los labios ya no brillantes sino hinchados mientras mantenía los ojos cerrados.

—Me estás volviendo loco —le dije, con la voz convertida en un gruñido.

Abrió los ojos de golpe.

—¿Qué? —susurró.

Me pasé una mano por la boca, deseando nada más que darla vuelta, inclinarla sobre la lavadora y follármela para asegurarme de que olvidara a Smutters o a cualquier otro tipo que la mirara. Me quedaba suficiente sangre en la cabeza para saber que no era el momento de ir más

allá. Andy estaba ocupado de momento, pero no por mucho; y de ninguna manera mi primera vez con Georgia sería un rapidito en el lavadero. Richard, el gato, probablemente saltaría de detrás de la secadora y me arañaría el culo desnudo mientras yo estaba en pelotas.

—Te apareces en mi vida con ese equipaje rosa, tan guapa y besable. Luego seduces a mi hijo de seis años haciéndole creer que eres su segunda madre y acabas en el piso de arriba de mi garaje, donde sé que tienes un vibrador púrpura que te metes en ese coño perfecto. De algún modo, también hechizas al comité de recaudación de fondos y termino como un modelo de *topless*. Del calendario es de lo único que se habla en la estación. Todo lo que escucho es que va a hacer insinuante al sostener una manguera completamente cargada. Y estás a punto de comerte mi pan de ajo.

—Sin camiseta, no *topless*; y como te dije, va a ser para toda la familia.

—Después de todo, ¿solo eso tienes que decir? —le pregunté, acomodándome el pelo.

Normalmente yo era el mandón, pues era lo que se esperaba de un jefe de bomberos. De un padre. Pero esta mujer que se sentía como un dulce pecado y olía como un campo de flores hizo que todo se trastocase.

—¿Es todo lo que tienes que decir? —repitió.

—¡No! —le dije, levantando las manos—. Ahora Andy habla de otra mascota que necesita ser adoptada. Un gato de los cojones es suficiente para esta familia. —Me di la vuelta y luego volví bruscamente—. ¡Ah, y pezones! Andy no los mencionaría si los tuyos no sobresalieran de tu ropa.

En lugar de entrecerrar los ojos con rabia, porque me cabrearía muchísimo si alguien soltara semejantes tonterías irracionales sobre mí, se mordió el labio intentando claramente reprimir una sonrisa.

—No deberías preocuparte demasiado por Andy y los pezones. Si crees que te estás enloqueciendo ahora, espera diez años.

—No estoy seguro de si aguantaré tanto tiempo contigo cerca. —Estaba pensando con la polla, lo había estado haciendo desde que aterrizó en Montana. Mis ojos se entrecerraron. Sabía que era irracional, incluso ridículo, pero no importaba—. Te estás riendo de mí.

Ella negó con la cabeza y se tapó la boca con la mano.

—No. No me río.

Se estaba riendo. ¡Incluso después de ese beso! ¿Acaso no estaba tan... tan excitada como yo? Tenía que tranquilizarme, o al menos intentar ponerla en su lugar, lo cual no incluía reírse de mí con esos labios *besables* y los pezones endurecidos, que de hecho lo estaban, asomando de su camiseta. Lo hacían a propósito.

—Estás bajo la divertida suposición de que aquí mandas tú —le dije, aunque no estaba seguro de si me refería a Hunter Valley, a la estación de bomberos, a mi casa, a mi hijo, a mi trabajo, a mi gato... Me crucé de brazos, quizá así evitaría que volviera a tocarla—. E incluso con todo el caos que has provocado, me tienes agarrado de los huevos.

Arqueó una ceja y miró la parte delantera de mis pantalones, donde el contorno de mi polla, que no creía que hubiera estado nunca más dura, no podía pasar desapercibida a través de mis vaqueros.

—Fuiste tú quien me arrastró hasta aquí.

¡Qué descaro!

—No me tendrás comiendo de la palma de tu mano, Georgia —añadí.

—No quiero que comas de la palma de mi mano —replicó mordiéndose el labio. Sus mejillas se sonrojaron. Joder, todo lo que hacía era jodidamente bonito y hasta dudaba que llorara de una forma fea.

Gemí, luego la acerqué y volví a besarla. Esta vez, mis manos sujetaron su culo y la presionaron contra mi polla. Mi rodilla separó la suya y pude sentir su calor en mi muslo.

—¡La cena está lista! —El grito de Andy llegó a través de la puerta, fuerte y claro.

Volví a soltarla

—Joder —respiré. ¿Control? ¿Qué control? Necesitaba que un niño de seis años me mantuviera alejado de ella.

Georgia se pasó un dedo por los labios para arreglarse el labial y cruzó la puerta hacia la cocina. No podía seguirla, no ahora. Con claridad, me di cuenta de que aún no estaba en mis cabales, y mientras Georgia estaba en la otra habitación con mi familia disfrutando de espaguetis y albóndigas, tuve que pensar en ponerme compresas de agua fría en mi cabeza para refrescarme y lograr que se me bajara la polla.

¿Quién estaba al mando? Yo no.

¡JODER!

# 18



GEORGIA

—¿MÁS pan de ajo? —preguntó Drew, cogiendo la tabla de cortar por el mango.

Cogí un trozo porque... ¿quién se resistía al pan de ajo? y lo puse en mi plato.

—Gracias.

Drew estaba frente a mí. Tenía la sensación de que sabía lo que habíamos estado haciendo en la lavandería, sobre todo porque no volvimos con ningún paño de cocina pero no dijo ni una palabra. Andy, que estaba sentado a mi izquierda comiendo una albóndiga del extremo de su tenedor, tampoco dijo nada, pero la mente de un niño de seis años se dejaba convencer fácilmente por su comida favorita. Tenía la boca llena de salsa marinara que le goteaba sobre la camisa.

A mi derecha se sentaba Mac, que se había zampado su plato de espaguetis y estaba hurgando una rodaja de pepino de su ensalada. En un momento su rodilla chocó la mía debajo de la mesa. No había dicho una palabra desde que volvió de la lavandería, cinco minutos después que yo.

Necesitaba algo de tiempo para recomponerme después de aquellos besos, pero no lo tuve y volví a la cocina para enfrentarme a Andy y Drew con una neblina de lujuria y las bragas mojadas. Afortunadamente, como esa fachada de perfección de concurso dio sus frutos, sonreí y dejé que Andy hablara. Sin embargo... ¡Ese beso! ¡Esas manos! ¡Ese agarre de culo! ¿Desde cuándo no le decía a un hombre que no es de la palma de mi mano que quiero que coma? ¿Dónde estaba la Georgia que había sido abandonada por su ex por una opción más joven, delgada y fértil? ¿Fue estar lejos de mi vida habitual lo que me puso traviesa? ¿Fue Mac?

Tal vez fue el hecho de que mencionara mi submarino de juguete porque necesitaba vengarse. Excepto que ahora estaba sentada al lado de un hombre que no sabía si quería

estrangularme o follarme por todos lados.

—Háblanos de ti, Georgia —dijo Drew, dirigiendo una mirada a Mac, que había permanecido en silencio durante toda la comida—. ¿Tienes familia en Georgia?

—Es curioso que te llames como un estado —dijo Andy con una risita.

Le dediqué una sonrisa y luego respondí la pregunta de Drew.

—Tengo una madre y una hermana casada que tiene dos hijos.

—¿Eres tío? —preguntó Andy, limpiándose la boca con la servilleta.

—Tía —lo corregí—. Tommy y Sally Ann tienen cinco y tres años.

—¿Les gusta andar en trineo? —preguntó Andy.

Me encogí de hombros.

—En realidad, no nieva mucho en Calhan, que es la pequeña ciudad de donde soy. Ni siquiera estoy segura de que haya habido nieve alguna vez.

—¿Nunca han visto la nieve? —Andy abrió mucho los ojos, como si el concepto fuera ridículo. Dado que era abril y todavía había nieve por aquí, tuve que preguntarme si alguna vez Andy había visto un lugar sin nieve.

—No.

—¿Tu mamá te deja quedarte despierta hasta tarde? —preguntó, luego le dio a su padre una mirada de niño—. No puedo quedarme despierto más allá de las ocho.

—Georgia es adulta —le recordó Mac.

Lo único que podía hacer era mirar fijamente la boca de Mac que había estado sobre la mía, firme pero suave. Esa barba. Nunca me había besado nadie con una. Pensé que sería áspero, pero fue delicado y añadía otra dimensión a los besos. No pude evitar preguntarme cómo se sentiría deslizándose por el interior de mis muslos.

—No vive con su madre —añadió Mac.

—En realidad… —empecé. Tenía la garganta seca de repente, así que bebí un sorbo de mi zumo de manzana con gas. Las burbujas me hacían cosquillas en la lengua y era muy dulce—. Los últimos meses he estado viviendo con mi madre.

—¿Se encuentra mal? —preguntó Drew, más preocupado que inquisitivo. Tenía más sentido que mi madre estuviera enferma y que necesitara ayuda antes que la versión de una mujer de treinta y cinco años que se había mudado a la habitación de su infancia porque su vida se había desmoronado.

Negué con la cabeza.

—Ella está bien. Como mi divorcio finalizó hace seis meses, nuestra casa sigue en venta, así que aún no tengo mi parte de los beneficios. Por eso volví a casa de mi madre.

No les dije que estaba prácticamente arruinada. Art había sido el sostén de los dos. Yo tenía mi coche y algo ahorrado para la jubilación, pero haber renunciado a mi trabajo no sumaba y como entrenadora de concursos no ganaba mucho dinero. Mi mitad de la venta de la casa me ayudaría, pero quería invertirla en comprar otra casa, aunque fuera un piso. Sin un trabajo,

conseguir una hipoteca sería imposible y...

—Eso del *vorcio* y el piso suena aburrido —dijo Andy, sacándome de mis deprimentes pensamientos. Terminó su comida y se había quedado sentado en silencio, escuchando—. ¿Puedo levantarme?

Mac asintió.

—Haz los deberes de matemáticas —ordenó.

Los pequeños hombros de Andy se desplomaron y puso los ojos en blanco como si fuera lo peor del mundo.

—Pero...

—Hazme saber lo que diga la señorita Mornay mañana cuando le digas que no están hechos —dijo Mac, tan tranquilo como podía estarlo.

Los labios de Andy se cerraron. Se levantó de la silla y llevó su plato a la encimera, luego salió corriendo de la sala.

—Me enteré de la idea del calendario —dijo Drew—. Creo que es genial.

Mac emitió un sonido extraño, como un gruñido, o podría haber sido un eructo. Su padre lo ignoró.

—¿Hicisteis un calendario así en Georgia?

Negué con la cabeza y miré a Mac, esperando a que me dijera que la idea era estúpida.

—¿No tienes experiencia en eso? —preguntó Mac, con los ojos levantados. Su voz no era hostil, pero sí un poco confusa, como si yo le hubiera sugerido algo al azar al comité.

—No con un calendario, pero sí con sesiones de fotos y…

—¿Modelaje? —preguntó Drew.

Sacudí la cabeza.

—Concursos de belleza.

—Concursos —repitió Mac.

Asentí.

—Sí, concursos de belleza.

Se quedó con la boca abierta.

—Ya veo por dónde puede ir la cosa —contestó Drew, llenando el silencio.

—También trabajé para una empresa de relaciones públicas como asistente administrativa. Sé de recaudación de fondos, organización y…

—¿Concursos? —volvio a decir Mac.

Era posible que le hubiera dañado el cerebro.

—¿Qué es un concurso? —preguntó Andy, volviendo a la cocina para coger un lápiz.

Lo miré.

—Es un concurso para ser guapas, tener porte, ser inteligentes y seguras de una misma.

Arrugó la nariz.

—¿Guapa? Así que no hay chicos en ellos.

—En realidad, hay algunos chicos. Unos cuantos. De tu edad, también.

—No quiero ser guapo.

—Puedes ser guapo y sonreír bonito y grande por muy nervioso que estés. Te arreglas, te peinas y…

—Eso no suena nada divertido —añadió—. Pero ¿te ha gustado? Eres guapa e inteligente y... ¿qué es *pote*?

—Porte —corregí.

Sacudió la cabeza.

—No quiero ser eso.

—Creo que estás bien tal como eres —le dije. Si mi madre me lo hubiera dicho en algún momento de mi vida, probablemente no sería un desastre.

Sonrió y salió corriendo.

—Ahora que estás aquí significa que ya no trabajas allá —dijo Drew, desviando el interés de Andy por convertir los concursos en su nuevo proyecto—. Muy inteligente por parte de James Corp contratarte.

Drew me dedicó una sonrisa e imaginé que era mi padre. Amable. Despreocupado, elogioso. Yo no conocía al mío, ya que él y mi madre se divorciaron cuando yo tenía cuatro años y él se marchó, pero como mi madre solo se refería a él como donante de esperma y una pérdida de tiempo, no me lo imaginaba siendo nada parecido a Drew.

—Mi… bueno… mi exmarido también trabajaba en la empresa, así que dejé mi trabajo cuando nos separamos. —Me removí inquieta porque… ¡hurra!, me encantaba hablar de mis fracasos, sobre todo delante de Mac.

Miré hacia él y sí, seguía mirándome. Me había besado, me había acariciado y… estaba un poco trastornado, pero definitivamente me había gustado cómo había sido un poco brusco, como si no pudiera controlarse. No recordaba que me hubieran besado así antes. Estábamos vestidos, con solo una puerta separándonos de un niño, pero no me cabía duda de que era solo un aperitivo de lo que sería si Mac y yo nos juntáramos. Enloquecedor, salvaje, definitivamente intenso y potente.

Pero por la forma en que Mac se comportaba, como si le estuviera dando un derrame cerebral, no estaba tan segura de que fuera a volver a ocurrir. Art me sacaba de mis casillas y era la última persona que quería que me besara. Diablos, había cambiado de zona horaria para alejarme de él.

—¿Le has dejado? —preguntó Mac, reincorporándose por fin a la conversación.

Mis mejillas se sonrojaron con una mezcla a partes iguales de rabia y vergüenza.

—Él... bueno… es el director financiero y no renunciaría solo porque nos divorciáramos. Además, tuvo una aventura con su secretaria, así que ella también tendría que irse para que ese ambiente fuera lo más cómodo posible.

Drew frunció el ceño.

—Su secre... No te culpo.

—¿Te puso los cuernos? —preguntó Mac con los ojos muy abiertos.

Asentí.

Sí, era una vergüenza que me hacía arder las mejillas, aunque si vieran una foto de Pam, no se sorprenderían tanto. Era rubia, delgada, de tetas turgentes y muslos que no se rozaban entre sí. Y apostaba a que era multiorgásmica.

—Me fui porque no quería verlos todos los días desde que acabaron casándose. —Le di un trago al espumoso zumo de manzana y deseé que fuera algo mucho más fuerte.

—¿Se han casado? Joder —murmuró Mac.

Ambos tenían una expresión similar. Se miraban el uno al otro, como si hablaran sin decir palabra.

—Este trabajo me sacó de la ciudad, me alejó de ellos y de mi madre, con quien no es tan divertido vivir por segunda vez. —Me mordí el labio—. En realidad, tampoco fue divertido la primera.

Parecía que los nubarrones se habían posado sobre sus cabezas, todo por mi culpa. Oh, no. Entonces puse mi sonrisa de desfile.

—Pero no hay de qué preocuparse, ahora todo va bien. Estoy aquí y las cosas siguen en marcha con la recaudación de fondos. —Lancé una mirada a Mac.

—Lo que necesitas es salir con nuevos amigos —dijo Drew. Se levantó, recogió su plato y lo llevó al fregadero. Volvió a por más platos y preguntó a Mac—: ¿No has quedado con Theo en el Kincaids?

Mac miró el reloj.

—Sí. Tengo que ir.

—Llévate a Georgia contigo.

—Um…

—¿Qué?

Dijimos al mismo tiempo.

Me levanté y cogí mi plato para ayudar con la vajilla. Drew me lo quitó de las manos.

—Yo me encargo —dijo con una sonrisa, inclinando la cabeza—. Prepárate para irte, Mac te esperará.

Miré a Mac, que no parecía dispuesto a esperarme en absoluto. Si su padre no lo estuviera comprometiendo, probablemente hubiera salido corriendo. Yo no tenía muchas opciones. Si me negaba les haría saber que dejé que Mac me afectara. Su mal genio definitivamente era por mí, pero el calendario para la recaudación de fondos era una buena idea. Sólida, factible y rentable. Todos los del pueblo estaban de acuerdo, menos Mac. Como jefe de bomberos, tenía algo que decir, pero había perdido la oportunidad de expresar su opinión debido a la llamada de emergencia. Había llegado demasiado tarde y, para entonces, ya era un hecho. Ahora tenía que dar el brazo a torcer y entusiasmarse porque era el jefe de bomberos. Él no podía ser el Sr.

Pesimismo y Tristeza delante del pueblo cuando se trataba de *su* recaudación de fondos.

Podía mirarme malhumorado en la mesa de la cocina y tratarme a su antojo en el lavadero, pero igual lo acompañaría a ese Kincaids. No tenía elección, pero lo último que quería era otro hombre pegado a mí deseando no estarlo.

# 19



MAC

TODO LO QUE podía pensar mientras conducíamos a Kincaids era que mataría a mi padre, aunque ciertamente lo necesitaba para cuidar a Andy, así que no era de ayuda si lo hacía. «Llévate a Georgia contigo», dijo. Era lo último que necesitaba.

¿Quería pasar tiempo con ella? Joder, sí. ¿Quería algo más que besos y manoseos en el lavadero? Absolutamente. Pero necesitaba un poco de autocontrol para mantener mis manos lejos de ella. ¿Tenerla en mi camioneta, a menos de un metro de distancia con su perfume arremolinándose por todas partes? Peligroso.

No podía volver a tocarla. De ninguna manera. La había probado y ya quería más. Andy la miraba como si de un unicornio brillante se tratara, enamorado de la idea de que fuera su madre. Diablos, podría estar medio enamorado de ella.

Con él, Georgia era todo sonrisas y miradas amables. Palabras sabias sin ser condescendiente con un niño pequeño. Sabía cómo tratarle para que se sintiera especial, pero no mimado. Le caía bien y aceptaba cada aspecto de su personalidad alborotada y sin filtros.

No podía culpar a Andy por su mirada fascinada y su entusiasmo, porque yo también la veía como a un unicornio brillante convertido en mujer. Que su ex la haya engañado con otra mujer era una locura, una estupidez, y eso lo convertía en un completo imbécil.

¿Qué hombre con sangre en las venas se alejaría de alguien tan increíblemente sexy como Georgia? Era todo lo que nunca supe que buscaba en una mujer y me tenía tan excitado todo el tiempo que me resultaba casi imposible controlar la furia de mi polla. Hasta tuve que quedarme en la lavandería doblando toallas para que se me bajara. No solo eso, además me tenía cogido de las pelotas con esa idea para la recaudación de fondos. Debido al incendio de una cocina, perdí la oportunidad de negarme, mientras en cambio, el resto del comité la avaló sin mí. Ahora, no tenía

otra opción que ser el Sr. Enero y estaba seguro de que Georgia lo sabía.

Su manera de acercarse era sutil. Una mirada y mi polla se ponía dura; y la ridícula charla sobre pezones me tenía mirando los suyos en la cocina, con Andy y mi padre presentes. Una sonrisa le bastó para que el equipo accediera al calendario. Por lo que oí, enseguida se ofrecieron cachorros y gatitos. ¿Alguien le dijo que no? ¿Alguien no cayó bajo su hechizo?

Podía notarlo. Sabía que los unicornios brillantes como ella no eran reales, eran solo fantasía. Aunque iba sentada junto a mí en la camioneta yendo por Main Street hacia Kincaids, no se quedaría en Hunter Valley. Georgia estaba aquí temporalmente y se iría volando con su culo brillante de unicornio durante una puesta de sol en cuanto el trabajo de recaudación de fondos se terminara, dejándome a mí y a mi polla insatisfechos. O bien satisfechos, pero solos.

Las mujeres se marchaban llevándose el corazón de uno con ellas, y Georgia era el recordatorio perfecto de esto. De todas las mujeres de mi vida que habían huido, al menos ella lo ha avisado con antelación. Necesitaba ser inteligente, joder. Ser el único que no cayera bajo su hechizo.

Un coche venía en dirección contraria, tocando un poco el claxon al pasar. No podría decir quién era, pero era alguien que me conocía y conocía mi camioneta —como la mayoría de la gente del pueblo—, ya que tenía una pequeña barra luminosa en la parte superior.

Georgia se movió en su asiento. Había cogido un abrigo negro y unos guantes de su piso. Tenía las manos en el regazo, sosteniendo un pequeño bolso del mismo color azul que su jersey.

—No tenías que traerme —me dijo.

Aunque no mencionó que tuviera frío, alargué la mano y le apunté las rejillas de calefacción. Aquel abrigo era más decorativo que funcional

—No pasa nada —respondí, mirando por el retrovisor.

Con el rabillo del ojo, la vi mirando hacia mí.

—Cuando una mujer dice no pasa nada, quiere decir que en realidad pasa algo —replicó—. Después de estar en tu lavadero, imagino que nada está bien ya que te vuelvo loco.

Disminuí la velocidad, me detuve en un cruce y la miré. Mantuve las manos en el volante en lugar de agarrarla por las solapas del abrigo y tirar de ella para que cruce la consola central de la camioneta y se suba a mi regazo.

—Para un hombre, *no pasa nada* significa solo eso, que no pasa nada.

—¿Y que te vuelva jodidamente loco significa: *estoy encantado de salir contigo*?

Había vuelto el descaro.

Cuando habló del idiota de su ex durante la cena, vi cómo se le escapaba la sonrisa y se le encogían los hombros. El tipo le había hecho daño, la había desvalorizado y eso estaba jodidamente mal. Pero la mirada derrotada duró solo un momento porque de repente sonrió y, bueno... era posible que me hubiera deslumbrado. Me impresionó cómo podía cambiar de humor tan rápidamente.

Parecía que esta mujer, que estaba en mi camioneta tan bien como yo, era la auténtica

Georgia. Y me gustaba, joder. Vaya problema. Un maldito gran problema. Tendría que venir con una sirena de emergencia y una etiqueta de advertencia que dijera: ¡NO BESAR NI MANOSEAR!

—No debí besarte. No debí... —Levanté las manos del volante, haciendo un gesto que imitaba cuando las puse en sus tetas—. No quiero que Andy se haga ilusiones.

—¿Porque tiene seis años y aún no debería aprender a tocar a una mujer?

Fruncí el ceño.

—Porque está obsesionado con encontrar una madre y tiene la vista puesta en ti. No puedo hacer nada ni involucrarme con una mujer que no se quedará aquí.

Se apartó un mechón de pelo de la mejilla y asintió.

—Nunca haría nada que le hiciera daño. —Después de un momento, continuó—. Tienes razón. Solo estoy aquí para recaudar fondos. Nada de besos, nada de manos grandes en mis pechos jugando con mis pezones.

Al instante recordé cómo se sentían, su peso, la forma en que esos pezones se habían puesto duros cuando pasé mis pulgares por ellos.

No me había obligado a besarla ni a tocarla. Lo había hecho todo por mi cuenta. El claxon de un coche me sobresaltó. Miré a ambos lados y giré en el cruce.

—Nada de besos. Nada de pezones —acepté con los dientes apretados, aunque no estaba seguro de si le hablaba a ella o a mí mismo.

—¿Haciendo eso, o no haciéndolo, te volveré menos loco?

—Sí. —Me pasé una mano por el pelo. ¿Sería capaz de *no* besarla o de no tentarme con que su coño cabalgara mi muslo?—. No. Joder, no lo sé. Has dado vuelta mi casa, mi trabajo, mi… —Me contuve de decir *polla* al final, aunque estaba seguro de que lo sabía. Era imposible que no se hubiera dado cuenta de lo duro que se me había puesto en la lavandería, cuando la presioné con el muslo—. Sales conmigo porque mi padre se comporta como un viejo entrometido.

Giré hacia el aparcamiento.

—Estás en la camioneta —continué—. Estamos aquí. Está sucediendo. Theo James es el hermano de Mav. Es el médico del pueblo y nos ayuda en los entrenamientos de bomberos.

—Y… —Ella presionó.

—Estoy seguro de que Mallory sabe que estás conmigo…

—¿Mallory?

—Su novia —le expliqué—. Es la señorita Mornay para Andy.

—Es su maestra, ¿verdad?

Asentí.

—Sí. Si Mallory sabe que vas a salir conmigo, entonces Bridget lo sabe. Si Bridget lo sabe, entonces…

—¿Qué significa?

—Estoy seguro de que no serás la única mujer en Kincaids.

# 20



GEORGIA

MAC NO SE HABÍA EQUIVOCADO. Conocía a Theo, el médico, y a Dex, el jugador de hockey, que también era hermano de Theo. Supuestamente era famoso, pero yo no seguía ese deporte, ni ningún deporte en realidad, pues me parecían cosas de hombres. Luego estaban Mallory, Bridget y Lindy. Cada una estaba con un hermano James diferente. Mallory con Theo, Bridget con Mav, aunque él no estaba y Lindy, que estaba casada con Dex. Lindy era la hermana de Mallory. Era un poco complicado, pero bastante genial. Además, estaba Melly, la bibliotecaria del pueblo. Por la información que Mallory compartía —mientras Melly se sonrojaba—, acababa de empezar una relación con un chico quince años mayor que ella, un leñador y, oh, sí, padre de un ex de ella. Daniel no estaba aquí porque estaba con sus cuatro hermanos en un concurso de lanzamiento de troncos.

Tuve que buscar ese concurso en mi teléfono para saber de qué se trataba y ahora entendía por qué Melly se sonrojaba; si su hombre estaba en forma y era tan guapo como los de las fotos de los Juegos de las Tierras Altas de Escocia, era una mujer afortunada.

—No me puedo creer que hayáis venido todos a conocerme —dije.

Las mujeres estaban en un extremo de una larga mesa alta y los chicos en el otro. Mallory, Bridget y Lindy se sentaron a mi alrededor formando un semicírculo. Cada una de nosotras tenía una copa de vino, excepto Lindy, que parecía que daría a luz en cualquier momento, aunque nos dijo que sería dentro de tres semanas más.

—Tenemos un grupo de WhatsApp —dijo Bridget, subiéndose las gafas por la nariz—. Theo le dijo a Mallory que vendrías y ella envió un mensaje al grupo. Oyó hablar mucho de ti a Andy y ninguna de nosotras podía perderse la oportunidad de conocerte.

—No es de extrañar que Andy le haya estado diciendo a todos que tiene una nueva madre —

dijo Mallory.

Cuando Andy parecía aterrado al imaginar tener que decirle a la señorita Mornay que no había hecho su tarea de matemáticas, me la imaginaba como una vieja estricta que utilizaba una mirada inquisidora como táctica para asustar.

Pero Mallory estaba lejos de ser vieja, probablemente tendría unos veinte años, y parecía ser una maestra increíble.

—¿En la escuela? —le pregunté, cubriéndome la cara con la mano—. Oh, no.

Se rio.

—Eres tan guapa que no me extraña que esté deslumbrado.

—Creo que hay alguien más que también está deslumbrado —dijo Lindy, inclinándose hacia mí y miró hacia el otro extremo de la mesa y todas miramos en esa dirección.

Allí, en el extremo opuesto al mío, estaba Mac cos brazos cruzados sobre el pecho. Mientras Dex y Theo hablaban, él me miraba.

—Está mirándote desde que te sentaste —añadió Mallory.

—Descaradamente —dijo Bridget, con una sonrisa traviesa.

—Intensamente —dijo Melly.

—Follándote con la mirada —susurró Lindy.

Yo jadeé y las demás soltaron una risita.

—Esa no es la mirada de un hombre que está deslumbrado —susurré. Pero era una mirada que me encendía y me hizo recordar cómo besaba, cómo me había arrastrado hasta el lavadero porque no podía aguantar ni un segundo más para poner sus labios sobre los míos y sus manos en mi cuerpo.

—Él no, su polla —dijo Mallory simplemente.

Yo escupí un sorbo de mi vino.

—¿Le deslumbro la polla?

Asintieron todas a la vez.

¿Un hombre con la polla deslumbrada? Y no cualquier hombre, ¿sino Mac?

Me resultaba imposible. Definitivamente no había deslumbrado a Art. Un hombre con la polla deslumbrada no pone los cuernos si está feliz y satisfecho.

—¿Estás comprometida? —preguntó Bridget—. ¿Es por eso que Mac no te interesa?

Abrí los ojos de par en par.

—Me interesa porque… mírale. Y estoy recién divorciada y tan sola.

—Bueno, dicen que la mejor manera de olvidarte de un hombre es metiéndose debajo de otro —contestó Lindy, moviendo sus cejas rubias—. Y por la forma en que Mac te mira, está claro que te quiere debajo de él.

—Y encima de él también —añadió Mallory con una risita—. ¿Por qué no? Tienes un cuerpo increíble, y ese pelo…

Ella y Bridget me miraban de arriba abajo, o al menos lo que podían ver de mí por encima de

la mesa.

—Sí, ¿cómo lo haces? —preguntó Bridget.

—¿Qué? —pregunté, mirándome. ¿Había manchado de vino mi jersey? Joder, solo se podía limpiar en seco y el vino tinto era imposible de quitar.

—Tu pelo. Está recogido en una coleta como el mío, con la diferencia que pareciera que he acabado de correr, todo rizado y ondulado.

Lindy levantó la mano y tiró juguetonamente de la punta del pelo de Bridget. Habían dicho que eran hermanas, pero Lindy tendría mi edad y Bridget unos veinte años. Tampoco se parecían mucho.

—Sí, y tu maquillaje, joder, ¿tienes un canal de YouTube o algo así? —añadió Mallory.

Parpadeé, confusa. ¿Un canal de YouTube? ¿Yo?

—Haces que parezca una vagabunda —dijo Lindy, pero tenía que estar bromeando porque lucía muy arreglada.

Me sentía un poco avergonzada por su escrutinio.

—Mi madre siempre decía que no se sale de casa sin la cara puesta y, bueno, necesito toda la ayuda posible.

—¿Ayuda? Eres increíblemente guapa. Es un poco difícil no mirarte. Podrías ser Miss América con la forma en que estás arreglada —sugirió Mallory—. ¿Verdad? —Miró a las demás —. Todo lo que necesita es un vestido de noche y una banda.

Fruncí el ceño.

—En realidad, estuve en concursos de belleza durante diez años.

Mallory puso su mano en mi antebrazo y me miró con compasión.

—Digamos que fuiste Miss Estados Unidos.

Negué con la cabeza.

—No pasé de ser finalista de Pequeña Miss Calhan porque dar vueltas la batuta no es como cantar el Himno de Batalla de la República que mi madre esperaba, lo cual es irónico porque en mi ciudad natal la Guerra Civil no ha terminado.

—¿Sabes hacer girar la batuta? —preguntó Melly, con los ojos muy abiertos—. Lo intenté una vez y me cayó en la cabeza.

Me reí.

—Por supuesto que no, por eso soy subcampeona. ¿Cantar? Sí. Pero nunca volví a acercarme a otra tiara.

—¡Lo sabía! —dijo Mallory—. Tienes el porte para los concursos. Y el pelo. Cielos, la marca de tu champú. ¿Haces un tratamiento de queratina?

—¿Pequeña Miss Calhan? —preguntó Lindy, con sus ojos prácticamente brillando—. Apuesto a que eras adorable. Si resulta que tengo una niña, quizá pueda participar en concursos. —Sus manos descansaban sobre su enorme barriga.

—Los concursos no son para todo el mundo —le aconsejé—. Créeme. Yo tenía siete años

cuando tuve el incidente con la batuta. Si en lugar de eso hubiera cantado, hubiera obtenido una tiara para poner junto a todos los trofeos y tiaras de mi hermana. Pero cuando crecí, conseguí estas... —Me señalé el pecho—. Y estas caderas con un culo que superó la norma de los concursos. Puede que pienses que deslumbraría en un vestido de noche, pero no con un bañador.

—Da igual —dijo Bridget—. ¿A quién le gusta un bañador? Son caros y, además, solo podrías llevar uno durante dos semanas aquí en Montana. De todas formas, ¿quién dice que hay que ser delgada como un palo para estar estupenda?

—Mi madre y mi hermana —contesté inmediatamente—. Que es delgada como un palo y fue Miss Georgia. También lo pensaría mi ex, que me cambió por una modelo delgada.

—Mi madre es una alcohólica adicta al juego —compartió Mallory en nuestro concurso de madres locas—. Las madres no lo saben todo.

—Mi madre tuvo una aventura con un alcalde —dijo Melly.

—¿La alcaldesa Mary? —le pregunté, con los ojos muy abiertos.

Melly negó con la cabeza.

—Hace unos cuantos alcaldes atrás.

—De todas formas, ¿a quién le importa ser delgada? —preguntó Lindy—. Hace dos meses que no me puedo ver los pies.

—Exacto —dijo Bridget—. Tu ex es obviamente un idiota. ¿Te imaginas si se juzgara a los hombres por llevar bañador?

—¿Mientras llevan tacones y giran en círculo? ¿Con una batuta? —añadió Lindy, sonriendo —. Aunque Dex lleva patines como si fueran una extensión de su cuerpo, así que apuesto a que podría con los tacones.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Dex al oír su nombre.

—Nada. —Se dieron un beso y él se volvió hacia los hombres.

Cielos, eran increíblemente apuestos. Estaban felizmente casados y en cualquier momento tendrían un bebé. Un bebé. Sentí celos de ella y de todo lo que tenía. Un tipo que no dejaba de tocarla, la llamaba *cariño* y quería una familia.

—¿Es de ahí de donde sacaste la idea del calendario para la recaudación de fondos? —preguntó Mallory, sacándome de mis pensamientos—. ¿De los concursos?

—¿Calendario? —se preguntó Lindy. Obviamente, su grupo de WhatsApp no lo cubría todo.

Las puse al corriente.

—¡Me encanta! —dijo Lindy, acariciándose distraídamente la barriga—. Debería pedirle a Eve que sea patrocinadora.

—Nuestra amiga Eve, y probablemente futura cuñada desde que sale con Silas, dirige Steaming Hotties —explicó Bridget.

—¿La cafetería? Vi el local ayer frente a la estación de bomberos. Pasaré mañana y me presentaré.

—Compraré unos cuantos calendarios y los pondré en la biblioteca —dijo Melly.

—¿Así que Mac estará en el calendario? —preguntó Bridget.

Asentí con la cabeza y le eché a Mac un vistazo.

—Es opcional, pero como jefe de bomberos se siente obligado. No está muy entusiasmado con la idea —admití, agradeciendo que la música del bar estuviera lo bastante alta como para que los hombres no pudieran escuchar nuestra charla.

—¿Mac en traje de bombero y *solo* en traje de bombero? —preguntó Lindy, abanicándose y sonriendo—. No necesita sonreír. Cielos, esa cara de gruñón que le está poniendo a Georgia ahora mismo le queda muuuuuuuy bien.

Volvimos a mirar a Mac desde la mesa. Esa no era su cara de gruñón, era la cara que me puso cuando cerró la puerta de la lavandería de una patada y me besó.

Madre mía.

—Tiene la polla completamente deslumbrada.

# 21



MAC

ME QUEDÉ MIRANDO a Georgia sentada entre las otras mujeres. Se estaba riendo de algo que había dicho Mallory, con una mano sobre la boca que había besado hacía unas horas, la boca que quería volver a besar y ver envuelta en mi polla.

Todas las mujeres se volvieron para mirarme a la vez, como si yo fuera una curiosidad del zoológico.

—La estás mirando —murmuró Theo.

—Me están mirando —contesté.

Él se había dado cuenta, pero las ignoró.

—La estás mirando como si quisieras tumbar las bebidas y follártela encima de la mesa.

No se equivocaba.

—Al igual que todos los demás hombres de aquí —refunfuñé.

No me extrañaba que Georgia captara la atención de todos los hombres sin darse cuenta. No bebían sus cervezas pensando en llevarla a la iglesia porque todo en lo que se podía pensar era en follarla, incluso después de haber sido yo quien le dijera que no habría más besos.

Yo fui quien lo empezó y lo terminó todo, sin embargo, quería más. ¿Y después de cómo ella respondió en el lavadero? Joder, Georgia también quería más.

—No deja de mirarte a escondidas —comentó Dex, sentado junto a su mujer con una mano sobre su muslo—. Me siento como si estuviera en el comedor de la secundaria.

—Sí, bueno, la besé. —Como si eso explicara esta mirada.

—No es una galleta para lamer y decir que es tuya —añadió Dex, continuando con el tema juvenil.

Por supuesto que quería lamerla delante de todo el bar para que todo el mundo supiera que

era mía. Pero no lo era. No. ¡Joder! La quería, pero no podía tenerla; sin embargo, nadie más la tocaría.

Theo se rio y por fin miré hacia él. Me había parecido un idiota cuando se mudó aquí el otoño pasado. Había pasado de ser un cirujano en una gran ciudad a médico de pueblo, pero consiguió una novia increíble y era feliz.

—¿Qué? —le pregunté, estudiándolo—. Me asustas con tu risa.

—Es hora de la venganza —dijo, sonriendo.

Fruncí el ceño.

—¿De qué coño estás hablando?

—Yo era el idiota malhumorado sentado en este bar y tú te descojonabas de risa por mí porque tenía la cabeza en Mallory.

—¿Y soy yo el idiota ahora? —Me señalé a mí mismo.

—Oh, sí.

—Dejadme que os haga una pregunta sobre mujeres.

Dex sonrió.

—Somos expertos.

Le ignoré.

—¿Qué hace una mujer encerrada en el baño por la mañana durante cuarenta y cinco minutos?

—Joder, si que lo sé. Mallory entra y sale en treinta.

—¿Treinta? —pregunté. Me duchaba en cinco, me afeitaba en dos y estaba listo.

—Lindy pasa cuarenta y cinco minutos por la mañana. Ducha, hidratación, secado, peinado y maquillaje.

Así que Georgia no había usado el vibrador. Eso probablemente agregaría unos minutos más, ¿no?

Theo me dio una palmada en el hombro.

—Si de verdad la quieres, aunque sea tan coqueta, yo digo que vayas a por ella.

Giré sobre mi taburete para mirarle y que me entendiera.

—Ella no es de aquí.

—Cierto.

—Se marchará tan pronto como termine la recaudación de fondos.

—Exactamente.

—A ella se le ocurrió la idea del calendario.

—No se lo eches en cara. Es una gran idea —añadió Dex.

—Vale, pero yo estaba a favor de la cena mexicana. El otro punto es que se aloja en el piso dfe arriba de mi garaje.

—Lo sé. Tienes fácil acceso. Entonces, ¿cuál es realmente el problema? Acuéstate con ella y sácatela de encima. —Por la forma en que me miraba, no entendía el problema. Tenía un

diploma médico avanzado con años de entrenamiento adicional, por lo que pensaba que era lo suficientemente inteligente como para comprender la situación, pero no.

—Andy está casi enamorado de ella.

Alzó las cejas.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Un niño de seis años? —dijo el hombre que no tenía, ni quería tener hijos.

—No puede entusiasmarse con alguien que no se quedará aquí.

Su mirada cambió porque simpatizaba con el niño, no conmigo. Al menos él y Dex reconocían el desafío cuando se trataba de Andy.

—¿Él o tú? —Theo contraatacó.

Fruncí el ceño.

—A los padres se les permite tener sexo, o al menos eso espero, porque lo seré dentro de unas semanas —dijo Dex. Estaba claro que sabía lo que hacía en el dormitorio, ya que el estado actual de su mujer era un ejemplo flagrante de su virilidad.

—Sí —añadió Theo—. Tienes razón, ella se irá. Y Andy estará igual de triste tanto si te acuestas con ella como si no. Diviértete. Ten sexo. Recuerdas lo que es eso, ¿verdad?

Fruncí el ceño un poco más.

—Le dije en el camino que el beso fue un error, que no debería haber ocurrido y que no puede volver a ocurrir.

—Hay una cosa que las mujeres saben de los hombres —dijo Dex. Era como un Golden Retriever: feliz, siempre sonriente, despreocupado, como un arco iris. Aunque, lo había visto jugar hockey y era una persona diferente sobre la pista de hielo.

—¿Sí? —le pregunté, esperando a que compartiera su sabiduría.

—Y es que siempre nos equivocamos.

Theo se rio entre dientes.

—Le compré una casa a Mallory cuando se suponía que no debía hacerlo. Puedo dar fe de esa afirmación.

Georgia se levantó de la mesa y se dirigió hacia la barra llevando su copa de vino vacía. Observé su andar y a varios hombres que la miraban por el camino. Arlo, el hermano de Mallory y dueño del local, estaba detrás de la barra y se acercó a ella, ofreciéndole una sonrisa. Hablaron un momento, le guiñó un ojo y se fue a servirle el pedido.

El hombre sentado en la barra se volvió hacia ella. La miró como a un buey en una subasta y empezó a hablarle.

—Le está tirando los tejos —refunfuñé, después de observarlos durante unos segundos.

Dex y Theo siguieron mi mirada.

Dex se rio.

—Es uno de los padres de la liga PeeWee.

Como todo el mundo en el pueblo sabía que Dex jugaba al hockey profesional, en ocasiones

le habían pedido que ayudara como entrenador en los programas infantiles del centro de patinaje. Aún no era fijo, pero en cuanto se retirara, probablemente asumiría el cargo a tiempo completo. Dijo que estaría unos años más con los Silvermines, pero tenía la sensación de que lo dejaría antes de lo pensado una vez que fuera padre.

—Parece que la están pasando bien —comentó Theo.

¡Joder!

—Georgia vino aquí conmigo —espeté.

—¿Y? No es de tu propiedad, es un juego limpio—aconsejó Dex.

Me levanté.

—Ella no es un juego limpio.

—¿Quieres un consejo profesional? —espetó Theo antes de que yo pudiera ir a darle una paliza al padre de PeeWee.

Más consejos de los hermanos James. ¿Acaso eran expertos? Tal vez lo eran ya que los cuatro habían conseguido de alguna manera que sus mujeres se enamoraran de ellos.

—Claro.

—Escucha a tu polla.

Mi polla me decía *ve hasta la barra, detén a ese cabrón, échate a Georgia al hombro y llévala a algún sitio para poder meterte en su dulce coño.*

Vale. Me equivoqué antes. Podríamos besarnos. Podía jugar con sus pezones. No tenía que casarme con ella, no tenía que quedármela, pero estaba seguro de que no se iría a casa con ese tipo.

Theo estaba sugiriendo que Georgia era la solución perfecta para mi sequía sexual. Sin ataduras, sin resentimientos, sin encontrármela en el supermercado después de que las cosas terminaran. Podríamos follar y olvidarnos el uno del otro. Joder, volvería a una zona horaria diferente. Tal vez Theo no era tan tonto después de todo. Quizás era solo lento, o protector, o tal vez ambas cosas.

Mirando a Georgia, me puse entre ella y el padre de PeeWee. Arqueé una ceja, esperando que ese simple gesto transmitiera todo lo que mi polla quería.

—¿Perdona? —dijo el hombre.

Le ignoré y me concentré única y completamente en Georgia. Levantó la comisura de los labios y arqueó una ceja perfectamente.

Le cogí la mano.

—Lo siento —le dije al tipo—. Nunca iba a ser tuya.

Luego la llevé fuera del bar. Esto estaba sucediendo. Mi polla era jodidamente inteligente.

# 22



GEORGIA

MAC NO DIJO ni una palabra hasta que estuvimos de pie junto al lado del pasajero de su camioneta. En lugar de abrirme la puerta, puso la mano sobre ella. Me volví hacia él y se acercó. Era de noche, pero el aparcamiento estaba bien iluminado. Aun así, él permanecía envuelto en sombras. Hacía mucho frío y nuestras respiraciones eran bocanadas blancas.

—Me equivoqué —dijo, acercándose para acariciarme el pelo.

El gesto me puso la piel de gallina.

—¿Ah, sí? ¿En cuanto a qué?

Había una larga lista de cosas en las que se había equivocado, así que era importante que yo supiera en cuál. La idea del calendario, ser el Sr. Enero, el beso.

—El beso. —Su mirada se posó en mis labios—. Y tocarte.

De repente, ya no tenía frío. Tenía razón.

—Estaba tan equivocado —coincidí, asintiendo. Lo había deslumbrado y quería su polla.

—Necesitamos besarnos. Necesito tocar tus tetas perfectas otra vez y acariciarte el culo. —Con cada palabra, su cabeza se acercaba más y más a la mía hasta que pude sentir su respiración en mi mejilla—. Nada con el padre de PeeWee.

—¿Quién? —me pregunté.

—Exactamente. Esto está pasando, preciosa.

—Vale. Besos, manoseos, ¿qué más? —le pregunté sin aliento. ¿Por qué no me besaba ahora? VAMOS, ¡BÉSAME!

—Tengo una maldita lista. —Sus labios rozaron mi mandíbula, ligeros como plumas.

Incliné la cabeza.

No estaba segura de si quería decir que tenía una maldita lista o solo una lista que era

jodidamente buena. Daba igual.

—Vale. Yo también la tengo.

# 23



MAC

CERRÉ la puerta del garaje y, como la había cogido de la mano desde que la ayudé a bajar de la camioneta, la estreché entre mis brazos antes de finalmente besarla.

No habíamos dicho ni una palabra en el camino a casa. Tuve que concentrarme en la carretera y no en ella, de lo contrario, me habría subido a la acera. Era demasiado tentadora, incluso con sus curvas ocultas bajo el abrigo.

Me desplacé y la giré para que quedara pegada a la puerta.

¿Qué tenía esta mujer? Su sabor, su aroma, su cuerpo. Era jodidamente embriagadora. Sin embargo, parecía que había llegado al pueblo para meterse en mi vida, en la recaudación de fondos, con mi hijo, e incluso estaba sentada a mi mesa.

Sin embargo, no podía controlarme cerca de ella y yo siempre tenía control. Debía tener control y esta era la manera de hacerlo, doblegándola a mis deseos para lograrlo de la única manera que parecía que podía. Así que metí la mano en su sedoso pelo y le di un ligero tirón.

Ella gimió.

Joder, sí.

—¿Así?

Georgia abrió los ojos.

—Sí, por favor.

—¿Más fuerte?

—¿Tienes alguna otra forma de hacer esto?

Negué con la cabeza y miré sus labios hinchados.

—No, preciosa.

—Bien.

Bien. Reclamé su boca como mía porque de momento, lo era. Le gustaba fuerte y yo era el hombre. Podría acostumbrarme a esto, a besarla, a estar con ella. Esto era como mi recompensa por soportar su locura. Por hacer de mi vida una locura.

Pero mientras toda la sangre había fluido a mi polla, tuve que recordar que ella solo estaba de paso, que no era de Hunter Valley y tampoco se quedaría. Ella —y esto entre nosotros— era temporal.

Así que la besaría y me la follaría mientras durara.

—Mac —susurró en mis labios cuando por fin la dejé respirar.

—Sin compromisos —le dije, abriendo los botones de su abrigo. Vería qué había debajo de aquel suave jersey azul.

—¿Qué? —preguntó mientras bajaba las manos y empezaba a abrir la hebilla de mi cinturón. El mismo cinturón que había utilizado para mantener su maleta cerrada.

—Esto. Lo que estamos haciendo. Sin compromisos —le repetí—. Tú te irás y yo no puedo...

—Solo sexo —aceptó de inmediato, con la mirada fija en mis pantalones.

Asentí una vez. Joder, era tan excitante ver su ansiedad por llegar a mi polla.

—Solo sexo.

Bien, lo había entendido. Entonces me dediqué a quitarle la ropa.

# 24



GEORGIA

CUANDO ME QUEDÉ SOLO con el sujetador y las bragas, Mac se apartó para mirarme. Se pasó el pulgar por el labio inferior mientras me miraba de pies a cabeza. Había estado excitada hasta ahora. Demasiado. Demasiado ansiosa para detenerme a pensar las cosas. Mac me miraba, casi completa, y aunque mis bragas grises tenían bonitos encajes y mallas, no ocultaban todas mis imperfecciones.

Levanté las manos, luego las bajé y volví a levantarlas, alternándolas de un lado a otro como limpiaparabrisas sobre mi cuerpo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Él no tenía camisa y llevaba el cinturón abierto, al igual que los vaqueros. La pequeña V dejaba ver unos calzoncillos a cuadros. Por supuesto, él no tenía ni idea de eso porque tenía un cuerpo de locura. Aunque no medía más de dos metros, tenía músculos abultados. No había duda de que hacía ejercicio. Como bombero, tenía que estar en forma y, sin duda, era un líder no solo en el trabajo, sino como ejemplo de buena forma física en general.

Era un modelo perfecto para un calendario. Mac era... perfecto.

Aunque no quería pensar en Art mientras estaba en ropa interior contemplando a Mac, tuve que tomarme un momento para compararlos. Art era oficialmente un enclenque con barriga, sin tono muscular y vello en pecho un poco ralo. Era patético en general. ¿Por qué entonces me había afectado perderle? Ahora no lo recordaba.

Estaba cegada por los abdominales del Mac y la cosita en V que conducía a una polla enorme, aunque no la había visto y no podía asegurarlo, pero ¿este tipo? Tener energía de polla grande significaba realmente tenerla.

Luego estaba yo. ¿Cómo es que estaba aquí conmigo? ¿Acaso era porque yo era fácil?

Bueno, lo era para él. Además, de fácil acceso. Me hospedaba en su garaje. Pero...

—Nunca había visto pensar tanto. ¿Y qué haces con los brazos? —preguntó—. No te pongas tímida conmigo ahora.

Levanté la vista de sus abdominales y me encontré con su mirada.

—Yo… pues, ha pasado un tiempo, y el último hombre con el que estuve, mi exmarido, me dejó por su secretaria. —No le recordaría que se casó con ella y la dejó embarazada, probablemente el mismo día. Estar aquí vulnerable y desnuda era suficiente.

# 25



MAC

CIERTO. El imbécil de su exmarido.

Georgia, de pie y apenas con sujetador y bragas, era jodidamente sexy. Sus tetas, que eran más que un puñado, rebasaban el encaje y llenaban la tela a la perfección, pero claramente, ella no pensaba igual.

—Déjame adivinar —dije con un resoplido—. La secretaria y nueva esposa es probablemente una flacucha.

Ella asintió y su labio inferior sobresalió en un pequeño mohín.

Me acerqué un paso más para poder mirar aquella tentadora línea de escote. Podría perderme allí y asfixiarme. Podría morir en ese profundo valle. Vaya manera de hacerlo.

—Huesuda —continué, adivinando cómo era la otra mujer—. Pequeñas tetas que probablemente puedan estar sin sujetador.

Otra afirmación con la cabeza.

Extendí la mano, le corrí el pelo largo por encima del hombro y jugué con el tirante del sujetador.

—Come ensaladas en todas las comidas y tiene un culo en el que tu ex podría hacer rebotar una moneda —continué.

Inclinando la cabeza, intentó apartarse. Bingo.

—Oh, no, nada de eso —le dije, enganchando mi dedo en la correa para mantenerla en su sitio—. En primer lugar, tu ex es un idiota. Cualquiera que se le ocurra engañarte tiene que estar loco. ¿Y hacerlo con alguien con quien trabaja? Una mala jugada.

Sus ojos se abrieron de par en par y continué. Necesitaba escuchar esto.

—Segundo, no quiero una mujer huesuda. Mírame, la partiría. —La solté, hinché mi pecho y

lo palmeé en un gesto de *Yo, cavernícola*—. No quiero pequeñas tetas. Quiero un puñado. Joder, más que un puñado. Que reboten durante el sexo. Pezones regordetes a los que les gusten que los chupen y tiren de ellos. Un culo al que pueda agarrarme mientras follo. Me encantan los muslos gruesos y las curvas, Georgia.

Finalmente, me miró con esos preciosos ojos marrones. Sus pestañas eran jodidamente largas. Sabía que mis palabras la afectaban porque jadeaba y sus tetas perfectas se agitaban con cada respiración.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

Cogí su mano, la puse sobre mi pecho y luego la bajé por mi cuerpo, girándola para que nuestros dedos superpuestos quedaran mirando hacia abajo, se metieran en mis calzoncillos, y me rodearan la polla. Mi polla dura como una roca, ansiosa por sus caricias.

—¡Joder!... —jadeé. Había pasado mucho tiempo y su mano allí era una locura—. Lo digo en serio —repetí.

Tiré de nuestras manos y luego di un paso atrás. Separarme de su tacto no era lo que quería, pero no quería avergonzarme a mí mismo corriéndome solo con un manoseo. Fui paciente, tal vez. Podríamos follar inmediatamente contra la puerta y sería increíble. Me aseguraría de que fuera bueno para ella, pero si tenía algún atisbo de duda sobre lo caliente que estaba, lo arreglaría ahora mismo, joder.

Mientras me acercaba a la cama, le dije:

—Ahora, sé esa mujer traviesa de la lavandería y domina mi mundo.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó.

Me lamí los labios.

—Fácil. Siéntate en mi cara.

Vi cómo se le abrían los ojos de par en par. Todo su cuerpo se ruborizó ante mis osadas palabras. No pude evitar preguntarme si su ex la había lamido antes, algo en lo que no quería pensar de momento, pero también quería rectificarlo si estaba en lo cierto. Una mujer necesitaba que se la comieran bien, a fondo, y a menudo.

—Cariño, antes dabas por sentado que tú mandabas —le dije—. Yo tengo el control y lo único que puedes hacer esta noche es entregarte cuando quieras. Así que a menos que quieras parar, ven aquí.

# 26



GEORGIA

—¿No quieres… follar? —le pregunté, y eso desencadenaría cada uno de mis detonantes. Me vería desnuda. Me vería ahí abajo REALMENTE de cerca y en persona. Estaría sentada sobre él, y no tenía muslos pequeños ni era liviana. Podría literalmente asfixiarle hasta la muerte.

Me había visto de cerca la zona con un espejo... bueno, vale, una vez cuando Keely fue a una extraña clase de empoderamiento femenino en la universidad y tuvimos que explorar nuestra feminidad como tarea. Ella me había introducido el concepto, aunque hicimos la exploración en baños separados.

La visión fue... rara. Definitivamente no era lesbiana y la razón por la que a un hombre le gustara bajar allí me resultaba...

—Joder, sí, quiero follar. Pero no tengo condón. ¿Y tú?

Me reí de la ironía de aquello. Nos habíamos estado volviendo locos el uno al otro desde que llegué; la necesidad por su polla era tan poderosa desde que había estado de rodillas junto a la cinta transportadora de equipajes y él se había quitado el cinturón y ahora no podía tenerla. O al menos no como yo quería.

—Bueno, no. —Lo último que esperaba hacer en Montana era... esto.

Torció un dedo en un gesto y me acerqué. Estaba siendo paciente, pero sentí que no iba a durar mucho y que una vez que me pusiera las manos encima, no podría contenerse.

Eso funcionaba para mí.

Mac alargó la mano, me rodeó la cintura y me acercó a él para que me colocara entre sus rodillas abiertas. El aire era cálido, pero la piel se me ponía de gallina. Le reconocí el mérito de sostenerme la mirada cuando tenía las tetas a la altura de los ojos. Ansiaban volver a ser tocadas por él; los pezones me palpitaban por su atención.

—¿Tu aprensión es a que te la coma en general o por sentarte en mi cara?

Me lamí los labios.

—Dijiste que querías muslos gruesos y curvas, pero no quiero matarte con ellos. Tus compañeros del departamento de bomberos acudirían al llamado y realmente no quiero tener que explicarles lo sucedido.

—Vaya manera de morir. —Sonrió y luego asintió—. Sé cuál es el problema y es culpa mía.

—¿Tuya? —¿Qué podía haber hecho mal?

—Piensas demasiado, Georgia. —Sus ojos recorrieron mi cuerpo y se posaron en mis tetas —. Lo solucionaré ya mismo.

Tirando de mí hacia él, puso su boca sobre un pezón. Sí, sí. Incluso a través de mi sujetador podía sentirlo. El tirón, el...

—Joder…

No era delicado, pero yo no quería que lo fuese. Necesitaba saber que me deseaba tanto como yo a él, y esto era solo su boca sobre mí.

Sentí su sonrisa mientras me besaba a lo largo del escote y luego prestaba la misma atención al otro pezón. Iba y venía hasta hacerme retorcer, con los dedos atrapados en su pelo.

—Estas tetas, joder. He fantaseado tanto con ellas.

Abrió el broche y se apartó el tiempo suficiente para que mi sujetador cayera al suelo. Gimió con los ojos oscureciéndose y calentándose a la vez. Un *joder, sí* se escapó de sus labios antes de volver al ruedo. El tacto de su bigote en mi piel no hacía más que aumentar las sensaciones. El raspado. Las cosquillas. Luego la suavidad. Sus callosas manos que me acariciaban, frotándome los pezones, luego tirando de ellos.

—Ahhhhhh —gemí.

Entonces se dio la vuelta, me inclinó de modo que quedé boca arriba sobre la cama y se cernió sobre mí. La sensación de su presión encima de mí era tan potente, sólida, robusta que me sentía pequeña, femenina y dominada, *reclamada* en el buen sentido.

Su atención no se desviaba de la tarea.

No tenía ni idea de cuánto tiempo jugó con mis pechos pero fue un largo rato. Minutos, horas, me daba igual. Mis dedos tiraban de él atrayéndole más y más. Estaba a punto de llegar al clímax solo con esto. ¿Cómo era posible? Joder, qué delicia. Me dolía el coño por estar tan solitario y húmedo. ¿Por qué no le prestaba atención al resto de mí?

Finalmente, me besó el vientre desnudo. ¡SÍ!

Sus dedos se engancharon en mis bragas y se deslizaron por mis piernas mientras las bajaba. Levanté las caderas y le ayudé a quitármelas. De alguna manera, verle tirar ese trozo de encaje por encima del hombro me resultó muy excitante y cuando quedé desnuda, por fin, levantó la cabeza y me miró por encima del cuerpo.

—Joder, eres preciosa.

Me levanté sobre los codos y me encontré con su mirada. Solo podía imaginarme mi aspecto,

con los pezones húmedos y duros a causa de su boca y sus manos. Luego se arrodilló en el suelo entre mis piernas, donde podía verme el coño y todo mi cuerpo.

Se inclinó hacia mí y me lamió como si fuera el más sabroso de los conos de helado. Definitivamente chorreaba como uno, derritiéndome con el calor de su mirada.

—Mac… —le susurré, arqueando la espalda.

Se detuvo.

—¡No! —jadeé. Una lamida no era suficiente.

—No te preocupes, te daré más.

Se tumbó en la cama a mi lado, haciéndome rebotar, y me cargó como si no pesara nada para ponerme a horcajadas. Me cerní sobre él, con las piernas abiertas sobre sus estrechas caderas. Dirigió las manos a mis pechos, los acariciaba y jugaba un poco más con ellos. Arqueé la espalda y me quedé mirando al techo.

Sin duda, le gustaban las tetas.

—Ven aquí, preciosa.

Subí por su torso, pero no lo bastante rápido o al menos no como él quería, porque me agarró por las caderas y tiró de mí para que me sentara a horcajadas sobre su cara. Tenía que admitir que la forma en que me maniobraba me excitaba.

Bajé la mirada hacia él.

—¿Y tú? —le pregunté. Su polla seguí dentro de sus vaqueros, la había sentido antes y tenía que estar incómodo.

—¿Quieres chupármela? —giró la cabeza y besó la piel sensible del interior de mi muslo.

Me mordí el labio. No iba a pensar en cómo había sido en el pasado con Art. Mac me preguntaba por su polla y sí, quería darle una mamada, pero estaba suspendida sobre su cabeza, con mi sexo tan cerca de su cara que su cálido aliento me abanicaba el coño caliente y húmedo.

Ya no podía estar nerviosa ni avergonzada, y no por cómo me tocaba, sino por cómo me miraba y me hacía sentir.

—Sí. —¿Era esa mi voz? La única palabra sonó sensual y profunda.

—Date la vuelta.

Fruncí el ceño y luego comprendí. Oh, sí, por favor.

Con cuidado, para no darle un rodillazo en la cabeza, me giré hacia sus pies.

—Buena chica —dijo—. Tu culo es perfecto. Libérame la polla.

Levantó las caderas para que yo pudiera bajarle los vaqueros y los calzoncillos lo suficiente para que su polla se soltara.

—Joder.

Era grande. Tan grande como la de una estrella del porno, aunque yo nunca había visto porno, así que tal vez era de tamaño normal y Art solo llevaba un pepinillo en los pantalones. Me lamí los labios porque de repente se me hizo la boca agua. Las pollas no eran tan atractivas, pero ¿la de Mac? De color ciruela, larga, gruesa, de cabeza bulbosa. La piel era lisa y estaba tensa con

semejante erección. Se curvaba hasta el ombligo con una gota de líquido en la punta. Se me hizo agua la boca por probarlo y lo hice.

Siseó y se tensó más. Volví a lamer la punta y luego pasé la lengua alrededor.

—Esto parece el casco de un bombero —dije llevándome la corona a la boca.

Se rio, pero gimió al mismo tiempo que su polla palpitaba contra mi lengua. Una salada ráfaga de líquido preseminal me cubrió la lengua.

—¿Quién manda aquí? —preguntó cuando se la chupé un poco.

Solté una risita, cerniéndome justo encima de él. Me sentía guapa, deseada y un poco provocadora.

—Yo.

Jadeé cuando me agarró de las caderas, tiró de mí hacia abajo y puso la boca sobre mí. El tacto caliente de su lengua era increíble.

—¡MAC! —grité y giré las caderas mientras él me lamía hasta el centro y giraba alrededor del clítoris. Había encontrado mi clítoris sin necesitar de un mapa ni un manual de instrucciones —. Por favor, no pares.

—Mete mi polla en esa dulce boca y no lo haré.

# 27



MAC

GEORGIA.

Joder.

Había estado loco por ella desde que la vi en el aeropuerto. Desde que vi su sujetador y ese juguete. Desde que me sonrió. Desde que vi sus curvas. Luego se alojó en el piso y se apareció como la organizadora de la recaudación de fondos. Todo lo que hacía parecía sacarme de quicio con cada sonrisa. ¿Qué tenía ella y esas sonrisas? Era como un superpoder. Un arma para conseguir que cualquiera hiciera lo que quisiera.

Había pensado que, trayéndola aquí, con mis manos y mi boca sobre ella, la controlaría; que calmaría esa necesidad que tenía de doblegarla y someterla. Pero fue todo lo contrario. Era insaciable, preciosa, salvaje, y una vez que superó sus complejos y su timidez, cabalgó sobre mi cara como si intentara ganar la Triple Corona. Se volvió indomable.

Era jodidamente difícil centrar toda mi atención en sus necesidades cuando tenía mi polla en su boca. Quería averiguar si le gustaba más que le lamiera el clítoris por la izquierda o por la derecha, si lamerla en círculos la hacía jadear y si un chasquido la haría gotear su excitación. Pero no podía pensar en nada. Joder, no podía pensar en nada porque la succión de su boca era la sensación más dulce y húmeda. Era jodidamente buena.

Sabía que ella tenía que llegar primero, no era algo que tuviera que recordar. Georgia siempre primero. Pero estaba seguro de que ella podía notarlo, porque mis pelotas se tensaron y la columna me hormigueaba con la necesidad de correrme, pero me contuve una y otra vez, hasta que ella se retorció y gimió en mi polla mientras llegaba al orgasmo.

Solo cuando goteó sobre mi cara la solté y eyaculé. Su boca traviesa se tragó cada gota que bombeé por su garganta. No podía ver, me zumbaban los oídos y tenía los dedos entumecidos.

¿A dónde habían ido los dedos de mis pies? Ser asfixiado por su coño y con mi polla aún en su boca sería una manera increíble de morir.

Bajé los brazos.

Cielos santos. Era el mejor sexo que había tenido y ni siquiera la había follado. Pensaba que tenía el control de cada situación, pero ¿esto? Yo podría haberle dicho qué hacer y ella se habría sometido maravillosamente, pero me encontraba en un gran problema aquí. Con una sola probada de esas tetas, de ese coño, y ya estaba enganchado. ¿La forma en que gemía y gritaba mi nombre? Estaba jodido.

Theo dijo que me acostara con ella una vez y me olvidara del asunto. Mojarme la polla, vaciar mis pelotas. Lo que fuera. Pero ¿esto? Esto no era cosa de una sola vez. Imposible. Me había hecho adicto, así que mi nueva misión era desnudarla y hacerla mía tantas veces como pudiera antes de que se marchara. Mandarla de vuelta a Georgia con el coño adolorido, una sonrisa de satisfacción en la cara y, con suerte, mandando al diablo a su ex.

# 28



GEORGIA

ME DESPERTÉ sola en la cama porque Mac se había ido. No sabía cómo sentirme al respecto.

¿Herida? No había compromisos. De hecho, todo lo contrario. Habíamos acordado estar juntos sin compromisos.

¿Satisfecha? Un poco, porque no estaba segura de qué decirle. «¿Gracias por el orgasmo y me alegro de no haberte asfixiado?». Bueno, sí que estaba agradecida por el orgasmo y me alegraba de no haberle matado con mi coño.

Me reí para mis adentros mientras entraba a trompicones en el pequeño baño.

El lavabo de pedestal no era lo suficientemente grande para que cupieran todas mis cremas hidratantes y mi maquillaje, así que tenía mi maletín encima del tanque del váter. Estaba claro que Mac no había tenido en cuenta las rutinas matutinas y nocturnas de una mujer al planificar la remodelación.

Me vi al espejo y dejé escapar un grito ahogado.

—¡Joder!

Ahora agradecía que se hubiera ido, con suerte mientras aún estuviera oscuro. La noche anterior, no había hecho mi rutina nocturna porque, bueno, Mac. Llevaba el maquillaje todavía puesto, corrido y aterrador. Los mapaches no tenían nada que envidiarme. ¡Y mi pelo! Un lado estaba liso, el otro sobresalía como si perteneciera a una banda de los ochenta. Agradecía que Mac no me hubiera visto así, saldría corriendo y gritando como si estuviese en la Noche de Miedo antes de Halloween.

Los momentos sexys espontáneos y desmaquillarse e hidratarse no iban de la mano, así que abrí la ducha porque tenía trabajo que hacer.

# 29



MAC

YA HABÍAMOS ATENDIDO dos llamadas esta mañana y además descubrimos que el manómetro de la bomba del camión estaba estropeado. La secadora industrial de la estación tenía una pelusa atascada y había que desconectarla para limpiar el conducto de ventilación. Ah, y un pedido de guantes de látex estaba en algún lugar de Utah en lugar de haber sido entregado ayer.

Nada de eso podía desanimarme. Al menos no cuando tenía a Georgia chupándome el semen de los huevos como una estrella del porno. Había estado tímida y vacilante por el trato que su ex le había dado, pero cuando puse mi boca en su coño, se dejó ir. Se olvidó de los complejos ocasionados por el idiota ese y sacó a relucir su pasión y su naturaleza desinhibida.

Ella me voló la cabeza; y la polla.

Así que sí, andaba feliz y con una sonrisa en la cara.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Flowers, metiendo la cabeza en mi despacho. Me examinó como si fuera un paciente.

Levanté la vista de la hoja de cálculo del presupuesto. Ni siquiera esos números me molestaban hoy.

—¿Qué?

—Estás sonriendo y me asustas —giró la cabeza—. Van Routen, ven aquí y trae un botiquín.

—Cielos, ¿acaso todo el mundo piensa que soy un idiota malhumorado? —pregunté, apartando la silla del escritorio y cruzando los brazos sobre el pecho.

Cuando me di cuenta de lo que había hecho, los dejé caer.

Van Routen entró en cuanto pregunté y él y Flowers afirmaron a la vez:

—¡SÍ!

—No eres un idiota, jefe —dijo Van Routen—. Solo malhumorado. Pero hoy no, y no

estamos acostumbrados a verte sonreír tanto. Es como si hubieras…

Ladridos y gritos lo interrumpieron. Algo bueno, también porque, aunque todos estábamos muy unidos, este era un lugar de trabajo y había claras normas contra el acoso sexual. Teníamos cuidado ya que tanto hombres como mujeres hacíamos turnos juntos y mi vida sexual no estaba en discusión. No les diría los pormenores de mi noche con Georgia. A ninguno de ellos.

Una sombra negra pasó junto a mi puerta.

—¿Qué fue eso? —preguntó Flowers, asomando la cabeza por mi puerta.

Una mujer pasó corriendo.

—¡Benji! —gritó.

—Eso era un perro. Y ese —señaló Van Routen— es otro.

Este era gris y negro, con la lengua colgándole de la boca mientras entraba despreocupadamente en mi despacho y se sentaba a mis pies.

—Es el primer día de la sesión de fotos para el calendario. Smutters ya está aquí para sus fotos, y si no recibimos ninguna llamada, también harán las de María, luego las de Cleary.

Georgia pasó de largo, retrocedió y se detuvo en la puerta.

—Ahí estás —dijo, señalando al perro. Le dirigió una mirada parecida a la que yo empleaba con Andy cuando había hecho algo malo, pero era más divertida que preocupada—. Ese es Corky.

Dejé la cama de Georgia esta mañana antes del amanecer. Su piso estaba oscuro y no tuve oportunidad de estudiarla mientras dormía. Primero, porque sería un poco espeluznante, y segundo, porque ya iba tarde. Tuve que colarme en mi casa, ducharme y ponerme el uniforme antes de que mi padre se levantara. Sí, la noche anterior le había dicho a Georgia que no me iban a castigar si me pillaban en su cama, pero no quería que mi padre pensara otra cosa de ella. Nuestras actividades sin ataduras eran nuestro secreto.

No quería tener una conversación sobre mi vida sexual con nadie antes del café. La última vez que la vi, estaba tumbada a mi lado, saciada y completamente desinhibida. Iba desnuda, con el pelo revuelto y con el labial corrido. Yo le había hecho eso y estaba tan orgulloso que quería una medalla y un trofeo por ello.

Ahora no podía apartar la mirada. ¿Qué tenía y por qué me sentía tan atraído por ella como por el perro Corky a mis pies? Era como electricidad.

—Hola —murmuró para mí, luego miró a Flowers y Van Routen—. Hola. ¿Una mañana ajetreada? —les preguntó.

Mientras contaban los acontecimientos de la mañana, me fijé en sus pantalones negros y en la blusa blanca que se asomaba por debajo del dobladillo de su jersey rojo de rombos. Su pintalabios era de un rojo intenso a juego que me recordaba la mancha que encontré alrededor de mi polla en la ducha esta mañana.

¡NO PIENSES EN ESO!

Violaciones del código de construcción. Tratamientos de conductos. Sótanos inundados.

Cualquier cosa menos pensar en la manera en que me vi la polla en la ducha, sin querer limpiar esa marca hecha por Georgia.

—Así que María abre la puerta trasera del hangar para que entre luz para la sesión —dijo Georgia a los chicos—. Corky estará en sus fotos. Benji, si Kennedy, el del refugio de animales lo atrapa, estará con Peter. Hay una camada de gatitos en un transportín que también se puede usar.

Georgia estaría con Smutters, probablemente sin camisa. Smutters, no Georgia. De ninguna manera ella estaría sin camisa. Yo era el único que la vería desnuda.

No se dijo nada durante unos segundos.

Van Routen se aclaró la garganta.

—Así que, ya que vosotros estáis en un concurso de miradas, vamos a...

—No vemos, jefe —añadió Flowers—. Vamos, Corky. Vamos a buscarte un premio.

El perro ladró y sentí que se alejaba, pero solo vi a Georgia. Cuando todos se fueron, ella entró en el despacho. Por fin. Por fin, joder. Me moví alrededor de mi escritorio, fui hacia la puerta y la cerré con llave.

Me giré y la atraje hacia mí. La besé. Y por supuesto, me devolvió el beso.

# 30



GEORGIA

EL BESO PASÓ de cálido a infernal en cuestión de segundos. Mac me giró y apretó mi espalda contra algo duro.

—Haré que te corras.

—Mac —jadeé, porque, aunque no me disgustaba el concepto, estábamos en su despacho en la estación de bomberos.

—Sé una buena chica y abre las piernas para mí. —Su voz era un murmullo en mi oído. Áspera y profunda, solo para mí.

Sus dedos hábiles se deslizaron por mis pantalones y me bajaron la cremallera con una rapidez que no permitía procesarlo. Y no lo hice, porque al segundo siguiente sus dedos se deslizaban por delante de mis bragas y me las separaban.

—Cielos —jadeé.

—Shhh —susurró—. Haz silencio o sacaré los dedos.

Sacudí la cabeza y le miré.

—Me portaré bien —le susurré.

—Así es, lo harás.

Esto no era un juego. Era como el último minuto de un partido de fútbol y el equipo tenía que llegar hasta el final del campo y marcar antes de que se acabara el tiempo.

Un dedo se deslizó dentro de mí mientras otro me rodeaba el clítoris. Dentro y fuera. Una y otra vez. Giré las caderas hacia lo que él hacía mordiéndome el labio.

—Joder, estás muy mojada. ¿Todo es para mí? —Asentí gimiendo—. Tu coño está apretando mi dedo tan bien. Soy el único que te hace sentir así, ¿verdad?

—Mac —siseé cuando enroscó el dedo dentro de mí en el punto exacto. ¿Dónde había estado

ese punto toda mi vida?

—No Smutters. Yo.

Parpadeé.

—¿Smutters? ¿Qué? —¿Por qué hablaba de él ahora?

—Solo yo —Me estaba llevando al orgasmo rápidamente, así que no tenía dudas de quién me lo estaba dando.

—Tú —le dije.

—Eso es. Joder, estoy deseando que sea mi polla la que esté dentro de ti. Córrete para mí, preciosa. Quiero verte.

Por supuesto que hice lo que él quería. Me corrí, palpitando en su dedo y mordiéndome el labio para reprimir los sonidos que quería hacer. Me sentí bien. Me sentí tan bien. Y hacerlo en su despacho, donde tenía que hacer silencio, donde él podía recibir una llamada en cualquier momento, cuando yo tenía que hacer una sesión de fotos, era excitante. Todo aquello me puso a cien. Pasé del *hola* al *cielo* en un tiempo vergonzosamente corto.

Cuando recuperé el aliento, Mac sacó la mano de mis bragas y vi cómo se lamía los dedos.

—Joder, qué cruel ha sido —dijo, con un brillo acalorado y una sonrisa.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—No poder más que mirarte y saborearte mientras te corres. Joder, te ves preciosa cuando tienes un orgasmo. —Se lamió los labios—. No puedo ponerte sobre mi escritorio. No puedo ponerte de rodillas. No puedo presionarte contra la puerta y ponerme de rodillas.

—Mac —susurré.

Él gruñó.

—Flowers se preocupa por mí porque sonrío demasiado. Es tu culpa. Esa boca tuya parece ser mi perdición. Y ese coño. Joder, su dulce sabor.

Me reí e intenté salir de mi estupor de placer.

—¿Qué? —preguntó—. Es la verdad.

—¿Y Smutters? —pregunté. Había estado demasiado excitada para pensar por qué hablaba de él, pero ahora tenía sentido. ¿Estaba celoso? Claro, Peter era guapo, pero Mac no tenía nada que envidiarle. De alguna manera, me excitaba un hombre gruñón y celoso.

Frunció el ceño.

—A la mierda Smutters. A ver, no. Es que…

—Puedo arreglármelas —Le pasé el pulgar por el labio inferior.

—¿Qué haces? —preguntó.

—El labial rojo no va bien en tu bigote —le dije.

Sonrió. No estaba acostumbrada a su sonrisa, ni a verle de cualquier otra forma que no fuese malhumorado y gruñón. Pero ¿esto? Mis ovarios dieron una voltereta al verlo. Me gustó.

# 31



MAC

HABÍA NEVADO DURANTE LA NOCHE. Mi padre llevó a Andy al colegio sin problemas, ya que aparcó su todoterreno en mi plaza del garaje y pudo conducir a través de la nieve hasta la calle ya despejada. No hubo que palear nada. Nunca lo dejaba hacerlo porque acudí a suficientes llamadas de caídas o ataques al corazón debidos a palear la nieve, y ahora que Georgia estaba en el piso sobre el garaje, no podía esperar hasta más tarde para encargarme de ello. Tenía que asegurarme de que el camino estuviera limpio para que ella pudiera cruzar la puerta y bajar los escalones.

De ninguna manera se lastimaría.

Saqué la pala y me puse a trabajar en las escaleras exteriores, arrojando nieve por encima de la barandilla. Cuando llegué arriba, abrió la puerta. Me invadió el aire cálido y su delicioso aroma. Aunque hacía mucho frío, sudaba tras haber hecho ejercicio. A diferencia de mí, ella estaba fresca y guapa…

—¿Qué demonios llevas puesto? —le espeté.

Ella se miró.

—¿Qué?

Llevaba vaqueros y un grueso jersey negro de cuello alto. Iba con el pelo suelto y despeinado sobre los hombros y hoy tenía los labios de un rojo intenso. Estaba perfecta. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo lucía siempre tan guapa?

No la veía desde el día anterior, pero había oído hablar de ella a los que habían hecho la sesión de fotos. La alcaldesa me puso al corriente sobre el número de calendarios ya encargados y estaba encantada porque todo el pueblo se entusiasmó con la idea; y todo era gracias a Georgia.

Pero fui yo quien lamió el sabor de su coño. El que la miraba y se ponía de malhumor otra

vez.

—Esos —le señalé a los pies.

—¿Mis botas?

—Eso no son botas —contesté, de repente más irritado con ella de lo que estaría con mi padre si tuviera una pala en la mano—. Tienen tacón y… —Me pasé una mano enguantada por la cara—. ¿Son de gamuza?

Levantó el pie y dobló la rodilla para examinar su calzado, como si estuviera revisando si tenía mierda en la suela.

—¿Qué tienen de malo?

Agité la mano en el aire para indicar el país de las maravillas invernales, aunque era abril.

—Tenemos medio metro de nieve. Hoy no te las puedes poner.

—¿Por qué no?

—Te caerás. ¿Un tacón? —Negué con la cabeza. Eran sexys de cojones, pero completamente inútiles hoy, excepto para ponerme la polla dura—. Ponte las botas de nieve.

Se cruzó de brazos y el movimiento le hinchó las tetas. Tetas que yo sabía que eran grandes, suaves, lamibles e increíblemente sensibles.

—No he traído ningunas. De hecho, no tengo.

Apoyé la pala en la esquina de la barandilla, me puse las manos en las caderas y suspiré.

—Coge tus cosas. Nos vamos de compras.

Cogió su abrigo y se lo puso.

—¿Para qué?

—Por botas de invierno. ¿Es ese el abrigo que llevas?

Puso los ojos en blanco.

—Obviamente, ya que me lo estoy poniendo y es el que he usado desde que llegué aquí. Es calentito.

—Ahora hay nieve. Es de lana. Si se moja, te congelarás.

—No pienso mojarlo.

Podíamos quedarnos aquí discutiendo o podía callarme y llevarla a la tienda. Suspiré, sabiendo que se retrasaba mi descanso, pero de ninguna manera iría a trabajar vestida así. No podría dormir si me preocupaba por ella y tenía la obligación de mantenerla a salvo, aunque a ella no le importara.

—Vamos, preciosa.

# 32



GEORGIA

PARECÍA que este hombre siempre estaba gruñéndome. Como si lo volviera loco, tal y como me había dicho en su lavadero mientras me besaba por primera vez. Estábamos dentro de su camioneta, cálidos. Hacía un rato que había salido de su turno y, en lugar de irse a dormir, tal como sabía que hacía por las mañanas después de trabajar, me estaba llevando al pueblo.

—¿Una noche ajetreada? —le pregunté, tratando de pensar en un tema neutral que hablar. Estaba claro que mi elección de calzado le había enfadado, pero tenía que admitirlo, las botas de nieve me parecían una buena idea ahora. Hacía frío, mucho frío, con ráfagas de nieve en el aire, y el pueblo lucía perfecto como una postal. Las quitanieves habían estado muy ocupadas, pero las carreteras seguían cubiertas. Todo estaba nevado.

—No ha nevado demasiado, así que la gente sabe conducir, pero tuvimos que sacar un coche de una zanja. No por conducir mal, sino por un ciervo.

¿No había nevado demasiado? Si nevara así en Georgia colapsaría el estado. Los estantes de los supermercados estarían vacíos y se desataría el caos. Aquí, era solo otro día más.

—Es, um, genial que tu padre cuide de Andy como lo hace.

La comisura de su boca se inclinó hacia arriba.

—Sí, no podría hacerlo sin él.

—¿Qué pasó con la madre de Andy? —pregunté. Joder, mala pregunta. Tal vez fue una mala ruptura. No, tal vez murió. Cielos, eso sería horrible y yo solo avivaba la tristeza—. No pasa nada, no es asunto mío.

Sacudió la cabeza mientras miraba por el retrovisor.

—No pasa nada. En realidad, no soy su padre, soy su tío. Es el hijo de mi hermana.

—¿Tienes una hermana? —le pregunté.

—Tracy. Cuatro años menor. —Pude notar la forma en que sus manos agarraban el volante —. Yo... nosotros... no la hemos visto desde la semana siguiente al nacimiento de Andy. Es drogadicta. Se quedó embarazada por error y de alguna manera se mantuvo sobria durante el embarazo, más o menos porque yo la tenía encerrada en mi casa, pero al final no pudo superarlo. Tuvimos una intervención, pero eligió las drogas antes que a su propio hijo y… sí.

Joder. Eso era horrible. Para todos ellos.

—Lo siento mucho.

Encogiéndose de hombros, dijo:

—Tengo la custodia completa de Andy. Es mío. Así que los tres nos arreglamos.

Se quedó callado durante un minuto. Pensé que se las arreglaban bien. Andy era inteligente, divertido y muy bien adaptado, pero ahora entendía por qué estaba tan desesperado de que fuera su madre. No era por mí específicamente, lo entendía, pero estaba en una fase en la que cualquier mujer podría desempeñar ese papel. Probablemente conoció y oyó hablar de las madres de otros compañeros y sintió que se lo estaba perdiendo.

—¿Y tú? ¿Tienes hermanos? —me preguntó.

Yo sonreí. Aunque su padre me lo preguntó la otra noche mientras comíamos espaguetis con albóndigas, volví a contestar.

—Sí, una hermana. Sassy.

—¿Sassy? —me miró y sonrió.

—Bienvenido al Sur —le dije—. En realidad, se llama Sue Ann, pero siempre se ha hecho llamar Sassy. Es dos años mayor que yo. Guapa. Perfecta.

—Lo dudo —dijo con un resoplido.

Yo me reí.

—Oh, lo es. O al menos eso cree. Ganó el Miss Georgia hace unos diez años.

—Vaya, impresionante. —Frenó en un semáforo y me miró de arriba abajo, como si luciera diferente—. Eso explica muchas cosas, ¿no?

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—La otra noche dijiste que tú también participabas en concursos.

—Así es, pero no con el mismo éxito. —Puse los ojos en blanco—. Algunos padres hacen que sus hijos aprendan a tocar el piano o practiquen algún deporte. Yo creía que se me daría bien el fútbol, pero mi madre nos metió a las dos en concursos para darnos porte y semblante. Sus palabras, no las mías. Intenté ser tan talentosa como mi hermana, pero no tengo la… personalidad de la perfecta hija sureña que hace todo lo que su madre le dice.

Sonrió.

—Lo creo.

Fruncí los labios.

—Mi madre y Sassy son dos gotas de agua. Yo nunca podría seguirle el ritmo a Sassy, por

mucho que lo intentara. —Me miré las manos enguantadas—. Tengo treinta y cinco años y sigo fracasando.

—¿Fracasando? —me dijo, atravesando lentamente el cruce nevado.

—No hubo banda de Miss América para mí —le dije, sonando un poco abatida. Aunque nunca había sido mi sueño, sino el de madre, me habían inculcado no perder—. Ni siquiera Pequeña Miss Calhan. Y aquí estoy, sin trabajo y sin marido.

Y sin bebé.

De todas esas cosas, el bebé era algo que sí quería, algo que sería mío. Algo que todos veían como un logro, pero que yo lo veía como el amor incondicional que no parecía recibir de los demás en mi vida.

—¿No tienes trabajo? Dijiste que lo dejaste porque trabajabas con tu ex y su nueva esposa. ¿No es así?

Asentí.

—¿Por qué demonios te quedaste allí torturándote a ti misma? —Parpadeó y giró hacia un aparcamiento.

—¿Por qué me dejaría llevar tanto como para perderlo en primer lugar? —repliqué.

Giró la cabeza hacia mí y sus ojos se abrieron, sorprendidos.

—Déjate…

Antes de que pudiera decir nada más, me di cuenta de dónde estábamos mirando a través del parabrisas. Le dediqué una sonrisa de concurso porque… ¿aquí?

—Oh, mira, estamos... ¿estamos por comprar botas en Seed & Feed?

# 33



MAC

SEED & Feed era la tienda que lo tenía casi todo, incluidas botas de invierno para mujer. No dudaba de que hubiera tiendas similares en su ciudad natal, pero dudaba de que Georgia entrara alguna vez en una. No a menos que estuviera interesada en comprar bloques de sal o pollitos, y no parecía de las que se ensuciaban las manos.

Había estado en la tienda miles de veces, pero nunca con una mujer, y nunca con una que revelara más de sí misma que lo que decía en voz alta. Parecía que su madre y su hermana esperaban cosas de Georgia que ella no quería dar y la menospreciaban por ello. No encajaba en su molde y la avergonzaban por ello. ¿Y su ex? Si se fue con otra mujer, entonces Georgia tampoco encajaba en su molde de esposa. Su confianza se había ido al demonio y eso era evidente, sobre todo la otra noche, cuando trató de ocultarme su cuerpo exuberante.

Cualesquiera que fueran sus complejos y dudas, yo no los veía. Para mí, era perfecta, y se lo diría hasta que empezara a creerme.

—Como te dije, tu ex es un idiota por dejarte ir —le dije—. Puede que no conozca a tu hermana ni a tu madre, cariño, pero si no ven lo fuerte, valiente y perfecta que eres, ellas se lo pierden.

—No has visto a mi hermana —contestó, suspirando profundamente. Si Georgia pensaba que era una criatura horrenda que tenía que ir por ahí con una bolsa en la cabeza para no asustar a la gente del pueblo, entonces su hermana debía de ser una supermodelo, o de lo contrario, Georgia necesitaba gafas.

¿Quién podría ser más guapa que Georgia? Era imposible.

Negué con la cabeza.

—No, no la he visto. Ella no me interesa, me interesas tú.

Resopló y le levanté la barbilla con los dedos para que sus ojos se encontraran con los míos. Podía ver el dolor, pero esta vez no fui yo quien puso esa mirada allí. No me gustaba verla así. Nunca quise que se sintiera menos segura de sí misma.

—¿No te lo dejé claro la otra noche?

Desvió la mirada. Pensé que lo había hecho, pero al parecer no lo suficiente. Esto tendría que repetirse hasta que lo asimilara.

—Umm —dije, dejando caer mi mano—. Creo que necesitas un pequeño recordatorio.

Miró a su alrededor.

—¿Qué? ¿Aquí?

Estábamos entre un expositor largo de ropa interior térmica y calcetines de lana, con música country saliendo por los altavoces del local.

Sonreí.

—Tienes una mente sucia, solo iba a decirte lo jodidamente preciosa que eres. Que esas botas, aunque ridículamente poco prácticas, te quedan tan bien que quiero follarte con ellas y solo con ellas. Pero no te preocupes, no voy a sacarme la polla en medio del expositor de calzoncillos térmicos para que veas lo dura que me la pones todo el tiempo.

Su mirada se desvió hacia abajo y cerré los ojos un momento. Eso no ayudaba.

—Oh —dijo.

Cerré el espacio entre nosotros y le pasé el pelo por detrás de la oreja.

—Me estás volviendo loco, preciosa. Todo lo que escucho en el trabajo es Georgia esto y Georgia aquello. En casa, Andy no deja de hablar de ti. Mi polla está cabreada porque tuve que trabajar y dejar tu cama ayer por la mañana. Nada me volvía loco normalmente, hasta que apareciste tú. ¿Me entiendes?

Me estudió, con las mejillas sonrojadas.

—Sí.

—Buena chica —le dije, acariciando su mejilla suave con un nudillo.

Vi cómo desaparecía el dolor de sus ojos y sonreía. Joder, era como una flor que necesitaba agua y que se marchitaba hasta recibir la atención y los elogios necesarios para florecer. Cada vez que le decía «buena chica», o que la llamaba «preciosa», veía como la duda se disipaba.

Aumentaría esa confianza, aunque eso significara superar mis problemas con el asunto del calendario. O podría follármela hasta que supiera lo guapa y perfecta que era para mí. Esa era una idea mucho mejor, se iría a casa sintiéndose hermosa, sabiendo que era una campeona sexual.

—¡Ey, jefe! —me llamó alguien desde la sección contigua.

Levanté la mano para saludar, pero no aparté la vista de Georgia. La gente me saludaba todo el tiempo. Aprendí que solo podía saludar con la mano, de lo contrario me vería arrastrado a conversaciones aleatorias durante todo el día, y de momento, todo lo que veía era a Georgia.

—Vamos a conseguirte esas botas —le dije—. Tienes un calendario en el que trabajar.

La buena noticia era que la vería más tarde para una reunión del comité de recaudación de fondos; la mala noticia era que vería la primera foto del calendario, entonces sabría lo que me esperaba. Aceite corporal, una depilación como Theo mencionó o una pose inapropiada con una manguera de incendios.

Geeeeeenial.

# 34



GEORGIA

PARA CUANDO TERMINAMOS de comprar mis nuevas botas de nieve… y mi abrigo… y mi gorro, las carreteras estaban lo suficientemente limpias como para que Mac considerara que era seguro que condujera por el pueblo para llegar a mis reuniones. Me resultaba difícil que él decidiera lo que era mejor para mí, pero para ser honesta, me hacía sentir bien.

Pensaba en mi seguridad. Sin duda, Mac veía mi condición de sureña como una debilidad, por no tener botas de nieve o un abrigo adecuado para Montana, o la habilidad para conducir en la nieve. Pero su instinto de macho alfa venía desde la preocupación y la seguridad, y no había tenido alguien que cuidara de mí en mucho tiempo. Lo último que quería era tener un accidente y que lo llamaran para rescatarme.

Claro que mi madre y Sassy se preocupaban por mí, pero no por las mismas razones. Se preocupaban por mí porque pensaban que no podía hacer nada bien. Se preocupaban porque fracasé en los concursos, en mi peso y en mi matrimonio. Yo no tenía un marido, ni dos hijos, ni una casa ideal, ni un minivan, ni un marido al que satisfacer con pollo y albóndigas en la mesa y una mamada antes de acostarse. Sin todo eso, no vivía de la manera correcta.

Estaba cansada de que la gente en mi vida, mi madre, Sassy, e incluso Art, se avergonzaran. Sí, yo lo había permitido, pero no me había tomado el tiempo para alejarme y verlo desde otra perspectiva. Desde una realmente lejos, como Montana. Así que pasé el día deleitándome con los *buena chica* y la preocupación de Mac. Tuve mis primeros orgasmos provocados por un hombre en mucho, mucho tiempo. Me ayudó a elegir unas botas resistentes, gruesas y bonitas con adornos de piel sintética, y un abrigo rosa. Puso los ojos en blanco ante la elección del color, pero aprobó el relleno de plumón del abrigo.

Llevaba ambos, además de un acogedor gorro con un pompón de piel sintética en la parte

superior, cuando entré en la misma sala de reuniones de la estación de bomberos que la última vez y abrí el portátil para que todos vieran las primeras imágenes. El fotógrafo había compartido conmigo la carpeta con todas las fotografías para que yo seleccionara unas cuantas para cada mes y las mostrara al comité. Había escogido las que me parecían mejores, las que mostraban la personalidad de cada uno de los bomberos y el comportamiento de la mascota que llevaban en brazos.

Estaba nerviosa porque, aunque todos menos Mac estaban entusiasmados con esta alternativa para recaudar fondos, yo quería que les gustara el proceso. Si lo odiaban, podría organizar la cena mexicana, pero me sentiría una fracasada. O más bien, me sentiría aún más fracasada.

Necesitaba que esto funcionara. Dejé Calhan con el rabo entre las patas y no necesitaba marcharme Montana de la misma manera.

Hoy asistieron Mac, Maverick James y la alcaldesa Mary. Patrick estaba de turno y ellos estaban haciendo inspecciones de incendios. Al igual que el lunes pasado, me paré frente a la mesa de conferencias igual de nerviosa, sin embargo, tenía dibujada mi sonrisa de concurso e irradiaba toda la falsa confianza que tenía cuando giraba la batuta para intentar conseguir el trofeo de Pequeña Miss Calhan.

Giré el portátil para mirarlos a la cara.

—Alcaldesa, si hace clic en la flecha derecha, podrá desplazarse por las imágenes.

Se movió en la silla para alcanzar el teclado. Maverick y Mac la rodearon y se inclinaron hacia ella.

—El objetivo de estas fotos es mostrar que el departamento de bomberos de Hunter Valley es amigable, seguro, competente, pero también realista —empecé, asegurándome de que entendían la perspectiva y el razonamiento que había detrás de las imágenes.

Mientras hablaba, estudiaba sus expresiones. La sonrisa de Mary se ampliaba al ver las fotos. Maverick y Mac parecían estar en una partida de póquer, sin querer revelar las cartas que tenían.

—Los animales no son un añadido para hacer las imágenes más bonitas —continué—. Aunque lo sean, la intención es mostrarlos más adorables, amigables y adoptables. El…

Maverick levantó la mano.

—Son geniales —me dijo, mirándome fijamente a los ojos. Era un hombre muy atractivo, muy grande, con una camiseta rosa de Steaming Hotties—. Son impresionantes. Tienes razón. El perro, sobre todo en esta... ¿Podrías retroceder una imagen, Mary? —preguntó. Ella lo hizo y él señaló—. Es casi como si estuviera de turno como parte del equipo.

—Qué divertido —dijo Mary. Sus ojos seguían fijos en la pantalla del portátil—. Este, con Peter, está muy bien.

Mac se encorvó, se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

Ay, no.

La alcaldesa y Maverick apartaron la vista del portátil y la dirigieron hacia él.

—Es imposible que tengas algún problema con esto —le dijo Mary a Mac.

—¿Sigues pensando que están cosificando a tu equipo? —preguntó Maverick, volviendo a la objeción de Mac del lunes.

—No —respondió Mac—. Estas fotos…

Contuve la respiración, y cuando noté que mi sonrisa desaparecía, volví a dibujarla. El hecho de que la otra noche hubiéramos tenido una buena ronda oral y me hubiera metido el dedo hasta provocarme un orgasmo en su despacho, no significaba que le fueran a gustar las fotos.

—…están muy buenas —terminó de decir.

Exhalé y sentí un hormigueo en los dedos. Le habían gustado. Cielos. La sonrisa ahora era genuina.

—Bien. Escuché tus preocupaciones del lunes con respecto a que este proyecto se mantuviera alejado de lo sórdido o inapropiado. La importancia de esto, además de recaudar dinero para una causa digna de la comunidad, es mostrar que el departamento de bomberos *es* la comunidad, que está formado por lugareños valientes, amables y accesibles.

—Ella y el fotógrafo han hecho un trabajo realmente bueno —añadió Mary. Miró a Mac y lo observó con el uniforme puesto. La brillante insignia que llevaba en el pecho tenía la palabra JEFE en la parte superior—. ¿Por qué pareces estreñido? Ese es el aspecto que tendría todo el mundo en el pueblo el día después de la cena mexicana.

Ella se río y la boca de Maverick se crispó.

Bajó los brazos y la fulminó con la mirada.

—Porque ahora tengo que ser el Sr. Enero.

# 35



MAC

LA REUNIÓN no duró mucho más después de nuestra revisión de las fotos. Georgia tenía la aprobación que necesitaba para continuar y volvería a ponerse con el calendario para tenerlo listo a tiempo. El evento comunitario seguía en pie para la misma fecha y hora que la cena mexicana propuesta inicialmente.

No pude hablar con ella antes de que abandonara la estación. Aunque no estaba de turno, me habían llamado para que me uniera al equipo de inspección de incendios de edificios por un almacén antiguo, lo que significaba que teníamos que marcar que era potencialmente inseguro hasta que se hicieran las reparaciones y se cumplieran los códigos, pero teníamos que avisarle a Hunter, el jefe de policía. Aunque las probabilidades de que hubiera un problema con ese edificio sin vigilancia en los días siguientes hasta que pudiera ser reparado eran bajas, no funcionábamos a base de probabilidades.

Así que no tuve oportunidad de decirle a Georgia que me había equivocado con el calendario. Las fotos eran buenas, de buen gusto. Todos tenían sus camisas puestas, sin cuerpos brillantes o miradas sexys. Nada de eso. En mi favorita, Liz del turno B estaba en el asiento del conductor del camión. Aunque la foto estaba tomada de perfil, Liz miraba hacia adelante como si condujera y un perro estaba en su regazo mirando también hacia adelante, como si ambos estuvieran concentrados en asistir a un llamado. Parecían decididos, pero de algún modo el fotógrafo consiguió que parecieran simpáticos y agradables.

En ellos no se notaba la tensión ni la anticipación que sentíamos cuando nos dirigíamos a atender un llamado. Simplemente... ¿qué demonios podía saber yo? Me gustaba. Esa era la reacción que iban a obtener de la comunidad también.

Luego estaban las fotos de Smutters. Parecía musculoso y feroz con una manguera colgada

del hombro. Sus imágenes eran de él en movimiento, como tirando de la manguera en un incendio. Pero encima de la manguera que llevaba al hombro había un gatito. Tenía que admitirlo, Smutters con un gatito era perfecto. En vez de cargar con toda esa hostilidad, cargaba un gato.

Estaba impresionado y orgulloso de Georgia. Claro, la fotógrafa también merecía crédito, pero a ella no era a quien quería quitarle los pantalones, solo a Georgia. Le diría lo contento que estaba y luego me la follaría.

# 36



GEORGIA

APARQUÉ EL COCHE en la calle frente a la casa de Mac y subí por el camino de entrada. Estaba oscuro y podía ver el interior. La planta baja estaba iluminada, así que me detuve en la base de las escaleras de mi pequeño piso y miré por la ventana de la cocina.

Allí estaba Mac en la encimera, abriendo la tapa de una caja de pizza. Andy saltaba y agitaba servilletas en el aire. Drew también estaba allí, diciendo algo que no pude oír. No podía ignorar sus sonrisas y la forma en que interactuaban. Verlos me hacía sonreír.

Aunque la dinámica no formaba parte de un cuadro de Norman Rockwell, eran una familia. Tres generaciones de hombres unidos que se querían tal y como eran.

Se me borró la sonrisa e incluso con todas las gruesas y acogedoras capas de plumón y forro polar, sentí frío. Miré el cielo negro como el carbón y me pregunté de repente qué demonios estaba haciendo aquí, de pie, observando a una familia en su felicidad mientras yo estaba completamente sola.

Nunca me había sentido tan sola como en aquel momento, viendo lo que siempre había deseado, pero nunca había podido tener. Me quedé afuera, literalmente, en el frío. Lo que veía era algo que solo podía ver y anhelar, pero nada más. Yo era la mujer sin ataduras que se iría de Montana y la vida de Mac sería menos alocada.

Tenía razón cuando dijo que no quería empezar algo conmigo porque me marcharía en cuanto terminara la recaudación de fondos, y al ritmo que iba, eso sería a finales de la semana próxima, cuando estaría de vuelta en Calhan como entrenadora de concursos. De vuelta para escuchar a Sassy hablar de sus hijos perfectos. Oiría hablar de Art, de su nueva esposa y del hijo que pronto nacería; y a mi madre señalando lo que tenía y perdí. Lo que nunca tendría ahora.

Quizá me contrataran en Denver en la sede de James Corp. Con suerte, este trabajo era una

prueba, pero, aunque tuviera éxito, no me quedaría aquí.

Aunque los MacKenzie me habían acogido en su casa, yo no era de la familia y nunca lo sería. Tontear con Mac estaba bien, pero ¿esto? ¿Verlos arropados y seguros en su cocina con pizza, risas y amor? Era demasiado. Era mejor recordarlo ahora para proteger mi corazón de la sonrisa desdentada de un niño, de un hombre mayor de buen corazón y de un bombero sexy y protector.

Una vez que subí los escalones, vi la nota en la puerta que me invitaba a comer pizza con ellos. Volví a mirar la noche y tragué saliva. Ellos no lo sabían, pero su invitación era cruel y provocadora porque fracasaba en lo de «sin ataduras». Claro, cuando le dije a Mac *solo sexo*, me lo había creído entonces. Nunca había tenido algo casual, siempre había estado en algún tipo de relación o captando sentimientos cuando en realidad no los había.

Como ahora, que empezaba a sentir algo no solo por Mac, sino por su familia, su vida. ¿Por qué Mac no podía ser solo un tipo con el que follaba y nada más? Pero no. Tenía la casa perfecta, el hijo perfecto, un padre perfecto, y vivía en un pueblo perfecto… Sí, todo era perfecto. Excepto yo.

Con una última mirada a la familia que ahora cenaba en la mesa de la cocina, me di la vuelta y entré en el piso dejando las luces apagadas. No quería que Andy se diera cuenta de que estaba en casa y viniera. Claro, verían mi coche en la puerta, pero con suerte asumirían que tal vez me habían recogido y estaba en alguna otra parte. O que me había dormido.

Me quité la ropa de abrigo y me deslicé hasta el suelo, con la espalda apoyada en la puerta y llamé a Keely.

—Estoy en problemas, Keely —le dije cuando contestó.

—Dime.

Y así lo hice, contándole todo lo que había pasado desde que llegué.

—¿Por qué no me contaste antes del ardiente bombero Mac? ¿Te estás quedando más o menos en su casa y no me lo habías dicho?

Puse los ojos en blanco.

—Siempre está malhumorado conmigo. Gruñendo como si le cabreara. Sobre todo, por el calendario.

—¿Está realmente cabreado contigo? —preguntó—. Quiero decir, no va por ahí hablando mal de ti y de tu trabajo solo porque no quiere ser el Sr. Enero, ¿verdad?

—No. Lo acepta a regañadientes y en la reunión de esta mañana dijo que le gustaba lo que había hecho. Pero no tiene elección, los otros quieren el calendario, así que a menos que quiera ser un imbécil, que no lo es, tiene que estar a favor.

—Oh, apuesto a que tiene elección, pero secretamente sabe que tu idea es buena. Un completo imbécil, ¿no?

—No es un imbécil —le dije inmediatamente. Mac era un buen tipo—. Es… dulce, pero no le he dicho eso. Quiero decir, me llama *cariño*, me compró botas, y hasta iba a llevarme en su

coche hoy si las carreteras no estaban libres de nieve.

—Y te comió como si fuera un deporte olímpico —añadió.

Eso me hizo sonreír porque sí, él tenía talento.

—Eso también, e hizo que me corriera en su despacho de la estación de bomberos.

—Eso está muy bien. Así que es un buen tipo. Y ardiente.

—Tiene bigote —añadí, como si eso lo explicara todo.

—Cielos, mujer. Empiezo a abanicarme. Pero sigo sin entender por qué dices que estás en problemas.

Suspiré y me pasé una mano por la frente.

—Porque llevo aquí cuatro días y aunque acordamos no tener ataduras, me estoy enamorando de él y de su familia.

Y de este bonito piso. Y de lo que Mac y yo hicimos en esa cama.

—Ah. —Ella sabía que yo quería un hijo propio. Que un tío bueno con una lengua mágica era más fácil de encontrar que un tío al que le gustara y quisiera un niño, o que ya tuviera uno. Mac era increíble con Andy. Dedicado. Joder, el chico era su sobrino y no es que no debiera tratarlo como si fuera suyo, pero se había comprometido a criarlo bien.

—Sí, ah.

Nos despedimos porque ¿qué más había que decir?

Luego, le envié un mensaje a Bradley quien tendría ayudarme. De alguna manera, me metió en este lío.

Consígueme una habitación en el James Inn. Ahora.

Si solo era una mujer sin ataduras, entonces necesitaba estar lejos del patio trasero de Mac y que no me invitaran a comer pizza. Necesitaba protegerme. Venir a Hunter Valley debía alejarme de mis problemas, no crearme más. Un minuto después, me respondió.

Habitación 204.

# 37



GEORGIA

—HOLA, Georgia. Habla Drew.

—Ey —le dije, la habitual respuesta sureña a un saludo en el que la palabra se alargaba de algún modo hasta ser de dos sílabas—. ¿Está todo bien?

Estaba en la estación de bomberos para otra sesión de fotos. Ya habíamos realizado la mitad de los meses del calendario y el plan era terminar en una semana. Leanne, la administradora a medio tiempo de la estación, me sacó de la sesión de fotos para atender una llamada. Saber que se trataba de Drew me preocupó. ¿Por qué preguntaría por mí?

—En realidad, no. Intentaba localizar a Mac, pero no contesta al móvil y Leanne dice que están de guardia. Ella sabe que te alojas con nosotros y me dijo que estabas disponible.

Me puse la mano en el pecho. En cuanto dijo *no* empezó mi preocupación.

—Sí, ha estado fuera toda la tarde —le dije—. Llevan fuera desde antes de que yo llegara. Y sí, estoy disponible. ¿Estás bien?

—Bueno, parece que me he roto el pie.

Jadeé.

—¿Qué? ¿Estás en la casa? ¿Estás solo? ¿Necesitas que vaya a buscarte? ¿Te has caído? ¿Te has golpeado la cabeza? ¿Te duele el pecho?

Se rio.

—Nada de eso. Estaba en el supermercado y pisé mal el bordillo o me resbalé con un poco de hielo y se me torció el pie. Había gente alrededor, así que no te preocupes porque no estaba solo. John Tranquil me llevó a Urgencias.

No sabía quién era John Tranquil, pero agradecía que le ofreciera ayuda y me alegraba mucho que la lesión no fuera peor.

La noche anterior, después de que Bradley me enviara el número de la habitación en la posadas James Inn, preparé una pequeña bolsa para lo que pudiera necesitar hoy —no había forma de que pudiera bajar mi enorme maleta por las escaleras por mi cuenta— y conduje hasta la posada James Inn. Era elegante, discreta y tan increíble como se suponía. Pero no era el pequeño y acogedor piso del patio trasero de los MacKenzie.

Y de eso se trataba. Necesitaba distanciarme y quedarme al otro lado del pueblo era lo mejor.

—Ya mismo voy. —Inmediatamente, pensé dónde estaba mi bolso. Mis llaves. El hospital. ¿Dónde quedaba el hospital? Estaba en la estación de bomberos. Leanne lo sabría.

—Eres muy amable, pero estoy bien —me tranquilizó—. Es con Andy con quien necesito ayuda.

—¿Andy? —La presión arterial se me disparó al pensar que algo andaba mal con él.

—Lo recojo de la escuela y no puedo… obviamente. Mac está ocupado y…

—Iré por él, no hay problema —le dije de inmediato—. Iremos al hospital y nos quedaremos contigo. Te llevaremos comida, debes de tener hambre. Luego te llevaremos a casa.

—Estoy bien, esperando los resultados de las radiografías, pero todos creen que me he roto un huesito en la parte superior del pie. No es la gran cosa, pero por lo que dicen, lo más probable es que tenga que llevar una bota durante algunas semanas. —No parecía muy contento con eso —. Theo está aquí y dijo que me llevará a casa.

Cierto. Theo era médico. Drew estaba en buenas manos.

—Vale, pero no te preocupes por Andy. Lo llevaré sin problema. Iremos a tomar chocolate caliente. ¿A qué hora sale de la escuela?

Una hora más tarde, llegué a la escuela de Andy. En vez de ponerme en la larga cola de recogida, entré para retirarlo en persona. Ofrecí mi identificación aunque en despacho principal sabían quién era yo, sabían que dirigía el calendario de bomberos y que vivía en el piso sobre el garaje de Andy. Dijeron que me estaban esperando porque Drew había llamado.

—¡Señorita Georgia! —dijo Andy cuando asomé la cabeza por la puerta abierta del aula de primer grado. Los niños estaban en fila con abrigos y mochilas puestas, listos para el timbre que indicaba el final del día. Andy se apresuró desde su lugar y se acercó para abrazar mis piernas—. ¡Ella es mi nueva madre! —gritó, contándoselo alegremente a todos sus compañeros.

Con un brazo alrededor de sus hombros, le devolví el abrazo, pero miré a Mallory por encima de la cabeza de Andy. Vaya, no se había olvidado del tema de la nueva madre ni un poquito. Sonó el timbre y nos apartamos para que los niños salieran. Aunque antes habían estado tranquilos y callados, se desató el pandemónium en los pasillos cuando dieron por finalizada la jornada.

—Enséñame tu clase —le dije cuando Andy me miró con su sonrisa escasa de dientes.

Giró sobre sí mismo, me cogió de la mano y me lo enseñó todo. Su sitio con su nombre, el rincón de lectura, la cesta de trabajos terminados, el calendario, la tabla de tareas de clase.

Cuando se quedó sin tanta energía, saqué una sillita para niños y me senté. Necesitaba

hacerle ver que mi presencia aquí no se debía a que fuera su nueva madre. Cuando me trasladé al James Inn la noche anterior, esta era una de las razones. Sin embargo, nada parecía haber cambiado y había sido arrastrada de nuevo. Y estaba en el aula de Andy y él acababa de anunciar que yo era su nueva madre.

Sí, estaba en lo cierto.

—Ven aquí, cariño —le dije. Se paró justo frente a mí mirándome con pura alegría. Odiaba tene que apagar su espíritu, aunque fuera un poquito. No le contaría lo de Drew, al menos de momento. No quería que se preocupara y no estaba segura de si Drew minimizaba sus heridas o no.

Teníamos que hablar sobre el tema de su nueva madre, solo que no estaba segura de cómo empezar.

—¿Sabías que crecí solo con una madre y sin padre?

Sus cejitas se fruncieron.

—¿No jugaste a la pelota ni armaste un columpio?

Negué con la cabeza, imaginando a mi madre poniendo un columpio en nuestro patio.

—No.

—No pasa nada. Podemos compartir el mío.

—Gracias. Ya te he dicho que tengo una hermana que se llama Sassy.

—¿Sassy? —soltó una risita.

—¿Tú tienes una hermana?

Volvió a reírse.

—Ya sabes que no tengo.

—¿Está bien que no tengas una?

Se encogió de hombros, pero el movimiento apenas se notó bajo su pesado abrigo.

—Probablemente me pondría cosas rosas por todas partes.

Me reí.

—Probablemente.

—Las familias de cada uno son diferentes —le expliqué. No era psicóloga y no tenía experiencia con niños, así que esperaba no empeorar las cosas—. Tú tienes a Gruñón, a tu padre y a ti. Yo tengo a mi madre y a Sassy.

Mallory estaba en su escritorio, tratando de parecer ocupada, pero sin duda me escuchaba. Me parecía bien porque era ella quien estaba en esto —cuidando a Andy— a largo plazo como su maestra. Yo no lo estaba.

—Lo que intento decirte es que no necesitas una nueva madre porque tu familia es perfecta tal como es.

—Eso no significa que no queramos una —replicó.

Puse los ojos en blanco.

—Cuando llegue la mujer adecuada, seguro que será la madre perfecta. Pero, cariño, yo no

soy esa.

Se le borró la sonrisa. «Sí, amigo, yo también lo siento».

—Solo he venido a Hunter Valley por muy poco tiempo. —Continué, diciéndoselo a él y también a mí misma—. Estoy aquí por un trabajo. Luego volveré a donde vivo.

—¿A tu casa? —Me mordí el labio.

«No. A casa de mi madre».

—¿A tu trabajo? —añadió.

«No. A hacer de entrenadora de concursos con los clientes de Sassy».

Joder, era deprimente.

No sabía cómo responder a ninguna de esas preguntas, así que no lo hice.

—Para ser tu madre tendría que estar con tu padre —señalé—. Tendríamos que amarnos y confiar el uno en el otro y…

—¡Se aman!

Negué con la cabeza.

—¿Has oído cómo tu padre está de mal humor todo el tiempo? Creo que llamas Gruñón a la persona equivocada.

—¡Significa que le gustas! Creo que le gustas mucho.

Eso me sorprendió. ¿Sabía lo que habíamos hecho en mi apartamento? Ciertamente no el... interludio en el despacho de Mac en la estación de bomberos.

—¿Eh?

—Hizo pan de ajo para ti, el pan de ajo es especial. Y saliste con él la otra noche como en una cita. Y piensa que eres guapa.

Me mordí el labio. Era tan serio.

—¿Te dijo eso?

—No lo sé. Pero te mira raro. Y cuando un chico mira raro a una chica, así es como se hacen los bebés.

Parpadeé.

—Yo… no estoy segura —murmuré. No era quien para hablar de la cigüeña con él.

—Eso es lo que le pasó a la madre de Allison —me explicó.

Ah, la de la nueva hermanita o hermanito de la conversación del pezón en la noche de espaguetis.

—Así que como mi padre te mira raro, entonces quiere hacer un bebé contigo.

Sentí que mis mejillas se sonrojaban. Santo cielo. La idea de hacer un bebé con Mac hizo que mis ovarios y mi corazón explotaran.

No iba a decirle que en gran parte tenía razón, pero que él solo quería practicar para hacer un bebé… con un condón puesto y mi DIU como anticonceptivo de reserva.

—Andy…

—¿No quieres tener hijos?

Tenía seis años y era muy dulce e inocente, pero sabía exactamente cómo herirme sin piedad. Su pregunta fue el detonante definitivo. Respiré hondo.

—Sí, sí quiero —dije tragando saliva—. Pero tu padre me mira mal porque en el trabajo le fuerzo a hacer algo que no quiere. Seguro que tú le miras mal cuando te obliga a limpiar tu habitación.

Frunció el ceño.

—Sí.

—Y si tu padre me mira raro, no es para hacer un bebé, ¿vale? Eso es cuando dos personas se quieren tanto que no pueden contenerse y ese amor que sobra se derrama y hace uno.

Me aclaré la garganta y contuve las lágrimas. Mis palabras eran ciertas, muy ciertas, pero no las había tenido en cuenta cuando se trataba de Art y yo. Mirando atrás, nunca tuvimos suficiente amor para un niño. Él nunca tuvo suficiente amor por mí y tuve que preguntarme si alguna vez le amé como se suponía que debía hacerlo.

—Pero podemos ser mejores amigos, aunque yo no pueda ser tu madre —le dije, queriendo tranquilizarlo. Él no sabía que me había hospedado en la posada James Inn ahora, una cosa a la vez. Tal vez cuando se enterara esto cobraría sentido.

Parecía escéptico. Tenía que darle la vuelta completa a esto.

—Quiero ser tu mejor amiga porque los mejores amigos como yo te recogen del colegio y toman chocolate caliente juntos.

—¿Chocolate caliente? —Sus ojos se iluminaron como si le hubiera ofrecido un millón de dólares.

—Así es —le confirmé—. Me gustan los malvaviscos en el mío.

—¡A mí también!

Gracias a Dios por la capacidad de redirigir a un niño de seis años. Miré a Mallory y ella me devolvió una mirada comprensiva.

Alargué la mano y le di un toque a la nariz de Andy.

—¿Ves? Mejores amigos.

# 38



MAC

Me enteré de lo de mi padre cuando subimos al camión para volver a la estación. Consulté mi móvil y leí los mensajes en los que me contaba lo sucedido, poniéndome al día sobre la visita al hospital, que esperaba una radiografía, etcétera. En el último mensaje me hablaba de una bota para el pie, una receta para analgésicos y de que Theo, que casualmente debía de estar en el hospital, le llevaría a casa.

Hice que Van Routen, que conducía el camión, me dejara en la escuela de regreso a la estación. Si mi padre no buscaría a Andy, entonces yo debía hacerlo. Él no estaba en frente, así que entré corriendo, haciendo mi camino a su salón de clases. Recibí algunas miradas ya que llevaba mi traje de bombero, pero todo el mundo nos conocía a mí y a Andy por lo que no creyeron que el edificio estuviera en llamas.

Me detuve frente a la puerta de primer grado cuando escuché la voz de Georgia y luego la risita de Andy. Al asomarme, ella estaba en una de las sillitas con las rodillas encogidas, llevaba puestas las botas y el abrigo rosa que le compré, mientras Andy estaba de pie frente a ella vestido para salir a la calle, con su mochila de Spiderman sobre los hombros.

Obviamente, el único mensaje que mi padre olvidó compartir fue que había conseguido que Georgia recogiera a Andy. No la había visto desde la reunión del día anterior y no había tenido la oportunidad de decirle lo mucho que me gustaba su trabajo en el calendario, pero la noche anterior, cuando me asomé por la ventana trasera del apartamento sobre el garaje, las luces se mantuvieron apagadas. Aunque nada me hubiera gustado más que meterme en la cama con ella, si estaba dormida, no quería despertarla.

Salí temprano hacia la estación, pero el coche de Georgia ya se había ido. Ella se había ido a trabajar antes que yo.

Estaba a punto de entrar en el aula, pero entonces oí lo que le dijo, lo gentil y amable que era con sus tiernas emociones. Cómo hacía evidente mi desagrado por el calendario y que la miraba raro. Menos mal que así no se hacían los bebés porque tendría niños a diestro y siniestro. No podía hacer otra cosa que mirarla, con la necesidad de presentarme en el piso del garaje con una caja entera de condones para poder terminar lo que habíamos empezado, así que apoyé un hombro contra la pared y escuché a escondidas. Finalmente, mencionó el chocolate caliente y todo lo relacionado con hacer bebés y ser madre de Andy pasó al olvidó. Eran amigos amantes del malvavisco.

Aunque no creía que el problema de Andy al querer a Georgia como su madre se hubiera terminado, ella lo había apaciguado de momento y estaba agradecido. Me metí en un aula vecina para que no me vieran mientras avanzaban por el pasillo. La radio que llevaba metida en los pantalones empezó a sonar y la apagué al instante.

Andy estaba bien, seguro. Confiaba en Georgia para estar con él y no quería interrumpir su cita de chocolate caliente. Me puse un poco celoso, pero lo único que me gustaba era la propia Georgia. No podía alejarme, ni siquiera quería seguir intentándolo. Como me dijo Theo en el bar, Andy estaría triste cuando ella se fuera, sin importar si me acostaba con ella o no. Un orgasmo no había aliviado mi necesidad de ella y solo había empeorado las cosas. De hecho, mi polla se endurecía con solo pensarlo.

Necesitaba más tiempo con Georgia. A solas. Tiempo de adultos. Pero ¿cuándo?

# 39



MAC

—ESTO ES UN FASTIDIO —dijo mi padre, removiéndose en el sofá y cruzando los brazos sobre el pecho... justo como yo, así que no podía culparle. Tenía un hueso del pie roto dentro de una enorme bota que tendría que llevar durante las próximas tres semanas, o quizá más—. Es el final de la temporada de *pickleball* en el centro comunitario.

Frunció el ceño y movió una almohada detrás de su espalda.

Después de la escuela primaria, Mallory me llevó a la estación. Allí, cogí el todoterreno aparcado en la estación de bomberos y me dirigí a la casa de mi padre. Todavía estaba de turno y si entraba una llamada, podría salir desde aquí.

—Por suerte, no fue peor —le dije.

No necesitaba muletas, pero tendría que subir las escaleras con cuidado. Podría haberse golpeado la cabeza o haberse roto la cadera.

—Lo sé —me dijo—. Ni siquiera hice nada, salvo bajarme de un maldito bordillo.

—Ayer atendimos a un tipo que se cayó de espaldas por un estornudo —dije con la esperanza de hacerle sentir un poco mejor.

—No podré conducir con esto —se quejó, moviendo la bota de un lado a otro sobre la mesita en la que la apoyaba—. Eso significa que no podré llevar y traer a Andy del colegio.

Le hice un gesto de despreocupación.

—Compartiremos coche.

—No puedes reemplazarme —me recordó. Estaba de mal humor, y no le culpé—. Compartir el coche significa turnarse.

—Le pediré a Flowers que me ayude. Sabes que lo hará.

—Sí, pero Flowers suele estar de turno contigo. Eso significa más trabajo para su mujer.

Tenía la sensación de que nada de lo que dijera para mejorar las cosas iba a funcionar, y tenía razón, incluso los días que no estaba de turno, estaba de guardia. Aunque una llamada de emergencia no era común, sucedían cuando menos lo esperaba. No podía dejar a Andy solo en casa si tenía que correr a apagar un incendio, tenía que estar en la escuela y no podía llevarlo conmigo. Necesitábamos tenerlo cubierto.

—Tampoco podré subir tus escaleras.

Joder.

Vigilar a Andy era una cosa, pero si algo le pasaba a Andy en nuestra casa, sería un problema. O si había un incendio en la noche y tenían que salir rápidamente, mi padre no sería capaz de llegar a él para ofrecer ayuda, y yo anteponía todo por su seguridad.

Afortunadamente, la casa de mi padre quedaba en un rancho en donde solo había dos escalones para bajar al garaje y él podía con ellos, sobre todo porque había una barandilla.

Suspiré. No me había dado cuenta de lo importante que era de la ayuda de mi padre con Andy hasta ahora.

—Entonces nosotros…

La puerta principal se abrió de golpe y Andy entró a toda velocidad, con sus botas de nieve golpeando el suelo de madera.

—¡Gruñón! La señorita Georgia dijo que te lastimaste el pie. Vaya, qué cosa más chula te has puesto.

Extendí la mano.

—¡Cuidado! —le advertí antes de que fuera demasiado brusco—. No le empujes.

Andy se detuvo justo al lado de la pierna elevada y frunció el ceño.

—No puedo firmarlo.

—No, no es una escayola —le dijo mi padre—. Me rompí un pequeño hueso en la parte superior del pie y esto es lo que tengo que llevar. Me siento un poco como *Frankenstein*.

Andy soltó una risita.

Georgia cerró la puerta principal y entró en la sala a un ritmo más pausado, echándole un vistazo al pie roto y a la apariencia general de mi padre.

—¿Cómo estás? —le preguntó—. Apuesto a que tu orgullo está tan herido como tu pie.

—Eso lo resume todo —respondió él, ofreciéndole una sonrisa. Estaba de mal humor conmigo, pero con ella era todo dulzura—. Pero como dijo Mac, pudo ser peor. Gracias por recoger a Andy.

—¡Nos divertimos! —dijo—. Señorita Georgi…

—Espera, ¿cómo es que puedes llamarla con un nombre especial? —Mi padre le preguntó—. ¿Tiene algo que ver con el bigote de chocolate que tienes?

Andy se lamió el labio superior.

—Somos mejores amigos porque a los dos nos gustan los malvaviscos en nuestro chocolate caliente. Los mejores amigos se ponen apodos.

—¿Cuál es tu apodo? —le pregunté.

Andy puso los ojos en blanco.

—Andy, por supuesto.

Miré a Georgia, que se mordía el labio e intentaba no sonreír.

—Fuimos a Steaming Hotties y la señora de la camiseta rosa me dio malvaviscos extra porque fui muy educado.

Miró a Georgia como buscando confirmación y ella asintió.

—Así fue. Un perfecto caballero.

Andy sonrió con orgullo mientras se encogía de hombros para quitarse la chaqueta.

—¿Me das un bocadillo, Gruñón?

—¿Un bocadillo? ¿Te has roto una pierna? —preguntó.

—Creo que vamos a pedir pizza otra vez. Estoy de turno y…

Joder. Andy.

Mi padre no podía hacer frente a mis escaleras y Andy no podía quedarse aquí esta noche a pesar de que tenía fiestas de pijamas con bastante frecuencia. Cuando recogí la receta para mi padre supe que tendría analgésicos para unos días, así que se quedaría dormido pronto —y de un tirón— en cuanto tomara la siguiente dosis.

Miré a padre y él me miró a mí.

Luego a Georgia.

Georgia.

# 40



GEORGIA

—TE LO AGRADEZCO, de verdad —dijo por décima vez.

En lugar de pizza, Mac compró bocadillos de charcutería al salir de la casa de su padre. Como yo no conocía el pueblo como él, le seguí en su camión de bomberos hasta su casa. Desde que Andy no se le permitía viajar en ese vehículo, había estado conmigo en mi coche de alquiler tan feliz como podía estarlo.

Luego, como una pequeña familia, comimos en la mesa de la cocina y escuchamos a Andy hablar de la escuela. Aunque Mac estaba de turno y tenía su *walkie talkie* junto a su vaso de agua, se había quedado a cenar.

Cuando llegó la hora de acostarse para Andy, Mac me preguntó si podía quedarme con él en la casa en lugar de en el piso del garaje ya que tendría que volver al trabajo. Estaba claro que Drew no era una opción, aunque el viejo no quisiera admitirlo. La bota que llevaba en el pie era grande e incómoda, y esperaba que tardara algún tiempo en acostumbrarse a ella. Andy era cariñoso y atento, pero no había manera de que Drew pudiera seguirle el ritmo esta noche. Además, se había tomado sus analgésicos antes de que lo dejáramos y probablemente ya estaría dormido profundamente.

Así que solo quedaba yo en casa de Mac. Primero cena, luego pijamada.

Joder. Una reina de concursos no decía palabrotas, pero yo no era una reina de concursos y si había un momento para decir palabrotas, era este.

Mac no sabía que me había mudado a la posada James Inn y que había tomado la decisión de distanciarme de ellos como familia. Una cosa era que Mac viniera a mi habitación de hotel y tuviéramos sexo sin compromiso, pero ¿estar en su casa?, ¿en la planta superior?, ¿cuidando de Andy y quedándome en la habitación de invitados? Completa y totalmente opuesto a mis

intenciones. Esto era lo contrario de distanciarme.

Suspiré.

No sabía qué más hacer. Tendría que contarle a Mac sobre mi traslado a la posada y mis motivos. Entendería que me estaba contagiando de sus sentimientos y que volvería a ponerse de mal humor. Tal vez, hasta le diría lo importante que era no tener ataduras y se reiría de mí. Tal vez, no quería que se acostara con su secretaria como lo había hecho Art, pero ni siquiera quería que me mirara de la misma manera. Una mirada que me dijera que no era digna de todo y que ni siquiera podía hacer bien el sexo sin ataduras.

No solo me estaba enamorando de Mac. Llevar a Andy a Steaming Hotties a tomar chocolate caliente ya era bastante difícil, pero ¿recogerlo en la escuela? Eso era una puñalada en el corazón. ¿Tenerlo parloteando desde el asiento trasero de mi coche? Otra puñalada. ¿Compartir bebidas calientes y malvaviscos? Puñalada, puñalada, puñalada.

Ahora tocaba hacer el desayuno, los deberes, el baño y la hora del cuento. ¡Uf! Sin embargo, lo único que dije por décima vez y con una gran sonrisa fue:

—No hay problema.

Mac me abrió la puerta de la habitación de invitados.

—¡No! Esa es la habitación de Gruñón. —Andy corrió por el pasillo, deslizándose por el suelo de madera en calcetines y abriendo sus brazos para bloquear mi camino, como si hubiera algún tipo de escena allí.

—Es la habitación de invitados —corrigió Mac.

Andy sacudió vigorosamente la cabeza y me tomó de la mano, tirando de mí de nuevo por el pasillo a… «Señor, ayúdame a cruzar la valla». La habitación de Mac.

Andy tiró de mí hasta el fondo del pasillo y Mac le siguió.

Había una cama muy grande que ocupaba la mayor parte del espacio. La cama estaba hecha, pero solo por el hecho de haber tirado el edredón sobre las almohadas. Había una camisa sobre una silla en un rincón y la puerta del armario estaba abierta. El olor de Mac llenaba la habitación. «Esto está mal. Muy mal».

Había pasado del piso sobre el garaje, que me parecía demasiado, al dormitorio de Mac.

—Los padres comparten habitación. ¡Ella se queda aquí contigo! —dijo Andy.

Parpadeé.

«Muy, muy mal».

Nada de lo que le dije a Andy después de clase se le había grabado. Nada de Señorita Georgi y malvaviscos compartidos como mejores amigos.

Andy quería que siguiéramos juntos. Miré a Mac e intenté no sonreír porque la única persona con la que intentábamos ser discretos era la que quería que compartiéramos cama.

—Andy, amigo, ella no…

—Sé lo que dijo la señorita Georgi y lo que tú dijiste. Pero inténtalo. Tal vez te guste.

Salió corriendo por la puerta, tirando de ella y cerrándola detrás de él cuando se fue.

Me quedé mirando la puerta durante un largo rato.

—Ya has oído lo que ha dicho —comentó Mac, acercándose con una sonrisa socarrona—. Intentémoslo. Quizá nos guste.

# 41



MAC

ESTABA DISPUESTO A INTENTARLO, sabía que me gustaría. A tomar a Georgia en mis brazos y besarla. A despojarla de su ropa.

Me había pasado los últimos días pensando en cómo nos habíamos excitado mutuamente en su pequeño apartamento del garaje, y luego, joder, en mi despacho. Cada vez que entraba allí, se me ponía dura y así sería hasta que me jubilara, joder.

—¿Ahora? —preguntó Georgia con los ojos muy abiertos, sorprendida, pero no podía pasar por alto el calor y la necesidad en su mirada. Detrás de la puerta cerrada de mi despacho era una cosa, pero detrás de la puerta de un dormitorio con Andy diciéndonos que lo intentáramos era otra.

Me encogí de hombros.

—Andy se hará rogar… —Podría funcionar—. Tal vez podrías coger ese juguete tuyo. Podríamos divertirnos un poco con eso.

Ella tosió.

—¿Mi juguete?

Sonreí.

—Vale. Empecemos primero con mi polla.

Tuve que agacharme para cambiarme los pantalones de trabajo azul marino. La sola idea de darle cada centímetro de mi polla era una tortura, pero yo no quería tener una conversación sobre la cigueña con Andy todavía y si él estaba diciendo a toda su clase que Georgia era su madre, no necesitaba que le dijera a los mismos niños cómo su padre se desnudó y le hizo cosas a la señorita Georgi con un submarino de juguete.

Así que…

Me pasé una mano por la nuca.

—Joder, no. Ahora no. Al menos hagamos que se duerma y luego…

Entró una llamada con el familiar timbre estridente de mi *walkie talkie*.

Cerré los ojos.

—Joder.

¿Ahora? ¿En serio? Se me iban a poner las bolas azules.

El operador dio unos códigos y una dirección.

—Tengo que irme —refunfuñé. Me acerqué a la puerta, la abrí y señalé el armario de la ropa blanca que había al final del pasillo, frente a la habitación de invitados—. Lo siento, pero las sábanas limpias están ahí.

—Ve —dijo ella, calmada y completamente comprensiva sobre la naturaleza imprevisible y urgente de mi trabajo, y que la estaba dejando sola con el cambio de cama, además de hacer de niñera de Andy.

—Volveré por la mañana después de mi turno.

Acorté la distancia entre nosotros, la besé fuerte y rápido antes de irme.

# 42



GEORGIA

ME DESPERTÉ ACALORADA, sofocada. La calefacción estaba a mi espalda y un brazo pesado estaba…

Cielos. Mac. Estaba en la cama con Mac. O, estaba en la cama de Mac, con Mac.

La noche anterior, después de que Mac se fue por una emergencia, le di a Andy un poco de espacio. Ya había tenido una charla con él acerca de que yo no era su nueva madre que no había causado efecto, así que no tenía intención de volver a hacerlo, especialmente cuando lo encontré dormido en la cama de Gruñón. Obviamente, su plan era evitar que yo durmiera allí. El pequeñín me obligó a meterme en la cama de Mac. De ninguna manera iba a dormir en la camita del coche de carreras de Andy o en el sofá de abajo.

Para tener seis años, Andy estaba realmente concentrado en su agenda por conseguir una nueva madre. Si yo no fuera su objetivo principal, estaría impresionada. Solo había una opción, así que cambié las sábanas de la cama de Mac y finalmente me quedé dormida. Definitivamente di vueltas en la cama, imaginando a Mac aquí, divirtiéndose conmigo y mi vibrador, queriendo follarme.

¡Cielos!

Por si no fuera suficiente, mi mente divagaba en otras preguntas. ¿Dormía desnudo? ¿Se acurrucaba cuando dormía con alguien o dormía de lado y ocupaba todo el espacio? ¿Traía a otras mujeres a su cama? ¿Era yo la única desafortunada como para llegar a su cama del tamaño de la de un rey y quedarme sola?

Eso me hizo golpear la almohada y tratar de calmarme más que cualquier otro pensamiento. Debí de desmayarme porque no sentí a Mac llegar en algún momento de la noche y meterse en la cama para estrecharme en sus brazos.

Un pregunta respondida: sí se acurrucaba cuando dormía; éramos como dos cucharas en un cajón con su brazo musculoso sobre mi cintura. Y sí, era su gran palma la que me acariciaba el pecho por encima de la camiseta del pijama.

Inhalé hondo e intenté no respirar ni moverme, ni hacer nada que lo despertara. Porque estaba catalogando cada centímetro endurecido de él —y me refería a *cada* centímetro endurecido— a lo largo de mi espalda. Me sentía tan bien en brazos de alguien otra vez, sintiéndome protegida. Siendo deseada incluso cuando dormía.

Mac no se movía en absoluto. Su brazo era una pesada banda sobre mí, mientras sentía su cálido aliento abanicándome el cuello. Por la ventana entraba una tenue luz gris, lo que indicaba que aún no había amanecido.

—Mac —murmuré.

—Hmmmm —respondió sin inmutarse.

—Me estás asfixiando.

Su brazo sobre mi cadera se deslizó hacia atrás y pude darme la vuelta.

—¿No estás acostumbrada a un hombre en tu cama? —preguntó con la voz áspera por el sueño.

Fruncí el ceño, pero no podía verme. Preguntó como si fuera la única forma de que dos personas durmieran juntas.

—Mi ex dormía como una estrella de mar, así que cada uno tenía su lado. —Más bien él tenía la mayor parte de la cama y yo el borde.

Esto era... agradable. Quería estar en la cama conmigo. Sabía que yo estaba aquí y me abrazaba hasta cuando no estaba despierto. No me relegaba a un lado, sino que estábamos juntos justo en el medio.

Mac dormido era tan diferente a él despierto. Seguía siendo grande y tosco, pero estaba relajado, tranquilo, acurrucado. Mac, ¿quién lo diría? El invierno no sería tan malo si tuviera un hombre como él para mantenerme caliente toda la noche.

Sonreí, mirando su bigote. Desde la otra noche, sabía exactamente cómo se sentía entre mis muslos.

—Te oigo pensar, cariño —dijo—. Tengo la sensación de que deberías decir esos pensamientos en voz alta.

¿Cómo sabía que tenía ideas sexuales que lo involucraban a él? Y a mí. Y a nosotros.

—Andy nos encontrará —le dije.

Sus párpados se abrieron y esa mirada oscura sostuvo la mía.

—Nos pidió que lo intentáramos. Bueno, lo hice el otro día y me gustó. Es un chico listo.

—Creía que tenías que estar en el trabajo —le insistí. Era bastante de noche para el final de su turno.

—Tuvimos que conseguir un segundo grupo para la llamada. Todo el mundo se enteró de lo de mi padre y, aunque se encuentra bien, Smutters se ofreció a terminar el turno por mí.

—Muy amable de su parte —le dije. Sabía lo mucho que el tipo ofuscaba a Mac.

Levantó el brazo y miró el reloj.

—Tenemos al menos una hora antes de que Andy se despierte. Ven aquí.

Me atrajo hacia él de modo que nuestros cuerpos se apretaron de nuevo, con mis brazos atrapados entre nosotros y mi cabeza escondida debajo de su barbilla.

Tenía el pecho desnudo, sin duda, pero no podía decir si llevaba ropa interior o no a través de mi pijama de satén, pero me di cuenta de que estaba muy empalmado.

—Joder, me gusta mucho despertarme contigo.

Sus palabras me hicieron entrar en calor, ya no solo su cuerpo.

—Georgia —dijo.

—¿Hmm?

—Creo que deberíamos probar otra cosa que sé que nos gustará a los dos.

No pude evitar una risita.

—¿Ah, sí?

Se movió, me puso boca arriba y luego se cernió sobre mí.

—Sí.

# 43



MAC

GEORGIA, en mi cama y debajo de mí.

Joder. Gemí y le besé el cuello mientras su pelo sedoso me rozaba la piel. Su perfume me llenó la nariz y sentí el latido acelerado de su corazón en mis labios.

Sus dedos se enredaron en mi pelo mientras bajaba y le besaba la clavícula. Su pijama, de un color claro demasiado difícil de distinguir con la habitación a oscuras, era satinado y, aunque la cubría por completo, muy sexy. Que estuviera en mi cama, sexy. Despertar con ella en mis brazos, sexy. Su respiración, sexy.

Desabroché un botón a la vez, exponiendo cada vez más su piel cremosa que brillaba a la luz de la luna. La tela se abrió y se deslizó hacia los lados de ella.

—Preciosa, Georgia —murmuré, cambiando de posición para chuparle un pezón. Sentí cómo se endurecía bajo mi lengua. Sentí su respiración entrecortada y la oí jadear.

Cuando susurró mi nombre, levanté la cabeza.

—Yo también te llamaré Georgi a partir de ahora.

Me miró.

—No pares.

Pequeña mandona. ¿De verdad creía que podía dejarla en mi cama? No pude evitar sonreír.

—Sí, señora.

Presté la misma atención a su otro pezón y luego lamí ambos, pasando de uno a otro, jugando con ellos hasta que ella se retorció debajo de mí y se le escapó un sonoro gemido.

—Shh —le dije, besando su terso vientre. Por lo general, Andy se quedaba prácticamente inconsciente una vez que se dormía, pero los niños pequeños eran imprevisibles cuando se trataba de, bueno, cualquier cosa. Podría habernos animado a dormir juntos, pero yo no quería

que nos pillara.

—Uno de estos días, podrás ser tan ruidosa como quieras. Por ahora, tienes que hacer silencio.

Se mordió el labio como si eso fuera a silenciarla.

—Buena chica.

Tirando del elástico de sus pantalones de pijama, me deslicé más abajo en la cama, arrastrando las mantas conmigo. Estaba lejos de tener frío con la delicada piel de Georgia tan cálida. Tiré lejos su pijama por encima de mi hombro y miré a mi alrededor. Claro, había visto todo de ella la otra noche, pero esta vez la tenía en mi cama. En *mi* cama.

Se quedó quieta, esperando, con la respiración entrecortada.

—Mi Georgi.

Me estudió, luego se levantó para sentarse.

—Quiero verte, Mac.

No pude evitar sonreír ante su atrevimiento y me quité los calzoncillos. Cuando llegué a casa, me había duchado en el baño del pasillo para no despertarla y me puse ropa interior limpia. Aunque estaba en mi cama, aún no habíamos hablado de acostarnos desnudos. Claro que ya había tenido mi polla en la boca, pero eso había sido cuando estaba consciente.

Ahora que tenía su consentimiento, los calzoncillos habían desaparecido y mi polla se meneaba libre porque no había duda —si era que ella tenía alguna— de que la deseaba. Estaba duro como un poste.

—Por favor, dime que tienes un condón —dijo con la mirada clavada en mi polla, como si le gustara lo que veía y quisiera probarla.

Me incliné hacia un lado, apoyé una mano en la cama y con la otra metí la mano en el cajón de la mesilla, saqué una caja nueva y la coloqué en la cama junto a ella.

La miró sorprendida.

—Vaya, ahí hay más de uno.

Me agarré la base de la polla y le di un fuerte apretón. Si quería que esto se prolongara, ella tenía que dejar de ser tan jodidamente perfecta.

—Te dije que tenía planes y vamos a necesitar un montón de condones para poder cumplir con todos. Compré esta caja el otro día.

—De esos planes —empezó, mordiéndose el labio y con la mirada recorriéndome el cuerpo —, ¿cuál quieres concretar ahora?

La lista era larga. Variada. Atrevida.

—Cualquiera que implique meterte la polla. ¿La quieres en la boca o en el coño?

# 44



GEORGIA

*¿En la boca o en el coño?*

Cielos. Se me hizo la boca agua y se me apretó el coño ante la pregunta.

Verle tocarse lentamente la polla era tan excitante. Tan viril y potente. No quería pensar en Art, sobre todo en ese momento, pero ¿mirando a Mac? ¿Quién demonios era Art? Era completa y absolutamente reemplazable. La secretaria Pam podría quedarse con él y su trabajo de mierda en la cama.

Al ver una gota de líquido preseminal, no pude contenerme. Me incliné hacia delante y lamí.

—Mmm —dije. El sabor salado me cubrió la lengua al igual que la otra noche. Me había encantado tenerle en la boca. La sensación espesa, el sabor, la forma en que respondía.

—Joder —dijo Mac, enredando los dedos en mi pelo.

Cogí todo lo que pude de él y luego chupé. Sus caderas se agitaron como la última vez.

—Buena chica —siseó, y luego me apartó tirándome del pelo.

Fue rudo, pero se sintió exquisito.

Tenía los pezones duros como guijarros; eli coño húmedo e hinchado, listo para él. Mis labios tenían que estar hinchados. Nos miramos durante un segundo y luego se abalanzó sobre mí.

Jadeé.

Mi espalda chocó con el colchón y lo sentí a Mac duro y caliente sobre mí. El vello de su pecho era suave contra mi piel. Con manos urgentes, me separó las piernas y se acomodó entre ellas, acurrucando su polla en mis resbaladizos pliegues.

—Eso es todo lo que consigues con esa dulce boca, mi Georgi. —Extendió la mano, cogió la caja, la abrió de un tirón y se puso a trabajar para protegernos a los dos.

Lo miré todo el tiempo, totalmente excitada. Esto estaba sucediendo. Deseaba que se deslizara dentro de mí y sentirlo todo mientras se abría paso. Iba a sentirse muy apretado mientras le recibía porque estaba generosamente dotado o, mejor dicho, era jodidamente enorme y mi coño palpitaba con anticipación.

—¿Estás mojada y lista para mí? —me preguntó. Su mirada se cruzó con la mía y recorrió mi cuerpo.

Asentí con la cabeza. Estaba tan mojada y lista.

Arqueó una ceja.

—Yo no estoy tan seguro.

¿Qué? ¿Que no estaba seguro? Estaba tan mojada, ansiosa, palpitando por él. Tenía el sabor de su polla y del líquido preseminal en mi lengua. ¡ESTABA LISTA!

Se acomodó entre mis piernas, echándose una de ellas por encima del hombro y me lamió de abajo arriba. Luego rodeó mi clítoris, con su bigote haciéndome cosquillas mientras su lengua hacía magia.

—¡Mac! —jadeé con los ojos cerrados—. Estoy lista. Lo estoy. Por favor.

—Suplicas muy bien. Primero te correrás y luego te daré mi polla.

Volvió a su tarea como si su misión en la vida fuera excitarme; o yo estaba tan desesperada por que me lamiera el coño que me empujó fácilmente al orgasmo. Tal vez fueron ambas cosas.

Era decidido y ridículamente talentoso. Hacía chasquidos y remolinos con la lengua, luego metía los dedos, deslizándolos dentro y fuera, imitando lo que yo esperaba que su polla hiciera muy, muy pronto. Pero luego se curvaron y...

¿Era ese mi punto G? Cielos…

Me sujeté a las sábanas, arqueé la espalda y me llegué al orgasmo lo más silenciosamente posible, sobre su cara. Esta vez, no pensé en el aspecto de mi coño, ni en su sabor; ni en mi aspecto cuando me corrí, ni en nada.

Nada de eso.

Solo me mordí el labio, ahogué mi gemido… y me corrí. Una y otra vez.

Solo cuando me desplomé sobre la cama de un modo que indicaba que todos los huesos de mi cuerpo se habían disuelto, se detuvo, me besó el interior de los muslos y me hizo cosquillas con el bigote. Luego subió y me besó en los labios.

Me saboreé con él. Su bigote estaba realmente mojado de mí. No era un amante tímido, ni delicado. No, él se adentró en mí sin miedo a mojarse.

Se encontró con mi mirada.

—Ahora tendrás mi polla.

Asentí. Oh, sí, por fin. Abrí más las piernas en señal de invitación, él enganchó una rodilla y con un movimiento talentoso de sus caderas, se deslizó hasta el fondo.

# 45



MAC

MADRE MÍA.

Estaba profundamente dentro de Georgia en un área caliente, húmeda y apretada.

Su coño se sentía como estar en casa. Como si fuera el lugar al que pertenecía pero que nunca había conocido. Era el lugar que me había estado perdiendo toda mi vida, joder.

—Georgi —siseé. Sus paredes internas se apretaron y palpitaron a mi alrededor mientras se adaptaba al tamaño de mi polla. Un gen cavernícola dentro de mí me hizo querer golpearme el pecho de satisfacción por haberla puesto boca arriba, por haberla penetrado. Por llenarla, tomarla y satisfacer su cuerpo con el mío.

Apoyado en un codo, me cerní sobre ella, observando su cara mientras sacaba la polla un poco y la volvía a sumergir. Abrió con sorpresa los ojos y luego los cerró. Sus manos fueron a mi culo, lo sujetaron y me empujó más adentro.

—Más —suspiró.

Sí, le daría más. Siempre.

Y entonces dejé de pensar y simplemente la follé, levantándola con mis embestidas, alzándole una rodilla hacia arriba y hacia atrás para bombear más profundamente, luego le enganché una pierna en mi hombro; entonces me incliné sobre mis talones para tomarla en un ángulo diferente, superficial y rítmico.

Luego la apreté contra la cama, pecho con pecho. Cada posición era buena, mejor que la anterior, y esto era solo la clásica postura del misionero.quedamos sudorosos, gimiendo y susurrando cochinadas.

«Más duro. Más. Sí, así. Qué rico. Estoy cerca. Otra vez. Ahí, justo ahí».

Mientras la cama chocaba con la pared, yo pendía de un hilo intentando no correrme tan

fuerte que sabía que me cegaría, pero Georgi aún no había llegado. No parecía que pudiera hacerlo solo con mi polla, así que metí la mano entre nosotros, encontré su clítoris y lo rodeé con el pulgar.

—¿Así está mejor? —le pregunté mientras movía las caderas, observándola de cerca para ver qué funcionaba mejor.

Tenía los ojos cerrados y asintió, pero no iba a ser suficiente.

Tiré.

Sus ojos se abrieron de golpe y me miró con confusión y pánico, como si fuera a parar. —¡Mac!

—Shh —le dije, deslizándome por su cuerpo. Encontré su clítoris hinchado y duro, así que lo chupé con la boca a pequeños tirones. Obviamente, su clítoris necesitaba un poco más de atención para correrse.

—Joder —gimoteó, sacudiéndose en la cama. Sus manos se enredaron en mi pelo. Eso era mejor. Que se agitara y las paredes de su coño empezaran a ondularse y a apretarse era una buena señal de que se estaba acercando.

Solo me quedé allí un segundo o dos, luego volví sobre ella y me deslicé profundamente.

Metiendo la mano entre los dos, Georgia trabajó su clítoris mientras yo la llenaba con más embestidas. Había encontrado su punto G y quería golpearlo con mi polla.

—Así —susurró, asintiendo con la cabeza y moviendo los dedos en círculos rápidos—. Sí. Cielos. Justo ahí.

Sí, le gustaba que le estimulara el punto G y yo podría hacerlo.

—La sacaré si no llegas —le advertí mientras me corría el sudor por la frente.

Abrió los ojos y su mano se movió más rápido.

—¡No! —dijo con ojos suplicantes—. Lo haré. Seré una chica buena.

Esas palabras. No había forma de que yo saliera de su apretado calor, pero la posibilidad de que lo hiciera la puso más caliente. Incluso a través del condón la sentí más húmeda.

—Así es. Entonces córrete, Georgi.

Y lo hizo.

En toda mi polla mientras se apretaba y retorcía. Sus uñas se clavaron en mi espalda baja. Yo me había corrido. Era demasiado. Ella era demasiado. Demasiado tentadora.

Mis pelotas se hincharon y luego se vaciaron.

—Joder —gruñí, enterrando mi cara en su cuello mientras me corría una y otra vez.

Mientras intentaba recuperar el aliento, no podía imaginarme haciendo esto con nadie más y solo había tachado una cosa de mi lista.

Mi polla seguía dura, lista para tomarla de nuevo de la siguiente forma divertida. Una vez no era suficiente.

# 46



MAC

AUNQUE TENÍAMOS entrenamientos de bomberos todos los sábados por la mañana, este era el único fin de semana del mes en el que Theo participaba. La primera vez que colaboró con el departamento, allá por el otoño, lo hizo como una supuesta víctima para la extracción de un vehículo. Se había portado bien, incluso nos invitó a comer a todos. Seis meses más tarde, seguía siendo un buen tipo y seguía invitando a comer a todos. Por eso estábamos sentados frente a frente en el Kincaids esperando a que nos sirvieran las hamburguesas.

Estábamos al final de la larga mesa y el equipo del turno B ocupaba el resto. Habíamos terminado una rotación médica en la que todos se volvieron a certificar en RCP, practicó punciones intravenosas y evaluación de pacientes diabéticos. Reservaba este tipo de formación para cuando venía Theo, porque él era el experto y aportaba más información como médico que los paramédicos de la plantilla.

Para vivir en Montana, vestía como un médico de gran ciudad. Normalmente llevaba caquis y camisa de botones con su bata de laboratorio blanca y su estetoscopio, pero hoy vestía informalmente con vaqueros y camisa. Todavía no lo había visto vestido de franela.

Todos hablaban del calendario, pues Liz, que se sentaba en el extremo opuesto, ya se había tomado las fotos y Cleary también. Me reprochaban haber visto las fotos en la reunión del otro día y no haberlas compartido con ellos, pero yo me había callado sobre cómo habían salido, más allá de decir que tenían buena pinta. En el comité habíamos acordado que las fotos no se compartirían hasta el acto de recaudación de fondos y la gran presentación.

—Entonces, ¿ya no te opones al calendario? —preguntó Theo, dándome una patada por debajo de la mesa y sacándome de mis pensamientos. Me había distraído con facilidad esta mañana.

No era para menos. Después del alucinante sexo que habíamos tenido en mi cama, arrastré a Georgia a la ducha y la lavé de pies a cabeza. La vi sin maquillaje, con el pelo mojado y lejos de peinarse. Se veía diferente, pero seguía siendo mi Georgi. Tenía la sensación de que yo era el único que la veía así. Aunque no tenía datos concretos al respecto —y no los preguntaría—, dudaba que dejara que su ex se duchara con ella. Si él le había estado poniendo los cuernos, ¿por qué compartiría con él esa parte íntima?

Me sentía afortunado, especial y excitado, porque después de enjabonarla por completo, prestando mucha atención a sus tetas perfectas y a su coño glorioso, la apreté contra la pared de azulejos, me arrodillé y me la comí. Luego me la follé. Oh, sí, mi tipo de ducha. Por desgracia, tuve que vestirme e irme a entrenar. Esas dos rondas eran todo lo que íbamos a conseguir porque Andy se despertó justo cuando yo preparaba el café.

Theo me dio otra patada en el pie. ¿Qué había preguntado? Ah, sí.

—Por lo que vi, Georgia tiene buen ojo. Ella y los fotógrafos hacen un gran trabajo.

—No creí que te oiría decir eso —respondió.

Cogí mi agua y me la bebí de un trago.

—Sí, bueno, no puedo criticar el calendario ni lo que propone.

—¿Pero?

—Pero todavía no me entusiasma estar en él.

—No tienes que estar en él.

Lo miré.

—Sí que tengo. Soy el jefe. Claro que tengo.

—¿Así que no habrá nada sexy para el Sr. Enero?

Tuve que sonreír.

—Difícilmente.

—Bueno, estoy deseando ver el producto final. ¿Y tu padre? ¿Cómo está? —preguntó Theo, cambiando de tema. En el otro extremo de la mesa se hablaba de las nuevas motosierras que nos iban a entregar. Pearsons Tree and Landscaping nos llevarían al bosque el próximo fin de semana para aprender a usarlas.

—Pasé por su casa esta mañana —le dije—. Está bien. Malhumorado.

—Era de esperar.

—Creo que está más molesto que otra cosa. No puede conducir ni cuidar de Andy como suele hacerlo.

—¿Dónde está Andy esta mañana? —preguntó.

—En una fiesta de cumpleaños. Georgi lo llevó.

—¿Georgi? —preguntó, con una ceja levantada.

Sí, Georgi.

—Lo recogeré en un rato —contesté, sin decirle a Theo por qué la llamaba así, y tal vez tuviera que guardármelo para mí—. La madre del cumpleañero sabe que si llego tarde es porque

estoy de servicio y Andy puede quedarse un poco más.

—¿Necesitas ayuda por un tiempo? Verna me dijo que puede enviarte un horario de reemplazo.

Estaba acostumbrado al espíritu comunitario de Hunter Valley, pero normalmente era yo quien ayudaba a los demás. Era diferente —y agradable— que otros estuvieran dispuestos a echarme una mano.

—Dale las gracias, pero Georgia se ha ofrecido para hacer las cosas que mi padre no puede.

Levantó la frente y exprimió una rodaja de limón sobre su té helado.

—¿Es cierto?

Me estudió como si mi uniforme habitual de bombero le estuviera diciendo algo. Aunque hoy no estaba de turno, sino que trabajaba en la capacitación, llevaba la misma ropa que si lo estuviera, por si nos llamaban. No siempre nos poníamos el traje de bombero, así que teníamos que ser identificables para todos como parte del departamento.

Sonreí pensando en cómo Andy nos hizo dormir juntos la noche anterior. Él no tenía ni idea de lo que había hecho, pero yo estaba absolutamente agradecido, y mi polla también. Tan, tan agradecido.

Apoyó los antebrazos en la mesa y se inclinó hacia mí.

—Estás sonriendo. Eso solo puede significar una cosa.

Mi sonrisa era respuesta suficiente. Me encogí de hombros, restándole importancia. Desde que Georgia salió de la zona de seguridad del aeropuerto y la vi por primera vez, la deseé. Mi polla era como un localizador, una antena que apuntaba directamente hacia ella.

Follármela era una conclusión inevitable, pero nunca esperé hacerlo en mi cama. ¿Y esta mañana? ¿Cuando finalmente la penetré?

Joder.

Había pasado tiempo, claro. Pero no había sido alucinante porque hubiera estado con abstinencia. No, había sido la propia Georgia con su mezcla tentadora y salvaje; sensible y jodidamente perfecta. Cada centímetro de ella estaba hecho para mí. Ese culo, esas tetas, sus sonrisas, sus gemidos, y la forma en que había dicho que sería una buena chica para mí. Ella, Georgia Lee Gantry, estaba hecha a mi medida con todo lo que siempre quise en una mujer.

La electricidad que sentí cuando nos dimos la mano en el aeropuerto no había sido como en una ñoña película romántica, pero había sido algo. ¿La conexión con Georgia durante el sexo? Como si fuéramos uno. El mejor sexo de la historia.

Me aclaré la garganta y no pensaba contárselo a Theo. Él era médico y me diría que necesitaba una intervención, evaluación psicológica, o simplemente se reiría.

Cualquier ayuda que necesitara, no la quería. Me gustaba cómo me sentía cuando estaba con ella y quería hacerlo de nuevo. Excepto… Andy. Excepto… que ella se marcharía a Georgia tan pronto como terminara su trabajo. Casual significaba solo sexo. Sexo divertido, caliente, fuerte, duro y sucio. Nunca esperé que estuviera en mi cama o en mi ducha. Complicaba las cosas,

especialmente cuando no quería volver a dormir solo cuando ella se sentía tan condenadamente bien en mis brazos.

Aunque Andy iba a estar encantado de que su padre y su nueva madre compartieran cama, era una idea horrible cuando se trataba de su bienestar. Solo estaría validando toda su obsesión por la nueva madre cuando todo lo que era yo era un cabrón ansioso que quería tener fácil acceso a Georgia.

—Espera a que te cuente lo que pasó.

Levantó una mano.

—No necesito que me lo cuentes.

El camarero dejó nuestras hamburguesas, el aroma de la carne a la parrilla golpeó mi nariz e hizo que mi estómago rugiera.

Mientras me ponía la servilleta en el regazo, le dije:

—Escucha, cabrón.

Le hablé de Andy y de cómo nos metió juntos en el dormitorio, cerró la puerta de un portazo y nos dijo que lo intentáramos. Cuando terminé, estaba sonriendo. Cogió el ketchup y se echó un poco en el plato junto a las patatas fritas.

—Parece que necesitas un rato sin niños con ella.

Me encogí de hombros y me concentré en mi hamburguesa. Andy nunca me había fastidiado con alguna una mujer, y no era que tener un hijo molestara Georgia. Incluso me preguntaba si a ella le gustaba Andy más que yo. No, Andy era un chaperón, y mientras él estaba demasiado ansioso por juntarnos, ella y yo no podíamos hacer ninguna de las cosas que yo quería. Como desnudarla y ponerla de rodillas, o meterme en ella inclinada sobre mi sofá, o cualquier otra cosa de mi creciente lista titulada: Maneras de follarme a Georgia para que se olvide hasta de su nombre.

—Un poco difícil con mi padre fuera de servicio —le dije, cogiendo una patata frita.

—Lo llevaremos con nosotros esta noche —me ofreció—. Una pijamada.

Casi me atraganto con la hamburguesa. Tragué saliva.

—¿Vosotros dos? Habéis jurado no tener hijos.

Él y Mallory no querían tener hijos propios. Entre sus amigos, lo habían dejado claro. Por lo que me dijo, Theo tenía un padre imbécil y no sentía que tuviera un buen modelo a seguir. Y, hasta el verano pasado, había sido un cirujano más que a tiempo completo donde el tema de los niños nunca surgió. En cuanto a Mallory, era maestra y tenía niños a su alrededor todo el día, lo cual era suficiente para ella.

—Tenerlos un rato. —Se metió una patata frita en la boca—. Nos gustan mucho, pero también nos gusta devolvérselos a sus padres. Planeamos hacer el papel de tía y tío.

Claro, porque Dex y Lindy tendrían un bebé en las próximas semanas.

—Pensé que sería casual —dijo, usando su servilleta para limpiarse la boca—. Cuando te vimos en Kincaids, te dijimos que te la follaras, no que te casaras con ella. Ella solo está aquí

para el proyecto de recaudación de fondos.

—Así es.

—¿Nada de sentimientos involucrados?

Sacudí la cabeza.

—No.

Por supuesto que estaba listo para encender luces y sirenas para llegar a Georgia y poder tomarla de nuevo lo más rápido posible. Yo sabía cómo mantener los sentimientos lejos. Esto era casual, sin ataduras. No llevaba ni una semana aquí y ya estábamos muy encendidos. Ella no estaría aquí por mucho tiempo y mi polla no tenía visión a largo plazo, solo le interesaba el aquí y ahora. Con Georgia.

Theo me había dicho que escuchara a mi polla. Bueno, eso hacía. Estaba acostumbrado a que la gente se fuera. Mi madre; sí, murió y todavía lloraba su pérdida todos estos años después. Luego mi hermana Tracy que había tomado una decisión y no había optado por la familia. Luego estuvo Teri, con quien fue más fácil mantener el control, establecer las expectativas por adelantado, como lo había hecho con Georgia, y ella conocía el trato. Para Georgia yo era su regreso al ruedo tras el divorcio y la dejaría ir cuando fuera el momento. No era gran cosa.

—Mallory y yo hablaremos con Andy sobre su obsesión con que ella sea su nueva madre —dijo, recordándome que tenía un hijo que estaba teniendo un gran problema de vínculos.

—Gracias. Necesito toda la ayuda posible con eso.

Mientras tanto, ¿una noche a solas con Georgia? ¿Sin Andy entrometido? ¿Sin mantener sus gemidos y gritos en silencio? ¿La oportunidad de tachar algo más de la lista?

Joder, sí.

# 47



GEORGIA

—NO PUEDO CREER que quieras más pizza —le dije a Mac. Me refería a la noche en que le había observado con Drew y Andy a través de la ventana de su cocina y luego me había trasladado a la posada James Inn para tomar distancia, pero solo por esa noche porque luego acabé en la cama de Mac.

Habíamos ido a un pequeño local a unas cuadras de la estación de bomberos, nos sentamos en una mesa esquinera y teníamos con una pizza de pepperoni y champiñones entre nosotros. Tenía mi plato levantado para que él deslizara una porción. Olía tan bien. Ajo. Salsa de tomate. Las ventanas tenían condensación por el calor del horno de ladrillo.

—Siempre hay espacio para pizza —respondió Mac, guiñándome un ojo.

Asentí y le di un mordisco a mi porción. Sobre todo, espacio para algo tan bueno.

De algún modo, me había localizado en una de las salas de estudio de la biblioteca, poco después de las cinco para decirme que yo había terminado por hoy. No me preguntó si había terminado, sino que lo afirmó. Cogió mi portátil y el bolso, y aunque eso fue atento de us parte, me negué a que lo cargara. Ningún hombre, especialmente con tanta testosterona y feromonas, andaría con mi bolso rosa. Me encantaba cómo combinaba con mi nuevo abrigo, pero definitivamente no iba con el suyo.

Dejamos mi coche de alquiler en el aparcamiento de la biblioteca y fuimos a la pizzería en su camioneta. Me informó que Andy pasaría la noche con Theo y Mallory, y que a Drew le parecía bien que un amigo fuera a cenar con él. Parecía que tenía la encimera llena de postres, con más de los que podía comer.

Eso significaba que Mac y yo estábamos solos. En una cita. Cenar significaba una cita, ¿verdad? Aunque no me la pidió exactamente. Había sido más al estilo de *golpes de pecho,*

*gruñidos, tú y yo, pizza, ahora.* Así que aquí estábamos, con un tipo llamado Otis que n os había preparado la mejor pizza que había comido en mucho tiempo.

—Además, necesitas coger fuerzas para lo que tengo planeado para más tarde —murmuró, inclinándose sobre la mesa—. Y si cenáramos en casa, bueno, no comeríamos. —Su mirada se oscureció con lujuria.

Sabía exactamente a lo que se refería.

Tendríamos sexo, probablemente en la mesa de su cocina. Tal vez esto no fuera una cita después de todo. Tal vez era una planificación estratégica. Necesitábamos combustible para lo que Mac tenía en mente. Me retorcí porque ansiaba más. Había pasado de una sequía sexual absoluta a un diluvio, y mis bragas no iban a poder soportarlo.

—¿Cómo va el calendario? —preguntó, y luego dio un mordisco a su porción.

—¿Quieres hablar del calendario? ¿Te das cuenta de que ya casi es tu turno para tomarte las fotografías? No quiero quitarte el apetito con el tema.

Masticó y se limpió la boca. Esos labios que sabía que podían besar tan bien se curvaron con disgusto.

—Vale. Nada de hablar de trabajo.

—Vale —confirmé con un movimiento de cabeza. Ahora no estaba malhumorado. De hecho, parecía francamente... normal.

Llevaba vaqueros y una franela azul, pelo peinado y cara afeitada. No llevaba ningún *walkie talkie* en la cadera, así que tenía toda su atención.

Dio un sorbo a su refresco.

—Mencionaste que solías participar en concursos.

Me tomé un tiempo extra para masticar el bocado en mi boca, luego tragué hondo.

—¿De eso quieres hablar? —pregunté, lamiéndome los labios.

Se encogió de hombros, con la mirada siguiendo el movimiento de mi lengua.

—Claro, no es que sepa algo de ellos.

Tomé un sorbo de mi bebida, con el hielo tintineando en mi vaso.

—Bueno, es como cualquier otra actividad infantil. —Me encogí de hombros—. Como el fútbol o las clases de violín. Practicas y luego hay un gran partido o conciertol, o lo que sea, y tratas de ser el mejor.

Me estudió.

—No te veo jugando al fútbol, pero ¿quizá sí con un violín?

Me reí.

—Violín no. Primero fueron clases de claqué, pero practicar en el suelo de la cocina cuando tenía seis años sacó a mi madre de quicio. Demasiado ruido y lo hacía horrible. Luego me puso a bailar, pero no tengo nada de coordinación. Después fueron clases de canto.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Cantas?

Asentí.

—Sí, canto.

—¿Cuántos años tenías cuando empezaste en los concursos?

—Cinco.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Empezaste a los cinco? Vaya.

—Mi hermana empezó primero y yo la imité, luego mi madre me inscribió.

—¿Y cómo te fue?

Suspiré.

—No muy bien.

—¿No hubo banda ni tiara para ti?

Sacudí la cabeza.

—Subcampeona. Pequeña Miss Calhan.

Se rio. Por una fracción de segundo, pensé que se estaba burlando, pero no era así, solo se divertía.

—Puedo ver una versión joven de ti ahí arriba dándoles caña.

—¿Yo? —Hice una pausa, con el trozo de pizza a medio camino de la boca—. Soy demasiado femenina para eso.

Cambió su expresión y me miró de arriba abajo.

—Lo eres. Supongo que dejaste de hacerlo en algún momento.

Y aquí era donde la conversación siempre se volvía amarga para mí. Así que le di mi respuesta corta y dulce, como si de la sesión de preguntas y respuestas de un concurso se tratara. Sabía lo que quería decir tras años de práctica.

—Cuanto mejor se ponía Sassy, más difícil me resultaba seguirle el ritmo. La perfección es bastante difícil de conseguir y dejé los concursos a los catorce años. —Di un gran mordisco para no tener que decir más.

Sostuvo su trozo de pizza en la mano y ladeó la cabeza.

—¿Quién quiere ser perfecto?

Me reí.

—Sassy. Mi madre. Los jueces del concurso también buscan la perfección.

—Catorce años. Eso fue hace mucho tiempo. ¿Todavía intentas seguirle el ritmo?

Me encogí de hombros.

—Está casada. Tiene dos hijos y una corona de Miss Georgia.

—Y tú tienes…

—¿Qué tengo yo? —le pregunté, cortándolo—. Un ex que me engañó y que… —No, no iba a decir que tendría un bebé—. Un trabajo que tuve que dejar. Estoy ahora en Montana.

Esta no era una cita divertida.

Sonrió. ¿Por qué sonreía?

—Así es —confirmó—. Estás en Montana, en Hunter Valley, comiendo conmigo. —Se inclinó para que solo yo pudiera oírle—. Llevas unas botas de nieve increíbles y eres la única persona que puede llevar un abrigo rosa. Si te terminas tu cena como una buena chica, te daré un gran regalo cuando lleguemos a casa.

A casa.

Ahora mismo yo no tenía casa. La casa que tuve con Art estaba a la venta y la casa de mi madre definitivamente no era mía. Aquí solo estaba temporalmente, como en la cama de Mac.

No lo había dicho en el sentido en que lo tomó mi corazón herido, así que me centré en lo que realmente quería decir para encenderme.

—¿Un trato realmente grande? —le pregunté.

Movió las cejas como un tonto.

—Ya lo sabes.

Tenía que acabar con esta conversación sobre los concursos; dejar de hablar de Sassy, de mi madre y de Art. De todo eso. Mac tenía razón, estaba aquí con a él, junto al hombre que me daba orgasmos múltiples y al que no parecía importarle que no fuera perfecta o que siguiera aferrada al pasado aun después de veinte años.

Había visto cada parte de mi cuerpo. Me vio con la cara lavada y con el culo al aire. Y quería lo viera de nuevo tan pronto como terminara de cenar. ¿Qué haría una chica inteligente? Me comí la pizza a toda prisa.

# 48



MAC

—Eso es. Coge cada centímetro —le dije, arqueando mi cuerpo sobre el suyo mientras me la follaba sobre el respaldo del sofá, justo como me lo había imaginado durante todo el día. Toda la semana.

Apenas habíamos cruzado la puerta principal cuando ya estábamos uno encima del otro. No había forma de que llegáramos a mi cama, así que la di vuelta, la incliné sobre el respaldo, le bajé los pantalones y las bragas hasta las rodillas y la follé duro.

—¡Mac! —gritó.

—Grita tanto como quieras, preciosa.

Éramos ruidosos. Estaba muy excitada y yo estaba muy jodidamente dentro de ella. A una embestida, le seguía una nalgada, luego otra embestida.

—¡Por favor, lo necesito! —gritó, intentando encontrar un lugar para agarrarse al cojín del sofá.

*Lo necesito.*

Esas palabras. La lujuria que implicaba. La necesidad por mi polla. Necesitaba que la follara bien rudo. Tanto que no pudimos avanzar más de tres metros dentro de la casa.

Como un adolescente metiéndose en un coño caliente y húmedo por primera vez, me corrí sin más, bombeando y llenando el condón mientras me hundía tanto que no sabía dónde era yo y dónde empezaba ella.

—¡JODER! —grité. La felicidad de eyacular fue abrumadora.

Cuando pude volver a ver y oír, me di cuenta de que había sido un amante terrible porque ella no había llegado. Fui codicioso, egoísta.

—Joder, Georgi —le dije, intentando recuperar el aliento—. Lo siento. La forma en que

suplicaste por mi polla me llevó al límite.

Me aparté y la ayudé a levantarse.

—No te muevas, joder —dije, dirigiéndome a la cocina y tirando el condón a la basura.

Me subí los vaqueros sin subirme la cremallera porque seguía empalmado.

Georgi seguía con los pantalones bajos junto con sus bonitas bragas rosas. Su camisa y su jersey eran lo bastante largos para cubrirle el coño, pero, aun así, aquellos muslos tersos estaban al descubierto y yo sabía que estaba hinchada y desnuda…

Volví hacia ella sin pausa. Me agaché y me la eché al hombro, como el buen bombero que era.

—¡Mac! —gritó, mientras la cargaba escaleras arriba. Sus manos se aferraron a la parte trasera de mis vaqueros—. ¿Qué haces?

—Llevarte a la cama para darte un orgasmo —le dije—. Múltiples veces. Aunque mi actuación de ahora no lo demuestre, soy un caballero y cuido de mi mujer.

# 49



GEORGIA

CUATRO ORGASMOS y una siesta después, estábamos en la cama de Mac. Nos tumbamos de lado, uno frente al otro, desnudos. La casa permanecía en silencio; la cama, caliente y acogedora. Era como si estuviéramos en nuestro pequeño mundo.

Mac me había demostrado que era un caballero, o *no*, con todas las formas ingeniosas en que me había follado y complacido. No me importó que él había llegado primero, y me resultaba extrañamente halagador que yo le hubiera provocado correrse rápidamente. Estaba tan dentro de mí, literal y figuradamente, que no pudo controlarse. Me encantó. Me hacía sentir sexy y guapa.

Extendió la mano y me recogió el pelo detrás de la oreja.

—¿En qué piensas?

Su voz era grave, pero amable. Sin indicios de frustración o mal humor. No había ansiedad. Era Mac en estado puro y simple.

No quería retomar el tema de por qué últimamente no me sentía sexy ni guapa. Claro que maquillarse y vestirse bien daba la apariencia de éxito, porte y todas las cosas que aprendí en los concursos, pero no hacían que me sintiera atractiva.

Hacía siglos, los vestidos que mi madre me ponía para los concursos nunca eran de mi estilo. Se usaban mucho los colores amarillos, los volantes y las lentejuelas. Me quedaba horrible el amarillo, pero me destacaba en el escenario cuando estaba en fila con otras concursantes.

Pero después, por culpa de Art, me sentí rechazada. Que me echara a la calle por una mujer más joven y más delgada me hizo sentir poco atractiva, indeseable, triste, perdida e inútil. No, no quería decirle nada de eso a Mac. Así que redirigí lejos esos pensamientos, muy lejos de todo. Volví al propio Mac.

—Pienso que lo sé todo sobre Andy…

Mac sonrió.

—Él no distingue a un desconocido.

—Pero no sé mucho acerca de ti, Mac.

—¿Qué quieres saber? —Su mano se deslizó perezosamente por mi cadera, como si no pudiera dejar de tocarme. De hecho, ni siquiera me miró a los ojos, sino que observaba la trayectoria de sus dedos.

—¿Cómo es que nunca te has casado? Quiero decir, eres un buen partido.

Su mirada se encontró con la mía.

—¿Un buen partido?

—Eres el jefe de bomberos. Obviamente, eres inteligente, estás en forma, te importa ayudar a los demás.

—No puedo decir que no he tenido citas —dijo—. Un par de ellas fueron en serio, pero luego, cuando Tracy tuvo a Andy, me convertí en padre de la noche a la mañana.

—¿Y?

—¿Y? —continuó—. No todas las mujeres quieren cargar con el hijo de otro.

—Cierto. —Por lo general, este escenario era al revés, la mujer tenía un hijo y el hombre no estaba interesado en el equipaje extra—. Es solo que… Tú eres tú y…

—¿A dónde quieres llegar, Georgi?

—¿Georgi? Hablas como Andy.

Sacudió la cabeza.

—Georgi de Georgia.

Me derretí, justo en ese momento, especialmente cuando continuó con un beso.

—Aún no he encontrado a la mujer adecuada, es todo.

Dios, eso me dolió, estando desnuda en su cama, con el coño dolorido por follar de seis maneras desde el domingo, y aún Mac no había encontrado a la mujer adecuada.

Claro, yo tenía fecha de vencimiento. Era una aventura de una o dos semanas. Una diversión.

Puse una sonrisa porque me había pillado con la guardia baja; los orgasmos le provocaban eso a una chica. Mi lugar era en la posada James, no aquí en la acogedora gran cama de Mac con un chaperón de seis años, saboreando algo que no era realmente mío.

Me aclaré la garganta.

—Tu trabajo te la pone difícil. Todo el mundo con el que hablo habla maravillas de ti —le dije. Era muy conocido en Hunter Valley. Ni mencionar que conocía a mucha gente gracias a las llamadas de emergencia a las que acudía. Estaba segura de que conocía a los empleados del hospital, al menos del servicio de urgencias; el departamento de policía; a todos en la escuela de Andy; y a los mayores que eran amigos de Drew. A todo el mundo.

—Bueno, definitivamente me mantiene ocupado —dijo.

—¿Siempre has vivido aquí?

—Nací y crecí aquí.

—¿Alguna vez quisiste trabajar para un departamento más grande? Quiero decir, en una gran ciudad donde haya todo tipo de acción.

Cogió un rizo mío, tiró de él y lo soltó.

—No. No tengo ningún interés en irme a ningún otro sitio. Quizá a la playa para descansar del invierno, pero Hunter Valley tiene todo lo que podría desear.

Esa sonrisa fingida se quedó en mi cara. Todo lo que Mac quería estaba en Hunter Valley y no me incluía a mí. Me iría en una semana o cuando terminara el proyecto. Bradley podía conseguirme un vuelo para marcharme en cuanto lo necesitara.

—Este lugar me gusta —le dije, tratando de ser ligera y neutral. Y era verdad. Hunter Valley era un pueblo increíble, en donde había conocido a gente de lo más agradable—. Hasta la nieve.

Podría quedarme. Pero volvería a quedar desempleada después de la próxima semana. Me habían contratado solo para este papel y luego me iría. Fácil. Simple.

Excepto hasta que dejara de serlo.

—¿Hasta la nieve? Me alegra oírlo —dijo Mac, cogiéndome del cuello y tirando de mí para besarme. Ese beso no paró. Al menos mientras me besaba, no tuve que fingir una sonrisa.

# 50



MAC

LOS DÍAS siguientes pasaron como un torbellino. Cuando no trabajaba, hacía tareas con Andy. Lo había llevado con un amigo a jugar baloncesto en el centro comunitario, habíamos ido de compras y trabajé en los paneles de yeso en la cocina.

Georgia había estado trabajando también con más sesiones de fotos y reuniones con los diseñadores gráficos y coordinadores de eventos. Cenaba con nosotros en la casa de mi padre y cuando yo trabajaba, cubría a mi padre ocupándose de Andy, llevándole a la escuela y recogiéndole.

En medio de todo, la llevaba a escondidas a mi habitación cuando Andy se iba a dormir. Claro, nos quedábamos en silencio, pero esas primeras noches teniéndola en mis brazos no las cambiaría por nada. Y lo que hicimos antes de meterla en mis brazos para dormir tampoco estuvo nada mal, de hecho, habíamos terminado una caja de condones y pasamos a la siguiente.

Hacíamos historia en mi lista de fantasías. Georgia era... insaciable. Una amante generosa y desinhibida. Cualquier problema que haya tenido esa primera noche había desaparecido. Su ex estaba muy, muy lejos y yo hice todo lo posible para sacárselo de la mente.

Aparte de que mi padre estaba en cama, todo había sido increíble. Todo iba de maravillas. Lo único malo en el horizonte era mi turno de posar para el calendario. Ah, y que Georgia se marchara. Pero estaba previsto y planeado. La sacaría de mi cabeza antes.

# 51



GEORGIA

ENTRÉ por la puerta de la cocina de Mac desde mi pequeño piso. Aunque nunca renuncié a mi habitación en la posada James Inn, no me había quedado allí más que esa única noche. Había estado en la cama de Mac, entrando a hurtadillas hasta tarde y saliendo temprano antes de que Andy se despertara.

¿Había sido estúpida? Probablemente. Pero ¿qué mujer rechazaría los orgasmos de Mac y que él la abrazara toda la noche solo porque su trabajo estaba casi hecho? Ninguna. Se olvidarían las emociones y saborearía cada segundo apasionado, rebosante de placer. Luego, volvería a casa y tragaría toneladas de helado con los recuerdos pecaminosos.

Era lo que yo hacía. Disfrutaba sabiendo que comer compulsivamente y comprar baterías extra para mi juguete estaban en mi futuro.

—Listo —le dije sin aliento. Esta noche no hacía tanto frío, lo que indicaba que pronto llegaría la primavera. La nieve seguía en el suelo, pero se había derretido ligeramente. Con mis botas de piel sintética y mi abrigo rosa, apenas notaba la nieve y el frío.

Mac se volvió del fregadero donde había estado lavando un traste.

—Subiste hace una hora —dijo cerrando el lavavajillas.

Me encogí de hombros y cerré la puerta trasera.

—Te dije que tenía que prepararme.

Me miró con cara de confusión.

—Para cambiarte de ropa. —Sus ojos oscuros me recorrieron—. Estás estupenda, por cierto, pero ¿qué demonios has estado haciendo durante una hora?

—Preparándome —le repetí. No tenía ni idea de lo que implicaba. Ni idea.

—Pues estás muy guapa —dijo Drew desde la mesa de la cocina. Estaba con su amigo Ralph,

que me había presentado antes, y Andy. Jugaban a las cartas y había cacahuetes en el centro de la mesa, como si fueran el premio.

Ayer me encontré con Lindy y Dex en la sección de frutas y verduras del supermercado. Parecían extrañamente divertidos con los calabacines y nos invitaron a Mac y a mí a cenar esta noche.

—¿Esas flores son para mí? —preguntó Mac.

Miré el ramo de temporada que había comprado en la tienda y me sonrojé, porque eso significaba que podría estar pensando que se trataba de una cita, aunque normalmente era el chico el que regalaba flores a la chica. Pero no, no era una cita. Eran para unos amigos que nos invitaron a cenar porque me quedaba en casa de Mac. Bueno, pensaban que me quedaba en el piso de arriba de su garaje, sin imaginar que ahora estaba en su cama.

—Son para Lindy. Un regalo por ser la anfitriona, aunque estando embarazada, probablemente le hubiera gustado el zumo de manzana con gas tanto como a Andy.

Mac asintió, rodeó la encimera hasta Andy y le alborotó el pelo.

—Volveremos dentro de un par de horas.

Drew levantó la vista de sus cartas.

—Estaremos bien.

Ralph asintió y cogió una carta de la baraja.

—Si este niño no nos deja sin cacahuetes.

Andy soltó una risita y puso un dos sobre la mesa.

Con exageración, ambos hombres gimieron ante lo que fuera que significara la carta. Con una sonrisa de oreja a oreja, Andy se inclinó sobre la mesa y tiró de los cacahuetes hacia él. Parecía indicar que habían perdido.

Entre Drew y Ralph, Andy estaría en buenas manos.

Una vez que terminó de recoger sus ganancias, Andy se levantó de su asiento y corrió hacia mí y envolvió mis piernas en un abrazo.

—¡Adiós! Saluda al Sr. Hockey de mi parte.

Me reí y le devolví el apretón. Esto era perfecto y doloroso. Era como una noche típica cuando eres parte de una familia. Mamá y papá saliendo; el hijo pasando la noche con su abuelo. Andy sabía que me iría solo por una noche y que volvería. Esa parte de su sentimiento de seguridad y pertenencia me incluía. No había abrazado a su padre, me abrazó a mí.

Tragué saliva.

—Lo haré.

# 52



MAC

—NO PUEDO CREER que un árbol cayera sobre tu casa —dijo Georgia, mirando la cocina de Lindy. Aunque estaba recién pintada y tenía electrodomésticos nuevos, aún parecía un recuerdo de cuando sus padres vivían aquí y esta era su casa.

Lindy y Dex pasaban la mayor parte del tiempo en Denver, ya que él jugaba en el equipo profesional de hockey de esa ciudad, pero durante las vacaciones y fuera de temporada se quedaban aquí.

Lindy estaba en una de las sillas de la cocina, frotándose la enorme barriga, y Dex se negaba a que se levantara.

—Lo sé —dijo, mirando a su alrededor como si aún pudiera ver el árbol—. Es una locura, ¿verdad? Mac, estuviste aquí.

Georgia se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos.

—¿Lo viste? ¿El árbol realmente atravesó el techo y cayó en la cocina?

Asentí con la cabeza.

—Llegamos antes que Lindy, en realidad. Una rama también entró por esa ventana y atravesó la cocina.

Georgia miró a su alrededor como si tratara de imaginársela.

—Sí, yo estaba haciendo la compra…

—Conmigo —añadió Dex, tendiéndome una cerveza.

Lindy hizo una mueca de dolor y Dex no la pasó por alto.

—¿Otra contracción? —le preguntó, poniendo su mano junto a la de ella sobre su vientre.

—¿Estás de parto? —preguntó Georgia, dejando su copa de vino sobre la mesa y miró como si necesitara hacer algo. Apenas había bebido un sorbo.

Habíamos llegado unos minutos antes. Había una lasaña en el horno y una tabla de embutidos para picar. Lindy había puesto las flores de Georgia en un jarrón en el centro antes de que Dex la obligara a sentarse en la silla.

Lindy hizo un gesto con la mano.

—Hace unos tres días que tengo contracciones. El obstetra dice que es normal y…

—¿Tres días? —preguntó Georgi.

Dex se pasó una mano por el cuello, claramente nervioso. Puede que fuera un profesional de la pista de hielo, pero esto del bebé era algo nuevo —y aterrador— para él.

—Una locura, ¿verdad? Estuvimos en el hospital una mañana, nos sonrieron y nos mandaron de vuelta. Supongo que están acostumbrados a padres primerizos.

—¿Echas de menos los juegos, Dex? —le pregunté. La primavera estaba a la vuelta de la temporada de hockey profesional. Las eliminatorias estaban a punto de empezar.

Se encogió de hombros, se inclinó y besó la parte superior de la cabeza de Lindy.

—Por suerte, la noche anterior jugamos de locales en Denver y volé para hacer una visita rápida. Ahora no me iré hasta que nazca el bebé.

—Quiero tenerlo aquí —explicó Lindy—. Bridget y mis amigos están aquí. Aquí es donde finalmente lo criaremos. Estar en este lugar es importante.

—¿Todavía no sabes qué será? —pregunté.

Lindy se levantó y Dex la ayudó sujetándole el codo. Ella se dirigió a la cocina y cogió un guante de horno, volviéndose para mirar atrás.

—No. Estoy tan emocionada…

De pronto, sus ojos se abrieron de par en par, Lindy se inclinó y gimió.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —dijo Dex.

Me puse en alerta.

—Vale, eso ha sido una fuerte contracción. —Hizo un gesto de dolor y su cara parecía como si alguien acabara de apuñalarla en la espalda. Quizás como si también le hubieran pateado la entrepierna—. Otra. Y otra. Cielos.

Georgia me miró y yo la miré a ella.

Tomé el guante de cocina de Lindy y apagué el horno.

—Vamos al hospital.

—Vamos, cariño —dijo Dex, sonriendo mientras la sostenía—. ¡Ya te tengo! ¡Vamos a tener ese bebé!

Cuando empezó a guiarla hacia la puerta principal, Lindy se puso de cuclillas y emitió un sonido parecido al de un oso cabreado mezclado con un grito que helaba la sangre. Su cara se puso roja por el esfuerzo y exhaló un gran suspiro.

—¡Joder! —dijo Dex. La sonrisa le había desaparecido y parecía como si toda la primera línea de un equipo profesional de hockey se le estuviera echando encima.

—Esa fue otra —dijo Lindy.

—¿Qué? No. Son tan leves que harán reír a las enfermeras —dijo Dex.
Ella volvió a gritar.
—¡ESTA NO ES ASÍ! Joder. ¡O me he meado encima o acabo de romper fuente!

# 53



GEORGIA

UNA DE LAS experiencias que no esperaba vivir en Montana era presenciar un parto.

En un segundo Dex, me ofrecía una copa de vino y estábamos comiendo pepinillos de una tabla de embutidos, y al siguiente Lindy estaba de parto. Esas ligeras contracciones que había tenido durante unos días cambiaron en un segundo. Un chasquido de dedos y el dolor se tornó insoportable.

Antes de llegar a la puerta principal, rompió fuentes y empapó sus leotardos y el suelo.

Las contracciones eran tan fuertes que parecían sucederse una tras otra.

—Vale, nena —dijo Mac, abriendo la puerta principal. Tenía las llaves en la mano—. Vamos a llevarte al hospital súper rápido. Cuidarán muy bien de…

—¿Al hospital? —dijo Lindy, levantando la cabeza para mirar a Mac—. ¡Este bebé viene AHORA! —Tenía la mandíbula apretada, un aspecto feroz, mientras sostenía la mano en la parte inferior del vientre como si lo estuviera reteniendo—. Oh, Dios, juro que la cabeza está saliendo de mi entrepierna.

—¡¿Ahora?! —le preguntó Dex con los ojos desorbitados. Se arrodilló a su lado y le cogió la mano—. Llevas sesenta segundos de parto. ¡Así no fue la clase! El médico dijo…

—¡El médico se equivocó! —le espetó Lindy en la cara como si la hubiera poseído un demonio. Si sus ojos pudieran brillar, probablemente lo harían—. LA CLASE FUE UNA ESTAFA.

Dex se estremeció.

—Ay, cariño, mi mano.

—No me digas *cariño* —espetó ella—. Así es como nos metimos en este lío.

Dex ni siquiera entendía que un bebé no seguía ningún tipo de reglas. Tampoco sabía de la

fuerza de agarre de una mujer en trabajo de parto, pero el propio Dex estaba lejos de estar tranquilo. Miraba a su alrededor como si fuera a aparecer un médico por arte de magia. También se puso un poco irracional, y no le culpaba, porque si había ido a clases de preparación para el parto, esperaba técnicas de respiración, una epidural, un punto de enfoque y otras mierdas que definitivamente no iban a suceder ahora.

—Nos meteremos en el coche y conduciremos rápido y el bebé vendrá con todos los médicos y enfermeras y…

Lindy le dio una palmadita en la cara, pero fue un poco más fuerte que una palmadita tranquilizadora. Quizá ahora que estaba entre contracciones, no tenía la cara marcada por el dolor. Su voz fue más tranquila cuando le dijo:

—Creo que la cabeza del bebé está saliendo de mi entrepierna —repitió—. No voy a tener a este bebé en un todoterreno mientras tú conduces por Main Street.

Dex asintió como un muñeco.

—Vale, vale. Entonces…

Lindy intentó ponerse de pie y él la ayudó. Dio unos pasos y volvió a doblarse, gimiendo, jadeando y gritando, a Dex y al mundo.

Miré a Mac porque era el bombero que sabía qué hacer en casos de emergencia. Pero no se trataba de una casa en llamas ni de un ataque al corazón. Parecía estar evaluando la situación porque no se había acercado a la pareja.

—¿Has asistido antes a un parto? —le susurré cuando me acerqué, sin querer añadir más preocupaciones a la escena. Dex podría perder la cabeza si descubría que éramos un grupo de personas sin la menor idea de cómo recibir a un bebé.

Mac negó con la cabeza, pero luego tomó las riendas.

—De acuerdo, Dex, parece que vamos a tener un parto en casa. Lleva a Lindy al cuarto de baño principal —señaló hacia las escaleras—. Supongo que después de la remodelación del árbol tienes una buena bañera grande.

Dex parecía aliviado de que alguien le dijera qué hacer.

—Sí.

—Ese es el mejor sitio para que conozcáis a vuestro bebé. Vamos.

Dex levantó a su mujer e hizo lo que Mac le dijo.

Mac se volvió hacia mí.

—Llama al 911 y diles la dirección.

Corrí a por mi bolso que estaba junto a la puerta principal, pero me di la vuelta.

—¡No sé la dirección!

—¡Joder! —murmuró Mac, luego gritó subiendo las escaleras—. ¡Dex, ¿cuál es la dirección?!

La voz de Mac retumbó y Dex nos gritó la dirección.

—Dile al despachador que es un parto precipitado. Que el bebé podría estar aquí antes de que

llegue alguien. —Dex sacó su teléfono del bolsillo y me lo dio—. Luego llama a Theo y dile lo mismo. Puede que acuda antes, ya que no vive lejos, y con suerte estará en su casa.

¡Theo! ¡Sí, un médico! Qué bien. Un médico estaría muy, muy bien.

Asentí intentando que mis dedos pulsaran los números correctos en el teléfono.

Mac subió corriendo pero tranquilo. ¿Cómo podía mantenerse así? Parecía que Lindy iba a tener un bebé más rápido de lo que la lasaña tardaba en cocinarse y él no entraba en pánico. Este era su trabajo. Bueno, tal vez no con bebés, pero sí con emergencias, y yo estaba aquí de pie, enloqueciendo. «¡Muévete!».

Hablé con los servicios de emergencia y me dijeron que un equipo estaba en camino. Theo respondió —gracias al Señor de los Cielos— y también vendría. Todos mantenían la calma y parecían completamente competentes, lo cual me tranquilizó.

Pero de momento nadie estaba aquí y eso no me tranquilizaba. Especialmente porque al igual que en las películas, el profundo gemido de una mujer en trabajo de parto llegaba desde el piso superior.

Joder.

Corrí escaleras arriba, dispuesta a ayudar en lo que pudiera. El cuarto de baño —por suerte— era espacioso y estaba bien iluminado. La bañera de hidromasaje era bastante grande para dos personas. Si no viniera un bebé en camino, les felicitaría por la remodelación.

—No dejaré que le veas el coño a mi mujer —espetó Dex. Lindy ya estaba en la bañera y Dex se arrodilló a su lado en el suelo, mirando a Mac—. Muévete.

Me mordí el labio e intenté no sonreír ante la locura de Dex.

Mac puso las manos en alto, como si estuviera protegiéndose de un robo o de un futuro padre enfadado. Lindy gimió, enganchó la mano alrededor del cuello de Dex y tiró de él para acercarle. Sus ojos se encontraron a escasos centímetros:

—Mac es paramédico y no me va a mirar el coño. Va a mirar al bebé que va a salir de mi cuerpo AHORA MISMO.

Dex la miró fijamente y se quedó con la boca abierta.

—¿Ahora? ¿Ahora mismo? —chilló y se movió hacia abajo en la bañera para mirar entre sus piernas separadas—. Joder. Mac, mira. Hay, hay…

Dex señaló con un dedo tembloroso.

Nunca había visto a Dex tan asustado. Me imaginaba a un hombre que siempre miraba el coño de una mujer con ganas de meterse un poco en él y que ahora se estaba volviendo loco porque algo estaba saliendo de allí.

Lindy se había quitado los leotardos y estaba echada hacia atrás como si estuviera dándose un baño relajante.

Mac bajó a Dex a los pies de la bañera y lo apartó del camino dándole unas palmaditas en los hombros como diciendo: ¡Quieto!

—Sí, parece que tu bebé tiene el pelo rubio como su madre.

¿De verdad iba a nacer el bebé?

Mac me miró y me dijo:

—Búscame toallas. Muchas.

Cogí dos del toallero que había junto a la ducha y se las pasé; luego fui al pasillo y saqué todas las que había en el armario de la ropa blanca.

Lindy volvió a gemir. Sus manos, que se aferraban al lateral de la bañera, se pusieron blancas por el esfuerzo.

—Dios mío, tengo que pujar. Necesito hacerlo.

—De acuerdo —aceptó Mac—. Como sabes, el bebé está asomando, así que cuando quieras, puja. Lo haces muy bien. Muy bien. Tu bebé estará aquí antes de que te des cuenta.

Estaba tranquilo, bajo control. Fui a arrodillarme junto a Dex y le puse una mano en el brazo. Tenía los ojos abiertos como platos mientras veía a su mujer dar a luz en la bañera.

Lindy se llevó la mano entre las piernas.

—Cielos, la cabeza. —Empezó a llorar, a gemir y luego a pujar, todo en una sola respiración.

—¡Buen trabajo! Eso es —elogió Mac. Abrió una toalla y metió la mano en la bañera, dejando actuar a la naturaleza—. Una más y…

Lindy gimió; Dex jadeó.

Me quedé mirando con los ojos muy abiertos cómo el bebé de los James se deslizaba a este mundo como un premio del lanzamiento de un cañón.

—¡Es una niña! —dijo Mac sonriendo. Frotó a la bebé con la toalla y la envolvió en ella.

Cuando lloró, entonces exhalé.

Mac dejó a la bebé envuelta en la toalla sobre el pecho de Lindy, cogió otra y se la puso entre las piernas. Dex se apresuró a ponerse en cuclillas junto a la cabeza de Lindy.

—¡Cariño, oh, mira. Joder, lo has logrado! Estoy tan orgulloso de ti. Es tan hermosa. —Lloraban, se besaban y miraban a su nueva bebé. Era un momento precioso.

Oí ruidos en la planta inferior y, con Mac aun atendiendo a Lindy, salí a recibir la asistencia. Los bomberos entraron primero trayendo bolsas médicas y dejando la puerta abierta tras ellos. Reconocí a los dos que entraron y vi a algunos más esperando junto al camión. Los dirigí escaleras arriba y Theo entró corriendo directamente tras ellos.

Me miró expectante.

—Es una niña —le dije, y luego rompí en llanto.

# 54



MAC

JODER. Menuda noche.

Una vez que Theo, con ayuda de Liz, Contreras y los demás del turno B acabaron de asistir a Lindy, Dex la llevó hasta la camilla que esperaba al pie de la escalera. Theo fue detrás cargando a su nueva sobrina envuelta en una toalla verde limpia y luego se la devolvió a la resplandeciente madre.

Lindy era toda sonrisas y Dex estaba encantado. Y un poco sorprendido.

Ni siquiera vieron a Georgia en el salón secándose las lágrimas de la cara cuando fueron hacia la ambulancia para ir al hospital.

—¿Estáis bien? —preguntó Theo de pie en la entrada, mirándome a mí y luego a Georgia.

Asentí con la cabeza, pero no podía hablar por Georgia.

—¡Enhorabuena! —le dije, estrechándole la mano. Theo Sonrió—. Vete. Vamos a cerrar aquí.

Asintió.

—La madre y la bebé parecen estar bien, pero pasarán la noche en observación.

Theo me dio una palmada en el hombro y sonrió un poco más.

—Gracias por estar ahí, aunque no creo que vayan a ponerle tu nombre a la bebé.

—Probablemente sea algo bueno. —Me reí—. Lindy hizo todo el trabajo. Es como una estrella de rock.

Se fue, cerrando la puerta principal tras su paso. No me cabía duda de que les contaría la noticia a los demás miembros de la familia James. Entonces crucé la habitación para acercarme a Georgia y la estreché entre mis brazos, entonces se dejó llevar con facilidad y lloró en mi pecho. La abracé y le acaricié el pelo.

—Lo has hecho muy bien, preciosa. Estoy orgulloso de ti —murmuré, y luego le besé la coronilla.

Se apartó y me miró con el maquillaje corrido. La adrenalina era algo potente. Permitía a alguien responder asombrosamente bien en situaciones difíciles, pero el bajón posterior era fuerte.

—¿Cómo puedes mantenerte tan tranquilo?

Me encogí de hombros.

—Es mi trabajo.

Estaba acostumbrado. Al menos, la mayor parte del tiempo. De vez en cuando, alguna llamada me afectaba, pero esta fue una asistencia alegre. Probablemente era hora de añadir un curso de embarazo y parto a la rotación de los sábados.

—¿Por qué lloras? —le pregunté—. Lindy y la bebé estarán bien. Mirando atrás, estará encantada de no haber estado de parto dos días más.

Georgia apartó la mirada y sollozó.

—Yo… yo… —empezó, pero no terminó.

—¿Sí? —insistí.

—Con mi marido estuvimos casados siete años. Yo quería un bebé. Al principio, él me decía que éramos muy jóvenes y mientras tanto iba ascendiendo de posición en el trabajo. Compramos una casa sin tener suficiente dinero; siempre se inventaba alguna excusa que retrasaba la familia que yo quería formar con él.

Cada vez que salía a relucir su ex, soportaba cada vez menos al tipo. Tenía una idea bastante clara de adónde iba esto y quería ir al estado de Georgia y darle una paliza. Pensaba que Dex, después de traer al mundo a su hija en su propia bañera, estaría dispuesto a tomar el frente de batalla y ayudarme.

—Es mi culpa. —Georgia se dio la vuelta y cruzó el salón. La dejé alejarse porque no me miraba, sabía que estaba cabreada.

¿Su culpa?

—No debió tomarme siete años entender que no quería tener un bebé conmigo. ¡Siete años!

Levantó los brazos.

—Era tu marido —le recordé—. El hombre con el que comprometiste tu vida, que debería haber estado a tu lado. No es culpa tuya que él…

Me mordí el resto de las palabras. Iba a decir que no era culpa suya que la engañara, pero no conocía toda la historia. Georgia no era infiel, lo sabía, pero no quería señalar cosas que habían sucedido en su matrimonio y de las que yo no sabía nada.

Se volvió hacia mí con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Que se enamorara de su secretaria? ¿Que me dejara y se divorciara de mí para luego casarse con ella y dejarla embarazada al mes siguiente?

Joder. Vale, tenía razón después de todo. Le odiaba aún más. Pero ¿dejar embarazada a esa

nueva mujer? Vaya, era retorcido.

—¿Van a tener un bebé?

Se le hizo un nudo en la garganta y tragó saliva.

—Sí. Parece que el problema siempre fui yo.

Crucé la habitación y volví a estrecharla en mis brazos.

—No. De ninguna manera. —No me iba a callar ahora que sabía el resto—. Es un idiota. Un manipulador. Un infiel. ¿Qué pasará con la secretaría cuando la engañe a ella?

No tenía idea de que lo fuera a hacer, pero un infiel, probablemente siempre lo sería.

—Sin embargo, aquí estoy —continuó Georgia—. Viendo cómo otra persona tiene lo único que yo nunca podré tener.

La aparté, puse las manos sobre sus hombros y busqué su cara.

—¿Estás segura? ¿Un médico te ha dicho que no puedes tener hijos?

Negó con la cabeza. Incluso después de ayudar a nacer a un bebé, su pelo seguía perfecto.

—Tengo treinta y cinco años.

—¿Y?

—Que mis ovarios se están cansando. Además, necesito…

Hizo una pausa, se limpió las ojeras con los dedos y me miró.

—¿Qué necesitas?

Quería quitarle el dolor, llevar la carga por ella, pero no podía arreglar su pasado. Tampoco podía ayudarla con su futuro, cuando solo le quedaban unos días más de trabajo por el calendario antes de que se enviara a la imprenta; y luego se marcharía. *Sin ataduras* no incluía un bebé, todo lo contrario.

Nada de compromisos. Nada más que diversión y orgasmos.

¿Un bebé? Eso hacía que hombres jóvenes huyeran gritando. Nunca pensé que tendría otro hijo porque con Andy me era suficiente. Demonios, nunca imaginé tener uno, pero la vida era complicada, y aunque nunca esperé que un sobrino recién nacido se convirtiera en mío, había sucedido.

Cuanto mayor me hacía, las posibilidades de encontrar una mujer que quisiera algo más conmigo eran cada vez más escasas. Ni siquiera había una mujer en el horizonte aquí en Hunter Valley.

—Nada. Lindy, Dex y la nueva bebé me pusieron sensible. —Levantando la barbilla, Georgia sonrió.

—Vas a encontrar un hombre.

No me gustaba decirle esas palabras que me ponían extremadamente celoso de alguien que ni siquiera existía. Pero tenía que decirlo para que se sintiera mejor; nada sugería que ella se quedaría en Hunter Valley para darle la oportunidad de algo, incluso de una relación que fuera más que *sexo sin compromisos*. No me había dicho ni una palabra sobre querer más de lo nuestro. O de querer quedarse aquí. O… Nada más, terminar el trabajo.

Nos miramos y esperé. Le di la oportunidad de hablar y decirme si quería más. Pero no lo hizo. Así que me tragué mis celos y continué:

—Sé que hay un hombre ahí afuera para ti, porque eres un buen partido, *Georgia de Georgia*. Y si te trata mal y no te da todos los bebés que quieres, avísame, que le patearé el culo.

La sonrisa de Georgia se amplió y de repente me sentí deslumbrado. Ahí estaba mi precioso unicornio, el que se me escaparía de las manos y desaparecería para siempre, muy pronto. Tuve que recordarme a mí mismo que Georgia no era para mí. No era para Andy. Diablos, hasta había venido sin botas y sin un abrigo adecuado. Estaba claro que ella no era adecuada para Montana ni para mí.

—Estoy segura de que lo harías. —Respiró hondo. Parecía que sus lágrimas habían terminado de caer, y le agradecía a Dios por ello. Me gustaba mucho más que sonriera—. Creo que esta noche no era lo que esperaba cuando alguien me invita a cenar a su casa —continuó, secándose las mejillas y dirigiéndose a la cocina—. Apuesto a que Lindy y Dex van a tener hambre cuando se instalen en el hospital. ¿Por qué no buscamos unos recipientes de plástico para llevarles la lasaña?

# 55



GEORGIA

—HOLA, madre.

—Ahí estás. Pensé que te había comido un oso en ese lugar olvidado por Dios.

Ah, mi madre, la reina sureña del drama.

—Creo que todos los osos están hibernando ahora —le dije. Me acerqué al interruptor de la pared y encendí la chimenea a gas. Todas las habitaciones de la posada James Inn tenían una—. Y no estoy viviendo en una tienda de campaña en el bosque. Esto es un pueblo, con casas, calefacción y agua caliente.

—Hay pueblos perfectamente lindos en Georgia —contraatacó.

—Sí, los hay, pero el trabajo está aquí. Siento no haberte devuelto la llamada antes, pero estaba ocupada con un trabajo y entonces… no te lo vas a creer. ¡Ayudé a dar a luz a un bebé!

Mi madre jadeó.

—Te dije que ese sitio era el desierto. ¿Ayudaste a dar a luz a un bebé? ¿No hay hospitales?

—A veces un bebé quiere nacer a su hora —le respondí—. Fue súbito. Demasiado deprisa.

Había llorado por Mac. Había sido un error de mi parte. Luego le hablé de Art y de que quería un bebé. Por un momento, temí que pensara que quería cazarlo. Que sollozaba en su franela por mis óvulos debiluchos y que necesitaba su súper esperma de inmediato. Que lo atraparía con dieciocho años de crianza, solo porque yo no lo había logrado antes, pero ese no era el caso.

Ver el amor que Lindy y Dex sentían el uno por el otro, la emoción, el miedo y la pura alegría de conocer a la persona que habían concebido… fue conmovedor y doloroso, tanto que me hizo llorar.

¿Qué estaba haciendo yo? Me había enamorado de un hombre que me había dejado claro que

el increíble sexo que teníamos era casual, pues para mí era una aventura de Montana follar con un bombero durante unas semanas y luego volver a casa, olvidándome de él y de su familia.

No hacía nada importante, como traer un bebé al mundo. Para Mac era un trabajo, algo que abordar, controlar y resolver. Nada más. Nada menos.

No fue culpa suya que yo sintiera por él más de lo que debía. No fue culpa suya que presenciara con él el asombro del parto. No era culpa suya que mi reloj biológico marcara el paso del tiempo más deprisa. Todo eso me lo había hecho yo sola.

Cuando fuimos al hospital y llevamos la comida, tal como esperaba Mac, la habitación de Lindy estaba abarrotada de gente. Dex estaba sentado en la cama junto a su mujer y con la bebé en brazos, a quien habían llamado Justine en honor a la madre de Lindy, fallecida hacía años.

Irradiaban pura alegría y felicidad, mientras que a su alrededor se encontraban Theo y Mallory, Bridget y Maverick, Silas y Eve. Todos los tíos primerizos.

Maverick le había pasado un habano a Mac que era el hombre del momento por sus habilidades para asistir un parto. No nos quedamos mucho, por suerte. Aunque había tomado unas copas con la mayoría de ellos cuando llegué a Montana y Mav era mi jefe en el proyecto de recaudación de fondos, y le había ofrecido mi apoyo con las toallas durante el parto, allí me sentía completamente fuera de lugar, como una intrusa. Era un momento familiar en el que no quería entrometerme. Cuando regresamos a casa de Mac, el hecho de que yo no pertenecía a la familia, ni siquiera a los MacKenzie, se hizo evidente.

Aunque Mac quiso que me quedara con él, tal y como había hecho las últimas noches, Drew se quedaría en la habitación de invitados. Una cosa era engañar a un niño de seis años, pero no iba a compartir la habitación de Mac con Drew al otro lado del pasillo.

Aunque Mac había dicho que tenía treinta y cinco años y que su padre no iba a castigarle por estar con una mujer en la casa, eso no iba a ocurrir. Sobre todo, porque había quedado más que claro que yo solamente era una aventura. Y por ello estaba agradecida.

Necesitaba espacio. Espacio y tiempo para pensar. Todavía estaba temblorosa por el parto. Por la brusquedad de la vida y del cambio, un duro recordatorio de cuánto me había estado engañando a mí misma. Yo era una mujer que se comprometía, aun cuando aceptaba solo sexo, no podía hacerlo. Tenía sentimientos.

Estúpida Georgia.

Así que cogí algo de ropa del piso del garaje y me vine a mi habitación apenas usada en la posada James Inn.

Andy, su padre y su abuelo quedaron metidos en sus camas al otro lado del pueblo; los nuevos padres, Lindy y Dex, junto con la bebé Justine eran asistidos en el hospital.

Cómodamente arropada, con el fuego encendido en la chimenea de gas, con un albornoz de felpa y zapatillas después de una ducha caliente, nunca volvería a ver una bañera de la misma manera.

Hasta había saboreado a solas un chocolate que habían dejado sobre mi almohada.

Y mi madre seguía ahí para recordármelo.

—Ahora tendrías un par de críos si hubieras mantenido contento a Art —me dijo. Pude claramente imaginármela negando con la cabeza en su habitual decepción.

Yo tenía el síndrome de la niña buena con la necesidad de complacer, aunque fuera en detrimento propio. De quedarme callada y anteponer los sentimientos y las necesidades de los demás. Siempre dejé que mi madre me pisoteara para mantener la paz.

—Art nunca fue feliz conmigo —admití. Era la verdad y era obvio que se marcharía—. Ahora es problema de Pam Buttermacher.

—Quizá si hubieras adelgazado un poco o le hubieras servido la cena cuando llegaba en lugar de elegir tu trabajo —añadió, sabiendo exactamente cómo hacerme sentir mal y que fuera culpa mía.

—Entonces estaría peor que ahora —repliqué—. No sabría trabajar, no tendría dinero, ni hijos. Porque es bastante difícil tener un hijo cuando tu marido le está metiendo la polla a otra.

—Bueno, yo nunca… —resopló.

—¿Para qué llamaste, mamá?

Había sido un día tan largo, abrumador, emocionalmente agotador, y ella solo lo empeoraba. Lo ponía mucho peor, porque después de pasar tiempo con Mac y que él me dijera que era preciosa y me lo demostrara follándome de todas las maneras posibles, los golpes bajos de mi madre eran aún más evidentes.

La oí respirar como si tuviera que serenarse.

—Quería saber cuándo vuelves de ese tonto trabajo. Sassy necesita tu ayuda con unos clientes del concurso y tengo que decirles cuándo estarás disponible. No conseguirán lo mejor, pero algunas de estas chicas nunca llevarán una tiara, aunque sus mamás siguen teniendo esperanzas y están dispuestas a pagar por ello.

Como lo hizo ella conmigo.

Me tocó contenerme. No me preguntó cómo iba el proyecto de la recaudación de fondos, si James Corp pensaba que estaba haciendo un buen trabajo o si la comunidad pensaba que lo hacía. No. Ni una sola vez.

—Tendré que volver a llamarte. Buenas noches, mamá.

Colgué, porque sin importar lo que dijera, nada cambiaría las cosas.

Deseaba que el calendario tuviera éxito porque, obviamente, yo lo había sugerido. Lo último que quería era que fracasara y que el departamento tuviera más éxito con una cena mexicana. Pero también necesitaba demostrarme a mí misma que era competente y capaz, que era mejor de lo que mi madre, Art y cualquier otro escéptico pensaran de mí. Bradley creía en mí y yo necesitaba creer en mí misma.

¿Y ahora? Quería tener éxito porque necesitaba urgentemente que James Corp me contratara a tiempo completo. Necesitaba estar en la oficina de Denver, no en Calhan. Necesitaba encontrar mi sitio, mi lugar en la vida que no estuviera a la sombra de Sassy, que no fuera la visión

deformada de mi madre de una divorciada con sobrepeso y que no fuera la segunda opción de Art. Durante mucho tiempo dejé que otros dictaran mis deseos y mi felicidad, me quedaba en lugares donde sabía que no pertenecía. Como continuar en la vida de los MacKenzie esperando las sobras. Todos fueron errores míos que repetía una y otra vez. No más.

El calendario tenía que ser increíble. Mi vida dependía de ello.

# 56



MAC

—Buenos días —dije, dirigiéndome a la cafetera. Acababa de salir de la ducha y Andy estaba pisoteando las escaleras tratando de encontrar sus calcetines favoritos.

Cuando llegué a casa la noche anterior, ya era tarde, y cuando puse a Ralph y a mi padre al corriente de lo sucedido, lo era aún más. Ralph se fue a casa y mi padre dijo que se conformaba con quedarse a dormir para que yo no tuviera que volver a salir.

Mi padre se había levantado antes que yo y estaba en la mesa de la cocina con el periódico. Había subido bien las escaleras, pero el ruido de su bota me despertó.

—Buenos días.

—¿Georgia vendrá a por Andy para llevarlo a la escuela?

Sacudí la cabeza y llené mi vaso portátil hasta el borde.

—Se quedó en el piso. Le dije anoche que yo me encargaría. Luego iré a la estación, hoy es mi sesión de fotos. Soy el último.

Sonrió satisfecho y yo le fulminé con la mirada.

—El proyecto estará terminando entonces —dijo—. Creo que Georgia dijo que volvería a su casa el viernes.

Me encogí de hombros. Nunca hablamos de la fecha en que se iría.

—Supongo que sí.

Dejó el periódico y se quedó mirándome.

—¿Eso crees? Se va del pueblo para siempre, ¿y tú lo supones?

Tomé un sorbo de la infusión humeante.

—No tenemos una relación, papá.

—Ha estado durmiendo en tu cama.

Él lo sabía, no era idiota. No había duda de que Andy le había contado todo sobre el hecho de que Georgia se quedó en mi habitación. Tenía treinta y cinco años y, aun así, me sonrojé.

—Porque Andy la puso allí. —Esa era mi excusa y sonaba endeble.

—Ella ha estado cuidando de él —me recordó—. Llevándolo a la escuela, quedándose con él cuando trabajabas.

—Porque te rompiste el pie.

—Ella te ayudó con el parto.

—Ese es mi trabajo.

Suspiró.

—¿Tu trabajo? Ayudaste a traer al mundo a la bebé de tus amigos. ¡Qué alegría! Tienes una mujer que está enamorada de Andy. Eso es realmente especial. Ella se preocupa por ti. Tal vez incluso te ama.

Parpadeé y luego sacudí la cabeza. ¿Amor?

—No. Está buscando a un hombre con quien tener un bebé.

—¿Eso dijo?

Asentí.

—Anoche.

—¿Y no puedes ser tú?

—¿Yo? —¿Estaba loco?

—Sí, tú.

Sacudí la cabeza.

—Ella volverá a Georgia. Esto ha sido… entre nosotros, bueno, los dos nos metimos en esto con los ojos bien abiertos.

—Así que no te importa.

Suspiré.

—Se irá, papá. —¿Cuántas veces tendría que decírselo a todo el mundo?—. Estoy entrenado para no involucrarme sentimentalmente.

—Por tu trabajo —dijo, repitiéndome mis palabras.

Asentí con la cabeza.

Andy bajó las escaleras y corrió a la cocina.

—¡Los encontré! —dijo alzando los calcetines. Eran verdes y no parecían muy especiales, pero yo qué sabía.

—Gruñón te ha hecho el desayuno. Está en la mesa —le dije—. En cuanto termines, llevaremos a tu abuelo a casa de camino al colegio.

Luego iría a mi sesión de fotos, con un cachorro o un gatito adoptable. Esto no era lo que tenía en mente cuando trabajaba para los bomberos, pero había que hacer sacrificios. ¿Verdad?

# 57



MAC

—Puedes dejarte la camiseta puesta —dijo Georgia, sosteniendo un cachorro. Llevaba la chaqueta rosa abullonada e incluso el bonito gorro que le compré, el que tenía un pompón en la parte superior. La forma en que el cachorro le lamía la cara me daba envidia.

Miranda, la fotógrafa, se puso a su lado y miró a través del objetivo de la cámara, luego toqueteó algunos botones.

Menos mal que habían aparcado la autobomba detrás de la estación para que hubiera algo de intimidad. Me sentía como un imbécil posando para una foto y no necesitaba que el equipo de turno me estuviera molestando.

Ellos también hicieron su sesión.

Yo no era el primero al que fotografiaban, de hecho, era el último. Sí, había pospuesto este asunto todo lo que pude y era el único que se comportaba como un imbécil testarudo con este proyecto. Ver las fotos de los demás me hizo sentir mejor al saber que no iba a estar untado con cera de pepino haciendo poses sensuales con una manguera.

Pero no me gustaba que me tomaran fotos, ni ser el centro de atención y, definitivamente, no quería estar en calendarios colgados en las paredes de todo Hunter Valley durante el próximo año. Con suerte, si era el Sr. Enero, se olvidarían de mí en febrero.

—Vi algunas de las fotos la semana pasada, pero ¿los demás llevaban la camiseta puesta? —pregunté.

—Sí —confirmó Georgia y me estudió—. Sabes, no tienes que estar en el calendario. Tengo una lista de reserva que puedo…

—No —le dije, levantando la mano. De ninguna manera iba a echarme atrás—. Soy el jefe de bomberos. Tengo que estar en él.

—Claro —dijo, compartiendo una mirada con Miranda—. ¿Tal vez deberíamos pedirte que sostengas un tazón de chile en vez del perro?

Qué descaro. La fulminé con la mirada y ella sonrió.

—El otro día, Smutters hablaba de sus pantalones por debajo de las caderas como si estuviera en *PlayGirl*. El mentiroso. —Había visto sus fotos en la reunión y estaba seguro de que hablaba como un engreído. Se lo permití porque, en última instancia, el calendario demostraría que estaba equivocado.

Georgia puso los ojos en blanco y le dio al perro una caricia detrás de las orejas. Él se inclinó hacia ella y cerró los ojos. Sí, perrito, sabía cómo se sentían esas manos sobre mí.

—Recuerda, este es un calendario familiar —prometió—. Los niños lo verán. Te prometo que no hay nada inapropiado en ninguna de las otras fotos y no lo habrá con la tuya. No se trata de eso. ¿De acuerdo?

Fruncí el ceño, pero asentí. Llevaba puestos mis pantalones de bombero con tirantes rojos y mi camiseta azul marino del departamento de Hunter Valley. Llevaba una chaqueta y el casco de jefe bajo el brazo izquierdo.

Se acercó y me dio el perrito.

—Toma.

No pude evitar sonreír cuando me lamió la barbilla.

—¿Cómo se llama? —levanté al perro con el brazo libre e inspeccioné sus partes.

—Roscoe.

—¿Por qué no…? —Georgia miró a su alrededor y se mordió el labio, concentrada y pensativa—. Ya está. Ve a sentarte atrás.

Fui hacia allí y Miranda me siguió. Oí el clic de la cámara, pero no supe por qué tomaba fotos cuando iba caminando. ¿No era emocionante?

Me dejé caer en el estribo trasero el camión, dejando la chaqueta y el casco a mi lado. No notaba la textura metálica con mis gruesos pantalones ni que hiciera frío de verdad. Senté al perro a mi lado y lo miré.

Clic.

Volví la cabeza hacia Miranda y la fulminé con la mirada.

—No te preocupes por esa mirada. Siempre está malhumorado —le dijo Georgia a Miranda —. Parece que estás muy incómodo. ¿Por qué tienes la espalda tan recta?

Apreté los dientes.

—Porque no quiero parecer jorobado.

Ella puso los ojos en blanco y se rio.

—Relájate. Esto no es para la licencia de conducir.

Roscoe ladró, se sentó y posó para la cámara como si nada. El muy cabrón.

Me volví a la plataforma e intenté ponerme cómodo. Miranda sacó algunas fotos, pero era raro. Esto era raro.

Georgia se acercó y se detuvo cerca de mí. Quise rodearle los muslos con las manos y acercarla para apoyar la cabeza en sus mullidas tetas, pero apenas me contuve. La había echado de menos anoche. Unas cuantas noches durmiendo con ella en los brazos y no solo estaba malhumorado por la sesión de fotos.

—¿Recuerdas la otra noche cuando me observaste al usar mi juguete? —me susurró.

Levanté la cabeza para mirarla.

—¿Qué? —dije, instantáneamente duro.

Una mirada a Miranda me dijo que no nos prestaba atención. Estaba jugueteando con su cámara.

—¿Te acuerdas? —Georgia volvió a preguntarme.

Me aclaré la garganta.

—Sí.

—Te sentaste en tu sillón de lectura y me miraste desde tu cama. Tu mirada fue lo que me dio valor para hacerlo. La forma en que me mirabas me excitó.

—¿Sí? —Me vi reducido a hablar con monosílabos, porque haberla visto con las piernas abiertas mientras se corría...fue la cosa más jodidamente ardiente de la historia. Atrás había quedado la mujer tímida de la primera noche que la desnudé.

Se mordió el labio y asintió.

—Más tarde, podrás averiguar de qué color son mis bragas. Por ahora, vas a sentarte ahí, a mirarme e imaginártelo.

Con eso, ella dio un paso atrás. Y luego otro. Sus ojos se clavaron en los míos hasta que los bajé, observando sus vaqueros, su jersey y su grueso abrigo. No podía ver su figura en absoluto. Pero sabía cómo eran esas tetas y cómo se sentían en mis palmas. Me las imaginé.

Clic.

Lo hinchada y resbaladiza que estaba por el juguete, lista para mí. Su sabor.

JODER.

Clic.

El perro me mordisqueó la mano, así que lo cogí y lo puse sobre mi muslo, sin dejar de mirar a Georgia.

Clic.

Joder, sudaba a pesar de que estábamos en el exterior con las botas y los pantalones de bombero, pero mirando a Georgia e imaginándola en encaje rosa. No, malla negra para que las bragas no hicieran nada por ocultar su coño. ¿Llevaba tanga?

Agarré el dobladillo de la camiseta y lo levanté para limpiarme la cara.

Clic.

Miré a Miranda con desprecio. Ella me impedía echarme a Georgia al hombro, llevarla a mi despacho, encerrarnos de nuevo y mostrarle lo que hacía con una chica traviesa que se burlaba de mí. Al menos mis pantalones escondían mi erección. La próxima vez que la viera, más le valía

estar preparada.

Tenía planes.

# 58



GEORGIA

ABRÍ la puerta y encontré a Mac al otro lado.

—¿Te escondes de mí? —me preguntó, arqueando una ceja mientras se apoyaba en el marco.

De hecho, lo hacía. Después de la noche anterior y de la llegada de la bebé, que era la comidilla del pueblo, pensé que lo mejor sería dejarle espacio. Me había dicho literalmente: «Encontrarás un hombre». Nunca, ni por un segundo, pensó que podría ser él. Que podría haber encontrado al hombre con el que quería estar, un bombero gruñón de Montana.

No. Si me quisiera para una relación permanente, me habría dicho cualquier cosa menos que encontraría a otro hombre. Después, mi madre acotó que yo no podía atender a un marido. Parecía pensar que, si hubiera sido una mejor esposa, tendría la vida que quería con Art. El bebé también. Vi cómo se miraban Dex y Lindy, Art nunca me miraba de ese modo. Ni una sola vez.

Yo quería eso. El momento que compartieron donde su amor era tan inmenso que se derramó y creó un niño, exactamente como le había dicho a Andy.

Esta mañana, durante la sesión de fotos, Mac volvió a ser el mismo gruñón de siempre. Aunque se había presentado y había posado con el perrito en la parte trasera de un camión de bomberos, eso no era todo lo que hacía falta para convertirle en el Sr. Enero. La foto tenía que ser buena, no una prueba de que solo lo intentaba, así que tuve que apelar un poco a la provocación y engatusarle. Claro, no era cómo lidiaba con las chicas de los concursos que entrenaba, pero a veces todo el mundo necesitaba un poco de motivación. Con Mac recurrí a los momentos sexis.

Había funcionado. Las fotos que conseguimos de él eran apropiadas, pero ardientes. ¿Esa en la que se limpiaba la frente con el dobladillo de la camiseta? Santo cielo. Esa sí que no sería apropiada y fue a parar a mi pendrive. Esa imagen era solo para mí.

No había querido tentarle. Vale, lo había hecho. Me sentía poderosa y femenina cuando provocaba a Mac, pero era la jugada equivocada si intentaba darle espacio. Si quería darme una oportunidad de aferrarme a algo de mi cordura y mi corazón.

Debería haber sabido que se me aparecería.

Entró, sin darme espacio. De hecho, me lo quitó todo levantándome y cerrando la puerta de una patada.

—Mi polla ha estado dura todo el día por tu culpa —dijo.

—¿Eh?

—Me provocaste en la sesión de fotos, luego me dejaste con las pelotas inflamadas todo el maldito día.

Sí, había funcionado. No tenía ni idea de que le hubiera fastidiado. Y sí, le había provocado, pero claramente no vio que fue una táctica de distracción. Igual que en la lavandería aquella noche que me invitaron a cenar por primera vez.

—¿Te vuelvo loco? —le pregunté, recordando sus palabras de entonces.

Me tiró sobre la cama. Como si yo no fuera una chica corpulenta. Como si no pesara nada.

—Sí.

Parecía tan malhumorado y gruñón como cuando nos conocimos. Pero ahora, mientras estaba centrado en mí, me gustaba.

Se inclinó sobre mí y puso las manos a ambos lados de mi cabeza. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos. De hecho, eran todo lo que podía ver.

¿Cómo pude pensar que podría dejar de desearle? Andrew MacKenzie no era algo a lo que una mujer pudiera renunciar. Bueno, tendría que hacerlo cuando me fuera el viernes. Pero ¿ahora? Conocía el trato. Sabía que Mac me quería, pero solo por ahora. Solo para desahogarse un poco después de tener las bolas hinchadas todo el día.

Lo aceptaría, porque, aunque sabía muy bien que no me quería a largo plazo, no me había engañado ni mentido, ni se había follado a otra mujer a mis espaldas. Bueno, no podía estar segura de eso, pero estaba tan ocupado que no sabía cuándo encontraría tiempo para hacerlo.

Mac fue franco. Esto era sexo. Solo sexo. Cuando volviera a Georgia, o quizás a Denver si Maverick James tenía un trabajo para mí, volvería a mis vibradores. Hasta entonces… disfrutaría y dejaría la soledad para más tarde.

—Este espacio funciona bien —dijo, sonando triunfante—. Puedes hacer todo el ruido que quieras cuando te folle, Andy no está al final del pasillo.

—¿Dónde está? —le pregunté.

—Uno de los amigos de mi padre los llevó a los dos a cenar. Pescado frito y bingo en el Elks Lodge. Tenemos un par horas.

—¿No quieres comer? Debes de tener hambre.

Su ceño se alzó y la comisura de su bigote se crispó. Entonces empezó a pasear sus manos hasta llegar a mis vaqueros y luego empezó a abrirlos.

—Sí, estoy hambriento y sé exactamente lo que quiero comer.

Con unos tirones, mis vaqueros y mis bragas desaparecieron.

Mac me abrió las piernas, se acomodó en la cama y puso su boca sobre mí. Comió hasta hartarse, y no tuve que callarme mientras lo hacía.

# 59



GEORGIA

RESULTÓ que solamente Maverick James y la alcaldesa Mary pudieron acudir a la última reunión por la recaudación de fondos. Esta vez nos reunimos en un despacho del Ayuntamiento. Mac y Patrick estaban trabajando. Habíamos esperado cinco minutos y no teníamos noticias de ninguno de los dos, así que supusimos que estarían atendiendo una llamada de emergencia. Menos mal que les envié por correo electrónico a todos las fotos finales que iba a compartir esta mañana porque, para cumplir con el calendario de la recaudación de fondos, no podíamos esperar a que ninguno de los dos estuviera disponible para la aprobación final.

Todas las fotos se habían reducido a tres por mes. Me gustaban todas, pero para mí, había una clara ganadora para cada uno. Maverick y la alcaldesa Mary las habían revisado todas y estaban de acuerdo conmigo en diez de las doce, pero para las otras dos habían elegido alternativas estupendas. No tenía ninguna razón para hacerles cambiar de opinión.

—Puedes ver que la portada se hizo en el ordenador, fusionando a todos los bomberos en una sola imagen. —Señalé hacia mi portátil que estaba entre ellos.

Además de posar con los perritos y los gatitos, también habíamos colocado a cada modelo al lado del camión de bomberos como parte de la sesión fotográfica y el diseñador gráfico, mediante edición, pudo colocar a los doce en una sola imagen. Estaban uno al lado del otro.

—Así no hay un modelo de portada, sino todos.

La alcaldesa Mary sonrió mientras la miraba.

—Es muy bonita. Me gusta la letra que has utilizado.

Me alegré de que le gustara el producto casi final. Entre el fotógrafo, el diseñador gráfico y yo habíamos trabajado mucho para conseguirlo.

—El diseñador gráfico insertará las imágenes seleccionadas y enviará los archivos a la

imprenta cuando tengamos la aprobación. Mi papel en el proyecto ha terminado, pero debeis saber que habrá una prueba de impresión final para revisar cualquier error tipográfico y contratiempos de última hora, pero luego los pedidos se podrán recibir. Hay tiempo suficiente para tener los pocos cientos impresos y listos para el evento de recaudación de fondos en unas semanas. Y se pueden hacer pedidos de lotes extra en cualquier momento.

—Impresionante —dijo Maverick, moviendo el dedo sobre la flecha del teclado de mi portátil para seguir revisando las imágenes.

Miró a la alcaldesa Mary.

—¿Estás contenta?

Ella asintió y me sonrió.

—Lo estoy. Muchísimo. Georgia, este ha sido un proyecto increíble y, basándonos en los pedidos ya realizados, ya hemos recaudado más que con la cena mexicana. Eso sin contar las próximas ventas durante el evento o las de aquellos que esperen a ver el auténtico.

Me sentí aliviada y emocionada. También un poco triste. Había sido un proyecto divertido. Un trabajo duro, con gente increíble.

—Me alegro mucho. Varias tiendas del pueblo también dijeron que venderían copias, como Steaming Hotties y el taller mecánico.

—Excelente trabajo. —La alcladesa se levantó y me estrechó la mano. Sonreí, contenta de que estuviera tan satisfecha—. Dejaré que hables con tu jefe porque tengo otra reunión. Ha sido un placer conocerte y espero que vuelvas pronto a Hunter Valley.

Salió de la sala.

Maverick cerró la tapa de mi portátil.

—Por favor, siéntate.

Había estado de pie como siempre hacía en estas reuniones y me acomodé en una silla frente a él. Junté las manos en el regazo y crucé los tobillos. Espalda recta. La postura perfecta para un desfile.

Maverick era un grandullón intimidante, pero le había visto coger en brazos a su sobrinita la otra noche en el hospital y sabía que era muy blandito. Y comparado con el malhumor de Mac, Mav era tranquilo. Pero seguía siendo mi jefe. Mi esperanza de conseguir un trabajo a tiempo completo, y no un contrato a corto plazo, estaba en sus manos.

—Tu trabajo ha sido impresionante —empezó—. La idea del calendario en sí era inteligente. La parte comercial, la estimación de pérdidas y ganancias y otros aspectos demuestran que sabes cómo hacer que un proyecto de relaciones públicas tenga éxito. Has encontrado patrocinadores en un pueblo en el que no tienes contactos y has conseguido una organización secundaria que también se beneficiará. Es extraordinario.

Asentí, conteniendo prácticamente la respiración. Podría decirme: «Gracias, lo has hecho muy bien. Buen viaje de vuelta a casa».

—También pudiste mantener los costes al mínimo con donaciones de varios proveedores. En

resumen, un éxito, y eso que aún no se ha puesto en marcha.

Sonreí como siempre, con una sonrisa amplia y satisfecha. No importaba lo que dijera después, tenía razón. Había hecho un buen trabajo. Pero ¿era suficiente? ¿Regresaría a Calhan, a casa de mi madre para volver a los trabajos de entrenadora como segunda de Sassy? ¿O podría trabajar en Denver? Tal vez fuera compañera de piso de Bradley y pudiéramos compartir coche para ir juntos a la oficina.

—Bradley tenía razón al hacer que añadiera tu nombre a la lista de candidatos. Nunca cuestiono nada de lo que él me sugiere. Es muy bueno en su trabajo. Pero no fue Bradley quien organizó este calendario. Tienes los requisitos para James Corp y me gustaría ofrecerte un trabajo a tiempo completo.

Mi sonrisa se hizo diminuta pero era ciento por ciento real. El corazón me latía con fuerza y me sentía muy feliz. Lo había conseguido.

—¡Gracias! —exclamé y me pasé una mano por los labios—. Me alegra mucho oírlo. Bradley, como sabes, es mi primo y ya me ha hablado mucho de la oficina corporativa. Estoy deseando vivir en Denver. —Y no en Calhan.

Mav sacudió la cabeza.

—No, en Denver no. Como Silas y yo estamos ahora en Hunter Valley, hemos decidido ampliar la oficina local aquí. Actualmente solo tenemos unos pocos empleados y necesitamos a alguien de relaciones públicas en esta sede. Esperamos que seas tú.

—¿Aquí?

Asintió.

—Sí, el trabajo que te ofrezco es aquí, en Hunter Valley.

# 60



MAC

ME PERDÍ la reunión por culpa de un accidente múltiple en la autopista donde hubo varios muertos, un vertido químico y tuvimos que llamar a un helicóptero de salvamento de Missoula. Estuvimos en el lugar todo el día y tras regresar a la comisaría y completar el papeleo, ya era tarde cuando vi el correo electrónico de Georgia, el de la prueba final del calendario.

Aún no había visto mis fotos. Tomé la portada y me quedé mirándola, confuso. ¿Cómo se había hecho si yo nunca me había puesto al lado de ninguno de los otros once para la foto? Intenté averiguarlo, pero me di por vencido, y pasé a enero.

A mí.

Oh.

No pasaba nada raro con la foto. Era yo, sentado en el estribo trasero del camión. Roscoe estaba en mi muslo mientras yo miraba a la cámara y, de alguna manera, Roscoe también lo hacía. Los bigotes de su barbilla imitaban la forma del mío. Era extrañamente genial y sorprendente que Georgia tuviera el ojo para verlo.

Aunque sabía que mi mirada les decía a todos *odio cada segundo de esto* , yo solo parecía… intenso, poderoso. Como si supiera lo que estaba haciendo y por eso era el jefe. No había nada inapropiado en ello. Ni una pizca de erotismo como me había imaginado al principio. Hojeé las otras imágenes. Algunas eran divertidas. Algunas eran alegres. Algunas eran… simplemente buenas. El calendario era maravilloso y yo tendría que tragarme cada una de mis palabras agrias como si me comiera un enorme tazón de chile para cenar.

Esta había sido la idea de Georgia. Su ejecución. Su entrega. Se veía y se sentía como su personalidad, abierta, alegre, optimista —excepto por mi mirada de enero— y acogedora. Mostraba al Departamento de Bomberos de Hunter Valley de la mejor manera posible.

A todo el mundo le encantaría. A mí me encantaba. Y eso me convertía en un idiota porque en el fondo dudé de ella hasta el final. Hasta hacía unos cinco minutos, cuando abrí el correo electrónico.

Quería decirle lo increíble que era, que el proyecto era un éxito y que a la comunidad le encantaría. Que se había cargado la idea de la cena mexicana y que nadie se acordaría siquiera de que era una posibilidad. Quería decírselo, mostrárselo y besarla. Quería verla sonreír y llegar al clímax una última vez antes de que se marchara. Porque ver el producto final del calendario significaba que el trabajo de Georgia estaba hecho.

# 61



GEORGIA

MAC LLAMÓ a la puerta y entró sin esperar a que contestara.

Estaba en el pequeño piso sobre su garaje haciendo la maleta. La chimenea seguía encendida porque la temperatura había descendido desde ayer, bastante para la primavera. Nunca había usado una chimenea, ya que no había muchas en Georgia, pero me gustaba lo acogedor que hacía un espacio, incluso en los pisos sobre garajes y en versiones eléctricas.

Mac observó la habitación como si estuviera evaluando la escena de una emergencia. Mi habitación parecía haber sufrido una explosión, ya que mi ropa estaba por todas partes.

—¿Qué haces?

Encontré una de las botas que antes Mac despreció detrás de la silla de lectura y la arrojé a la maleta abierta.

—Haciendo la maleta.

—¿Te marchas? —preguntó. Parecía sorprendido, como si fuera posible. Como si no hubiéramos hablado de ello desde que nos conocimos. Mi partida era siempre un recordatorio constante, incluso cuando estábamos desnudos.

Encontré un calcetín perdido y lo añadí a la pila. Y, joder, ahí estaba mi juguete asomando por debajo de una camiseta. Lo tapé y luego lo miré a él. Llevaba su uniforme, que le quedaba perfecto. Abotonado con su insignia de jefe. Los bíceps le sobresalían por debajo de las mangas cortas.

Conocía bien ese cinturón, el que rodeaba su cintura ceñida, también esas piernas robustas y todo lo que había entre… Tragué hondo, sintiéndome de repente acalorada. Una condición constante a su alrededor.

—Sí, pero no te preocupes. Tu padre se llevó a Andy a su casa para pasar la noche. Dijo que

Ralph los recogería a los dos y llevaría a Andy a la escuela. Había algo sobre *pickleball*, creo.

La oferta de trabajo de Maverick era lo único en lo que había pensado desde esta mañana. Todo el asunto del Hunter Valley no era algo que imaginara. Todavía no había una oficina real aquí, solo una pequeña plantilla, pero si querían una oficina de relaciones públicas, sin duda pensaban construirla. Conmigo. CONMIGO. Estaría en un lugar donde sabía que mis ideas eran válidas, en un trabajo en el que solo podía crecer, rodeada de gente agradable, extravagante, divertida.

Había soñado con trabajar en Denver, establecerme allí, pero ¿en este pueblito? ¿Con Mac, Andy y Drew? Sería perfecto. Pero toda esa casualidad hacía que la decisión fuera difícil. ¿Debería mudarme al otro lado del pueblo o volver a Georgia? Mav dijo que Recursos Humanos me enviaría por correo electrónico los detalles del trabajo y que podía tomarme un tiempo para pensarlo. Él lo sabía todo sobre el traslado a Hunter Valley y que la decisión era más importante que aceptar el trabajo por sí solo. Todavía tenía que vender la casa que compartía con Art. Tenía muebles, ropa, pertenencias a mil quinientos kilómetros de distancia. Necesitaría un lugar donde vivir, que no estuviera sobre el garaje de Mac. Un todoterreno que pudiera hacerle frente a la nieve, y probablemente algunas lecciones para conducir en el invierno.

Había muchas cosas, pero todo se reducía a una sola: Mac. Maverick no sabía que mi aceptación de su oferta giraba en torno a Mac. Ninguna persona en su sano juicio le diría al director ejecutivo de una empresa multimillonaria que estaba dudando de un puesto por un hombre.

Le había enviado un mensaje de texto a Keely en cuanto regresé para pedirle consejo, porque estaba segura de que lo necesitaba. La conversación fue así:

Me ofrecieron el puesto de relaciones públicas. Aquí, en Hunter Valley.

¡Es increíble! ¿Cierto?

Es increíble.

Pero...

Pero no puedo quedarme aquí si Mac no me quiere.

Te quiere. ¿Cuántas veces habéis follado?

Soy una aventura. Nunca me ha dicho lo contrario.

Los hombres son idiotas.

Podríamos haber seguido así todo el día y odiaba mandar mensajes de conversaciones largas,

así que la llamé.

—¿Qué voy a hacer? —le pregunté cuando contestó.

—¿Qué vas a hacer? Aceptar el trabajo, claro.

Dios, qué bien me sentía. Plena. Deseada. Y también exitosa. Excepto que…

—No es tan sencillo.

La única cosa que quería venía con ataduras, grandes ataduras, lo cual era irónico porque se suponía que no las teníamos.

¡Cielos!

—A ver si lo entiendo. A tu jefe le encantó tu trabajo y te contrata a tiempo completo con James Corp, y debo añadir, en Hunter Valley para el trabajo de tus sueños. El tipo con el que quieres estar y que te da orgasmos increíbles también vive allí. Tiene un hijo que te encanta. ¿Qué me estoy perdiendo?

Suspiré, esperando que la ansiedad y las dudas desaparecieran.

—Sí, yo quiero a Mac, pero él no me quiere a mí.

—¿Estás segura de eso?, porque el otro día me mandaste un mensaje con un montón de *emojis* de lengua, gotas de agua, unas cuantas berenjenas y…

—¡Lo sé, lo sé! Pero él no quiere nada serio. Me lo ha dicho.

—¿Te dijo que no quería serio?

Cerré los ojos y recordé.

—Me dijo «Encontrarás un hombre», e incluso se ofreció a patearle el culo al tipo si me trataba mal.

Sí, había sido un gran momento. O en realidad no, ya estaba abrumada y aturdida por el parto de Lindy y luego Mac me dijo eso.

Se quedó callada un momento.

—¿Por qué lo diría?

¿Por qué?

—Porque es un hombre que no está interesado en una relación. No me quiere para nada más que sexo. Ah, y como niñera para su hijo.

—Oh.

Fruncí el ceño, porque al contarlo sonaba aún más obvio.

—Sí, oh.

—¡Entonces dile lo que sientes!

Suspiré.

—De nuevo, no es tan sencillo.

—Sí que lo es. Vamos a practicarlo juntas. *Mac, estoy enamorada de ti. Quiero estar contigo y con Andy. También quiero que tu berenjena y mi gato hagan muchas gotas de agua.*

Puse los ojos en blanco y empecé a caminar.

—No puedo decirle que estoy enamorada de él. Primero, porque no lo estoy…

—¡Estás totalmente enamorada de él!

Dejé que mis párpados se cerraran y sucumbí a la verdad que me había estado negando a admitir. Que desde la primera vez que lo vi en el aeropuerto, me había sentido atraída por él. Lo que sentíamos, esa química, no era normal. Era especial, loca y…

—Tienes razón. Estoy enamorada de él.

Era ridículo. Solo lo conocía desde hacía dos semanas. En ese tiempo, no habíamos hablado mucho. Cuando hablábamos, Mac solía ser obstinado y terco. Decía que yo lo volvía loco. Pero yo veía más allá de todo eso. Creía que lo conocía, conocía su carácter, su honor, y la profundidad de su amor por su familia. Eso fue lo que me atrajo de él tanto como ese bigote sexy y su habilidad para manejar el caos con la cabeza fría.

Era tan diferente a Art o a cualquier otro hombre que hubiera conocido. Nunca esperé enamorarme de alguien tan diferente, tan temperamental, tan básico y sencillo. Alguien que se preocupaba más por la gente que le rodeaba que por cosas tan superficiales como las apariencias. Alguien que… era jodidamente perfecto.

Keely gritó:

—¡Por fin! Estaba a punto de ir a darte una paliza.

—Eso no cambia nada —repliqué, frustrada ahora que admitía mis sentimientos en voz alta. Decirlos no facilitaba las cosas. De hecho, me dolía y me froté el pecho.

Fui una estúpida por enamorarme de él cuando habíamos acordado que solo sería sexo. Tragué hondo, aceptando la verdad de mi error. Me enamoré de otro hombre que no me correspondía. Era una idiota. Débil. Tenía un corazón impulsivo. Uno que se sentía atraído por cosas que no debía sentir.

—Él no me ama, Keely —le dije—. Le gusta follarme. Le gusta que sea la niñera de Andy. Soy reemplazable. Soy temporal. *Sin ataduras*, ¿recuerdas?

—Entonces toma el trabajo de tus sueños y aléjate de él.

Lo hacía sonar tan simple. ¿Por qué no podría ser simple?

—¡Ja! Este lugar es como Calhan. Pequeño. ¿Crees que puedo evitar a Art y Pam?

Ella se rio.

—No.

—Bueno, no puedo evitar al jefe de bomberos de Hunter Valley si viviera aquí. Todo el mundo lo conoce. En invierno, caería en una zanja nevada todos los días y sería él quien me rescataría.

—Bien. Entonces pregúntale si quiere que te quedes. Así lo sabrás.

Keely tenía razón. Necesitaba saber lo que sentía por mí, porque un trabajo era un trabajo. El amor era algo completamente distinto y no podía dejar pasar la oportunidad. No si Mac sentía lo mismo que yo.

—Pregúntale, Georgia —insistió—. Tienes que hacerlo. Pasaste años con Art sin saber que no sentía por ti lo que tú pensabas. Él no es Art y no todos los hombres te decepcionarán.

Me mordí el labio, preocupada.

—¿Y si no me quiere, igual que Art?

—Cariño, entonces volverás a casa sabiendo que le diste una vuelta a esa polla y te divertiste. Esa polla te hizo superar lo de Art de una vez por todas y estarás preparada para el hombre adecuado cuando aparezca.

Ese había sido el final de mi llamada con Keely y el momento en que mis nervios se crisparon.

Ahora Mac estaba aquí, observándome.

—¿Te marchas? —me preguntó.

Era el momento. Mi billete de avión de vuelta a Georgia era para mañana por la mañana y estaba tan nerviosa que me sudaban las palmas de las manos. Me las limpié en los pantalones. Mac era todo lo que yo quería, malhumorado, claro, pero también desinteresado y sexi. Era mandón y un padre increíble. Un amante colosal.

Tragué saliva con fuerza, me lamí los labios. Dios, quería ir hacia él, rodearlo con mis brazos y esperar que me abrazara. Quería que me besara en la coronilla, me llamara su chica buena y luego me follara como si fuera muy, muy mala.

Pero el sexo no cambiaría nada, excepto mi conteo de orgasmos. Tenía que preguntarle. Tenía que saber si yo pertenecía a algo, y si ese algo era aquí, con él. Hazlo. Hazlo. HAZLO.

—¿Quieres... quieres que me quede? —le pregunté. «¿Me amas? ¿Quieres estar conmigo? ¿Me quieres?».

Ya está. Lo hice. Mi corazón latía más fuerte que Andy volando por las escaleras. Sonreí y esperé. Seguía haciéndolo como cuando el maestro de ceremonias abría el sobre para anunciar a la ganadora de un concurso.

# 62



MAC

¿QUERÍA QUE SE QUEDARA?

Sí, pero se iría. Estaba haciendo las maletas. Su estancia en Hunter Valley no era una opción. Si quisiera estar aquí, habría tirado esa maleta con la cremallera rota y me habría saltado encima cuando entré por su puerta.

Sabiendo esto, y viendo la prueba de su partida esparcida por la habitación, la necesitaba. Necesitaba abrazarla, tocarla. Joder, tenía que hacer que se corriera.

Con Andy en casa de mi padre, teníamos la casa para nosotros solos. Desafortunadamente, yo estaba de guardia. Tenía el camión de comando de incidentes, así que podía ir directamente a una escena, pero me podían llamar en cualquier momento. Eso significaba que no podía desnudarme, pero podía follármela; podía ser creativo y rápido, porque si ella se iba, tenía que hacerla mía una última vez. Tenía que sentir sus curvas exuberantes. Sentirla apretar mi polla, arañarme la espalda y gritar mi nombre.

A la mierda.

Fui hacia ella. La besé, le agarré su pelo, su culo y le acaricié las tetas. Georgia estaba igual de frenética, arañándome la ropa para llegar a mi piel.

—Mac —respiró, pasando sus manos sobre mí también—. Sí.

Llevaba mi uniforme de bombero. Todo abotonado, un cinturón pesado, zapatos resistentes. No importaba. La deseaba. Ahora mismo.

—Esto va a ser rápido —le dije, apartando finalmente mi boca de la suya.

Ella asintió, con el pelo cayéndole en la cara.

No estaba tranquila, serena o equilibrada como le dijo a Andy. Estaba ansiosa por mi polla.

—Sí. Deprisa.

Sus dedos abrieron mi cinturón, luego mis pantalones de trabajo y siseé cuando metió la mano en mis calzoncillos y me apretó.

—Joder.

Le quité la mano de encima, la agarré por las caderas y la giré para que se pusiera de cara a la pared. Tenía las manos junto a la cabeza y la cara vuelta. Me miró mientras le bajaba los pantalones y las bragas por las rodillas.

Me incliné hacia ella y le hablé al oído.

—¿Estás mojada y lista, preciosa?

Se mordió el labio y asintió.

—Enséñame. —Deslicé la mano por su culo desnudo y se lo azoté. Joder, la huella de mi mano floreció en su tersa piel y entonces encontré su centro, mojado. Con las piernas juntas, estaba apretado.

—Mac —susurró. Eso no bastaría. Quería que gritara mi nombre.

—Inclínate hacia adelante, alza ese culo.

Mientras sacaba un condón de mi cartera, la vi ponerse en posición. Me encantaba cómo era insolente en un minuto y luego se sometía al siguiente. Su culo respingón con la huella de mi mano en él era una señal de ello, tanto como que se mantuviera quieta, esperando ansiosamente mi polla.

Doblé las rodillas, me alineé y deslicé la cabeza cubierta de látex a través de sus pliegues.

—¡Mac! Por favor. —Eso fue un poco mejor.

Oh, suplicaba tan bien.

Me alineé y embestí profundamente. Gracias a Dios que no era de contextura pequeña y no tuve que doblarme por la mitad ni ella tampoco. Encajábamos perfectamente, apretados, cómodos.

—¡Sí! —gritó, empujando hacia mí.

Le pasé una mano por la cintura y la otra por el cuerpo hasta tocarle una teta a través de la camiseta.

Entonces empecé a moverme con bombeos profundos.

—Tan apretada. Tan húmeda. —Le pellizqué el cuello—. Eres perfecta. Me tomas tan bien.

—Tan bien —repitió.

—Juega con tu clítoris, preciosa, y córrete para mí. Sí, así. Oh, acabas de mojarte más.

No tardé mucho y pude sentir cómo se apretaba. Cómo palpitaba su sexo. Me miró por encima del hombro y esos ojos oscuros se encontraron con los míos, se abrieron de par en par y entonces se llegó el orgasmo. La seguí incapaz de resistirme a ella. Joder, se sentía tan bien que llené el condón y perdí la cabeza. Me perdí en Georgia.

No tenía ni idea de cuánto tiempo estuvimos allí, con ella pegada a la pared y yo aún dentro mientras recuperábamos el aliento. El condón necesitaba atención, así que lo saqué con cuidado y lo tiré en el baño. Cuando me lavé las manos, ella ya se había arreglado la ropa, lo cual era una

pena. Pero yo sabía dónde estaba la huella de mi mano y ella la sentiría, al igual que la dura follada, durante un buen rato.

Tenía las mejillas ruborizadas, la mirada suave y parecía satisfecha. Al menos para mí. Quería llevarla a la cama, mantenerla allí.

—Tú… nunca respondiste a mi pregunta —dijo. Su voz era baja, como si estuviera demasiado cansada para hablar.

—No recuerdo la pregunta —admití, abrochándome de nuevo el cinturón.

—¿Quieres que me quede, Mac?

Oh. Esa pregunta. ¿Lo que acabábamos de hacer no era respuesta suficiente? Fue sexo. Sexo increíble, pero eso era todo.

Su vida no estaba aquí, tenía familia en Georgia. Una madre, una hermana, una sobrina y un sobrino. Siempre supe que no se quedaría, al igual que cualquier otra mujer en mi vida. Mi madre se había ido. Claro, había muerto, pero se había ido. Tracy también se fue. Ella no eligió a Andy o a nosotros y Teri no quería a mi familia.

Estaba acostumbrado a que me dejaran. Ahora lo esperaba.

Georgia, al menos, había sido sincera al respecto sobre lo que quería de mí. Sus gritos de placer de hacía un minuto probaban que le di exactamente lo que quería. Pero no importaba lo bueno que fuera el sexo, ella nunca se quedaría. Nunca. Yo había sido inteligente. Mientras me acercaba a ella, mantenía distancia emocional. Cuando le dije que había un hombre para ella, solo sonrió y asintió. Estuvo de acuerdo.

Yo solo era un polvo en Montana, lo que significaba que no era el indicado. Si no se marchaba ahora, lo haría más tarde. Esta semana o la próxima. Se iría y al final encontraría a alguien mejor y seguiría adelante. De esta manera, yo tenía el control. De esta manera, ella podría encontrar al hombre que le daría la vida que quería. Y como mi polla estaba feliz y mis pelotas agotadas por su dulce coño, de repente me sentí muy posesivo y celoso del hombre que finalmente la conseguiría.

Mientras tanto, me miraba con esa gran sonrisa perfecta. No podía retenerla. No podía quedarse en Hunter Valley si había un hombre para ella en otro sitio. Se había emocionado mucho por la bebé de Lindy y Dex, por no tener uno propio. Lo entendería, pero Hunter Valley era temporario para ella y yo también.

—¿Te ofrecieron el trabajo? —le pregunté—. ¿James Corp?

Ella asintió.

No pude evitar sonreír. Lo había conseguido. Mav vio en ella las mismas habilidades y rasgos que yo y así se lo dije. Se iría a Denver.

—Es estupendo. Estoy muy orgulloso de ti. Mav reconoce algo bueno cuando lo ve. Deberías aceptarlo, Georgia.

—Pero…

Levanté la mano.

—Nada de peros. Solo fuimos tus anfitriones. —Levanté la mano y señalé hacia la casa—. Los que hacen pan de ajo para nuestros invitados especiales.

Su sonrisa no vaciló ni un ápice. No parecía entristecida por mis palabras. Consiguió el trabajo que quería de James Corp y estaba volviendo a encarrilar su vida. Denver sería perfecto para ella. Perfecto. Especialmente ahora que tenía unas buenas botas.

—Mac, yo…

Mi *walkie talkie* señaló una llamada. Cerré los ojos un momento, deseando que por una vez alguien no me necesitara.

—Joder.

Miré a Georgia. Ella me miró a mí.

—Tengo que irme.

Asintió.

—Yo también. Nos vemos, Mac.

Me acerqué a ella, la besé con fuerza y me detuve. Saqué el cinturón de mis pantalones y se lo di.

—Necesitarás esto.

Y así fue como otra mujer quedaba fuera de mi vida.

# 63



GEORGIA

MAC SE MARCHÓ.

No sabía si odiar que una llamada de emergencia nos interrumpiera, pues hizo que la despedida fuera apresurada. Si alguien no estuviera muriendo o un edificio no estuviera ardiendo en llamas, se habría quedado. Seguramente habría llorado. Él habría... bueno, ahora nunca lo sabría.

Se fue y sentí su ausencia tanto como el dolor de mi coño por su última atención.

Aunque me había follado duro contra la pared, esa no había sido una respuesta. Con esos besos y ese sexo travieso, no afirmaba que quería que me quedara. Había sido más un: necesito follarte una última vez antes de que te vayas.

Pensé que se había encendido tanto que no había podido contenerse, tal y como yo había querido ir hacia él, así que lo había hecho. Pero no había sido yo enamorada de él, besándole, y él enamorado de mí devolviéndome el beso.

No. Había sido un polvo de despedida.

No me eligió. No me quería. Yo no era permanente y no quería una familia conmigo. Yo solo servía para un puesto de relleno, para ser una niñera. ¿Cómo era el dicho? ¿Siempre cuidarás un bebé ajeno y nunca tendrás un bebé propio?

Ahora lo sabía. No valía la pena mantenerme a su lado y que tuviera una vida conmigo. Había puesto demasiada carga emocional en las últimas dos semanas. No lo rebajaría diciendo que solo servía para el sexo, aunque ese era el valor que se suponía que debíamos dar a nuestro tiempo juntos.

Solo sexo. *Sin ataduras*. Sin sentimientos. Solo follar.

Pero yo quería más.

Lo dejé entrar mi corazón, y así, con el coño aún adolorido y el corazón roto, lloré.

# 64



MAC

GEORGIA SE HABÍA IDO ANTES de que yo llegara a casa tras mi turno de la mañana siguiente. Su coche de alquiler había desaparecido. El piso del garaje estaba vacío, limpio, como si ella nunca hubiera estado allí, excepto que su perfume persistía. También el recuerdo de ella frente a la puerta, desnudándose ante mí por primera vez. De mí apretándola contra la pared y follándola fuerte y rápido.

Dormí toda la mañana, pero cuando desperté, no estaba Georgia a mi lado. Era Richard, acurrucado en su almohada.

Fruncí el ceño.

—No eres el coño que quiero —dije malhumorado.

Richard me miró de esa manera tan tonta que solo los gatos pueden hacer, se levantó y saltó de la cama hacia… quién demonios sabía dónde.

Me tumbé boca arriba mirando el techo. Mi cama me resultaba… solitaria. Sentía como si faltara algo. No debería sorprenderme ni decepcionarme. Sabía que esto pasaría.

Volvería a la vida de siempre, con ninguna mujer que me volviera loco.

Me duché. Hice algunas compras. Me puse en la cola de la escuela y recogí a Andy. Lo normal en un día normal.

Subió a la camioneta, se acomodó en su asiento elevado, tirando su pequeña mochila en el asiento trasero.

—¿Y esa corona tan genial? ¿Ganaste algo? —le pregunté.

Estaba callado y sin sonreír, completamente diferente a Andy. La escuela me habría llamado si estuviera enfermo.

—Es de la señorita Georgi —dijo, sonando triste—. Ella la hizo para mí.

—¿Eh? —La corona estaba claramente hecha a mano, con la base de cartón y cubierta de papel de aluminio brillante. Tenía picos en zigzag alrededor. Imaginaba que la había hecho con los pocos materiales que tenía en el garaje.

—Me la dio esta mañana cuando se despidió.

Lo cual había sido antes de ir a la escuela. Ralph debió pasar por mi padre para ver a Georgia por última vez.

—Fue muy amable de su parte —le dije. Y lo fue. Algo propio de ella al darle algo especial.

—Sí. Dijo que soy su niño favorito de seis años. Gané y ni siquiera hubo un finalista. ¿Qué es un finalista?

—Significa que no tuviste competencia.

Joder. Llevó la corona todo el día en la escuela.

Todo el jodido día.

—¿Será que buscamos a Gruñón y salimos a comer? —le pregunté, esperando cambiar de tema.

Encogió sus pequeños hombros en su abrigo de invierno.

—La echo de menos —murmuró, bajando la mirada a su regazo.

*Sí, amiguito, yo también la echo de menos*.

# 65



GEORGIA

—VINO. Dame vino.

Estaba en el sofá de Keely. Johnny se llevó a los niños apenas me vio en la puerta. O podrían haber sido por las dos botellas de vino y la bolsa de patatas fritas familiar que traía.

—He visto en las noticias que Dex James ha tenido una hija —dijo, viniendo de la cocina con una de las botellas de vino y dos copas bajo el brazo. Ya yo había abierto las patatas—. Incluso le hicieron una entrevista. ¿Es tan guapo en persona como en la tele?

Asentí con la cabeza, metiendo las piernas debajo de mí en el sofá.

—Sí. También es más alto. Súper simpático.

—No puedo creer que estuvieras allí y ayudaras con el parto.

Yo tampoco.

—¿Sabes algo de él? —Se tumbó a mi lado y llenó nuestras copas.

—¿De Dex? No. Apuesto a que están demasiado privados de sueño para siquiera…

Levantó una mano para detenerme.

—De Dex no. De Mac.

Mac. Cada vez que oía su nombre o veía un anuncio de Big Mac en la tele, el corazón me daba un vuelco.

—Oh, no.

Llevaba una semana en casa usando el cinturón de Mac. Mi maleta había vuelto a Calhan sin explotar de nuevo, en cambio mi vida, sí era una explosión total.

—¿Cómo te va viviendo con tu madre?

Puse los ojos en blanco.

—Los vecinos creen que trabajé en un calendario de bomberos guarro porque era la única

opción que tenía ya que no puedo hacer que ningún hombre se quede conmigo.

Ella se rio, luego se detuvo y frunció el ceño.

—¿Eso es lo que le dijo a todo el mundo?

Asentí.

Sus dedos cubrieron sus labios.

—Joder.

Había sido agradable corregir a todo el mundo. La única parte que no era cierta era la palabra guarra. Yo trabajé en un calendario de bomberos y definitivamente no podía hacer que los hombres se quedaran conmigo. Diablos, no había podido con dos. Ciertamente no había nada más divertido que estar en casa de mi madre otra vez.

—Afortunadamente, la casa con Art está bajo contrato —compartí.

El agente inmobiliario me llamó unos días atrás para decirme que tenían una oferta sólida. Tuve que reunirme con Art en su despacho para aceptar y firmar los papeles. También había sido divertido verle de nuevo, ver el anillo de boda en su dedo que era de una relación diferente. En cuanto terminé, me fui de allí. Aunque ya no sentía nada por Art más que rabia, él era un recordatorio físico del tiempo perdido y del amor desperdiciado.

Era casi mayo y hacía calor en Calhan. Había estado sudada e incómoda desde que aterricé. La humedad era brutal y había olvidado la cantidad de producto capilar que necesitaba para que mi largo cabello no se encrespara. Eso no había sido un problema en Montana, cielos, echaba de menos el frío. Echaba de menos abrigarme con jerséis gruesos, botas resistentes y un abrigo rosa abullonado.

Kelly había puesto el aire acondicionado y yo seguía sudando.

—¡Ya lo sé! Una noticia increíble. —Se acercó y chocó nuestras copas de vino—. Adiós, Art. Hola, mitad del dinero.

La pobre cuenta bancaria me había puesto nerviosa los últimos meses, pero en cuanto cerrara el trato de la casa, tendría un ahorro, una pequeña oportunidad para considerar lo que quería hacer con mi vida.

—¿Verdad? La mejor noticia que he tenido en mucho tiempo. Excepto que tuve que hablar con Art mientras firmábamos los papeles. Pero sabes, realmente ya no me importa una mierda. Pam Buttermacher puede quedárselo.

—Eso es porque disfrutaste el trabajo y todos esos orgasmos —dijo simplemente como si la respuesta fuera obvia.

En el tiempo que llevaba de vuelta, no había sabido nada de Mac. Tampoco lo esperaba.

—No puedo creer que rechazaras el puesto —dijo mordiéndose el labio.

Estaba claro que pensaba que debería haberlo aceptado. Lo mismo pensó Maverick cuando me reuní con él en Steaming Hotties y le di la noticia. Cuando me estrechó la mano y me deseó lo mejor.

Negué con la cabeza.

—No voy a mirar a Mac y Andy desde lejos. Son diferentes a Art y Pam, aunque ese bebé va a ser duro. —Un bebé era mi kriptonita—. No. Después de todo esto aprendí mucho sobre mí misma. Que no necesito creer nada de lo que mi madre o Art digan de mí, que tengo una vida fuera de Calhan, de las expectativas y límites que me pusieron. Que yo misma me impuse.

—Eso es, nena —dijo ella, tomando un trago de vino.

—Me lo merezco todo y voy a conseguirlo —dije con confianza, y luego di un gran sorbo a mi vino—. Bradley va a estar atento a otras vacantes dentro de la empresa. Quizá acabe en Denver después de todo. Mientras tanto, he solicitado trabajo en otros sitios y después de ver a Art, bueno, ya no me importa una mierda. Probablemente la próxima vez engañe a Pam.

Recordé que Mac había dicho algo al respecto. Una vez infiel, siempre infiel.

Mac.

Tenía que preguntarme si lo había superado. Si una nueva inquilina había ocupado su piso del garaje. Y su cama.

# 66



MAC

MAVERICK Y BRIDGET brindaban una celebración en su gran casa en honor a Justine y nos habían invitado a mí, a mi padre y a Andy por haber ayudado a traer al mundo a la bebé. Afortunadamente, estaba fuera de guardia y, a menos que ocurriera una catástrofe, no me iban a llamar. Incluso planeé tomar una cerveza y terminarla.

Bridget abrió la puerta cuando Andy tocó el timbre. Habían pasado diez días y aún llevaba la corona que Georgia le había hecho. Algunas puntas estaban un poco marchitas, pero se negaba a quitársela. Incluso dormía con ella junto a su figura de acción en la almohada.

—Hola, hombrecito —le dijo Bridget, tendiéndole los nudillos para que los chocara. Dio un paso atrás y nos dejó entrar.

—Ten.

Andy le tendió una botella de zumo de manzana con gas.

—¿Qué es esto? —Bridget preguntó, tomándola de él.

Ella estudió la botella cuando él respondió.

—Se supone que debes llevar un regalo cuando te invitan a cenar. Eso dice la señorita Georgi, así que esto es para ti.

Cuando Andy se enteró de que íbamos a cenar, me hizo pasar por la tienda y recoger un presente. Eran buenos modales y no podía culparle por ser amable y considerado. Pero definitivamente me hizo sentir como un idiota porque ni siquiera lo había considerado. Si Georgi estuviera aquí, entonces...

—Gracias, Andy. Eresmuy considerado. Scout está por aquí y le encantaría pasar el rato contigo.

—¿Scout? —Andy preguntó cuando Bridget cerró la puerta. Se encogió de hombros y le

quité el abrigo.

—Nuestro perro. Es…

Hubo un buf, luego un perro de patas cortas corrió por el pasillo y prácticamente le saltó a Andy. Se dejó caer sobre su trasero y se quedó mirando a Andy como si esperara que lo acariciara, le diera de comer o jugara.

—Ahí está —dijo Bridget, sonriendo—. ¿Puedes pasar el rato con él? Está un poco celoso de que la bebé reciba toda la atención.

Andy sonrió —la primera que había visto en un tiempo— mientras acariciaba a Scout.

—¡Claro!

—Hay premios en la encimera para él también. Pero no le des demasiados.

Corrieron juntos.

—Gracias. Creo que tenía miedo de que Mallory le diera algún trabajo de matemáticas.

Ella sonrió, luego miró a papá.

—¿Cómo está el pie, Sr. MacKenzie?

—Poco a poco mejora —respondió levantando el pie y sacudiéndolo como si estuviera haciendo el Hokey Pokey—. Otros diez días más.

Se volvió hacia mí. Sonrió.

—Y Mac, eres el hombre del momento.

—¿Yo?

—Sí, Sr. Partero de Bebés. Pasad.

Nos condujo a través de su gran casa y a un enorme salón que estaba en penumbras adrede, pero solo podía imaginarme las vistas desde las ventanas del suelo al techo. Había un fuego crepitante y todo el mundo estaba repartido entre el inmenso sofá y la comida esparcida por la isla de la cocina.

—Todos quieren oír la verdadera historia del nacimiento de Justine —me dijo—. Dex anda contando algunas cosas que no pueden ser ciertas. Como que te dijo que te apartaras porque si él podía marcar un tanto desde la línea central, podría recibir a un bebé.

No pude evitar reírme porque recordaba demasiado bien cómo Dex quería que evitara mirar el coño de su mujer. Como si yo tuviera algún interés en esa mujer —con un bebé naciendo o no — con Georgia en la misma habitación.

—Yo hice todo el trabajo duro, ¿verdad, Mac? —preguntó Dex con una enorme sonrisa, acercándose y estrechándome la mano.

—Hiciste tu parte hace diez meses —dijo Lindy desde el sofá. No la había visto desde el hospital, pero tenía buen aspecto, aunque quizá se la veía un poco cansada. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño y una camisa de lana rosa pálida.

—Cariño, eso es mezquino, pero cierto.

Los cuatro hermanos James estaban aquí con sus parejas. Mav me estrechó la mano, luego la extendió a Drew. Silas y Theo le siguieron.

Dex me pasó una cerveza.

—Por tu ayuda. Te la has ganado.

—Todo en un día de trabajo —le dije.

Eve —la dueña de Steaming Hotties que había domesticado a Silas, el multimillonario director general de James Corp— llevó a papá a la cocina con el señuelo de una taza de café hecho en la cafetería. Con la mano sobre mi hombro, Dex me llevó en dirección contraria para que viera a la bebé. Sonreía como un idiota, pero a los padres primerizos les quedaba bien.

Me incliné sobre el respaldo del sofá para estudiar a la recién nacida de los James en brazos de Lindy.

—Cógela —me pidió, pasándomela.

La cogí y la abracé como si fuera un balón de fútbol. Era tan ligera. Tan pequeña. Aunque la había visto cuando acababa de nacer, literalmente recién nacida, ahora me parecía muy pequeña.

—¡Eh! Creía que yo era el siguiente —murmuró Silas.

—Él la trajo al mundo —le recordó Lindy a su cuñado.

Justine dormía envuelta en una manta rosa pálido. Su pelo rubio era ondulado y casi invisible. Su naricita era como un botón y sus labios se movían como si estuviera mamando.

Era tan dulce. ¿Había sido Andy alguna vez tan pequeño o tan tranquilo y silencioso?

Sonreí a Justine y luego a Lindy.

—Has hecho un buen trabajo.

Me sonrió. La maternidad le sentaba bien.

—Gracias por tu ayuda y por aguantar a este hombre. —Sus ojos azules se desviaron hacia Dex, que estaba a mi lado. Se inclinó y la besó.

—Volvemos a Denver mañana —dijo—. No queríamos perdernos darte las gracias. Si no hubierais estado allí, ahora mismo estaría comprando un coche nuevo. No creo que mi coche hubiera soportado un parto.

—No lo hice todo yo —le dije—. Tú ayudaste.

—No le subas el ego, Mac —advirtió Lindy.

Andy lanzó una pelota para Scout; el perro corrió por la habitación justo detrás de nosotros.

—Georgia también ayudó —añadí—. Podeis agradecéroslo personalmente cuando volvais.

Se miraron entre sí, luego de nuevo a mí. No podía pasar por alto la confusión.

—¿En Denver? ¿Cómo podemos agradecérselo a Georgia? —preguntó Dex.

—Aceptó un trabajo en James Corp.

—¡Oye, Mav! —llamó Dex, rascándose la cabeza. La bebé ni se inmutó cuando su papá gritó. Silas se acercó y le pasé a Justine.

Me volví para mirar a Mav, que estaba con Bridget preparando platos de comida del bufé.

Mav levantó la vista.

—Creí que habías dicho que Georgia había rechazado la oferta de trabajo —dijo Dex.

Mav sostenía una alita de pollo en una mano y un plato cargado en la otra.

—Lo hizo.

¿QUÉ?

Atravesé la sala a toda velocidad hasta situarme en el extremo de la enorme isla que separaba a Mav de Bridget.

—¿Qué quieres decir con que rechazó el trabajo?

Mav se encogió de hombros. Llevaba una camiseta de Steaming Hotties lo bastante estrecha como para que pareciera el Increíble Hulk. Eve no necesitaba una valla publicitaria cuando lo tenía a él. No tenía ni idea de qué pasaba con él y esa camiseta.

—Dijo que tenía que rechazarlo porque Hunter Valley no era el lugar adecuado para ella. Ella…

—¿Hunter Valley? —respondí como si me hubiera dado un puñetazo.

Papá y Eve se giraron al oír mi tono.

Me estallaba la cabeza. No había sabido nada de Georgia en toda la semana y ahora, justo ahora, me enteraba de que no había aceptado el trabajo que esperaba.

Mav asintió.

—¿Estás bien? No te preocupes, tenía todo organizado para la noche del evento antes de irse. No tendrás que comprar alubias a granel nunca más.

—¿Qué quieres decir con Hunter Valley? —repetí, ignorando la parte de la cena mexicana.

—Le ofrecí un trabajo aquí como directora de relaciones públicas. Como Silas y yo estamos aquí a tiempo completo, queremos que crezca la oficina local. Quería que formara parte de ello.

—¿Y lo rechazó? —repetí, tratando de entender. Me pasé una mano por la boca, con el bigote rozándome la palma. ¿Por qué Georgia renunciaría al trabajo de sus sueños y volvería a una ciudad con su madre aparentemente loca y el idiota de su ex?—. ¿Qué demonios?

# 67



MAC

—¿Por qué estás tan molesto? —preguntó mi padre.

Después de la fiesta, volvimos a la casa. Estábamos en la cocina y yo sacaba *nuggets* de pollo del congelador para Andy, luego cerré la puerta de golpe. Aunque hubo toneladas de comida en casa de Mav, Andy se la había pasado jugando con el perro como para comer. Ahora tenía hambre y buscaba a Richard mientras esperaba. Hacía tres días que no veía al gato, pero el cuenco de la comida estaba vacío todas las mañanas, así que sabía que seguía vivo.

Mi padre estaba en la mesa de la cocina, con el pie en la bota apoyado en una silla.

—Por Georgia —dije, sacando la bandeja del armario inferior. La dejé caer sobre la encimera con un ruido seco.

—Sí. Está claro que, después de todo, no quería el trabajo.

Resoplé y miré los utensilios de cocina.

—Sí lo quería.

—Estás muy alterado por una mujer que no te importa.

Le miré. Fruncí el ceño.

—Ella quería ese trabajo, papá. No tiene sentido.

Se quedó callado un momento.

—¿Sabías que se alojaba en la posada James Inn?

Sacudí unos *nuggets* de pollo de la bolsa y los puse en la bandeja, luego miré a mi padre.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Unas noches cuando estuvo aquí.

Negué con la cabeza mientras repartía las formas congeladas en la bandeja.

—Ella tenía el piso —le dije, señalando por la ventana trasera—. Sé que no es lujoso, pero…

—Hijo, aunque el pequeño piso del garaje no es James Inn, la mujer no se trasladó allí por las comodidades.

—¿Entonces por qué?

Suspiró.

—Puedes evaluar un incendio por el resplandor que da en la noche desde una milla de distancia, puedes saber cuándo enviar a tu equipo a un edificio en llamas y cuándo mantenerlo en la calle, puedes saber si alguien tiene una urgencia diabética y ahora puedes ayudar a dar a luz a un bebé, pero no puedes ver esto.

Me apoyé en la encimera y le miré fijamente.

—Papá, ¿de qué demonios estás hablando?

—Esa mujer está enamorada de ti.

Parpadeé. Y luego otra vez. Negué con la cabeza. ¿Georgia? ¿Enamorada de mí?

—No. De ninguna manera.

—Georgia fue a la posada para alejarse de aquí. De ti. Estaba protegiendo su corazón.

Sacudí la cabeza.

—¿Cómo diablos sabes esto y yo no?

—Porque parece que tienes la cabeza metida en el culo. —Cruzó los brazos sobre el pecho.

—No sobre esto —contesté. Lo habría sabido. Lo habría visto.

El horno emitió un pitido para indicarme que ya estaba a temperatura. Abrí la puerta y metí la bandeja.

—Si fue a la posada, fue porque quería agua caliente sin fin.

¿Verdad?

# 68



MAC

AL DÍA SIGUIENTE, recogí a mi padre para llevarlo a su cita con el médico. Le pregunté lo que me rondaba la cabeza desde la noche anterior. Toda la noche.

¿Georgia estaba enamorada de mí? Nunca lo dijo. ¿Las mujeres estaban locas? Eso parecía, porque ¿por qué iría a la posada James Inn si quería estar conmigo?

—Si Georgia fue a la posada, significa que no quería estar conmigo. Entonces, ¿por qué aceptó ayudar con Andy? Además de cuidarte y quedarse en mi habitación si no era lo que ella quería.

Me miró.

—¿Quién dice que no era lo que quería?

Desvié la mirada hacia él, luego de vuelta a la carretera. El sol brillaba demasiado. Levanté la mano, saqué las gafas de sol del pequeño soporte y me las puse.

—Tal vez era exactamente lo que quería, pero le dijiste que solo tenían algo casual. Gira aquí. Quiero una dona. A lo mejor le compro una extra para la doctora y me saca más rápido esta bota.

Puse los ojos en blanco y entré en la tienda de donas.

—Me habría dicho si sentía algo más—dije, siguiendo con Georgia y no con los donas.

Me detuve en la cola de autoservicio para coches.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Y qué habrías hecho tú? ¿Negar lo que sientes ahora? ¿Negar lo que ella siente por ti? Se sentiría mortificada y dolida si no fuera recíproco. Igual que con su ex. Por lo que sé, él traicionó su amor y la dejó de lado por otra mujer. Incluso se casó con la otra.

Resoplé porque no me gustaba que me compararan con el ex de Georgia. Hice la pregunta y

ahora no quería las respuestas. La fila del autoservicio se movió y avancé.

—Y la dejó embarazada —añadí.

—¿Qué? ¿Su ex va a tener un bebé? —preguntó mi padre, claramente sorprendido.

Asentí con la cabeza.

—Sí, le mintió con tener un bebé durante su matrimonio, que obviamente no se dio. Luego la engañó, como sabes, y ahora va a tener un hijo con otra. Georgia no quiere tener que verlos y saber lo que se estaba perdiendo porque…

Oh, joder.

No pude terminar, así que papá lo hizo por mí.

—Porque no quería quedarse en Hunter Valley donde te vería a ti y a Andy cuando no la querían. Cuando sus sentimientos no eran correspondidos.

Acercamos el coche a la ventanilla de pedidos.

—Hijo, todo lo que Georgia quería era ser elegida. Ser la primera opción de alguien, no la segunda.

# 69



GEORGIA

—BUENOS DÍAS, madre —dije acercándome a la cafetera. Llevaba toda la vida escondida en un rincón junto a la estufa.

Yo vestía un pantalón corto de satén y una camiseta. Iba con el pelo recogido en un moño descuidado y aunque me había cepillado los dientes, necesitaba café para hacer cualquier otra cosa. No conseguía dormir bien.

Mi madre cambiaba de bolso en la encimera, pasando todo del azul de ayer al rosa que hacía juego con el atuendo de hoy.

—Sassy tiene una concursante extra esta mañana. Le dije que tú la llevarías. Os encontraréis en el centro comercial porque la pobrecilla necesita ayuda para elegir la ropa auxiliar adecuada, y sé que tú sabes justo lo que necesita.

Cerré los ojos un momento. No necesitaba esto antes de la cafeína. Cogí una taza, la llené y me volví hacia ella. Mi madre estaba completamente vestida y lista para el día, lo que significaba que llevaba un vestido, zapatos, joyas, maquillaje y el pelo peinado a las ocho. Estaba preparada para cualquier cosa, incluso para una secta religiosa que llamara a la puerta.

—Madre, no voy a llevar a la chica nueva del desfile de Sassy —le dije—. No debería haber hecho doble reserva.

Levantó la vista de su tarea.

—Claro que sí —replicó, agitando la mano como si mis palabras no significaran nada—. No tienes nada más que hacer. No es como si tuvieras…

Levanté la mano. Ya había tenido suficiente. Había terminado. No estaba dispuesta a pelear, pero ya me habían utilizado y pisoteado bastante. Me eché toda la culpa a mí misma durante años... décadas, diablos, toda mi vida me senté y dejé que otros dictaran lo que quería y lo que

hacía. Sonreí, me porté bien y no hice berrinches.

Tomé un sorbo de café fortificante y luego lo bajé. Crucé los brazos sobre el pecho como alguien formidable y valiente que conocía.

—Así es —empecé—. No tengo trabajo. Tuve uno y me fue bien, pero se acabó. Me ofrecieron un puesto a tiempo completo, pero lo rechacé.

El dolor seguía ahí. La doble pérdida de la familia MacKenzie y el trabajo con James Corp me había alejado de todo lo que siempre quise porque era demasiado doloroso.

Todas las noches, desde que volví a casa, —sin un lindo niño sentado a mi lado en el avión para compartir mis cacahuetes— había llorado hasta quedarme dormida. Me sorprendió que mi madre no hubiera mencionado mi cara manchada o mis ojos hinchados. Necesitaba rodajas de pepino y crema de hemorroides para desinflamar las bolsas de los ojos.

—Qué tontería de tu parte. —Frunció los labios. Hoy había elegido un pintalabios malva. Era un buen color para ella.

—Madre, no puedes tener las dos cosas. No puedes decir que es una tontería que lo rechazara y luego señalar que era en un lugar tan atrasado y peligroso.

Se quedó callada porque sabía que yo tenía razón. Luego volvió al cambio de bolso y metió su bolsa de cosméticos y su polvera.

—Podrías conseguir un trabajo aquí.

Asentí con la cabeza.

—Sí, señora, y tengo currículos para los puestos que más me convienen. Eso no significa que dispongas de mí como ayudante de Sassy. Mi tiempo es mío. Mis decisiones son mías.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿De dónde viene este atrevimiento?

Pensé en Mac, en cuando estuve frente a él aquella primera vez en el pequeño piso, en mi nerviosismo al mostrarle mi cuerpo solo en sujetador y bragas, con él diciéndome que dominara su mundo. Y parecía que lo había hecho, al menos por un tiempo.

—Siempre he sido así, madre, pero lo disimulaba fácilmente. Me dibujaba esa sonrisa de concurso y fingía que todo era perfecto contigo y Sassy. Con Art. Pensé que me amaría más si me esforzaba por él.

—Él…

Negué con la cabeza y levanté la mano una vez más.

—Tus opiniones sobre mi matrimonio son solo eso, tus opiniones. Me engañó, e independientemente de las razones por las que lo hizo, rompió nuestros votos matrimoniales. Me los tomé en serio y sé que el honor también es importante para ti. Si sigues poniéndote del lado de Art, me haces daño y solo das vergüenza de ti misma.

—Yo no me pongo de parte de Art —replicó ella, cogiendo el paquetito de pañuelos y metiéndolo en el bolso nuevo—. Tenías un matrimonio sólido y lo dejaste ir.

—Claro que lo dejé ir. Y no era sólido. No lo fue durante años. ¿De verdad querías que me

quedase con un hombre que me engañó? ¿Que alardeaba de ello en mi cara, en casa y en el trabajo?

—Bueno, por supuesto que no.

—Entonces basta. Voy a dejarlo en mi pasado y tú también deberías.

—Solo quiero que seas feliz.

—No, quieres que sea feliz con lo que tú quieres que sea. Tengo treinta y cinco años, madre. Nunca voy a ganar un concurso. Nunca voy a ser delgada o Miss Georgia como Sassy.

—No todo el mundo tiene sus genes y su talento.

—Tienes razón. Tengo mis propios genes y hay gente a la que le gusto tal y como soy. Tengo talento y habilidades que compartí con todo un pueblo. A nadie le importaba que supiera cantar o girar una batuta. Me querían por ser inteligente, no por guapa. El trabajo era mío

—¿Entonces por qué lo rechazaste?

—Porque quería más. —No iba a contarle lo de Mac y Andy. Sobre Drew y el misterioso Richard, el gato. Estaba demasiado triste como para hablar de ellos. Los echaba mucho de menos, pero no eran míos, y merecía que un hombre me dijera que me quedara. Que fuera suya. Que me entregara—. Y a partir de ahora, es todo lo que voy a aceptar.

Me miró con los ojos muy abiertos, como si me hubieran poseído los extraterrestres mientras dormía.

—Basta de avergonzarme —le advertí—. Basta de compararme con Sassy. Se acabó. O me aceptas y me quieres como soy o me largo de aquí con la cabeza en alto y una sonrisa de concurso.

Tragó hondo, pero estaba claro que la había dejado sin palabras.

Había dicho lo que tenía que decirle. Le había dicho lo que debería haberle dicho años antes. Ahora el tiempo lo diría, con muchos recordatorios.

Miré mi café, pensé que estaba bueno, pero demasiado caliente para el tiempo que hacía. Necesitaba la nieve y el frío para una bebida caliente y Georgia en abril no tenía ni lo uno ni lo otro.

—Creo que quiero ir a por un café helado. ¿Me acompañas? Podríamos hacer un día de chicas y arreglarnos las uñas. —Me miré la mano—. Lo admito, el aire de Montana es duro para mis cutículas.

Puso cara de sorpresa y luego de satisfacción.

Asintió con la cabeza.

—Me parece estupendo. Pero antes de ir a algún sitio, incluida la cafetería, será mejor que te arregles la cara.

# 70



MAC

—Tu padre me ha dicho que te comportas como un imbécil —dijo Theo en cuanto le abrí la puerta principal. Se quitó el abrigo y me lo dio.

—Por eso estás aquí, porque yo no te invité.

Entró en mi cocina y yo le seguí después de colgar su abrigo.

—¿Tienes café? Mallory me tiene recortando pollitos y flores de primavera para un tablón de anuncios en su clase. La cirugía cerebral es menos laboriosa.

—En la cafetera. Mi padre lo hizo hace un rato.

El tiempo había mejorado lo suficiente como para que la nieve se hubiera ido del patio trasero. Mi padre y Andy estaban en la terraza construyendo una guarida de murciélagos. El sol brillaba y se habían despojado de sus pesados abrigos.

Su proyecto parecía una pajarera plana que iban a colgar en un lateral del garaje. Esperaban que los murciélagos se comieran los mosquitos y mantuvieran nuestra terraza libre de esas plagas este verano. No pensé que los veríamos —mosquitos o murciélagos— hasta dentro de unas semanas, ya que la primavera empezaba a asomar.

También había nuevos huéspedes en el piso del garaje. Una pareja de Utah que buscaba comprar una casa en el pueblo. Se habían ido a primera hora de la mañana con su agente inmobiliario y no los había visto desde entonces.

Theo empezó a abrir y cerrar armarios hasta que encontró dónde se guardaban las tazas. Llenó una con café caliente, luego se apoyó en la encimera y me miró.

—Esto es una intervención —dijo.

Suspiré y me pasé una mano por la cara. No había dormido bien desde que Georgia había estado en mi cama. No quería lavar las sábanas porque todavía olían a ella, pero tenía que

hacerlo pronto.

—¿En serio? ¿Solo viniste tú? Supuse que al menos Smutters y Mav estarían aquí.

Tomó un sorbo de café. De alguna manera, no parecía tener prisa. Estaba claro que recortar flores de papel era peor que hacerme una intervención.

—Tu padre intentó hacerte entrar en razón, pero se rindió. Creo que es porque es demasiado amable, pero yo no lo soy.

Me dirigió la mirada patentada de Theo el Doctor y me crucé de brazos.

—Vale, idiota. Intervén. ¿Sobre qué exactamente?

—En que eres un idiota con Georgia. ¿Por qué no se te ha quedado nada de lo que te ha dicho? O Andy. Tiene seis años y sabe que es la indicada. Mav la quería.

Lo fulminé con la mirada y puso los ojos en blanco.

—Por amor de Dios.

—Bien. ¿Por qué soy idiota?

—Porque la quieres, no se lo has dicho y no está aquí.

—¿Y tú eres un experto en el amor?

—No, soy un experto en ser un idiota. Pregúntale a Mallory. Se necesita uno para identificar a otro. Por eso me llamaron para esto, te pareces mucho a mí.

—¿Eh?

—La razón por la que dejé la cirujía y me mudé a la vida tranquila de médico de pueblo fue porque un niño murió en mi mesa de operaciones. Debería haber sentido algo. Tristeza por la pérdida de alguien tan joven, o rabia porque el niño se perdiera tantas cosas solo porque tuvo un accidente de coche. Le di mil vueltas.

—Eso es una mierda. —Nunca había oído la verdadera razón.

—Por tu trabajo ves muchas desgracias horribles todo el tiempo. Incluso antes de que los pacientes lleguen al hospital, como veía yo. Y tienes que dejar los sentimientos a un lado.

—Sí —estuve de acuerdo.

—Georgia puede haber trabajado en la recaudación de fondos del departamento de bomberos, pero lo que compartisteis no era parte del trabajo. Está bien sentir algo por alguien.

Apoyé una cadera en la encimera, frente a él.

—Mira, se lo dije a mi padre y te lo diré a ti, fue algo casual entre Georgia y yo. Nada más. ¿Recuerdas Kincaids? Tú fuiste quien me dijo que pensara con la polla.

—Con la polla, no con el corazón. Fuiste tú quien involucró su corazón.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo es eso?

—Si hubiera sido casual, no la habrías hecho cuidar a Andy ni ayudar a tu padre. Eso requiere confianza.

—Confío en ella. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Sacudió la cabeza.

—¡Claro que sí! Una cosa es compartir tu cuerpo con ella, eso es fácil. Un polvo rápido lo es por algo. Pero otra cosa es compartir tu vida. Tú lo hiciste, pero con condiciones.

Me rasqué la cabeza.

—¿De qué estás hablando, Theo?

—Ella era literalmente parte de la familia. Te quiere, ama a tu padre, ama a Andy. A ella le importa una mierda que seas un maldito gruñón y que tengas un horario absurdo. Que tengas que levantarte e irte en cualquier momento por una emergencia.

¿A dónde quería llegar?

—Vale.

—Le diste todo excepto la única cosa que necesitaba para quedarse.

—Le arreglé el calentador de agua.

Puso los ojos en blanco.

—Cielos, eres peor de lo que yo fui. No era el agua caliente, joder.

Levanté las manos.

—Bien, ¿qué es?

—Tu amor.

—Yo no…

Levantó una mano.

—No mientas. Si ella no te importara, no estarías deprimido y malhumorado. Si no te importara, no recordarías su nombre, ni necesitarías que tu padre y yo te ayudáramos a aclararte la cabeza.

Suspiré.

—¿Le dijiste lo que sentías? ¿Se lo dijiste y ella te rechazó?

Volví a pensar.

—Le dije... le dije que aún no había conocido a la mujer adecuada.

Me miró como si le acabara de decir que bebía lejía porque quería limpiarme las entrañas.

Dejó la taza y se puso las manos en la cadera.

—¿Le dijiste a Georgia A LA CARA que aún no habías conocido a la mujer adecuada?

—Sí. Estábamos en la cama y…

Había estado en la cama con ella desnuda, con la piel rosada porque le había sacado varios orgasmos.

—¿Y?

Me lo pensé un segundo.

—Y luego añadí que Hunter Valley tenía todo lo que podía desear.

—¿Entonces qué hizo? ¿Patearte los huevos? Estabas en la cama con una mujer y le dijiste que aún no habías conocido a la adecuada y que la única que encontrarías estaría en Hunter Valley, donde ella no iba a estar. Como si no fuera *la mujer adecuada*. ¿Ves lo que has hecho?

Fruncí el ceño y asentí.

—Por supuesto que se iría del pueblo, Mac. Se fue porque le dijiste que la mujer adecuada para ti anda por ahí y no es ella. —Cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Joder, eres el rey de los idiotas. En serio, te llevas la corona.

—Joder —dije, pasándome una mano por la cara otra vez. Mis bigotes raspaban contra mi palma y no recordaba la última vez que me afeité—. Su sonrisa. Es una sonrisa de concurso.

—¿Qué es una sonrisa de concurso?

Me dio una pista esa noche que comimos espaguetis con albóndigas.

—Es la sonrisa que pones cuando estás en un concurso. Georgia dice que sonríe hasta cuando está nerviosa. Es falsa, oculta todo lo que no quieres que la gente vea.

Me reí, pero no tenía ni gracia.

—¿Cuántas veces me ha puesto esa sonrisa preciosa cuando se sentía cualquier cosa menos feliz?

Todas esas veces —incluso en la cama, cuando le dije sin querer que no era la mujer para mí — había sonreído con brillantez. Me había deslumbrado haciéndome creer que todo estaba bien con ella.

—¿Alguna vez le pediste que se quedara?

Negué con la cabeza y empecé a sentirme un poco mal. Me pasé una mano por la nuca.

—Ella me lo preguntó. Me preguntó si yo quería que se quedara.

Hizo una mueca de dolor.

—Joder, me da miedo enterarme de lo que le has dicho. No puede ser bueno.

—Me dijo que había conseguido el trabajo. Pensé que se refería al puesto en Denver, así que le dije que lo aceptara. —Levanté las manos—. ¡Eso es lo que ella quería!

Ahora que analizaba todo lo que le dije a Georgia, debería haberme callado.

—¿Tiene una carrera? —preguntó—. ¿Le echó el ojo a la cima de la escalera corporativa de James Corp?

Negué con la cabeza.

—No. Trabajaba como asistente en la misma empresa de relaciones públicas que su ex para poder estar juntos. Quería un bebé con él.

—Quería una familia y nunca la tuvo con su ex. Así que vino aquí, te conoció a ti y a tu familia y ¡sorpresa! Encaja perfectamente. Los tres sois todo lo que ella quiere. Y te ayudó a traer al mundo a la bebé de Lindy.

No me extrañaba que llorara después. Había sido cruel. Todo esto lo había sido.

—Joder —murmuré, bajando la mirada a mis botas de trabajo.

—Sí, joder. Entonces, ¿crees que realmente quiere el trabajo?

Asentí.

—Sí que lo quiere. Es decir, lo necesita desde que se divorció. Mav la quiere y, basándome en su trabajo en el calendario, encaja bien.

—Pero su sueño es una familia. Te preguntó si querías que formara parte de ella y le dijiste

que no. Le dijiste que aceptara el trabajo.

—Sí. Pensé… pensé que era en Denver, en la oficina corporativa, así que tienes que dejar de culparme un poco. Nunca me dijo que era aquí. La primera vez que escuché que era en Hunter Valley fue en casa de Mav, la otra noche. No quise retenerla, así que le dije que solo era su anfitrión porque estaba en el piso del garaje y hacía pan de ajo para todos mis invitados.

Frunció el ceño.

—No sé qué demonios significa eso del pan de ajo, pero si una mujer te pregunta si quieres que se quede, significa que quiere quedarse y quiere que le digas que quieres que se quede. —Se pasó una mano por la cara—. Joder, creo que eso no ha tenido ningún sentido. ¿Qué te parece esto? ¿Quieres que se quede? ¿Quieres que esté aquí contigo y *no* en el piso del garaje?

—Sí.

Sí. Quería. Quería que Georgia se quedara. Quería que me quisiera. A nosotros. Quería que me eligiera, que eligiera a Andy. Que nos amara a todos. Y yo lo había arruinado todo.

Cuando se paró y me preguntó si la quería, le dije que no, como un idiota.

—No te he visto tener miedo de nada. ¿Por qué le tienes tanto miedo a Georgia?

Suspiré.

—La gente se marcha, Theo. Mi madre por caso, aunque sé que es estúpido porque murió, pero echarla de menos duele. Tracy, mi hermana, no nos eligió. Hombre, cuando se fue y nos dejó, abandonó a Andy y eso caló hondo. Sé que mi padre pone buena cara, pero es duro para él. Luego Teri, mi ex, no quería a Andy. Cuando vi a Georgia saliendo de la zona de seguridad del aeropuerto en toda su perfección, tirando de una maleta de color rosa y con tacones altos, te juro que ese color de lápiz labial funcionó como el Viagra.

—Así que pensaste que era mejor mantenerla alejada, ya que sabías que se marcharía.

Asentí.

Tenía tanto miedo de que la gente me abandonara que nunca le di a Georgia la oportunidad de quedarse. Me era más fácil reconocer que probablemente no lo hiciera y Georgia me había dicho que no se quedaría, ese era su plan. Pero si lo que decía mi padre y Theo era cierto, ella se enamoró de mí. De nosotros.

En el tiempo que estuvo aquí, se convirtió en una más de nosotros. Se amoldó a nuestras vidas sin problemas. A diferencia de lo que Andy, a veces no tomaba tiempo. A veces era rápido, demasiado rápido.

Ella nos dio —me dio— todo y a cambio yo no le di nada.

Se hubiera quedado, sin embargo, la dejé ir. Mi miedo la alejó.

—Entonces, ¿la quieres aquí en Hunter Valley? ¿Contigo?

—Sí.

—¿Le dijiste eso?

¡JODER!

—No.

—Ahí lo tienes. Es oficial. Llevas la corona de imbécil.

# 71



MAC

EL REY de los idiotas era yo. Podía correr hasta un edificio en llamas, pero no podía abrir mi corazón.

Mientras Theo bebía su café, me acerqué a la ventana y miré a mi padre trabajar con Andy en la caja para murciélagos. La corona que Georgi le hizo parecía muy triste después de más de una semana, pero Andy todavía la llevaba.

La corona significaba amor. El amor de Georgia por Andy y que él no se la sacara me demostró que él la amaba también. La echaba de menos. Me puse celoso de un niño de seis años por cómo podía ofrecer su amor tan libremente, tan incondicionalmente. Había sido literalmente amor a primera vista para él.

Tal vez lo había sido para mí también. En cuanto la vi en el aeropuerto, ¡zas! la quise en mi vida. Y luego siguió apareciendo en mi vida. Como inquilina del piso del garaje, la organizadora de la recaudación de fondos de los bomberos, incluso para reemplazar a mi padre con el pie roto. Una y otra vez, se aparecía en mi camino. Sin embargo, la arruinaba en cada oportunidad. En cada una de ellas.

Porque lo que le di a Georgia había sido condicional. Le puse límites y ahora podía ver que el amor no podía ser confinado, no podía ser controlado, al igual que la propia Georgia.

¿Quería quedarme solo en mi vida segura y controlada?, ¿o quería dejar que Georgia volviera a dominar mi mundo?

Era el momento de averiguarlo.

Abrí la puerta trasera. Andy y mi padre levantaron la vista de sus martillazos.

—¿Quieres que Georgia sea tu nueva madre?

Por primera vez en más de una semana, el rostro de Andy se iluminó y sonrió. Deslumbró

con la alegría que venía de amar a otra persona.

Joder, Andy era el listo. Y tenía seis años.

—¡Sí! —dijo dando saltitos.

—Entonces vamos a por ella.

—Ya era hora —murmuró mi padre sonriendo.

Andy corrió hacia mí y me abrazó las piernas.

—Te dije que era la elegida.

—Ahora solo tenemos que ir a Georgia a por Georgia.

Theo se acercó y me dio una palmada en el hombro.

—Menos mal que conoces a alguien con un avión.

# 72



GEORGIA

SASSY HABÍA VENIDO A CENAR.

Desde hacía mucho, cenábamos en el patio. El hogar de mi madre era una gran casa antigua en la parte antigua de Calhan, donde las residencias señoriales quedaban lejos de la carretera y estaban rodeadas de robles cubiertos de musgo tropical que colgaba de las ramas. Gruesos arbustos de lilas separaban los patios traseros, aunque era típico de la naturaleza sureña meterse en la vida de los demás.

Tommy y Sally Ann estaban en bañador corriendo entre los aspersores de riego. Junto a ellos estaban los hijos de Keely, gritando y divirtiéndose a lo grande. Cuando me enteré de que Sassy vendría, le envié un mensaje a Keely para que me acompañara. Su marido, Johnny, estaba en la bolera para la noche de la liga y Troy, el marido de Sassy, todavía seguía en el trabajo. La cena había terminado, pero aún no habíamos sacado las rodajas de fruta y los sorbetes.

Desde la charla con mi madre el día anterior, ella había estado más tranquila. Tal vez fuera porque practicaba aquello de *si no tienes nada bueno que decir, no digas nada*, lo que demostraba que nunca diría nada agradable. Pero lo intentaba y se lo agradecía. Me resultaba sofocante —y no solo por el calor— estar con ella. Era demasiado adulta para vivir en su casa, y estaba ansiosa por recibir mi mitad del dinero de la venta de la casa y mudarme. Me sentía como si estuviera atrapada a la espera.

No sabía a la espera de qué. Me había ido a Montana para seguir adelante, para escapar de mi vida de aquí pero solo conseguí volver al punto de partida.

Alguien llamó al timbre.

—Yo iré —dijo mi madre—. He visto a la banda de música yendo de puerta en puerta y les daré un donativo. Luego tomaremos el postre.

—¿Es un nuevo color de pintalabios? —preguntó Sassy cuando mi madre entró. Llevaba el pelo rubio perfectamente rizado sobre los hombros. Su traje de Lily Pulitzer era de un llamativo rosa y verde, y las perlas de sus orejas hacían juego con la gargantilla que llevaba al cuello.

Me lamí el labio superior como si eso me ayudara a recordar.

—Oh, um. No. Es brillo de labios transparente.

—¿Claro? —preguntó. Parecía asombrada por el concepto. Esto, para ella, era un paso más allá del bálsamo labial.

Asentí con la cabeza.

—Sí, creo que es bonito, ¿no crees?

Keely, sentada a mi lado, me cogió de la barbilla y me giró la cara hacia ella. Estudió mis labios.

—Tendrás que decirme la marca. Tiene buena pinta.

—Georgia —llamó mi madre desde la puerta, también perfecta. Llevaba un vestido, aunque se había saltado el verde. No era un buen color para ella y lo sabía—. Hay alguien que quiere verte.

Miré a Keely y, siendo mejores amigas desde que teníamos seis años, no tuvimos que decir en voz alta que ambas pensábamos que podría ser Art.

Me puse de pie. Si iba a enfrentarme a él, lo haría de frente, aunque probablemente mi madre no querría que aireara mis trapos sucios en la entrada de su casa y que los vecinos fueran testigos.

Pero no era Art y no estaba en el porche.

Era Mac. Y estaba aquí.

—¡Señorita Georgi!

Con Andy.

Santo Cielo.

# 73



MAC

GEORGIA PERMANECIÓ inmóvil y le devolví la mirada.

Además de desnuda, solo la había visto con ropa pesada de invierno. Ahora que llevaba un bonito vestido de verano, tenía los hombros descubiertos y bellas flores por todas partes. Tenía el pelo rizado por encima de los hombros y los labios brillantes.

Estaba preciosa… y conmocionada.

Andy corrió hacia ella y la envolvió en un abrazo; con la corona que ella le había hecho, aunque la lámina se había rasgado y una de las puntas se doblaba hacia abajo. Los dos vuelos cortos de ida y vuelta a Disney en California no fueron nada en comparación con el viaje a Georgia, pero seguro que agradecía el jet privado de James Corp.

Joder, qué practicidad.

Georgia se puso en cuclillas y le devolvió el abrazo a Andy con fuerza.

—¡Señorita Georgi, vas a ser mi nueva madre! Te lo dije.

La mujer que había respondido a la puerta —claramente la madre de Georgia— jadeó. —Georgia Lee Gantry, por favor preséntanos a tus amigos.

Georgia se puso de pie y miró a Andy con una sonrisa. Esta no era una de esas falsas de concurso, sino una de verdad. Ahora que Andy estaba con ella, era realmente obvio. Estaba muy contenta de ver a Andy. ¿Y a mí? Yo no estaría tan seguro. Todavía no.

—Madre, este es Andrew MacKenzie y su hijo, Andy. Mac, ella es mi madre June; mi hermana Sassy y mi buena amiga Keely. Entre los aspersores están mis sobrinos y los tres hijos de Keely.

—¿Aspersores? —Andy preguntó, dándose vuelta tan deprisa que tendría un calambre en el cuello—. ¿Puedo ir?

Keely se levantó y fue hacia Andy.

—¡Claro que sí! —dijo con un marcado acento sureño—. Solo tienes que ir allí y dejar esos zapatos y calcetines. También puedes quitarte la camiseta. Tendremos los postres pronto, pero podréis seguir jugando.

Andy corrió hacia donde Keely señaló, a una silla de patio con una pila de toallas, y se desvistió, dejando cuidadosamente la corona. Fue hasta los aspersores donde los niños se presentaron rápidamente y se pusieron a correr y jugar como si fuesen mejores amigos en cinco segundos.

Keely se puso al lado de Georgia, que seguía mirándome.

—¿Es él? —preguntó con voz baja, pero no lo suficiente.

Georgia asintió.

—Pues a mí me mojarán y luego me rebozarán en migas de galleta —murmuró Keely.

Era una frase que no había oído nunca. Georgia habría soltado alguna similar un par de veces, pero no tenía el acento sureño tan marcado ni las frases de su mejor amiga.

—Sí, Georgi, ¿qué pasa? —preguntó Sassy. Ahora podía ver por qué Georgia pensaba que era inferior a su hermana mayor.

La mujer era increíblemente guapa. Cada hebra de cabello estaba en su sitio, cada rizo largo era perfecto. Nunca había visto cejas arqueadas como dos arco iris perfectos. No tenía ni un poro en la cara. Su atuendo rosa y verde era cegador, pero ni un muerto podría perderse la delgadez que lucía. Parecía… un maniquí.

—¿Cómo es eso que dice el niño de que eres su nueva madre? —June preguntó claramente nerviosa. Probablemente no podía culparla. Andy era la persona menos sutil del mundo.

—Señora, soy de Hunter Valley y he tenido el placer de conocer a su hija. —No podía apartar los ojos de Georgia.

Habría jurado que Keely dijo algo que disimuló con una tos.

Keely se acercó a mí, no a Georgia.

—Mac, toma asiento. Has recorrido un largo camino y queremos oírlo todo de ti, así que no te guardes nada.

—Pensé que podría hablar con Georgia, a solas.

Keely negó con la cabeza.

—No, no va a pasar.

Dejé que Keely me llevara a una silla, afortunadamente justo al lado de Georgia. Solo nos separaban treinta centímetros. La miré y ella me miró a mí.

—Hola —susurré.

—Siéntate —dijo Keely, prácticamente dándome una patada detrás de las rodillas para que me dejara caer en la silla.

Georgia se acomodó a mi lado.

Mientras los niños gritaban y jugaban con los aspersores, comenzó el interrogatorio de tres

mujeres sureñas, pero la única que me interesaba era la cuarta.

# 74



GEORGIA

MAC ESTABA AQUÍ. Aquí, en Calhan.

Andy también. Había dicho que sería su nueva madre y aún llevaba la corona que le hice.

No era como el encuentro en el aeropuerto cuando Mac no había participado, puesto que ahora sí.

Mi corazón se aceleraba y daba gracias por cada segundo de práctica en mis tiempos de desfile, porque me senté tranquila y serena, sin temblar, ni sudar y me contuve para no echarme su regazo.

Las mujeres del sur querían saber más de cualquier situación que las mismas personas involucradas. Éramos de lo más entrometidas.

Cuando un hombre tan guapo como Mac apareció en la puerta de mi madre con un hijo que le dijo a todo el mundo que yo era su nueva madre, los buitres se pusieron a dar vueltas y luego se posaron alrededor de su presa: Mac.

Las preguntas salían disparadas con precisión experta. Por primera vez, Keely estaba del mismo lado que Sassy y mi madre. Todas querían saber de Mac. Por supuesto, Keely lo sabía todo, y Sassy y mi madre no sabían nada. Yo no les había hablado de él por razones obvias, porque era a mí a quien habrían rodeado e interrogado si hubiesen sabido que había tenido una aventura con un bombero de Montana.

—¿Qué haces en Hunter Valley? —empezó Keely, aunque sabía la respuesta. Era una pregunta de precalentamiento.

—Soy el jefe de bomberos.

—¿Qué edad tiene tu hijo? —preguntó mi madre.

—Seis.

—¿Dónde está tu esposa? —Sassy preguntó.

—No estoy casado.

Mac se movió un poco en su silla, pero no se retorció.

—¿Divorciado?

—No.

Sassy y mi madre jadearon al mismo tiempo.

—¿Viudo? —Su compasión por los que habían perdido a su cónyuge era profunda.

—No.

—¿Entonces no sabes usar métodos anticonceptivos?

Fue mi turno de jadear.

—¡Madre!

—Andy es mi sobrino. Mi hermana prefirió las drogas a él y ahora es mío.

Eso hizo callar a Sassy y a mi madre durante unos segundos.

—¿Y el resto de tu familia?

—Tengo a mi padre que vive a la vuelta de la esquina.

—¿Está casado? —preguntó Keely.

—Viudo.

—Oh, señora Gantry, él podría ser justo lo que busca —añadió Keely.

Mi madre se sonrojó furiosamente por un momento, pero luego recuperó la mirada seria. No se dejaría disuadir y no tenía ningún interés en un hombre que no viviera en Georgia.

—¿Qué talla de zapatos usas? —le preguntó Sassy.

Mac frunció el ceño, pero contestó.

—Doce.

Sassy miró a Keely. Keely miró a mi madre. Mi madre miró a Sassy. Sabía lo que estaban pensando. Zapatos grande, gran….

—¿Alquilas o eres propietario?

—Propietario.

—¿Jugaste al fútbol?

—En el instituto

Esa fue la pregunta de mi madre. Ella y Sassy se turnaron, una tras otra, sin darle tiempo a Mac a pensar.

—¿Béisbol?

—Solo T-ball.

—¿Comes carne?

—Sí.

—¿Ganas más de cuatrocientos mil al año?

—Sí, y tengo pensión también.

Esta línea de interrogatorio se estaba volviendo un poco ridícula. Quería interrumpir, pero un

desconocido se aparecía en la puerta, había que investigarlo como mejor les pareciera. Aunque fuera una locura.

—¿Cómo conociste a Georgia?

—Por el proyecto de recaudación de fondos y porque fue la inquilina de mi piso en el garaje.

—¿Haces ejercicio?

—Sí.

—¿Eres baptista?

¿Qué diablos?

—No.

—¿Por qué no estás casado?

—Fui un idiota cuando encontré a la mujer indicada.

—Perdona, ¿qué? —Fui yo, preguntando eso.

Se volvió hacia mí, me miró directamente a los ojos y dijo:

—Fui un idiota.

—¿Por qué? —reguntó Keely sonriendo. Lo vi por el rabillo del ojo.

Si tuviera palomitas, se las estaría comiendo ahora mismo. Ella lo presionaba cuando sabía que yo no iba a hacerlo porque estaba aturdida. Mac estaba aquí. Y era un idiota.

—Porque cuando me preguntaste, Georgia, si quería que te quedaras, debí haberte dicho que sí. Cuando dije que quería que aceptaras el trabajo, debería haber dicho que ya tenías uno conmigo. Como… con suerte, mi mujer y la madre de Andy.

Mi madre jadeó.

Sassy no dijo una palabra.

Keely chillaba.

Yo sonreí. Gran sonrisa. Brillante. Deslumbrante.

# 75



MAC

TOMÉ la mano de Georgia y la puse de pie.

—Oh, no. No esa sonrisa de concurso. Esta vez no. —Miré alrededor de la mesa—. Si nos disculpan.

Miré hacia el césped donde Andy estaba feliz jugando con los otros niños.

—Yo lo vigilaré —se ofreció Keely, leyéndome la mente. Parecía estar bien, pero estábamos en un lugar nuevo con desconocidos.

Y entonces llevé a Georgia al interior.

Con el aire acondicionado encendido, la casa estaba por lo menos diez grados más fría que afuera. Nadie que conociera en Hunter Valley tenía uno, pues no hacía tanto calor como para necesitarlo. Si fuera el caso, el sitio se enfriaba por la noche, que era exactamente como me gustaba. ¿Y esto? ¿Esta sopa en abril? No podía soportarlo.

Cuanto antes llevara a Georgia de vuelta a Hunter Valley conmigo, más rápido podría estar lejos de este loco clima.

Primero, tenía que humillarme, y una vez que la puerta se cerró detrás de nosotros, solté la mano de Georgia. No pensé que huiría, al menos no por la puerta trasera. Tal vez por la delantera, pero no creí que llegara lejos sin romperse un tobillo con esas sandalias de tacón.

—Viniste hasta aquí para…

—Para decirte que no quiero que me sonrías cuando estés enfadada conmigo —le dije—. No quiero que me sonrías cuando estés triste o infeliz o nerviosa. No quiero que me sonrías a menos que lo sientas en serio.

La señalé con el dedo.

—¿Ves? Ahora mismo. Estás tan jodidamente infeliz, y aun así tienes esa sonrisa preciosa.

Ni siquiera me había dado cuenta de que le sonreía. Que tenía una sonrisa de concurso prácticamente congelada en la cara. Dejé que se me escapara y luego se me borró.

Él asintió.

—Sí. Eso. Quiero eso de ti. La verdadera Georgia. Quiero que luches conmigo mientras yo lucho por ti, ¿vale?

—¿Qué? —susurré.

¿Luchar por mí?

—He venido para decirte que lo siento. Para decirte que soy un idiota. Para decirte que mi padre y Theo y todos los demás piensan también que lo soy. Para decirte que te amo, Georgi.

# 76



GEORGIA

*Me amaba*.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. No había sido una locura enamorarme de él tan de repente porque él se había enamorado junto conmigo.

Se abrió la puerta de atrás y entró mi madre, nos miró y no pareció ni un poco arrepentida cuando dijo:

—He venido a por unas… unas servilletas.

No, vino a husmear.

Fruncí el ceño entre lágrimas. ¿Mac decía que me amaba y ella quería interrumpir?

Era mi turno de tomar la mano de Mac. Lo arrastré por el primer piso hasta la escalera y subí a mi habitación. Cerré la puerta tras nosotros.

—Perdona… ¿qué decías?

Mac miró el gran papel pintado de flores, la colcha rosa y el espejo de pie, asimilándolo todo. Pero no por mucho tiempo. Su mirada se posó en la mía y fue abrasadora.

—Te amo.

Me dedicó una leve sonrisa, a diferencia de la primera vez que lo dijo, cuando parecía concentrado, como si hubiera practicado lo que iba a decir durante todo el vuelo hasta aquí.

Tal vez lo hubiera hecho. Estaba acostumbrado a practicar discursos y lo que dijo habría convencido a los jueces. Me había convencido a mí.

¿Qué había mejor que oír un *te amo*?

Sus ojos se abrieron de par en par como si recordara algo y levantó una mano.

—Quédate aquí. No te muevas.

Asentí con la cabeza.

Levantó una ceja, como dudando de mí.

—Vale.

Se dio la vuelta y salió corriendo de mi habitación, bajó las escaleras dando pisotones y volvió a subir corriendo. Volvió a cerrar la puerta y dejó caer una bolsa de viaje.

Cogió algo y me lo trajo.

—Toma —dijo, un poco sin aliento.

Parpadeé. En sus manos había un…

Empecé a llorar. Lágrimas de verdad. Lágrimas pesadas de verdad.

—Es una corona —dijo, como si yo no me diera cuenta—. Para ti. Tú eres la ganadora, Georgia Lee Gantry, te ganas mi corazón. No hay finalistas. No hay competencia.

—Pero… —dije, tapándome la boca con la mano para intentar dejar de llorar.

—Lo has sido desde el momento en que entraste en la zona de equipajes del aeropuerto. Andy lo supo entonces. Creo que yo también, pero luché contra lo que sentía por ti todo el tiempo que estuviste en Hunter Valley.

—Tú... tú no querías ataduras.

Sacudió la cabeza.

—Parece que me gusta ser un imbécil gruñón como una forma de protegerme. También estoy acostumbrado a que las mujeres se vayan, así que como sabía que no te ibas a quedar, traté de mantenerlo como una aventura. Pensé que sería lo más seguro. He sido un tonto, ¿eh?

Me mordí el labio y asentí, tratando de detener mis lágrimas.

—Sí, tonto.

—Esa noche que hacías las maletas, ¿por qué no me dijiste que el trabajo era en Hunter Valley? —preguntó con voz grave pero gentil. Ahora no era el Sr. Gruñón.

Tragué saliva, me limpié la cara y resoplé.

—Porque no podía estar en el mismo pueblo contigo y no tenerte. No podría volver a hacerlo, sobre todo porque te amo y…

Se acercó, puso sus manos en mi cintura y me miró de una forma que nunca había visto antes. Con asombro.

—¿Me amas?

Volví a resoplar y le miré con ojos llorosos.

—¿Tengo que arrastrarte al lavadero para demostrártelo? —sugerí.

—Puedes ponerte esto. —Levantó la corona, claramente hecha a mano, un poco aplastada tras estar en una bolsa. Era igual que la que le había hecho a Andy, pero había pequeñas joyas de plástico pegadas en cada punta. En la parte delantera, en rotulador negro y con la pulcra caligrafía de un niño de seis años: *Georgi*.

Incliné la cabeza hacia abajo y Mac colocó la corona en su sitio. Era la primera corona que me ponían y ahora, mirando atrás, la que siempre había estado esperando.

Y esta vez, fue Mac quien sonrió deslumbrante y perfecto, porque sabía que al aceptar la

corona, yo era suya.

Entonces, se inclinó y me besó.

# 77



MAC

¡NO ME HABÍA DADO una patada en las pelotas! ¡No! Georgia me devolvió el beso. Claro, la había besado apasionadamente en el pasado, pero este beso era diferente. Esta vez, Georgia era mía. Lo sentí en el beso y le mostré lo que sentía por ella con mi boca. Con mis manos alrededor de ella.

Joder, la había echado tanto de menos. Esto. Abrazarla. Saber que estaba a salvo, que estaba conmigo y que era mía.

Ahora podía ver lo que Theo quería decirme. Lo que mi padre quería decirme. Lo que probablemente pensaron todas las personas que me miraron mal la semana pasada por la ausencia de Georgia.

¿Cómo cojones había pensado que podría dejarla ir?

Mis manos comenzaron a vagar deslizándose por debajo del dobladillo de su vestido de verano para acariciarle el trasero. Sentí el frío satén de sus bragas y apreté. No era suficiente. No podía acercarme lo suficiente.

Tenía sus manos en mi pecho y también bajaron. En un segundo, descubriría la erección que tenía por ella. Cómo quería tumbarla sobre la cama de su infancia y hacerla gritar *Aleluya* como lo haría un buen baptista del sur.

También le haría ver el cielo.

Mis muy obscenos pensamientos iban a hacer que me apedrearan o cualquiera que fuera el término bíblico para el castigo por querer mancillarla en casa de su madre, pero estaba dispuesto a correr el riesgo.

—Mac, necesito…

—Sí —jadeé, con la polla dura y deseosa de entrar en ella.

Una estampida de un grupo de niños se oyó en las escaleras. La casa de la madre de Georgia era una residencia antigua que no se había renovado en los últimos cincuenta años. La escalera de madera era sólida y podía resistir tanto el paso del tiempo como el de un grupo de niños.

Nos separamos un segundo antes de que la puerta se abriera de golpe. Coloqué a Georgia delante de mí para que los niños no vieran la erección que se perfilaba en mis vaqueros.

—¡Aj, qué asco!

—Se estaban besando.

—¡Qué asco!

—¡Esperad! —Andy les dijo—. ¡Su amor va a desbordar en cualquier momento y van a hacer un bebé!

Miré a las seis caritas, luego a Georgia.

A continuación, Keely asomó la cabeza y se dio cuenta de que Georgia estaba de pie estratégicamente delante de mí. Su mirada se desvió hacia el dobladillo del vestido de Georgia y ella se apresuró a alisarlo, sin darse cuenta de que se había doblado por un lado. Sonrió.

—Chicos, salid de ahí. Ese hombre tiene un zapato talla doce y vuestra tía Georgia va a ver si le queda bien.

Se dieron la vuelta y salieron corriendo por la puerta por debajo de su brazo, todos menos Andy, que se quedó mirándonos con toda la esperanza y el ansia que vi en su cara en el aeropuerto.

—¡Lleva la corona! —dijo emocionado.

—Supongo que nunca pregunté… ¿Volverías a Hunter Valley? —le pregunté a Georgia, luego contuve la respiración.

—¿Quieres que me quede allí?

Esa fue la pregunta que me hizo aquella noche en el piso del garaje, la pregunta en la que metí la pata.

—¡SÍ! —grité—. Lo único que debí responder la primera vez.

Ella asintió y sonrió, luego señaló su boca.

—Una sonrisa de verdad y mi respuesta es *sí*.

Yo también sonreí sintiendo el alivio que me recorría como la adrenalina en la escena de un incendio.

—¿Aceptas el trabajo en James Corp?

—Sí.

La giré para que me mirara, para que pudiera ver la intención en mis ojos. La verdad que había allí.

—Sé mía. Y de Andy. ¿Y de mi padre? Georgia Lee Gantry, ¿serías nuestra?

Miró a Andy, que esperaba ansioso.

—¿Te parece bien, Andy? —le preguntó.

Asintió con la cabeza y saltó de un pie a otro de la emoción.

Volvió a mirarme con la felicidad iluminando sus ojos, regalándome una sonrisa de verdad.

—Entonces sí. Seré vuestra.

Andy saltó y chilló mientras goteaba agua del aspersor por todo el suelo.

—Sabía que funcionaría —dijo Andy, sacudiendo el puño—. ¡Dijeron que todo el asunto del *casamatero* funcionaría!

Me quedé mirando a Andy y traté de entender lo que dijo. Con una mirada a Georgia, quise ver si ella lo entendía. Los dos estábamos despistados.

—Amigo, ¿el *casamatero*?

Asintió a mi pregunta, con el pelo chorreándole agua por los lados de la cara.

—Sí, cuando los adultos juegan a que dos personas se enamoren.

Georgia y yo nos miramos, tratando de entender a qué se refería.

Entonces sus ojos se abrieron de sorpresa.

—¿Casamentero? —preguntó.

¿Cómo? ¿Alguien intentó juntarnos? Eso no tenía sentido.

—¡Sí! —dijo Andy, señalando a Georgia—. ¡Eso! ¡Funcionó!

Me pasé una mano por la cara, luego me incliné y puse una mano en el hombro desnudo de Andy.

—Andy, ¿quién estuvo jugando ese juego? ¿Qué adultos?

Andy sonrió, claramente sin darse cuenta de que había compartido un secreto muy importante.

—Gruñón dijo que el señor Maverick, el tipo grande con el perro y un hombre llamado *Braldey* estaban jugando el juego y que iban a ayudar.

—¿Un hombre llamado *Braldey*? —pregunté, mirando a Georgia. ¿Qué demonios?

Ella parpadeó.

—¿Bradley? —dijo un poco alto.

—¡Sí! —Andy confirmó.

—Es que… —empecé.

Los ojos de Georgia se entrecerraron y se puso las manos en las caderas. No recordaba haberla visto enfadada antes, pero la mirada era un poco aterradora, tal vez porque venía de alguien tan condenadamente agradable todo el tiempo.

—¿Bradley y Maverick hicieron de casamenteros? —ella resopló—. Mi primo está en serios problemas.

# 78



GEORGIA

QUINCE MINUTOS DESPUÉS, Sassy se fue con Tommy y Sally Ann. Keely se llevó a su cría a casa, pero me hizo un gesto de aprobación al salir por la puerta. Mi madre estaba en la planta inferior con Andy, juntos, haciendo galletas, aunque mamá había preparado un postre diferente que no llegamos a comer. Andy había tomado a ella como una abeja toma una flor, aunque ella fuera una un poco espinosa.

Para Andy, tener un padre gruñón debía de haberle dado ciertas habilidades porque él la manejaba como un profesional. Él podría manejar a cualquiera, ese chico nunca distinguiría a un desconocido. Además, le encantaban las galletas.

Mac y yo permanecimos en mi habitación. Oficialmente, a solas. No del todo porque teníamos dos chaperones abajo, pero dudaba que nos molestaran, sobre todo desde que pillé a Mac cerrando la puerta. El beso de antes y el tiempo que pasamos separados me hicieron desear probarme su calzado número doce. Pero antes, teníamos algo que resolver. Como averiguar qué habían hecho algunas personas.

Tenía una videollamada en el portátil y había reunido a Bradley, Maverick y Drew en una sala de reuniones. Mac y yo estábamos en un recuadro de la pantalla, uno al lado del otro en mi cama, apoyados en el cabecero blanco de Sears. Las fundas de almohadas rosas y el papel pintado de flores no podían pasar desapercibidos en el fondo.

Gracias a Dios, no era una llamada de negocios.

Los demás estaban en sus ventanitas de vídeo. Tenían que saber por qué les habíamos mandado un mensaje y les habíamos dicho que se pusieran en esta llamada grupal. Por lo tanto, no iba a haber ninguna cháchara sureña que fuera un comienzo educado de una conversación. Iría directo al grano.

—¿Hicisteis de casamenteros? —pregunté.

—¡Sí! —dijeron al mismo tiempo.

No hubo mentiras ni titubeos. Lo admitieron sin rodeos.

—¡Te dije que se enteraría! —gritó una mujer. Sonaba como Bridget y venía de lejos de la pantalla. Así que ella también lo sabía.

Miré a Mac con el rabillo del ojo.

—Explicaos —dijo él mirando la pantalla del portátil.

Bradley empezó:

—Hace un tiempo, Theo me habló de Mac y de cómo trabajaban juntos en los entrenamientos contra incendios. Luego le conocí en otoño, cuando estuve en Hunter Valley.

—En la fiesta de Theo y Mallory —dijo Mac, confirmando la afirmación de Bradley.

Bradley asintió.

No sabía cuándo había sido aquello, pero los detalles del encuentro probablemente eran irrelevantes. Se habían conocido.

—Pensé que vosotros dos seríais perfectos el uno para el otro. Casualmente, Georgia, acababas de enterarte de lo de Art y necesitabas un hombre que no fuera un imbécil en tu vida. Confirmé personalmente que Mac no lo era.

—Gracias —dijo Mac ante el extraño cumplido.

—Puede que sea un idiota, o al menos un tonto desde que parece que por fin estáis juntos, pero no un imbécil —corrigió.

—Sí, um, cierto, y gracias —dijo Mac de nuevo, frotándose la nuca.

—Eso fue hace meses —recordé.

Bradley asintió.

—Lo sé. Bridget se está ocupando de la rama filantrópica de James Corp y ha estado trabajando en una lista de formas de apoyar y hacer crecer Hunter Valley. Como las subvenciones a las pequeñas empresas. Pero fue Theo quien mencionó la recaudación de fondos para los bomberos. Lo conoce por los entrenamientos.

—Aquí es donde entro yo —dijo Maverick—. Bradley me habló de ti, Georgia, y de la situación en la que estabas. En lugar de una recaudación de fondos con menores ingresos, lo sugirió como una forma de aumentar los ingresos para el club de niños, fusionando las donaciones de la comunidad de James Corp con ella.

—Tú me trajiste la idea de cambiar la organización benéfica —dijo Mac.

Maverick asintió.

—Sí, pero el recurso de la recaudación de fondos se añadió.

—¿Tú hiciste el trabajo para que yo fuera a Montana a conocer a Mac? —pregunté. Aquello lucía un poco exagerado, pero parecía ser exactamente lo que habían hecho.

—En una frase, sí —dijo Bradley.

—¡Es una locura! —Me indigné, dolida—. ¿Conseguí el trabajo por mis habilidades o

porque era la única aspirante?

—Ambas cosas —dijeron Maverick y Bradley al unísono.

—Yo… yo quería un trabajo porque soy buena —dije. Mac me rodeó con el brazo y tiró de mí.

—Eres buena, Georgi —dijo Bradley con énfasis, mirándome directamente a los ojos—. De ninguna manera habría sugerido esta vía para juntaros si no creyera que funcionaría. Jamás os haría fracasar. De hecho, basándome en la forma en que Mac quiere matarme con la mirada y tiene su brazo alrededor de ti, parece que tuvimos éxito.

Mac quería golpear a Bradley porque yo estaba disgustada y él quería abrazarme y saber que no estaba sola. Así que sí, tuvieron éxito. Aun así…

Agité la mano en el aire.

—Irrelevante.

—Georgia, ¿crees que contrataría a alguien no calificado para representar a James Corp? Fuiste mi recurso, mi representante en este proyecto con el pueblo. Tu actitud de trabajo, esfuerzo y habilidades llegaron a mí.

Cuando lo dijo de esa manera…

—Así que conseguí el trabajo y fui a Hunter Valley —dije, haciendo avanzar la historia.

—Y subió al mismo avión que mi padre y Andy —añadió Mac.

—Ese fui yo —admitió Bradley.

—¡Lo sabía! —le dije, incorporándome y señalando la pantalla.

—Y te alojó en mi piso de alquiler —añadió Mac.

—Otra vez yo.

—Te lo dije, Bradley. Me imaginé que tramabas algo aquel primer día cuando te llamé. Lo negaste.

—Lo hice y no me arrepiento —dijo con su habitual y precisa manera—. Todavía no te habías enamorado. O lo habías hecho y definitivamente no lo estabas admitiendo.

—El vuelo, el alquiler, el trabajo, ¿todo era para juntarme con Mac? —Estaba asombrada. Esto estaba más coordinado que el trabajo del calendario.

—La idea del calendario fue inesperada —admitió Bradley, levantando la comisura de los labios—. También lo fue que los dos fuerais tan testarudos.

—También que Lindy tuviera a Justine mientras tú cenabas en su casa —añadió Maverick.

—¿Y mi padre? —preguntó Mac—. ¿No le rompiste el pie a propósito?

Drew había permanecido callado hasta ahora.

—Por supuesto que no —dijo—. Diré que ayudó y que fue la única ventaja de esa estúpida bota.

—¿Cómo conseguiste que Andy guardara el secreto todo este tiempo? —preguntó Mac.

Era una buena pregunta. Ese pequeño no tenía filtros hablando de pezones y submarinos de juguete sin un poco de vergüenza.

—Oh, él no sabía nada al respecto —dijo mi padre—. No hasta que estaba en el coche conmigo y Ralph. Ralph preguntó cómo le iba y Andy preguntó después qué era el *casamatero*. De todos, él fue el más genuino en sus sentimientos por ti, Georgia. Espero que sepas que más de un hombre se enamoró de ti. —Se aclaró la garganta.

Se me llenaron los ojos de lágrimas porque no hablaba solo de Andy.

—Me enamoré de tres Andrew MacKenzies —admití.

Ambos sonreímos, de verdad.

Si empezaba a llorar de nuevo, no estaría segura de poder parar, así que seguí con el tema.

—Volviendo a la recaudación de fondos. Con vuestro talento para la organización y la planificación de nuestra reunión, no sé por qué me necesitabais. Podíais hacerla vosotros solos.

—Porque Bradley dijo que te necesitaba en James Corp —explicó Maverick—. Tenía razón. Si no, no tendría a mi nueva directora de relaciones públicas en Hunter Valley, ¿verdad?

—¡Dios mío! —dije, poniéndome una mano en la mejilla, luego miré a Mac. Había estado callado la mayor parte del tiempo, probablemente intentando comprender que varias personas conspiraron a nuestras espaldas.

Nos habían tendido una trampa en secreto de una forma muy elaborada.

—Ellos nos juntaron —dije. Si no hubiera sido por ellos, nunca nos habríamos conocido. Seguro que no habría aceptado un trabajo en la lejana Montana.

Por un segundo no estaba segura de si estaba enfadada o no.

Luego Mac sonrió.

—Sí, definitivamente lo hicieron.

Luego cerró la tapa del portátil, dando por terminada la llamada, y me besó.

# 79



MAC

JODER, nos la habían jugado. No fue una simple cita a ciegas, sino que se lo habían planeado en serio. El avión, el piso, la recaudación de fondos. Todo.

No estaba enfadado, de hecho, les debía una cerveza o dos a todos, porque sin su intromisión, no habría conocido a Georgia y habría sido una lástima.

Aparté el portátil y la subí a mi regazo, para que se sentara a horcajadas sobre mí. La parte inferior de su bonito vestido ondeaba a nuestro alrededor y aproveché para deslizar las manos por sus muslos desnudos hasta acariciarle de nuevo las nalgas. Me gustaba la ropa de verano, el fácil acceso que proveían.

—¿No estás enfadado? —me preguntó mientras la besaba a lo largo de la mandíbula, inclinando la cabeza para tener mejor acceso.

—No. En absoluto —le dije, yendo hacia su cuello—. Te llevaré a casa. De vuelta a Hunter Valley y a mi cama. Andy tenía razón. Lo intenté y me gustó.

Encontré el pequeño lazo en la parte posterior de su cuello y… ¡Sí! Toda la parte superior del vestido cayó hasta su cintura. Estaba seguro de que había algún nombre para ese estilo, pero definitivamente fue inventado por un hombre que amaba las tetas de su mujer y quería llegar a ellas lo más fácilmente posible.

—¿Tú estás enfadada? —le pregunté. Habían organizado un trabajo específicamente para llevarla a Montana, y hasta a mí, y me preocupaba que se sintiera menospreciada. No la culparía.

Negó con la cabeza mientras le acariciaba las tetas por dentro del sujetador sin tirantes. —No —susurró—. Cielos, no. Asombrada, sí. Lo único que cambiaría… —empezó, pero se detuvo cuando le desabroché el sujetador y lo tiré a un lado.

—¿Es…? —pregunté jugando con los pezones, viendo cómo se endurecían. Joder, me

encantaban sus tetas. Grandes. Pesadas. Llenas. Mías.

Cualquiera que fuera su preocupación, me encargaría de ella. Era mi trabajo ahora mantenerla feliz, y no iba a parar de hacerlo. Nunca.

—Follar en el cuarto de mi infancia.

Mis manos se aquietaron y la miré a los ojos oscuros.

—¿No quieres?

Estábamos en casa de su madre, y ella y Andy estaban en la planta inferior.

Puso sus manos sobre las mías y se lamió los labios.

—Oh, sí quiero. Sí que quiero. Nunca he hecho nada aquí como esto.

—¿Nunca jugaste con tu submarino de juguete? —le pregunté, levantando la cabeza y mirándola a los ojos.

Sonrió, cogió una de mis manos y la deslizó por debajo de su vestido hasta su coño. Podía notar lo mojada que estaba a través de las bragas.

—Oh, sí que he jugado con eso, pero no con un hombre.

—¿Soy el primero? —Enganchando sus bragas y echándolas a un lado, deslicé dos dedos dentro de ella y se apretó alrededor de ellos. Mi polla me decía que le dejara participar de la diversión.

—Joder.

Empezó a cabalgar mis dedos, sus manos fueron a mis hombros para mantener el equilibrio.

—¿Has… has tonteado alguna vez en el dormitorio de alguien con su madre abajo, Mac?

—Lo hice contigo en el lavadero, con mi padre y Andy. —Observé atentamente cómo sus párpados se cerraban, su boca se abría y sus tetas se balanceaban con cada jadeo.

—Ya sabes lo que quiero decir —susurró, y luego gimió suavemente.

Me incliné hacia ella, le besé el cuello y le susurré al oído.

—¿Si me enrollé en la habitación de una amiga en el instituto? No.

Claro que tonteé, pero con Georgia goteando en mi mano, no recordaba a nadie que se hubiera corrido antes.

—Espero que no nos estemos enrollando —gimió—. Mac, por favor.

—Oh, diablos, no —gemí.

Estaba con las tetas al aire, sentada en mi regazo. Su coño presionaba mi dura polla y lo único que me impedía deslizarme dentro de ella era nuestra ropa.

—Bien. No pares.

—No pararé si vuelves a decirlo —dije, inclinándome y salpicando de besos la parte superior de sus perfectas caderas.

—¿Decir qué?

—Que me amas. —Le besé la mandíbula, saqué los dedos de ella y los sustituí por mi polla en su coño.

—Te amo —jadeé.

—Me necesitas. —Le besé la nariz y la bajé sobre mí.

—¡Oh, Mac! —dijo, y sus ojos se cerraron—. Te necesito.

Joder, estaba apretada. Era perfecta.

—Dime que, algún día, haremos esto y tendremos un bebé.

Sus ojos se abrieron y se llenaron de lágrimas. No iba a dejar que llorara sobre mi polla. Se las quité inmediatamente.

—No llevo condón, preciosa. Di que tomas anticonceptivos o podríamos estar haciendo ese bebé ahora mismo.

Se apretó a mi alrededor.

—Tengo un DIU.

Por primera vez, tuve una punzada de decepción y de posesividad cavernícola, porque la primera vez que la tomaba sin condón mis chicos no harían el trabajo.

—Entonces esto será una práctica.

Mis caderas se balancearon, mi polla necesitaba moverse en ella. Joder, estaba tan caliente, húmeda, apretada y jodidamente perfecta.

—Práctica, vale —estuvo de acuerdo, sonriendo brillantemente. Sí, una sonrisa de verdad.

—Ahora fóllame. —Le besé la boca, levantándola y presionándola sobre mi regazo.

—Sí, fóllame, Mac —repitió ella mirándome a los ojos. Sí, Georgia era mía—. En silencio.

## CONTENIDO EXTRA




¿Adivina qué? Tengo contenido extra para ti. Así que regístrate en mi lista de correo electrónico. Habrá contenido extra especial, solo para mis suscriptores. Registrarte te permitirá saber sobre mi próxima publicación tan pronto como esté disponible (y recibes un libro gratis… ¡uau!)

Como siempre… ¡gracias por amar mis libros y las montadas salvajes!

http://vanessavaleauthor.com/lista/

**¡RECIBE UN LIBRO GRATIS!**

Únete a mi lista de correo electrónico para ser el primero en saber de las nuevas publicaciones, libros gratis, precios especiales y otros premios de la autora.

http://vanessavaleauthor.com/v/ed



# TODOS LOS LIBROS DE VANESSA VALE EN ESPAÑOL

https://vanessavaleauthor.com/book-categories/espanol/

# ACERCA DE LA AUTORA

La exitosa *bestseller* Vanessa Vale escribe romance seductor de chicos malos implacables que se enamoran con todo su corazón. Ha vendido más de un millón de ejemplares. Vive en el oeste de los Estados Unidos y allí siempre se inspira para escribir su próxima novela. No será tan buena con las redes sociales como sus hijos, pero le encanta interactuar con los lectores.

https://vanessavaleauthor.com

